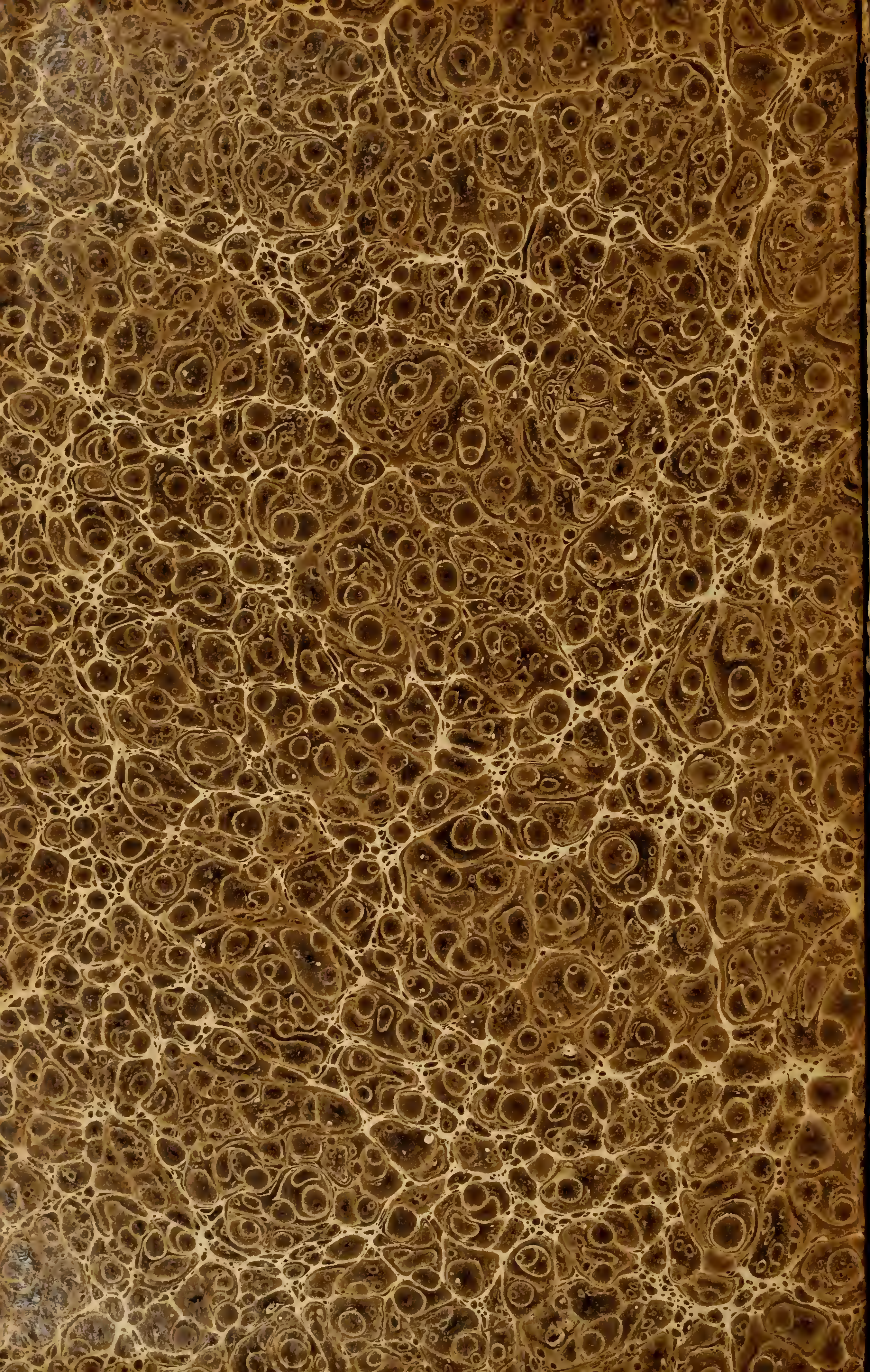
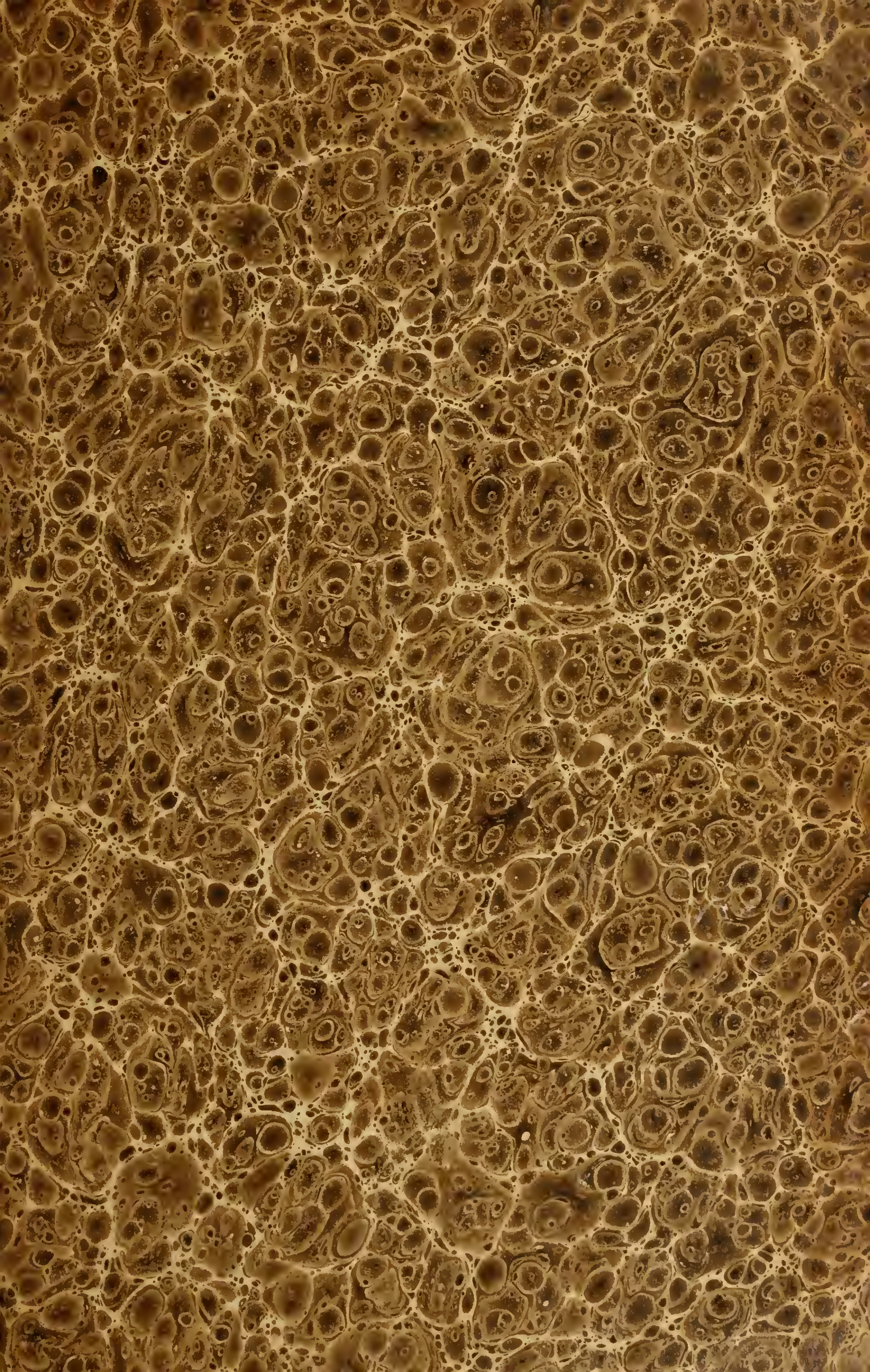

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646455 4





OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

VII



Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores.

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo).*
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio).*

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado).*
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo).*

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Avila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO VII



MADRID
IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.
1908

TERCERA PARTE, DE LA INTRODVCTION del Symbolo de la Fe, que trata del myſterio de nueſtra redempcion, en la qual procediendo por lumbre de razon ſe declara, quan conueniente medio aya ſido eſte que la diuina bondad y ſabiduria eſcogio para ſalud del linage humano.

Compueſta por el R. P. Maeſtro F. Luys de Granada de la orden de Sancto Domingo.

VA ESTA PARTE TERCERA DIVIDIDA en tres tratados principales. En el primero, ſe trata de los fructos del arbol de la S. Cruz. En el ſegundo, de las figuras del myſterio de Chriſto. En la tercera, por via de Dialogo, ſe reſponde a las preguntas que acerca deſte myſterio ſe pueden hazer.



EN SALAMANCA,

Por los herederos de Mathias Gaſt.

M. D. LXXXIII.

PRÓLOGO

EN EL CUAL SE DECLARAN LOS GRANDES FRUCTOS Y PROVECHOS QUE ALCANZAN LOS QUE DEVOTAMENTE CONSIDERAN EL MISTERIO DE NUESTRA REDEMPCIÓN

Dixi: *Ascendam in palmam, et apprehendam fructos ejus* (1). Esto es, Yo dije: Subiré á la palma, y cogeré los fructos della. Estas palabras son de aquella sancta Esposa en el libro de sus Cantares, las cuales he tomado por fundamento de esta tercera parte, en la cual determino tratar (con el favor divino) del beneficio y misterio de nuestra redempción, y particularmente de los fructos desta gloriosa palma, que es el árbol de la sancta Cruz. La dignidad y utilidad desta materia sobrepuja todo lo que se puede encarecer. Porque cierto es que entre las obras admirables de Dios, ésta es la más admirable, y entre las altas, la más alta, y entre las útiles y provechosas, la más provechosa, y entre las dulces y suaves, ésta es grandemente suave. Demás desto cónstanos que entre las obras de gracia ésta es la mayor, entre los beneficios divinos el más soberano, y entre los sagrados misterios el más profundo. Y por esta causa lo llama el Apóstol sacramento escondido en todos los siglos. Y así dice él (1): A mí, que soy el menor de los sanctos, fué dada esta gracia de declarar á las gentes las incomprehensibles riquezas de Cristo, y alumbrar á todos para que entiendan la dispensación del sacramento escondido en Dios vivo, criador de todas las cosas. Y por ser este misterio tan escondido, no lo alcanzó el mundo, antes lo tuvo por locura y desvarío. Los demonios tampoco lo alcanzaron, porque si lo alcanzaran, no fueran autores de la muerte de Cristo. Y no solamente los demonios, pero aun los sanctos ángeles (si no fueron aquéllos á quien Dios tomó por instrumentos y ministros deste misterio) no lo conocieron hasta que les fué revelado, como dice Santo Tomás. Deste misterio trata el Apóstol cuando dice: Hablamos sabiduría entre

---

(1) Cantic. 7. (1) Colos. 1. Ephes. 3.

los perfectos, y no sabiduría deste mundo ni de los príncipes deste siglo, que al fin, por mucho que sepan, se acaban, sino hablamos de la profunda sabiduría de Dios, escondida en este misterio de la reparación de los hombres, la cual tenía ya Dios pensada para nuestra gloria antes de los siglos. La cual ninguno de los príncipes deste mundo (que fueron los sabios y poderosos dél) conoció, porque si la conocieran, no crucificaran al Señor de la gloria. Y ésta fué la causa por que Cristo habla tantas veces en el sancto Evangelio de la venida del Espíritu Sancto, diciendo ser necesaria, después de la suya, para que por boca de los Apóstoles declarase al mundo, como sumo maestro, este sacrosancto misterio, que por doctrina puramente humana no podía entenderse. Porque ¿quién de todas las criaturas pudiera entender que para reparar al hombre (pudiéndolo hacer Dios de tantas otras maneras) había de dar su unigénito Hijo al mundo vestido de nuestra flaqueza? ¿Quién pudiera entender que debajo de aquella humildad sacratísima, flaca y enferma, estaba escondido y disfrazado aquel soberano gigante, que saliendo como dice David (1), del sumo cielo, se esforzó á correr su camino para pelear en el campo deste mundo con el fuerte armado y príncipe del mismo mundo (que era el diablo) triunfando y despojando los principados y poderíos dél por sí mismo y por su propria muerte? ¿Qué entendimiento (por soberano que fuese) pudiera alcanzar que debajo de aquel cebo de su sacratísima carne había de estar el duro y terrible anzuelo de la divinidad, para pescar y echar fuera del mar deste mundo á Leviatán, serpiente antigua y dragón enroscado, que se había tragado el género humano? ¿Quién pudo pensar jamás que la muerte fuese principio de vida, la ignominia de gloria, las prisiones de libertad, y la cruz del reino celestial? Por lo cual muy bien dice el Apóstol (2) que lo que el mundo piensa ser ignorancia, es más alta sabiduría que que la de todos los hombres. Y lo que el mundo tiene por flaqueza en Dios, es cosa más fuerte y más poderosa que toda la fortaleza y potencia de los hombres.

Mas volviendo al propósito, esta palma (que es señal de triunfo) convenientemente nos representa el árbol de la sancta Cruz, mediante la cual triunfó el Salvador de todo el poder del demo-

(1) Psal. 18. (2) I Cor. 1.

nio y del mundo, como él mismo lo profetizó cuando dijo (1): Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mi servicio. Pues á esta triunfadora y gloriosa palma se determinó la sancta Esposa (que es el ánima devota y enamorada del Esposo celestial) de subir por devota consideración del misterio de la sancta Cruz, para gozar de los fructos inestimables della, y encenderse por esta vía más en amor de aquel soberano Señor que tantos bienes le hizo con tanta costa suya.

§ I

Mas por ser tantos los fructos deste sagrado árbol, no sólo lo compararemos con esta común palma que nace en nuestras tieras, por razón de su triunfo, mas también con otro género de palma que nace en la India Oriental, la cual es de tan maravillosa fecundidad, que de los fructos y licores della se carga un grande navío. Y lo que más es, el mismo navío con todas sus cuerdas y jarcia se hace della, sin que intervenga otro algún material. Pues no será fuera de propósito comparar el árbol de la sancta Cruz con este género de palma tan fértil por la riqueza y abundancia de los frutos innumerables que nacen della.

La maravillosa fertilidad deste árbol vió en espíritu Sant Juan en el Apocalipsi (2), donde cuenta que vió salir de la silla de Dios y del Cordero un río de aguas tan claras como un cristal, y en medio de la plaza de aquella ciudad celestial, y de la una y de la otra ribera del río, estaba plantado un árbol, el cual daba doce fructos, según los meses del año, y las hojas deste árbol eran para salud de las gentes. Pues ¿qué árbol es éste tan fructuoso, que está plantado en medio de la plaza para común beneficio de todos, cuyas hojas son para salud de las gentes, sino Cristo, verdadero árbol de vida plantado en medio de la plaza de la Iglesia, y regado con el purísimo y abundantísimo río de todas las gracias que en él se juntaron, cuyas hojas (esto es, cuyas palabras y doctrina) fueron salud y luz para remedio del mundo? Este árbol lleva doce fructos según los doce meses del año: por el cual número de doce, que contiene dos números de seis (que son nú-

(1) Joan. 12. (2) Apocal. 22.

meros perfectísimos entre todos los números, como los matemáticos prueban) se entiende la excelencia y muchedumbre de los fructos que deste sacratísimo árbol (que es Cristo crucificado) proceden.

Esta maravillosa virtud y abundancia de bienes quiso el Señor, entre otras muchas figuras, que fuese representada en la vara de Moisén. Porque determinando él librar su pueblo del cautiverio de Egipto, mandó á este profeta (1) que tomase un palo (que es una vara) en las manos, y que con ella obraría todas las maravillas y todos los azotes y plagas que fuesen necesarias para forzar á los egipcios á que dejasen salir libre á su pueblo de la tierra de Egipto, y para introducirlo en la tierra de promisión. Y así con aquella vara tocó las aguas de los ríos de Egipto, y convertiólas en sangre (2): con aquélla tocó el polvo de la tierra, y levantáronse della infinitos mosquitos que malamente picaban y herían los hombres (3): con aquélla, levantada hacia el cielo, se levantaron grandes truenos y relámpagos, con los cuales cayó granizo y fuego sobre la tierra, el cual destruyó todo lo que halló verde en los campos, y todos los hombres y bestias que había con ellos (4). Con esta misma vara, tocando la tierra, levantó Dios un viento abrasador, el cual produjo tanta abundancia de lagostas, que acabaron de destruir y abrasar todo lo que había quedado del granizo y de la tempestad pasada (5). Con esta misma vara abrió los mares, para que el pueblo que estaba á su cargo, pasase por él á pie enjuto, y con ésta los volvió á cerrar, para que ahogase el ejército de Faraón que los iba siguiendo (6). ¿Qué más diré? Con esta misma vara tocó una peña, y hizo brotar della un arroyo de agua para dar de beber al pueblo sediento (7), y con ésta misma subió al monte, cuando el mismo pueblo peleaba con el ejército de Amalech, teniendo esta vara en su mano, y haciendo oración por la victoria contra los enemigos (8). Pues ¿á qué propósito quiso la Sabiduría divina usar deste instrumento para cosas tan grandes y tan admirables? ¿Quién será tan ignorante que crea haberse ordenado esto sin propósito y sin el consejo divino? Porque ¿qué proporción había entre aquel pedazo de palo y aquellas tan grandes maravillas que se hicieron con él, pues po-

(1) Exod. 4. (2) Cap. 7. (3) Cap. 8. (4) Cap. 9. (5) Cap. 10. (6) Cap. 14. (7) Num. 20. (8) Cap 17.

día el Criador de todas las cosas, con sólo querer y mandar, hacer todos estos milagros? Por dónde así como este Señor ninguna cosa hizo en todas las obras de naturaleza, que fuese ociosa, así mucho menos en las obras de gracia hizo cosa sin propósito y sin misterio. Y cuanto los medios y instrumentos son más desproporcionados para lo que pretende hacer, tanto más despiertan nuestros sentidos para que entendamos que en el espíritu y en la significación de las cosas está la razón y conveniencia de lo que en las cosas no se halla. Pues conforme á esto decimos que así como aquella liberación del cautiverio de Egipto fué figura de la liberación del cautiverio en que estaba el mundo por el pecado, así esta vara con que Moisén obró todo lo que era necesario para aquella liberación, es figura del madero de la sancta Cruz, mediante la cual el Salvador del mundo obró y obrará para siempre todo lo que es necesario para nuestra liberación y salvación. Porque en ella está la salud, la paz, la verdadera libertad, la vida, la gracia, la sabiduría, la justicia, la sanctificación del género humano, y finalmente el remedio universal de los males de todos los siglos presentes, pasados y venideros. En ella hallará el corazón devoto medicina para sus llagas, consuelo para sus dolores, esfuerzo para sus trabajos, escudo para sus tentaciones, armas para contra sus enemigos, ejemplo para todas las virtudes, y común remedio para todos los males. Las piedras preciosas y las perlas tienen particulares virtudes y defensivos para males particulares, mas esta piedra preciosísima (que es Cristo) siendo una, para todas las cosas aprovecha, á lo menos con su firmeza hace firmes á todos los que se fundan sobre ella, porque ésta es aquella piedra en cuyos agujeros mora la Esposa, como se escribe en el libro de los Cantares (1). Sobre las cuales palabras dice Sant Bernardo (2): ¿Qué otra cosa son los agujeros de la piedra, sino las llagas de Cristo? Porque ¿qué bienes hay que no estén en esta piedra? En esta piedra estoy levantado, en ésta seguro, en ésta firme y esforzado. Ca ¿dónde está el firme y seguro reposo de los flacos, sino en las llagas del Salvador? Porque tanto más seguramente moro en él, cuanto él es más poderoso para salvarme. Brama el mundo, apriétame la carne, persígueme el demonio, mas no por eso caeré, porque estoy fundado

(1) Cap. 2. (2) Serm. 1.

sobre esta firme piedra. Pequé grandes pecados, túrbase la consciencia, mas no se perturba, porque tomaré por remedio acordarme de las llagas de nuestro Señor. Lo dicho es de Sant Bernardo.

Pues la suavidad del fructo deste árbol sagrado, ¿quién la podrá explicar? Ésta experimentan cada día los devotos contempladores de la sagrada Pasión, donde en aquella hiel que el Señor bebió por ellos, hallan dulcísima miel, y en aquellos sus dolores grandísimas consolaciones, y en los agujeros de sus preciosas llagas morada suavísima para sus ánimas, porque ven que todas ellas son puertas para ver las entrañas de su caridad, argumentos de su bondad, testimonio de su amor, tesoros y riqueza de las ánimas, y prendas de su bienaventuranza: con cuya consideración las tales ánimas maravillosamente se regalan, apacientan y deleitan. De todos estos fructos y manjares gozará quien hubiere recebido ojos para saber mirar aquel Cordero inocentísimo en la cruz. Teníalos el bienaventurado Sant Augustín, de quien se escribe que al principio de su conversión no se hartaba de considerar con una maravillosa suavidad la alteza de la sabiduría y consejo divino de que usó para obrar la salud del género humano por medio de la encarnación y pasión de su unigénito Hijo.

§ II

Estos mismos ojos, y aún más claros, muestra el Apóstol que tenía, cuando dijo (1): Nosotros no habemos recebido el espíritu deste mundo, sino el espíritu de Dios, con cuya luz sabemos apreciar y estimar los beneficios recibidos. Pues con estos ojos tan penetradores veía el sancto Apóstol el resplandor y hermosura que estaba encerrada en la humildad y bajeza de la Cruz. Por lo cual decía (2): Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que para los judíos es materia de escándalo, y para los gentiles de locura, mas para aquéllos que destas dos naciones son llamados á la fe, Cristo es argumento y muestra de la omnipotencia y sabiduría de Dios, y así lo que los infieles llaman locura, es suma sabiduría, y lo que tienen por flaqueza, es poder admirable de Dios.

(1) I Cor. 2. (2) Ibid. 1.

Pues quien tuviere estos ojos de Sant Pablo, y supiere mirar con ellos á Cristo crucificado y por defuera tan abatido, tan afeado y al parecer tan flaco y tan desamparado, verá que debajo de aquella fealdad está toda la hermosura, debajo de aquel abatimiento toda la gloria, debajo de aquella tan gran desnudez y pobreza están todas las riquezas de gracia y de gloria, debajo de aquella muerte está la vida y la victoria de la misma muerte, debajo de aquello que á los ojos del mundo parece locura, está encerrada la más alta filosofía de cuantas Dios tiene enseñadas en el mundo, y debajo de aquella tan gran flaqueza que á la vista de los ojos de carne parece, está el gran poder y fortaleza de Dios. Porque aunque fué grande el poder que mostró en la creación del mundo, mayor fué el que mostró en la conversión dél, mediante el testimonio y constancia de los sanctos mártires, entre los cuales las flacas mujeres y tiernas doncellas vencieron todos los príncipes y monarcas del mundo y todas las fuerzas y poderes del infierno. Los cuales todos cobraron esta tan grande fortaleza de la flaqueza de la Cruz.

Mas para esto es menester pedir al Señor los ojos que estos sanctos tenían para penetrar las maravillas que debajo de la humilde figura de la Cruz están encubiertas. Porque ya nos consta que entre todas las obras que nuestro Señor hasta hoy ha hecho en el mundo y hará, la mayor fué la obra de nuestra redempción. Pues como Dios sea incomprehensible no sólo en su ser sino también en sus obras, mucho más lo ha de ser en ésta, que es la más alta, más admirable y mayor de todas. Porque si como dicen los filósofos, las cosas de Dios son tan altas, y nuestro entendimiento tan flaco, que no es más parte para entenderlas que los ojos de la lechuza para mirar al sol en su resplandor, ¿qué parte será nuestro entendimiento, desamparado de la luz divina, para saber mirar, como conviene, esta grande obra? Esto nos enseñan los discípulos del Señor, los cuales después de haber cursado tanto tiempo en su escuela, oído su doctrina, visto los maravillosos ejemplos de su humildad, de su paciencia, de su pobreza y de su vida tan ajena del fausto y aparato del mundo, no entendían la filosofía de la Cruz, pues denunciándosela el Señor con palabras muy claras, no entendieron lo que decía, porque no les parecía cosa digna de tal persona la humildad de la Cruz. Y así cuando vieron muerto al Señor, perdieron la esperanza que tenían de que

él había de ser redemptor de Israel, porque de hombre crucificado y muerto no les parecía poderse esperar cosas grandes. Por dónde el que quisiere fructuosamente contemplar este misterio, conviene que se desnude de sí mismo, esto es, de todos los resabios de carne y de sangre, y con espíritu de fe, de humildad, de caridad y de sancta simplicidad, éntre en este sanctuario. Cuando Moisén andaba guardando su ganado en el desierto, y vió aquella zarza que ardía y no se quemaba, dijo entre sí (1): Quiero ir á ver esta visión tan grande, como es arder una zarza sin quemarse. Mas aparecióle luego Dios, diciendo: Descálzate los zapatos, porque el lugar en que estás, es tierra sancta. Pues quien desea ver esta visión tan grande, como es contemplar al Hijo de Dios cuando viene á libertar su pueblo del cautiverio del enemigo, vestido de la humilde zarza de nuestra carne, y puesto entre las espinas y llamas de sus trabajos, descalce los zapatos, que son pieles de animales muertos, esto es, despójese de toda cosa perecedera y mortal, y vístase del espíritu de Dios, para pesar y tantear esta tan grande obra, no con la medida de la prudencia y pequeñez humana, sino con la medida de la incomprehensible bondad divina, que sobrepuja todo entendimiento criado. Y desta manera, en su grado y conforme á su fe y devoción, podrá ver lo que el Apóstol veía.

Y dado caso que deste misterio y beneficio de nuestra redempción hayamos tratado algo á pedazos en otros libros, pero es él tan grande, y comprehende en sí tantas maravillas, que mil libros no bastarían para agotarlo, pues el apóstol Sant Pablo (almario de los tesoros de la sabiduría divina, aprendida en el tercero cielo por el magisterio y enseñanza del mismo Cristo) confiesa de sí que ninguna otra cosa sabía sino á Cristo crucificado, en el cual sabía todas las cosas (2). Asimismo dice Santo Tomás que mientra una persona virtuosa más contemplare este misterio, más conveniencias y maravillas hallará en él, con las cuales se confirmará más en la fe, y encenderá en la caridad, y crecerá más en toda virtud y devoción, porque para todo esto sirve este misterio, el cual engrandece el mismo Apóstol por estas palabras (3): Verdaderamente es grande el sacramento de la piedad que se descubrió en carne, y fué aprobado por el Espíritu Sancto, apa-

(1) Exod. 3. (2) I Cor. 2. (3) I Timot. 3.

reció á los ángeles, fué predicado á las gentes, fué creído y recebido en el mundo, y finalmente fué sublimado y llevado á la gloria.

Pues ¿qué se sigue de todo lo dicho sino que el ánima religiosa asiente en medio de su corazón la memoria deste divino misterio de tal manera que en todos los pasos que diere, y en todas las cosas que hiciere, siempre traiga ante sus ojos la memoria de la Cruz? Si comieres (dice un doctor) moja todos los bocados en el corazón de Cristo. Si bebieres, piensa en el beber que él te dió con su preciosa sangre. Si durmieres, pon tu cabeza sobre la corona de sus espinas, y el cuerpo sobre el madero de la sancta Cruz. Y para concluirlo todo en una palabra, recoge en tu memoria la suma de todos los dolores y amarguras que este Señor padeció en vida y muerte por ti, diciendo con la Esposa en los Cantares (1): Manojico de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos (que es en lo íntimo de mi corazón) morará. Esto baste para introducción y preámbulo deste libro, para que el piadoso lector entienda el gran fructo que sacará desta materia, y la manera en que lo ha de sacar.

(1) Cant. 1.

TRATADO PRIMERO

EN EL CUAL PROCEDIENDO POR LUMBRE NATURAL SE DECLARAN LAS CONVENIENCIAS DEL MISTERIO DE NUESTRA REDEMPCIÓN Y SE SEÑALAN VEINTE SINGULARES FRUCTOS DEL ÁRBOL DE LA SANTA CRUZ

DE LA MANERA DEL PROCEDER EN ESTA TERCERA PARTE

CAPITULO I

Dos lumbres dijimos en el principio del libro pasado que hay en el hombre cristiano, una de fe, que le pertenece en cuanto cristiano, y otra de razón, que le compete en cuanto hombre. Esta lumbre de razón es un rayo de luz que se derivó en nuestras ánimas de la fuente de aquella luz infinita, por cuya causa confesamos ser el hombre hecho á imagen de de Dios: la cual lumbre tanto es más perfecta, cuanto es más pura la vida y la consciencia. Y entre las diferencias que allí pusimos entre la una lumbre y la otra, una dellas era que la verdad que se alcanza por medio de la fe, es firme, cierta y infalible, porque se funda en la auctoridad de Dios, que no puede faltar, aunque este conocimiento no carece de escuridad, porque fe es creer lo que no vemos. Mas la verdad que se alcanza por la lumbre de razón, ni es tan cierta ni infalible, mas trae consigo más claridad, cuando por este conocimiento se entiende que lo que la fe cree, es muy proporcionado y conforme á toda buena razón, como cuando la fe nos manda creer que las ánimas son inmortales, y que Dios tiene providencia de las cosas humanas, y que hay pena y gloria para buenos y malos. Estas cosas predi-

ca y enseña nuestra fe, mas ellas también son tan claras en lumbre de razón, que muchos filósofos (y señaladamente Sócrates, y Platón, y Plutarco) con sola esta lumbre las conocieron. Pues cuando desta manera la lumbre de la razón se casa con la fe (que es, cuando lo que la fe nos enseña, testifica también la razón) recibe el ánima con esto una grande alegría y consolación, con la cual se confirma mucho más en la fe, porque más alumbran dos lumbres juntas que sola una.

Pues conforme á esto pretendemos tratar en esta tercera parte del misterio de nuestra redempción, declarando cómo lo que predica nuestra fe deste divino misterio, no sólo no es contra razón, mas antes es en gran manera conforme á ella. Para lo cual declararemos tres cosas principales. La primera, cuán conforme á razón sea lo que la fe testifica del pecado original en que somos concebidos. Lo segundo, cuán conveniente cosa era que aquella infinita bondad y misericordia de Dios proveyese de remedio al hombre caído, mayormente pues todo el resto del género humano padecía sin actual culpa suya por la ajena. Lo tercero, cómo no se podía hallar otra manera de remedio más conveniente, así para la gloria de Dios como para remedio del hombre, que el misterio de la encarnación y pasión de nuestro Salvador: y en este tercer punto se gastará la mayor parte deste libro. Y al fin dél se responde á las principales preguntas que acerca deste misterio se pueden hacer.

Pues para comenzar á tratar del misterio de nuestra redempción por la vía que habemos dicho, conviene presuponer lo que al principio del libro siguiente presuponemos, esto es, cómo Dios por su infinita bondad crió al hombre para hacerlo participante de su gloria, y cómo le dió todos aquellos dones y habilidades sobrenaturales (que eran justicia original y gracia) para que con ellos se dispusiese y habilitase para este tan alto fin, y cómo él por su desobediencia perdió estos dones que había recebido para sí y para sus descendientes, y en él los perdimos todos, porque cual él quedó, tales nos engendró, pecador á pecadores, mortal á mortales, desnudo á desnudos, y flaco y mal inclinado á flacos y mal inclinados. De todas estas miserias y males es la raíz el pecado original en que todos somos concebidos, que es uno de los principales dogmas de nuestra fe. Presupuesta pues la caída y la dolencia, trataremos agora del remedio della.

CUÁN CONFORME SEA Á LA LUMBRE DE LA RAZÓN LO QUE LA RELIGIÓN CRISTIANA ENSEÑA DEL PECADO ORIGINAL

CAPÍTULO II

AGORA será justo que comencemos á tratar del pecado original. Y por que el piadoso lector saque más fructo desta materia, y la lea con más atención, declararemos primero las cosas para que sirve la inteligencia della. Sirve pues principalmente para entender el misterio de nuestra redempción y la necesidad que teníamos de redemptor y médico para la cura desta dolencia. Lo segundo aprovecha grandemente para que por aquí entendamos aquella tan celebrada filosofía de los antiguos, que consiste en el conocimiento de sí mismo, que es principio y fundamento no sólo de la humildad, sino también de todas las virtudes. Porque conociendo el enfermo el peligro de su dolencia, procura el remedio, mas el que no lo conoce, no lo busca, y así peligra en él. Pues el remedio deste mal es el que usaron los sanctos, los cuales conociendo la ponzoña que traían dentro de sí, tomaron della ocasión para procurar la medicina della, que son ayunos, oraciones, sagradas liciones, limosnas y uso de sacramentos (que son medicinas ordenadas por aquel médico que vino del cielo, contra esta dolencia) y junto con éste huir todas las ocasiones de los pecados, por no añadir fuerzas y bríos de fuera á las inclinaciones que padecemos de dentro. Por lo cual no se debe tener por mal empleado el tiempo que gastáremos en la declaración y resolución desta materia, de que tanto fruto resulta.

§ I

Para entendimiento de la doctrina del pecado original se ha de presuponer como cosa de fe que no crió Dios al hombre con las imperfecciones y siniestros que agora padece así en el cuerpo como en el ánima. Lo cual, demás de ser cosa de fe, mostraremos

aquí palpablemente y cuasi á vista de ojos. Y para esto presuponemos dos cosas: la una, que este soberano Señor, aunque pudiera criar al hombre (como dicen) *in puris naturalibus* (y así estuviera subjecto á las penalidades á que agora está) pero no convenía á la magnificencia de su bondad criarlo desta manera. Y por esto no quiso que en la naturaleza humana hubiese pena donde no había culpa. La otra es, que todas las obras que él hace (cada cual en su género) son tan acabadas y perfectas, que ninguna desorden ni imperfección hay en ellas, ninguna cosa que les falte ni que les sóbre. Lo cual testifica Salomón por estas palabras (1): No hay cosa que se pueda añadir ni quitar á las obras que con tanta sabiduría y providencia hizo Dios, para ser por ellas conocido y reverenciado. Conforme á lo cual se escribe en el libro de la Sabiduría que todas las cosas hizo Dios con número, peso y medida (2), significando en estas tres palabras la perfección de todas las obras de aquel sapientísimo artífice que lo formó todo. Porque entre las cosas corporales, unas se reglan por números, otras por peso y otras por medida. Pues para dar á entender el Sabio la extremada perfección de las obras divinas, juntó estas tres cosas en uno, que son número, peso y medida. Pero no es menos claro testimonio el que leemos en el libro del Génesi (3), donde acabada la criación del mundo, se escribe que vió Dios todas las cosas que había hecho en aquellos seis días, y que eran en gran manera buenas. Donde no se contentó con decir que eran buenas, sino añadió también aquella palabra, en gran manera buenas, esto es, perfectísimas cada cual en su especie. Esto mismo testifica la filosofía seglar á cada paso, diciendo que el autor de la naturaleza siempre hace lo mejor y más perfecto. Y lo mismo confirma la razón, porque la imperfección de la obra arguye imperfección en el artífice, lo cual sería blasfemia atribuir á aquel sapientísimo Hacedor.

Supuestos estos dos fundamentos, que son tan claros, probaremos agora que no era cosa digna de Dios criar al hombre con tantos defectos y manqueras y con tantos siniestros y imperfecciones, con que nace del vientre de su madre. Para lo cual veamos agora las más principales y más comunes desórdenes de la vida humana, y después recontaremos cómo éstas nacen de la

(1) Eccles. 3. (2) Sap 11. (3) Génes. 1.

mala raíz y simiente del pecado en que fué el hombre concebido.

Pues primeramente cónstanos ser el hombre criatura racional, que es su propria naturaleza (con la cual se diferencia de todas las otras criaturas inferiores) y según esto la cosa más natural y más propria del hombre había de ser vivir conforme á razón, lo cual es vivir virtuosamente, porque la virtud está tan conjuncta con la razón, y es tanto su hermana, que la misma razón es la regla della, como Aristótiles difine. Mas nosotros vemos por experiencia cuán lejos está el común de los hombres de vivir conforme á razón y virtud, porque generalmente se rigen por sus apetitos y deseos: luego necesariamente habemos de confesar que alguna dolencia hay en la naturaleza humana, pues no hace aquello que es tan proprio de su naturaleza. Cuando vemos que el caballo no puede correr, ni el pece nadar, ni el ave volar, entendemos haber en estos animales alguna enfermedad que impide esta obra tan propria y tan natural á este género de animales. Pues muy más natural es á la criatura racional vivir conforme á razón y virtud, que cualquier destos movimientos á estos animales: luego habemos de concluir que hay alguna general dolencia en la naturaleza humana, la cual impide una obra tan propria y tan natural como ésta.

Es también común sentencia de filósofos que todas las obras naturales son deleitables, porque con este cebo nos despierta y convida la naturaleza á ellas. Así los ojos huelgan de ver, los oídos de oir, el paladar de gustar, y así las demás. Pues siendo tan natural obra de la criatura racional vivir á ley de razón y de virtud (según está dicho) había de serle la obra de la virtud muy deleitable, y la del vicio muy penosa. Mas lo contrario vemos por experiencia, que las virtudes son al común de los hombres dificultosas, y los vicios por el contrario muy sabrosos: luego doliente está la naturaleza donde hay esta desorden.

Esto mismo se prueba por la desorden de nuestros apetitos desta manera. Es el hombre compuesto de dos partes, que son cuerpo y ánima, tan desiguales entre sí, que la una es mortal y la otra inmortal, la una terrena y la otra celestial, la una semejante á las bestias y la otra á los ángeles. Estas dos partes tienen cada cual sus proprios bienes: los del cuerpo son salud, fuerzas, ligereza, riquezas y hermosura: los del ánima son éstos mismos espiritualmente tomados, esto es, salud y buena disposición del

ánima, fuerzas para resistir al vicio, ligereza para correr por el camino de la virtud, y riqueza de todos los bienes espirituales. Pues siendo tanta la ventaja que hacen los bienes del ánima á los del cuerpo, cuanto ella es más excelente que él, la orden de nuestra voluntad y apetito por natural derecho pedía que lo más precioso fuese más estimado, más amado y con más diligencia procurado. Lo contrario de lo cual vemos en el común de los hombres, los cuales precian y aman tanto los bienes del cuerpo, y búscanlos con tan grande ardor y diligencia, que de día y de noche ninguna otra cosa piensan, ni buscan, ni tratan, ni sueñan, ni hay peligros de mar, ni de tierra, ni de fuego, ni de agua, ni de lanzas y espadas á que no se arrisquen por estos bienes. Mas por los otros espirituales y divinos (que sin comparación son más excelentes) ¿quién así se desvela, quién así trabaja, quién así se pone á peligros de la vida por ellos? Pues ¿quién no entenderá por aquí el estrago y corrupción del paladar de nuestro apetito, que tan mal arrostra á la dignidad destos bienes espirituales, y tanto se desperece y fatiga por aquellos vilísimos y corporales? Lo cual se prueba aún más claro por este ejemplo. De la manera que se ha el gusto de nuestro paladar para lo dulce y amargo y para lo más dulce y menos dulce, así se ha el apetito de nuestra voluntad para el bien y para el mal, que es el objecto de nuestra voluntad, así como lo dulce y amargo lo es del paladar. Pues vemos que cuando el paladar no juzga rectamente de los sabores, teniendo lo dulce por amargo y lo amargo por dulce, lo sabroso por desabrido, lo desabrido por sabroso (como lo hace la mujer que come tierra ó pedazos de jarros de barro mal cocido) entendemos que hay dolencia en el cuerpo, y que el paladar está corrupto. Pues según esto, viendo el desorden de nuestra voluntad en el amor de los bienes, no tomando gusto en los bienes espirituales y divinos, y tomándolo tan grande en los bienes vilísimos de la carne, ¿quién no juzgará que la tal voluntad está pervertida y estragada, y que no era posible que aquel artífice soberano la criase con tal desorden?

§ II

Pasemos adelante, y tomemos por fundamento lo que acabamos de decir de la excelencia de nuestra ánima, y bajeza de nuestro cuerpo. Notoria cosa es (según toda filosofía divina y humana) que naturalmente el ánima se hizo como señora para mandar, y el cuerpo para servir y obedecer, como se hace en las respúblicas bien ordenadas, donde los nobles rigen y mandan, y el pueblo bajo obedece. Pues siendo esta orden tan natural, había de obedecer y servir este cuerpo al ánima con suavidad y facilidad, como vemos que los miembros del mismo cuerpo (sin haber entre ellos esta superioridad) sirven unos á otros, cuando es menester. Mas todos experimentamos cada hora la rebeldía y contumacia de la carne contra el espíritu. La cual explicó el Apóstol cuando dijo (1): Siento una ley en mis miembros que repugna á la ley de mi ánima con tanta fuerza, que me captiva y sujeta á la mala inclinación del pecado que está en mi carne. Pues siendo ésta una tan grande desorden y repugnancia y una como scisma entre las partes del mismo hombre, ¿cómo lo había de criar aquel sapientísimo artífice con esta manera de división y contrariedad, que es el principal impedimento de toda virtud y honestidad?

§ III

Á todo lo dicho añado el extraño olvido que los hombres tienen en buscar el último fin para que fueron criados. Porque vemos que todos los brutos animales en ninguna otra cosa se ocupan, sino en buscar todo lo que es necesario para su vida y conservación de sus cuerpos, que es el fin que les fué puesto por su Hacedor como á criaturas irracionales, que no eran capaces de otro mayor bien. Mas el fin del hombre (que dentro de sí tiene aquel rayo de la divina luz, que es la razón, por cuya virtud se dice haber sido criado á imagen de Dios, y por ella puede pasar

(1) Rom. 7.

de vuelo sobre todos los cielos, y llegar hasta el Criador dellos) otro fin tiene más alto, proporcionado á la nobleza de su estado, que es la contemplación y amor del sumo bien, que es Dios, como los más excelentes filósofos Aristóteles y Platón determinaron. Mas el medio y camino para alcanzar este género de contemplación es la posesión de las virtudes morales, con las cuales se quieta el bullicio de nuestras pasiones, que nos abaten á la tierra y apartan del cielo, y se purifican y avivan los ojos del ánima para contemplar aquella infinita luz y hermosura. Para estos dos oficios nos fué dado el entendimiento, el cual tiene dos habilidades, una para procurar las virtudes y ordenar prudentemente la vida, y otra para levantarse al estudio y consideración de las cosas espirituales y divinas. Las cuales dos habilidades llaman los filósofos y teólogos entendimiento práctico y especulativo, no porque estos dos entendimientos sean distinctos entre sí, porque no son sino uno solo, que tiene estas dos facultades que llamamos por estos nombres. Pues siendo esto así, la orden natural pedía que así como los brutos animales en ninguna cosa se emplean sino en procurar y buscar todo lo que se requiere para la perfección y conservación de su ser, que es su fin, así también en su grado lo hiciese el hombre. Lo cual vemos en el común de los hombres tan al revés, que en ninguna cosa menos se ocupan que en ésta, la cual sola había de ser su perpetua ocupación. Mas antes de tal manera han torcido y bastardeado de la generosidad de su naturaleza, que así como las bestias en ninguna otra cosa entienden sino en buscar bienes para su cuerpo, así ellos (generalmente hablando) en ninguna otra cosa noche y día se ocupan sino en lo mismo que ellas. Pues ¿qué mayor bajeza, qué mayor plaga, qué mayor dolencia puede ser que una tan noble criatura, capaz de la felicidad y gloria de Dios, venga á hacerse semejante á las bestias, y no pretender otro fin ni tener otra ocupación que ellas? Pues ¿para qué recebiste, hombre, aquel rayo de la luz divina, que es la lumbre de la razón, que te constituye en ser de hombre, y te diferencia de las bestias, y te hace capaz de Dios? Pero hay aquí otra cosa más para sentir y ponernos mayor admiración, y es que no solamente no se emplea la mayor parte de los hombres en aquellos dos oficios que dijimos (que son, procurar las virtudes y contemplar las cosas divinas) mas antes el entendimiento, que había de ser oficial y ejecutor de toda virtud, de tal manera

(si decir se puede) ha apostatado, que se ha hecho oficial y inventor de todos los vicios. Porque ¿quién ha sido el inventor de tantas diferencias de potajes, de golosinas, de lujurias, de nuevos trajes, de edificios tan costosos y tan curiosos, de tantas maneras de juegos, de cartas, de tablas, de dados, &c. y lo que peor es, de tantos pertrechos de guerras, de tantas diferencias de armas, de tanta artillería, con que llegaron á imitar lo que á solo Dios pertenecía, que es tronar, y relampaguear, y despedir rayos de las nubes, y todo esto para destruición del género humano, para que ni la mar, ni la tierra, ni otro algún lugar deje de estar regado con sangre humana? En lo cual parece que no solamente se ha hecho el hombre semejante á las bestias, mas quedó aún mucho peor, porque la malicia armada con las fuerzas de la razón á mucho mayores males se extiende. Por lo cual dice un filósofo que no hay fiera más pestilencial para el género humano que la mala voluntad ayudada con el ingenio y agudeza de la razón. Pues ¿quién no lamentará esta tan gran miseria? ¿Quién no se espantará desta perversidad y apostasía desta parte divina, que Dios puso en el hombre? ¿Quién no verá claro por este argumento la miserable dolencia de la naturaleza humana, y que no era posible que de las manos de aquel sumo artífice manase una obra tan desordenada como ésta?

§ IV

Esta desorden es tan grande y tan contraria á la rectitud y orden de la naturaleza, y espantó tanto á los profesores de la filosofía, que vinieron á tomar de aquí motivo para decir grandísimos desatinos. Porque unos considerando la orden que guardaban los animales en la conservación de sus vidas, y la desorden y confusión de las cosas humanas, vinieron á decir que Dios tenía providencia de los animales, mas no de los hombres. Pues ¿qué cosa se pudiera decir más fuera de toda razón? Y otros hubo aún más desatinados, los cuales persuadidos por las razones que habemos alegado, y por otras semejantes, dijeron que no era posible criar Dios al hombre con estas tan perversas inclinaciones y siniestros: y (no sabiendo el secreto del pecado original, causador de todos estos males) vinieron á decir que el demonio, y no

Dios, había criado al hombre con todas estas cosas de acá abajo. Y así pusieron dos principios y autores de las cosas criadas: uno de las invisibles, que era Dios, y otro de las visibles, que era el demonio. En el cual error (que fué de los maniqueos) estuvo enlazado S. Augustín hasta los treinta años de su edad, en el cual tiempo (como él tampoco sabía el secreto del pecado original) no acababa de espantarse destas desórdenes que vía en el hombre, presuponiendo que esto no podía venir de Dios, autor sanctísimo y sapientísimo. Lo cual entenderá quien leyere el libro de sus Confesiones, donde muestra las angustias y congojas que sobre este caso padescía, buscando la causa destos males. Y así en el séptimo libro de sus Confesiones, capítulo 5, dice así: Bueno es Dios, y buenas hizo todas las cosas. Pues ¿de dónde procedió el mal, y por qué puerta entró acá? ¿Cuál fué su raíz? ¿Cuál su simiente? Ó ¿por ventura no hay tal cosa? Pues ¿por qué tememos lo que no es? Y si vanamente tememos, ya ese temor es malo. Pues ¿de dónde nació, pues Dios bueno todas las cosas hizo buenas? Pues ¿de dónde tuvo origen este mal? ¿Habrá por ventura alguna materia mala, y formólo della, y dejó alguna cosa que no convertiese en bien? ¿Por qué la dejó, ó por qué no le quitó aquel mal, ó no destruyó aquella materia, ó no la convertió en bien, pues era todopoderoso? Tales cosas revolvía en mi pecho miserable, fatigado con cuidados congojosísimos del temor de la muerte, sin haber hallado la verdad. Y un poco más abajo: ¡Cuáles eran, dice él, Dios mío, los tormentos de mi ánima! ¡Cuáles los dolores de parto de mi corazón! Tú solo sabías lo que padecía, y no hombre alguno. Porque ningún tiempo ni palabras bastaban para declarar á mis amigos los tormentos que padecía. Hasta aquí son palabras de S. Augustín, en las cuales declara lo que su ánima padecía por no haber alcanzado el secreto del pecado original.

Mas la luz de la religión cristiana, maestra de la verdad, nos saca de estas perplejidades y errores. Porque ella confiesa que ninguna destas deformidades procedió de las manos de Dios, como claramente se prueba por lo que al principio alegamos, sino que el pecado fué el origen y fuente de todas estas dolencias.

Pues concluyendo y resumiendo este tan largo discurso, digo que el origen y principio de todos estos males es el pecado origi-

nal, en que todos somos concebidos. Dirá alguno: ¿Cómo probáis esto? Porque vemos en la edad tierna de los muchachos, antes que puedan pecar, las semillas de estos males (porque entonces comienza á descubrirse la ira, la envidia, el odio, la rabia, el deseo de venganza, y otras semejantes pasiones, las cuales no vienen por pecados proprios, porque aún no los tienen) por lo cual habemos de confesar que pues todos los hombres nacen con estas malas inclinaciones, y no por pecados proprios actuales, que algún pecado hubo en algún hombre que fué principio de toda la generación humana, el cual por su culpa quedó sentenciado á esta pena, y cual él quedó, tales nos engendró á todos.

De la muerte no trato aquí (á que también el hombre quedó condenado por el pecado) ni de otras infinitas enfermedades y miserias del cuerpo humano, porque mi intento principal ha sido tratar de los males espirituales de nuestra ánima, para cuyo remedio sirve el misterio de nuestra redempción, de que aquí tratamos. Todo esto se ha dicho tan por extenso para que claramente conociésemos la común dolencia de la naturaleza humana, y viésemos la necesidad que tenía de remedio, y para que cuanto más claro conociésemos la grandeza de la dolencia, tanto mejor entendiésemos lo que debíamos á aquel excelentísimo remediador que de tantos males con tanta costa suya nos libró.

También lo dicho servirá (aunque esto no sea proprio deste lugar) para que el cristiano que desea salvarse, conozca la ponzoña de las malas inclinaciones que trae dentro de sí, para que así entienda cuán recatado y temeroso debe vivir, y cuánto le convenga usar de todos aquellos remedios y medicinas que arriba tocamos, y particularmente de huir todas las ocasiones de los pecados, por que no se favorezca la mala inclinación de nuestra carne con las ocasiones que vienen de fuera. Declarada pues la común dolencia del género humano, comencemos á tratar de su remedio.

DE CÓMO PLUGO Á LA INMENSA BONDAD DE DIOS ENVIAR REMEDIO AL HOMBRE, DEJANDO AL DEMONIO EN SU OBSTINACIÓN

CAPÍTULO III

VIMOS ya en el capítulo pasado cuál quedó el hombre después del pecado: el cual (como dice el santo Concilio Tridentino) fué dentro y fuera de sí mudado, el cuerpo subjecto á muerte y á infinitas maneras de enfermedades y miserias, y el ánima con todas sus potencias desordenada en todos sus apetitos y pasiones, según hasta aquí habemos referido. Desta manera quedó mudado aquel hombre después que pecó, y así lo quedamos todos en él, porque (como dice S. Augustín) todo el género humano se perdió cuando se perdió aquél en quien todo él estaba.

Quedando pues el hombre en este estado tan lamentable, pudiera el Criador usar de su justicia, y dejarlo así desamparado, como dejó al demonio. Porque ni él tenía á quién dar cuenta desto, ni quién le tomase residencia, como dice el Sabio (1): ¿Quién te hará, Señor, cargo, ó te acusará, si todas las naciones del mundo perecieren? Ni tampoco le pudiera compeler á esto necesidad del servicio del hombre, porque así como *ab æterno* estuvo sin él hasta que lo crió, así pudiera permanecer para siempre tan glorioso y bienaventurado como agora lo es. Porque así como cuanto al ser no depende de nadie, así tampoco cuanto al bienaventurado ser. De manera que como tiene ser por sí mismo, así es bienaventurado por sí mismo, pues en él no se distingue ser y bienaventurado ser. Ni tampoco había de parte del hombre merecimientos que á esto le obligasen, pues quedando él en desgracia de Dios, no podía por sí hacer cosa que le fuese agradable, y así el Criador ni por su necesidad ni por nuestro merecimiento quedó obligado á darnos remedio, sino por solas las entrañas de su bondad y misericordia. Por dónde dijo S. Au-

(1) Sap. 12.

gustín que no le trajeron del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Y el mismo Señor declara esto por Esaías, diciendo (1): No me llamaste, Jacob, ni trabajaste en mi servicio, Israel. No me ofreciste tus carneros en holocausto, ni me glorificaste con sus sacrificios. Mas con todo eso me hiciste servir en tus pecados, y me diste bien en qué entender en el remedio de tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí, y dellos no me acordaré. Estemos á cuenta y razón, y dime si tienes algo con que puedas por ti, sin mí, ser justificado. Hasta aquí son palabras del Señor por Esaías. Esto mismo es lo que claramente dice el Apóstol por estas palabras (2): Aparecido ha en nuestros días la benignidad y humanidad de Dios nuestro Salvador, no por las obras de justicia que nosotros hecimos, sino por su misericordia, por la cual nos quiso salvar.

§ I

Podrá alguno preguntar. Pues pecó el ángel, y pecó el hombre, ¿por qué no proveyó Dios de remedio al ángel, y proveyó al hombre? Bastaba para satisfacer á la religión y humildad cristiana la determinación y voluntad divina, porque (según dice Salviano) así como pesa más Dios que toda razón, así basta para satisfacernos la determinación de su voluntad más que toda otra razón. Pero con todo esto no faltan en esta parte grandes conveniencias, porque (como dice Santo Tomás) la divina Providencia provee de remedio á todas las criaturas, conservando la naturaleza dellas, sin mudar lo que él crió. Pues es de saber que la naturaleza del ángel (según la opinión del mismo santo Doctor) es ser invariable en lo que una vez se determina. Porque así como luego de primera instancia entiende todo lo que puede entender, así también está fijo y constante en la primera voluntad en que se determinó. Mas el hombre no es así, sino de naturaleza mudable y vertible, porque así como entiende hoy una cosa y mañana otra contraria, así hoy tiene una determinación y mañana otra, hoy propone una cosa y mañana se arrepiente della, y propone otra.

(1) Esai. 43. (2) Tit. 3.

Y así el hombre según su naturaleza es capaz de arrepentimiento y penitencia, lo que no es el ángel. Y por eso la enfermedad del hombre fué capaz de remedio y medicina, y no la del ángel.

Con esto también se junta que si el ángel cayó, fué por su propria y sola voluntad, sin que nadie le tentase ni solicitase al mal, pero el hombre, cuando pecó, fué provocado y solicitado por su adversario: por dónde parece cosa conveniente que sea ayudado para el bien quien fué solicitado para el mal, y que tenga padrinos que le aconsejen lo bueno, quien tuvo tentadores que le aconsejasen lo malo. Y pues hubo quien le atravesase el pie para que cayese, haya quien le dé la mano para que se levante, pues no es razón que sea la criatura de Dios más capaz del mal que del bien, sino que como puede ser ayudada en lo uno, lo pueda también ser en lo otro.

Item, hay aquí otra cosa mucho para considerar, y es, que si el ángel cayó, cayó por su proprio pecado, que él por sí mismo cometió, sin que el pecado ajeno le perjudicase. Pero en los hijos de Adán no es así, los cuales nacen en pecado original y hijos de ira por el ajeno pecado, que también les es proprio. Y siendo esto así, convenientísima cosa era que pues la culpa ajena nos dañó, la sanctidad ajena nos ayudase, porque de otra manera parecería haber Dios criado al hombre más capaz de mal que de bien, pues le podía dañar la ajena malicia, y no le podía aprovechar la virtud ajena. Siguiérase también de aquí que fuese mayor el reino de la justicia de Dios que el de su misericordia, pues la justicia se extendía á castigar los hombres por pecados ajenos, y la misericordia no llegaba á galardonarlos por merecimientos ajenos. Por lo cual era cosa convenientísima que hasta donde llegaba la justicia en su reino, llegase la misericordia en el suyo. Con lo cual cesa la querella del hombre, que pudiera decir: ¿Que hice yo, Señor, en el vientre de mi madre, por que naciese en pecado? Porque á esto le pueden responder: ¿Qué heciste tú cuando fuiste baptizado, para que fueses justificado dese pecado? De manera que si dices que sin hacer tú por qué, te entregaron al enemigo, no te agravies deso, porque sin hacer tú por qué, te libraron dél. Y así se cumple en ti lo que Dios dijo por Esaías (1): De balde fuistes vendidos, y de balde seréis comprados.

(1) Cap. 52.

Hay también aquí otra cosa de mucha consideración, y es, que si el demonio tentó al hombre, no fué por sólo querer dañar al hombre, sino también por hacer guerra á Dios en su criatura, para que no consiguiese el fin para que la había criado, y así no saliese Dios con lo que pretendía. Y en ninguna manera convenía para la gloria de Dios que el demonio se pudiese gloriar de haber prevalecido contra él y impedido sus consejos y decretos. Por esto convenía que Dios volviese por su honra, y rodease el negocio de tal manera que no sólo no se impidiese su propósito (que era ayuntar consigo al hombre) antes se adelantase y perficionase, como ello se hizo. Porque donde antes había determinado hacer al hombre una cosa consigo por gracia, agora determinó ayuntarlo á sí en una misma persona, que es la más estrecha unión que se puede imaginar. Desta manera suele Dios triunfar de sus enemigos, tomando ocasión, para hacer las cosas más excelentes, de los medios que ellos intentan para impedirlas.

CÓMO NI EL HOMBRE, NI EL ÁNGEL, NI OTRA PURA CRIATURA PODÍA EN RIGOR DE JUSTICIA SATISFACER POR LA COMÚN DEUDA DEL GÉNERO HUMANO

CAPÍTULO IV

PRESUPUESTO ya que era cosa conveniente á la divina Bondad proveer de remedio al hombre caído, síguese que tratemos del remedio que para esto escogió. Para lo cual conviene primero presuponer que Dios nuestro Señor no usa comúnmente de su poder absoluto en las cosas que determina hacer, porque como él sea sumamente perfecto, así lo son todas sus obras, y así guarda en ellas toda la orden y rectitud que conviene á su sabiduría y justicia. Y esto es lo que significó el Sabio, cuando dijo que disponía todas las cosas suavemente (1), procediendo por medios convenientes á sus fines. Y pues esta orden guarda comúnmente en todas sus obras, mucho más quiso que se guardase en la obra de nuestra redempción, que es la más excelente de todas y la que por excelencia se llama obra de Dios, como el Salvador la llamó (2), y así quiso que se encaminase por el más excelente medio que se podía hallar. Esto mismo guardó este Señor en las obras de naturaleza, que son muy bajas en comparación désta. De dónde procedió aquella común sentencia de los filósofos, los cuales dijeron que la naturaleza (esto es, el autor de la naturaleza) siempre tiraba á hacer lo mejor y más perfecto, y que si algunas veces hacía monstruos, era para perfección del universo, para que por lo avieso y desordenado se conociese mejor la orden y hermosura de lo perfecto. Y en consecuencia desto dicen que en la generación del hombre siempre la naturaleza pretende hacer varón (como cosa más perfecta) mas por algún accidente que en la materia ó en la virtud formativa se halla, viene á engendrarse hembra. Pues si esta orden guarda aquel soberano artífice en las obras de naturaleza, que no tienen por fin más que un ser natural y corruptible, ¿cuán-

(1) Sap. 7. (2) Joan. 4.

to más la guardará en las obras de gracia, cuyo fin es sobrenatural y divino? Los hombres cuando quieren hacer alguna obra, suelen tener respecto al trabajo y á la costa que les ha de hacer, y si esto sobrepuja sus fuerzas y su caudal, hacen las obras según les es posible, aunque sean menos perfectas de lo que ellos deseaban, porque (como suelen acá decir) va el rey donde puede, y no donde quiere. Mas en Dios (que es infinitamente rico y poderoso) en ningún modo cabe lo dicho. Y por eso hace las obras tan perfectas cuanto conviene á su infinita bondad y sabiduría, como se ve en esta obra de nuestra redempción, la cual él trazó y ordenó con tanta perfección, que no se puede imaginar otra mayor, así para gloria suya como para el remedio de nuestra miseria, que son las dos cosas que él pretende en todas sus obras, como adelante se dirá. De manera que si todos los entendimientos de hombres y ángeles se juntaran en uno, no pudieran inventar ni desear otro modo más conveniente para lo dicho, que éste.

Y con este fundamento (que es firmísimo) queda respondido á todas las preguntas que hacen los hombres ignorantes, diciendo: ¿No pudiera Dios por otros modos remediar el linaje humano sin tanta costa y trabajo suyo? A los cuales fácilmente respondemos que pudiera él hacer esto por otros mil medios, si quisiera. Mas (como ya dijimos) nunca mira él á lo que puede hacer de su poder absoluto (porque desta manera bien podría él en un punto llevar al cielo todos los que están en el infierno) sino lo que conviene á la dignidad y á las leyes de su sabiduría, de su bondad, y de su justicia, y de su misericordia. Y teniendo respecto á esto, imposible era hallarse medio más conveniente que éste. Lo cual declara muy bien Eusebio Emiseno por estas palabras (1): Había pecado el primer hombre por su culpa y desobediencia, movido por su propria voluntad, inducido por el demonio, mas no forzado. Por lo cual podía por vía de misericordia ser redemido, mas no convenía que como inocente fuese por el divino poder librado. Y no usando Dios en esta obra de su poder, sino de su justicia, era menester para la satisfación de su culpa un hombre puro y sancto y limpio de todo pecado. Porque no podía alcanzar remedio para los pecados el que estuviese subjecto á ellos, ni podía entrevenir por los siervos el que estaba obligado á las leyes de

(1) Euseb. Emis. Homil. 7 de Symb.

la servidumbre. Mas hombre tan puro y libre como éste, no lo tenía nuestra región. Por lo cual de otra parte había de venir, para que pudiese ofrecer debida satisfación el libre por los deudores, el justo por los injustos, el inocente por los pecadores, el cordero por los cabritos: el cual fuese en lo exterior del mismo linaje que el pecador, mas no de la misma condición, semejante á él en la cualidad de la substancia, mas desemejante en la pureza de la vida, para que de nosotros tomase de donde por nosotros pagase, y de sí tuviese que ninguna cosa debiese. De manera que de nosotros ofreció el sacrificio, mas de sí nos dió la gracia del perdón.

Y más abajo, en la homilía siguiente, prosiguiendo la materia del mismo misterio, dice así: No tuvo el Salvador pecado original, porque no tuvo lugar en él la vileza de nuestra generación, y por tanto pudo destruir la muerte que á todos se debía, porque él padeció la que no debía. Y así por su indignísima pasión satisfizo por los pecados ajenos, porque él no tenía pecados proprios. Y desta manera por vía de justicia fué vencido el enemigo del linaje humano. Porque habiéndosele entregado el hombre, y héchose suyo por el pecado, el demonio engañándose por la costumbre que tenía de matar los otros hombres pecadores, acometió al inocente, y matando al libre, perdió al cautivo, y así perdió el derecho suyo acometiendo al hombre, que no era suyo. Todo lo susodicho es deste doctor, el cual en pocas palabras resumió la substancia deste misterio.

§ I

Mas para mayor luz desta doctrina trataremos agora más distinctamente della. Para lo cual conviene declarar que (según este Sancto dice) ninguna criatura, no sólo humana sino también angélica, era poderosa para satisfacer por vía de justicia por esta común culpa de la naturaleza humana. Porque notoria cosa es que cuanto una persona es de mayor dignidad, tanto es mayor la ofensa hecha contra ella, y así cuantos son los grados de la dignidad de la persona ofendida, tantos son los de la indignidad de la ofensa hecha contra ella. Pues constándonos que la majestad de Dios es infinita, claro está que la ofensa cometida contra ella tam-

bién lo es, y por consiguiente, en ley y rigor de justicia, ninguna pura criatura era poderosa para satisfacer por ella, pues todo el caudal de las criaturas es limitado y finito. Con lo cual se junta otra manera de infinidad, que es el número de los hombres comprehendidos en este pecado en que todos nacemos, el cual, dado que no sea infinito, no repugna serlo cuanto es de parte de la especie humana, que se puede multiplicar sin término alguno. Y pues todos estos hombres nacen en pecado, ¿cuál dellos había de ser poderoso para satisfacer por tanto número de pecadores y de pecados como son los de los nacidos y por nacer, no sólo los originales sino también los actuales, que son muchos más, siendo esta deuda universal, y el hombre persona particular?

Allende desto todas las criaturas, así ángeles como hombres, han recebido todo lo que tienen de Dios, según aquello del Apóstol (1): ¿Qué tienes que no hayas recebido? Y por consiguiente, todo lo que tienen, es debido por derecho de justicia al que todo lo dió. Por dónde no puede la criatura descargar nueva deuda con servicio ya por otro título debido, así como no puede un esclavo que hurtó cien ducados á su señor, satisfacerle con todos los servicios que le hace, porque todos ésos le son ya debidos por título de la servidumbre.

Allende desto el hombre por el pecado estaba en desgracia y enemistad de Dios, en el cual estado no podía hacer obra que fuese agradable á Dios, porque no acepta Dios servicios de enemigos sino de amigos, ni obras hechas con solas fuerzas de naturaleza sino de su gracia. Por lo cual no se puede decir que pues el hombre fué poderoso para hacer obra con que desagradase á Dios, también podría hacer obra con que le agradase, pues para lo uno basta la naturaleza, y para lo otro es necesaria la gracia. Mayormente que el hombre es más poderoso para dañarse que para remediar el daño que él mismo se hace, porque puede por sí matarse, mas no puede por sí resucitarse, puede por sí solo caer en pecado, mas no puede por sí solo salir del lazo del pecado, si no fuere ayudado por Dios.

Hay también otra muy grande inhabilidad en el hombre, y es que cuanto es de más vil y baja condición (si lo comparamos con los ángeles) tanto es mayor la injuria que pecando hace, y menor

(1) I Cor. 4.

la satisfación que con su arrepentimiento ofrece, porque la bajeza de la persona hace que la ofensa sea mayor, y la satisfación menor. Así vemos que la bofetada dada á un hombre honrado por una persona vil, se tiene por mayor injuria que la dada por otra noble, y asimismo la satisfación de la tal persona es tenida por tanto de menor valor, cuanto la persona es más desvalida.

Mas ¿qué digo yo de la satisfación del hombre culpado, pues todo lo que después de la sagrada humanidad de Cristo está criado, no basta en rigor de justicia para satisfacer por ofensa hecha contra majestad infinita? La razón desto da agudamente S. Anselmo, diciendo que pecar es desacatar á Dios (cuanto es de parte de la desobediencia del pecado) lo cual el hombre no debía hacer, aunque se perdiese todo lo que hay fuera de Dios, pues vale él infinitamente más que todo ello. Por lo cual el derecho de la razón y justicia pide que el hombre pecador ofrezca en satisfación alguna cosa mayor que aquélla por la cual no lo había de ofender, que es todo lo criado: lo cual el hombre no podía ofrecer, pues es una pequeña parte de todo ello, y así no tenía caudal para recompensar tan grande deuda como ésta.

Y descendiendo más en particular á tratar de los ángeles, no era razón que Dios cometiese el cargo desta satisfación á alguno dellos, por alto que fuese. Porque demás de las razones susodichas, era cosa impropria que siendo la culpa de la naturaleza humana, la satisfación fuese de extraña naturaleza, cual es la angélica. Y demás desto, como dice Eusebio Emiseno (1), fuera gran desorden que la criatura reparase lo que el Criador había formado. Y llevando el negocio por términos de justicia (como era razón) no valía tanto la persona del ángel cuanto la salud de todo el mundo, y imposible cosa era que el criado de Dios hiciese el oficio de Dios, porque aprovechar á todos los siglos presentes, pasados y venideros á solo el universal Señor de todos los siglos pertenecía. Y allende desto no convenía, ni para la gloria de Dios, ni para la dignidad del hombre, ser por ángel redemido. Porque ¿qué cosa fuera deber el hombre á Dios el beneficio de la criación, y al ángel el de la redempción, siendo tanto mayor este beneficio que el otro, cuanto es más el ser divino que el humano? Porque si el cumplimiento de toda la felicidad humana

(1) Euseb. Emis. Homil. 11 de Pascha.

consiste en gozar de aquella bienaventurada inmortalidad, ¿cuánto mayor beneficio hace al hombre el que lo introduce en aquella vida, que quien lo crió en este valle de tantas miserias? Por dónde, si Dios por sí nos criara en esta vida, y un ángel nos mereciera la otra, al ángel deberíamos lo que es más precioso, y á Dios lo que no es tanto. Y cuán grande inconveniente sea éste, decláralo S. Augustín, hablando con Dios, por estas palabras: Señor, si vos me distes que fuese, ¿quién me pudo dar que fuese bueno, sino vos? Porque si vos me distes el ser, y otro el buen ser, mejor sería el que me dió el buen ser, que el que me dió el ser. Mas aunque haya distancia de lo uno á lo otro, ambas cosas nos dió este Señor. Porque cuando él crió al hombre, él por sí solo lo quiso criar, y así dijo (1): Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza. Pues el que no se desdeñó de criarlo por sí, ¿había de tener asco de repararlo por sí? No por cierto, mas antes si fué gran gloria suya criar al hombre, mucho mayor lo fué redemirlo. Pues no era razón que el común Señor quitase esta gloria de sí, y la diese á su criatura, pues él dice por su Profeta que él solo es Dios, y que á nadie ha de dar su honra (2). Por tanto el que fué nuestro criador, quiso también ser nuestro redemptor, para que toda esta gloria fuese suya, y así lo fuese todo nuestro amor. Y esto es lo que divinamente dijo S. Anselmo en pocas palabras: Por que no repartieses el amor entre criador y redemptor, el mismo Señor quiso ser tu criador y redemptor.

(1) Genes. 1. (2) Esai. 42.

CÓMO SOLO EL HIJO DE DIOS EN RIGOR DE JUSTICIA PODÍA DESCARGAR LA COMÚN DEUDA DEL LINAJE HUMANO, Y CUÁN CONVENIENTE HAYA SIDO ESTE MEDIO PARA ESTE DESCARGO

CAPÍTULO V

De lo que acabamos de decir en este capítulo, resulta claro por las razones alegadas que ni el hombre, ni el ángel, ni otra pura criatura tenían caudal de virtud y gracia para redimir el linaje humano, sino que á solo aquel Señor que tuvo por bien criarlo, pertenecía redemirlo. Mas decendiendo agora á tratar este misterio más en particular, será necesario declarar la orden y consejo admirable que la divina Sabiduría escogió para obrar este tan gran negocio.

Quiso pues primeramente que el camino y medio de nuestra salvación fuese contrario al de nuestra perdición, y que así como un hombre pecador había destruído al mundo, así otro hombre justo lo restituyese, y que así como el pecado y la muerte entraron por uno, así la vida y la justicia entrasen por otro, y que así como el pecado de un hombre se derivó en todos los hombres, así la sanctidad de un solo hombre se derivase (cuanto es de su parte) en todos ellos.

Esto pedía la ley y orden de justicia, y también lo pedía el orden de naturaleza, que Dios generalmente guarda en todas las cosas, el cual habiendo repartido todas las criaturas del mundo en linajes y familias, puso en cada linaje una cabeza, que es una criatura la más noble de aquel linaje, la cual fuese causa de la nobleza que hay en todas las que se comprehenden debajo della. Pongamos ejemplos. En el linaje de los cuerpos que se mueven, el principal es el primer cielo, que llaman el primer móvile, y éste es causa general de todos cuantos movimientos corporales hay en la tierra. Asimismo en el linaje de los cuerpos resplandecientes (como son las estrellas) crió Dios una mucho más resplandesciente, que es el sol, el cual es causa de la luz y resplandor de todas ellas, porque todas lo reciben dél.

Pues desta manera, queriendo Dios poblar y adornar el cielo y la tierra con las ánimas de los varones justos y sanctos, ordenó que hubiese un sancto extremado y aventajado en toda sanctidad, del cual se derivase el resplandor de la sanctidad en todos ellos, y así se llamase *Sanctus sanctorum*, que es, el Sancto de los sanctos, no sólo porque es el mayor de todos, sino porque es sanctificador de todos. Y por esto también se llama este Señor sol de justicia, porque dél reciben justicia y gracia todos los justos. Y así dice S. Juan que de la plenitud y abundancia de su gracia recebimos todos gracia (1). Por dónde entenderán los que por algunas piadosas conjecturas piensan tener alguna centella de gracia, ó de devoción, ó de sanctidad, de quién la tienen y á quién la han de agradecer. Porque lo que deben los miembros á la cabeza, y las ramas del árbol á su raíz, y las estrellas al sol, y generalmente todos los efectos á sus causas, eso deben todos los justos á este justificador.

Esto mismo era un medio convenientísimo para la cura de nuestras necesidades y males. Porque la primera y mayor necesidad que teníamos, era ser restituídos á la antigua amistad y gracia de nuestro Criador, la cual habíamos perdido por aquel común pecado, por el cual estaba este Señor enemistado con los hombres, los cuales, como el Apóstol dice (2), nascían hijos de ira. Y como la amistad y gracia de Dios para con sus criaturas sea la primera causa de todos los bienes dellas, faltando ésta, faltaban también los beneficios que desta amistad procedían. Lo cual declara el Señor por Esaías, diciendo (3): Vuestros pecados fueron la causa de la división entre mí y vosotros, y ellos me apretaron las manos para no haceros bien.

Estando pues los hombres en esta desgracia con su Rey y Señor, era necesario (lo que se suele comúnmente hacer, cuando las partes están desavenidas) un buen tercero y medianero que las redujese á amor y concordia. Éste no podía ser más conveniente que el mismo Hijo de Dios humanado. Porque el tal medianero convenía que fuese poderoso con ambas las partes, y sin sospecha dellas para que fuese fidelísimo en el negocio que trataba. Pues para esto, ¿qué cosa se pudiera ordenar más á propósito que hacerse Dios hombre, para ser medianero entre

(1) Joan. 1. (2) Ephes. 2. (3) Esai. 59.

Dios y los hombres? ¿Qué cosa más fiel para con Dios que el que era Dios? Y ¿qué cosa más fiel para con el hombre que el que era hombre? Y ¿quién más amigo de ambas naturalezas que el que las tenía en sí entrambas? De manera que ambos los negocios tenía por suyos, el de Dios, porque era Dios verdadero, y el del hombre, porque era verdadero hombre. Pues para este fin ninguna cosa se podía, no digo ordenar, mas ni imaginar ni desear más á propósito.

Asimismo este medianero, demás de lo dicho, convenía que fuese amicísimo y gratísimo en los ojos de Dios, porque quien había de hacer tan grandes y tan generales amistades, quien había de apagar la llama deste odio, quien había de hacer amigos de tantos enemigos como eran todos los siglos presentes, pasados y venideros, necesariamente había de ser amicísimo y gratísimo en los ojos de Dios, para que con la abundancia de sus gracias se deshiciesen tantas desgracias, y con la grandeza de su amistad se echasen en olvido tantas enemistades. La sal que ha de dar sabor y salar todos los manjares, ha de ser en sí saladísima, y el sol que ha de dar claridad á todas las estrellas, ha de ser en sí clarísimo: y así el que ha de hacer gratos y amigos á todos los hombres en los ojos de Dios (siéndole antes enemigos) ha de ser á él gratísimo y amicísimo. Pues ¿quién podía ser para esto más conveniente que el unigénito Hijo de Dios, infinitamente amado de su eterno Padre? Á éste pues nos dió la inmensa bondad de Dios por medianero y reconciliador, como lo testifica el Apóstol por estas palabras, que en sentencia dicen así (1): Dios estaba en Cristo reconciliando por él consigo al mundo, y puso en nuestra boca la palabra y embajada desta reconciliación. Por lo cual (como fieles embajadores) os rogamos queráis reconciliaros con Dios, mayormente pues él siendo ofendido, no sólo os convida primero con la paz, mas también os ofrece la satisfación de la ofensa pasada por medio del sacrificio de su Hijo. Pues por este medio el eterno Padre, como dice el mismo Apóstol (2), nos trasladó al reino de su amantísimo Hijo, y nos dió licencia y osadía para llegar á él por este medianero, y pedirle mercedes. Y así lo confirmó el mismo Hijo, cuando á sus discípulos dijo (3): No digo yo solamente que rogaré al Padre por vosotros, sino que

(1) II Cor. 5. (2) Colos. 1. (3) Joan. 16.

vosotros también le rogaréis, y seréis admitidos y recebidos dél como yo. Ca el Padre también os ama, porque vosotros me amastes y creístes que fuí enviado por él. Como si más claramente dijera: De tal manera negociaré estas paces entre mi Padre y vosotros, que no sólo el Padre os haga mercedes por mi intercesión, sino también por la vuestra. Desta manera dice el Apóstol (1) que el Padre nos hizo gratos en sus ojos por medio del gratísimo y amantísimo Hijo suyo, por quien alcanzamos la redempción y perdón de nuestros pecados.

§ I

Mas acerca desta reconciliación es mucho de notar que como en todas las obras de Dios se hallen juntas misericordia y justicia, así era razón que se hallasen en ésta, que es la mayor de todas, perdonando Dios de tal manera la culpa, que también la ofensa quedase satisfecha. Lo cual divinamente declaró el Apóstol, que después de aquellas palabras que alegamos (Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, perdonándole sus pecados) añadió luego: Aquél que no sabía qué cosa era pecado, hizo por nosotros pecado, porque nosotros fuésemos justificados por él. Como si dijera: Aquel inocentísimo Cordero que no sabía qué cosa era pecado, hizo pecado, esto es, sacrificio por los pecados, para que mediante el mérito deste sumo sacrificio fuese Dios aplacado, y la ofensa contra su divina majestad cometida quedase satisfecha, y así se hallasen en esta obra las dos hermanas susodichas, misericordia y justicia. Porque misericordia fué perdonar Dios los pecados al hombre, y justicia fué perdonarlos por la satisfación de su Hijo. El cual, como no era deudor de muerte (porque no tenía pecado) ofreció la muerte que no debía, por la que el mundo debía. Y desta manera quedó el hombre perdonado, y el pecado castigado. Y así se cumplió lo que el Psalmista había dicho (2), que la misericordia y la verdad se encontraron, y la justicia y la paz se besaron, esto es, se hermanaron entre sí. Las cuales hasta entonces estaban diferentes. Ésta fué una de las maravillas que Dios obró en este misterio,

(1) Ephes. 1. (2) Psalm. 84.

porque la misericordia y la justicia pedían cosas contrarias. La misericordia pedía que perdonase Dios al hombre, y la justicia que lo castigase Entre las cuales dos demandas halló tal medio la divina Sabiduría, que se cumpliese perfectísimamente lo que ambas partes pedían, porque no pudo ser mayor misericordia que ofrecer su vida el Hijo de Dios por el hombre, ni mayor justicia que pagarse la culpa del hombre con el sacrificio de Dios hecho hombre. Y aun pasa el negocio adelante, porque de tal manera se hallaron aquí estas dos virtudes juntas (siendo al parecer contrarias) que cuanto hay más de la una, se halla más de la otra, porque cuanto es mayor la justicia que Dios usó con su Hijo inocente, tanto fué mayor la misericordia de que uso con el hombre culpado, porque ni pudo ser mayor justicia que aquélla, ni mayor misericordia que ésta.

Y así como en esta obra se hallan estas dos compañeras de todas las obras divinas, así también se hallan otras dos, que semejantemente las acompañan, que son, gloria de Dios y provecho del hombre. Porque en esta obra fué Dios sumamente glorificado con aquel preciosísimo sacrificio de su Hijo, y el hombre copiosísimamente redemido y honrado, como adelante se declara.

Mas dirá por ventura alguno: ¿Qué orden de justicia consiente que pague el inocente por el culpado, pues no menos desagrada á aquel justo y soberano Juez padecer el que no tiene pecado, que dejar el culpado sin castigo? Á esto se responde que no agrada á Dios el castigo del inocente, mas agrádale sumamente la caridad y misericordia del inocente, cuando de su propria voluntad se ofrece á satisfacer por el culpado, como lo podría hacer un hombre virtuoso, el cual viendo llevar á la cárcel un hombre por deudas que debe, movido de compasión tomase á su cargo las deudas del preso. En el cual caso justo sería librar al deudor por la satisfación del piadoso fiador. Pues si esto se usa y platica entre los hombres, con mayor razón tendrá lugar en las obras de aquel magnificentísimo Señor, que siempre busca ocasiones para usar de su natural bondad y clemencia. Y así vemos cuántas mercedes hizo á muchos, no por sus merecimientos, sino por los ajenos. Así las hizo á Ismael por amor de su padre Abraham (1), y á Esaú por amor de Jacob, y á los hijos de

(1) Gen. 17.

Loth, puesto que servidores de ídolos, por amor de su padre, no consintiendo que á éstos y á los decendientes de Esaú se tomase un palmo de la tierra que él les había dado. Pues ¿cuántas veces perdonó á muchos de los reyes de Judá por amor de David su padre? Y lo que más es, el mismo Señor confiesa que mereciendo su pueblo ser por gravísimos pecados castigado, buscaba algún varón sancto, para que con sus merecimientos y oraciones aplacase su ira, y detuviese el castigo que estaba merecido. Porque desta manera aplacó Moisén á Dios, ayunando cuarenta días y haciendo oración por el pecado de su pueblo. Pues siendo ésta la naturaleza y condición de aquella suma Bondad, ¿qué cosa pudiera ser más conforme á ella, que perdonar al mundo por el sacrificio voluntario de su único Hijo, ofrecido por los pecados con entrañas de ardentísima caridad y compasión de nuestros males? Y aun esta manera de remedio convenía para la culpa del género humano, el cual así como había sido condenado por ajena culpa, así fuese absuelto por ajena justicia, como arriba se declaró.

CUÁN PROPORCIONADA HAYA SIDO LA MANERA DE LA SATISFACIÓN DE NUESTRO SALVADOR, Y CUÁN CONFORME Á LAS LEYES DE JUSTICIA

CAPÍTULO VI

Mas no se contentó la divina Justicia con que tuviese virtud y gracia de merecimiento infinito el que hubiese de satisfacer por culpa infinita, sino quiso también que hubiese proporción y correspondencia entre la satisfación y la culpa. Para cuyo entendimiento se han de presuponer dos cosas: la una, que así como en la medicina se cura un contrario con otro (que es, lo frío con lo caliente, y lo caliente con lo frío) así la satisfación de las culpas se hace con virtudes á ellas contrarias, esto es, la soberbia con humildad, la avaricia con largueza, el regalo de la gula con el rigor de la abstinencia, &c. Es pues agora de saber que dos deformidades grandes entrevinieron en aquel primer pecado. Porque primeramente hubo en él soberbia, y tan gran soberbia, que el que era puro hombre, quiso usurpar la semejanza de Dios. Á lo menos la mujer engañada por la serpiente esto deseó. Pues para la cura de tan gran soberbia, ¿qué otro medio había más proporcionado que una humildad tan grande, cuanto lo fué aquella soberbia en su malicia? Pues si la soberbia fué levantarse un puro hombre á usurpar la semejanza de Dios, la humildad había de ser que el que era verdadero Dios se abajase á tomar semejanza y forma de hombre. Lo cual solo podía hacer y hizo aquel Señor, de quien dice el Apóstol (1) que estando en forma de Dios, y siéndole natural y propria esta dignidad, se abajó á tomar verdadero ser y forma de hombre.

Y asimismo en aquella soberbia del primer hombre hallamos también que el que era por ley de naturaleza y de justicia totalmente siervo y subjecto á su Criador, se eximió desta jurisdición, y se hizo libre y señor absoluto de sí mismo, cumpliendo su propria voluntad contra la de su legítimo y verdadero Señor. Pues se-

(1) Philip. 2.

gún esto, la emienda desta culpa había de ser que el que era plenariamente señor, bajase á tomar forma de siervo y á hacer oficio de siervo, porque sola esta humildad se contrapone á aquella soberbia, pues deciende tanto cuanto aquélla se levantó. Lo cual sólo pudo hacer Aquél que siendo universalmente señor de todo, se abajó á tomar forma de siervo, como su Apóstol dice, y como el mismo Señor testifica, diciendo (1): No vino el Hijo del hombre á ser servido, sino á servir. Y en otro lugar hablando con sus discípulos (2): Yo, dice él, estoy en medio de vosotros, no como señor que está asentado á la mesa, sino como ministro que sirve.

Lo segundo, en aquel primer pecado se halló manifiesta desobediencia de aquel hombre, que en todo y por todo estaba obligado á obedecer á su Criador y Señor. La cual desobediencia no tenía otro más proprio contrario que la obediencia de aquel Señor que siendo exempto de toda subjección, quiso por sola su voluntad hacerse obediente hasta la muerte. Y así como la desobediencia de aquél llegó á poner las manos en el árbol vedado, así la obediencia déste llegó á extender las suyas en el árbol de la cruz, como el eterno Padre lo había ordenado, para que lo que por un árbol se había perdido, por otro fuese restaurado, y el demonio, que por un árbol venciera, por otro fuese vencido. Pues de la satisfación desta obediencia se siguió lo que el Apóstol dice (3), que así como la desobediencia de un hombre fué causa de haber muchos pecadores, así la obediencia de Cristo lo fué de haber en el mundo muchos justos.

Demás destas conveniencias da S. Augustín otra en el libro que intituló: *Cur Deus homo*, la cual prosigue con un maravilloso discurso, que es razón engerir en este lugar para consolación de los fieles. Pregunta pues este Sancto por qué quiso Dios que fuese tan áspera la satisfación de Cristo mediante su muerte, con todo lo demás que en ella padeció. Á lo cual responde diciendo que así como el primer hombre pecó por la suavidad de aquella fruta que comió, así la satisfación deste pecado había de ser con desgusto y aspereza, y el hombre, que vencido del demonio tan fácilmente desacató á Dios cuando pecó, tan ásperamente fuese reparado por Cristo cuando por la gloria y obediencia de su Padre padeció. Y ninguna cosa más áspera puede el hombre pade-

(1) Matth. 20. (2) Lucæ 22. (3) Rom. 5.

cer por la honra de Dios, que muerte voluntaria y no debida, ni otra mayor le puede ofrecer que este linaje de muerte. Mas cuánto sea lo que el Hijo de Dios ofreció á su Padre cuando dió á sí mismo, todos lo entendemos. Pues como sea verdad que tan grande ofrenda como ésta no deba carecer de galardón, necesario es que el Padre eterno la gratifique á su Hijo. Ca de otra manera sería injusto, si no le quisiese gratificar, ó impotente y flaco, si no pudiese, y ni lo uno ni lo otro cabe en Dios. Mas á quien se gratifica algún servicio, forzadamente ó le han de dar lo que no tiene, ó perdonarle lo que debe. Mas nada desto cabe en la persona de Cristo, porque quitada aparte la gloria de su cuerpo y de su sancto nombre, no le fué dado más de lo que él tenía. Ni tampoco había cosa que se pudiese perdonar á quien no tenía pecado. Pues luego ¿qué galardón se podrá dar al que está tan rico, y al que ninguna culpa tiene que se le pueda perdonar? De manera que por una parte hay obligación de galardonar, y por otra imposibilidad. Pues si un galardón tan debido no se da al Hijo, ni á otro alguno por él, parece que en vano el Hijo ofreció tan grande ofrenda á su Padre. Por lo cual es necesario que pues al Hijo no se puede dar debido galardón, se dé á otro por él. Pues si el Hijo quisiere hacer donación á otro de lo que á él se debe, ¿podrá por ventura el Padre negar esto que el Hijo requiere? Síguese luego que el Padre está obligado á dar el premio desta obra á quien el Hijo lo quisiere aplicar. Pues ¿á quién podrá él aplicar más convenientemente el fructo y galardón de su muerte, que á aquéllos por quien se hizo hombre, y á quien con su muerte dió ejemplo de morir por la justicia? Por dónde en vano serán imitadores de su ejemplo, si no fueren participantes de su merecimiento. Y ¿á qué otros más justamente hará él herederos de la deuda que á él se debe, que á sus padres y hermanos, á los cuales ve obligados con tantas deudas, y sumidos en el profundo de las miserias, para que les sea perdonado lo que por el pecado deben? Ciertamente ninguna cosa se pudo denunciar al mundo más conforme á razón, ninguna más dulce, ninguna más digna de ser deseada. Por lo cual puede el hombre por esta vía concebir una grande fe, confiando que á nadie desechará el Padre eterno de sí, llegándose á él debajo de la confianza deste glorioso nombre, si con todo eso se llegare con la disposición y aparejo que pide la participación desta gracia. Demos pues todos gracias á Dios, porque si caímos

gravemente, somos relevados maravillosamente, pues por la muerte del medianero alcanzamos una tan grande misericordia que sobrepuja toda deuda. Porque ¿qué mayor misericordia que decir Dios á un pecador condenado á tormentos eternos: Toma á mi hijo, y ofrécelo por ti, y decir el mismo hijo: Tómame á mí, y dame por ti? Hasta aquí son palabras de S. Augustín, las cuales ya se ve cuán grandes motivos nos dan para esperar en la misericordia del Señor. Mas porque la esperanza ha de ir acompañada con temor, notemos las palabras que este Sancto al cabo dice, avisándonos del aparejo que de nuestra parte se requiere, que es la penitencia y la emienda de la vida, para hacernos participantes desta gracia.

Pues con este sacrificio quedó tan satisfecha la ofensa y deuda del género humano, que mucho más agradó al eterno Padre esta obediencia de su Hijo, que le desagradó la desobediencia de aquel primer hombre y de todos los hombres, y mucho más glorificado fué con la obediencia de la Cruz, que ofendido con todos los pecados del mundo, y más suave le fué el olor deste sumo sacrificio, ofrecido en el altar de la Cruz con fuego de ardentísima caridad, que le desagradó el mal olor de todos los pecados del género humano. Este sumo sacrificio figuraban todos los sacrificios de la ley antigua, de los cuales se escribe que daban de sí un olor suavísimo en el acatamiento de Dios. Pues claro está que no bastaba el humo de los becerros y carneros muertos para dar de sí este tan suave olor, mas este olor daba el sacrificio de Cristo, el cual así como fué acompañado de todas las virtudes, así fué suavísimo ante el Señor de las virtudes.

§ I

De lo dicho parece claro cuán proporcionado haya sido este medio del sacrificio y pasión de nuestro Redemptor para plenario descargo de aquella primera culpa, causadora de todos nuestros males, pues mucho más fué lo que nuestro clementísimo Salvador ofreció á su eterno Padre, que lo que aquel primer hombre con su soberbia y desobediencia le quitó. De dónde resultó quedar él suficientísimamente satisfecho y aplacado por aquella culpa. Y así por esto le da gracias el profeta Isaías en nombre

del mundo redemido, por estas palabras (1): Alabarte he, Señor, y confesarme he á ti, porque estando contra mí airado, volviste tu furor en mansedumbre, y tuviste por bien consolarme. Veis aquí á Dios mi Salvador, ya viviré en él muy confiado, y no tendré por qué temer. Porque mi fortaleza y alabanza es el Señor, y él se ha hecho mi salud. Y al mismo tono da gracias y canta el Psalmista diciendo (2): Bendijiste, Señor, tu tierra, y soltaste la captividad de Jacob. Perdonaste la maldad de tu pueblo, y cubriste todos sus pecados. Amansaste la ira que tenías contra nos, y desististe de la ira de tu indignación. Esto era justo que así fuese, porque la ira merecida por los pecados era razón que se mudase en misericordia, habiéndose ofrecido tal sacrificio por ellos.

Mas cuán agradable haya sido este sacrificio al eterno Padre, ¿qué palabras bastarán para lo declarar? Para cuyo entendimiento es necesario presuponer que ninguna cosa hay en el cielo ni en la tierra igualmente hermosa y preciosa en los ojos de Dios sino sola la virtud y sanctidad, así como ninguna hay fea ni abominable ante él sino el malo y su maldad. Pues según esto, ¿cuán precioso y hermoso sería el sacrificio de la muerte de su unigénito Hijo, en el cual tantas virtudes concurrieron en sumo grado de perfición? Porque primeramente aquí entrevino aquella perfectísima obediencia del Hijo de Dios, que fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, de que ya tratamos. Aquí entrevino un encendidísimo celo de la gloria del eterno Padre, deseando el Hijo satisfacer con su sangre á la ofensa y desacato cometido contra su majestad. Pues ¿qué diré de aquella profundísima humildad, mediante la cual quiso este Señor ser justiciado como malhechor, y tenido en menos que Barrabás? ¿Qué diré de aquella perfectísima paciencia y sufrimiento de los mayores dolores que en el mundo se padecieron? Por lo cual es Cristo figurado por aquella piedra dura que dió agua en el desierto, como dice el Apóstol (3). Pues ¿qué palabras bastan para alabar aquella mansedumbre del Cordero sin mancilla, que ninguna palabra habló contra los que tan cruelmente le tresquilaban y maltrataban, antes estando ellos blasfemando y meneando sus cabezas, y escarneciéndole, sentía más la culpa de su pecado que su proprio

(1) Cap. 12. (2) Psalm. 84. (3) I Cor. 10.

tormento? Pues ¿qué diré de aquella admirable fortaleza con que tan animosamente se ofreció á recebir á sus enemigos? La cual quiso Dios que fuese figurada en el sacrificio del cordero pascual, mandando que de tal manera lo sacrificasen y comiesen, que ningún hueso le quebrasen (1). Pues ¿qué fué esto sino representarnos la fortaleza inexpugnable deste Señor, que entre tantas maneras de tormentos nunca se enflaqueció ni desmayó? Pues ¿qué diré de la pobreza evangélica que tanto allí resplandeció, muriendo este Señor en la cruz desnudo, y siendo después sepultado de limosna en sepulcro ajeno?

Con estas virtudes tan admirables se juntó la perseverancia, con la cual este Señor se esforzó como gigante á llevar este negocio dende su primer principio hasta su último fin, que fué dende el pesebre hasta la cruz, de la cual no quiso decendir, aunque sus contrarios daban voces y clamaban: Si es rey de Israel, decienda de la cruz, y creeremos en él (2). Mas no sólo llegó esta perseverancia hasta la cruz, sino de ahí bajó á las profundidades de la tierra, que es al limbo, de donde sacó á sus escogidos, y los trajo consigo, y no paró hasta abrirles las puertas del cielo, y presentarlos á su eterno Padre, y asentarlos en aquellas sillas que *ab æterno* les estaban aparejadas. Donde cumplió lo que había prometido á sus fieles siervos, es á saber, que los haría asentar á su mesa, y pasando por entre ellos les administraría el pasto de la felicidad eterna (3). Y así cumplió lo que el profeta Zacarías había mucho antes profetizado, diciendo (4): Tú, Señor, con la sangre de tu testamento sacaste libres á tus escogidos de aquel lago donde no había agua. Por la cual palabra entiende el lugar del limbo donde los antiguos padres esperaban su libertad. Y llama sangre de su testamento, como el mismo Señor la llama (5), porque por su sangre y por su muerte quedaron firmes y irrevocables las mandas y promesas que él nos tenía prometidas. Mas de todas estas virtudes que en la sagrada Pasión resplandecen, trataremos más copiosamente en su lugar.

Pero entre todas ellas señaladamente resplandeció aquí la caridad, que fué el amor de la salud del mundo y de la gloria del

(1) Exod. 12. (2) Marc. 15. (3) Lucæ 22. (4) Zach. 9. (5) Mat. 26 & Marci 14.

Padre, el cual había de ser sumamente honrado y glorificado por aquel nobilísimo sacrificio. Porque dél había de manar tanta muchedumbre de sanctos, de confesores, de monjes, de vírgines y sobre todo de infinitos mártires, los cuales por ejemplo y esfuerzo de la sancta Cruz habían de glorificar á Dios con sus muertes. Y todo esto veía y pretendía este Señor en su sagrada pasión. Y esto es lo que el Apóstol significó cuando dijo que el Salvador, poniendo ante sus ojos el alegría de todos estos fructos, abrazó la cruz sin hacer caso de su deshonra y confusión (1).

§ II

Pues según lo dicho, ¿qué otra cosa fué este sacrificio, sino un banquete y un convite Real que el Salvador del mundo presentó ante el acatamiento de la Sanctísima Trinidad, donde ofreció tantas diferencias de manjares preciosísimos cuantas virtudes aquí resplandecieron? Mas la mayor gracia deste convite era la dignidad del maestresala que lo ofrecía, que era el mismo Hijo de Dios, igual á su eterno Padre. Porque dado caso que la persona divina, en cuanto divina, no pudiese padecer, mas por estar tan estrechamente unida con la sacra humanidad, todo lo que la humanidad padecía, se atribuye á ella. Este espiritual convite fué figurado en otro que el patriarca Abraham ofreció á aquellos tres varones, en quien se representaba la Sanctísima Trinidad (2), á los cuales después que adoró prostrado en tierra, rogó que aceptasen dél un convite, el cual ellos aceptaron de buena voluntad. Y él entonces á gran priesa acudió á Sara, mandándole que amasase tres panes de la flor de la harina, y los cociese en el rescoldo de las brasas, y él fué á gran priesa á su ganado, y trajo un becerro muy tierno y muy bueno, y diólo á un su criado para que muy de priesa lo cociese. Y tomó también manteca y leche, y el becerro que había cocido, y todo esto junto puso delante dellos. Los cuales después de haber comido, prometieron al santo Patriarca el hijo Isaac, que después le nació. Pues ¿qué es esto? ¿Comen manjares corporales las tres personas divinas, ó los ángeles que las representaban? Claro está que no. Pues ¿por

(1) Hebr. 12. (2) Gen. 18.

qué aceptaron este convite, y comieron todo lo que se les puso delante, sino para significar el agradamiento que la Beatísima Trinidad recibió con el convite de aquel ternísimo becerro asado en la cruz con fuego de amor, que es, con la muerte que el Hijo de Dios en ella padeció por la obediencia y gloria de su Padre?

Mas aquí son mucho para considerar las circunstancias con que el Salvador acompañó esta muerte. Suelen los que ofrecen á los reyes algún manjar de grande precio, adornarlo con rosas y flores olorosas, para acrecentar con esto la gracia del presente. Pues desta manera el Hijo de Dios, ofreciendo al Padre eterno el sacrificio y muerte deste becerro, no se contentó con padecer la muerte que le era mandada, mas quiso también adornarla con maravillosos olores de rosas y flores, que fueron las bofetadas, y pescozones, y azotes, y espinas, y escarnios, y vituperios, y otras muchas maneras de injurias que padeció, con las cuales declaró la devoción y alegría con que aceptó la muerte de cruz, pues con tantas otras injurias la hermoseó, para que fuese más agradable á los ojos de su eterno Padre. Pues por aquel convite de Abraham le fué prometido el hijo Isaac, de quien tantos otros hijos habían de nacer, y por este sacrificio se prometió al Salvador otro más espiritual hijo, que fué el pueblo cristiano, que por todo el mundo se había de dilatar.

Mas allende los manjares suavísimos destas virtudes susodichas que se representaron en este convite, había aún otro manjar de mayor precio y suavidad, que fué la promptitud y voluntad encendidísima con que el Hijo de Dios se ofreció á la ignominia de la cruz, por la gloria de su eterno Padre y de la salud del mundo. La cual fué tan grande, que ningún entendimiento de hombres ni de ángeles basta para comprehenderla. Por lo cual es cierto que no sólo aquella muerte que sufrió, pero mil muertes y martirios (si para esto fueran necesarios) padeciera con la misma voluntad y promptitud que uno solo, pues en él había gracia y caridad para esto y para mucho más. Por dónde entenderemos otro más excelente convite que el pasado en la voluntad de Cristo. Porque mucho más amó que padeció, y mucho más estaba aparejado á padecer, si nos fuera necesario. Por dónde ante los ojos de aquel soberano Señor, que señaladamente mira las voluntades y corazones, mucho más agradable le fué el sacrificio interior de la voluntad de Cristo, que el de la sagrada

pasión, si hiciéremos solamente comparación de lo que padeció en su sagrado cuerpo, á lo que en su ánima sanctísima deseó, que (como dijimos) fué sin comparación mucho más. Y así tenemos en este sumo sacrificio dos aceptísimos sacrificios, uno visible y otro invisible, quiero decir, uno que en parte se vió, y otro que del todo no se vió (que fué esta promptitud y voluntad de padecer más, si nos fuera necesario) y por ambos debemos á este Cordero sumo amor.

DEL GRANDE BENEFICIO QUE EL MUNDO RECIBIÓ POR ESTA SATISFACIÓN DE CRISTO NUESTRO REDEMPTOR

CAPITULO VII

Pues quitados por el mérito deste sacrificio los pecados, que eran el muro de la división y la causa de la enemistad entre Dios y los hombres (como arriba dijimos) y hecho ya Dios amigo dellos, ¿qué se podría de aquí seguir, sino abrir él luego las arcas de sus tesoros, y repartirlos con los hombres, y tratarlos como á hijos y amigos el que en los tiempos pasados los tenía por enemigos? Y así la primera cosa que hizo fué abrir las puertas del cielo (que dende el principio del mundo habían estado cerradas) y admitir en ellas hasta los ladrones. Y luego envió su mismo Sancto Espíritu al mundo en forma de fuego y de lenguas, para que con el fuego de la caridad purificase y abrasase y esforzase los corazones de los discípulos, y con el don de las lenguas les diese facultad para predicar en todas las naciones del mundo la gracia del Evangelio. Y esto les mandó el Salvador por S. Marcos, diciendo (1): Id á todo el universo mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. De suerte que el Señor, que en solo el rincón de Judea era conocido, quiso ser en todo el mundo predicado, y que no hubiese criatura alguna que quedase excluída y privada desta gracia. Mas por S. Mateo manda esto mismo con más palabras (2), porque antes de dar á los dicípulos este mandamiento, dijo que le era dado, en cuanto hombre, todo poder en el cielo y en la tierra, asegurándolos con esto que no temiesen los encuentros del mundo, ni la dificultad y novedad del negocio, pues tenían de su parte el favor de quien tenía todo el poder de cielos y tierra en su mano. Y porque no pensasen que este favor era por poco tiempo, añadió aquellas palabras de grandísima consolación y confianza: Mirad que yo estaré con vosotros todos los días hasta que se acabe el mundo. Habiendo pues apercebido y esforzado los discípulos al ne-

---

(1) Cap. último. (2) Cap. último.

gocio con esta promesa, mándales que vayan por el mundo, y prediquen á todas las gentes, y las bapticen en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Sancto, que es una de las mayores gracias y misericordias de nuestro Señor, porque con solas estas palabras (habiendo displicencia de los pecados pasados) sin dar más penitencia, son perdonados al baptizado á culpa y á pena los pecados que en toda la vida hubiere cometido, por gravísimos y enormes que sean, y allí le recibe Dios por hijo, y le comunica el espíritu de su Hijo, y lo hace heredero de su reino. Pues esta tan subida y tan grande gracia se ofrece á todas las gentes por el mérito de la satisfación de Cristo, que pagó (como el Profeta dice) por lo que no había robado (1). Y no contento con esto, sin aguardar más tiempo, ese mismo día que resuscitó, apareció en la tarde á sus discípulos, y les dió autoridad y poder general (y á todos los sacerdotes en ellos) para perdonar pecados, diciendo: Recebid el Espíritu Sancto: cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados, y los que retuviéredes, serán retenidos (2). Y sobre todo esto, al príncipe de los Apóstoles S. Pedro encomendó tres ve- es su Iglesia, donde le entregó las llaves que antes de su pasión le había prometido, diciendo (3): Pondré en tus manos las llaves del reino de los cielos con tanta autoridad y poder, que lo que tú atares en la tierra, será atado en el cielo, y lo que soltares en la tierra, será suelto en el cielo. Pues ¿qué mayor poder y autoridad se pudiera dar á una criatura? ¿Qué es esto sino en su manera hacer á un hombre Dios y Señor del reino de los cielos? Y es aquí mucho para considerar que enviando el Señor antes de su pasión á predicar á sus discípulos, les mandó que no fuesen á las ciudades de los gentiles, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel (4). Mas ofrecido ya este sacrificio, mándales que vayan á todo el mundo y á todas las gentes, sin hacer diferencia de judíos á gentiles y de bárbaros á escitas, y que á todos ofrezcan esta gracia, y prediquen esta buena nueva del Evangelio. La razón de lo cual alega el Apóstol diciendo (5): ¿Por ventura Dios es Señor de solos los judíos? ¿No lo es también de todas las gentes? Ciertamente así lo es, y él es el que justifica los circuncidados por la fe y los no circuncidados por esa misma fe. Y con estar los gentiles envueltos en vicios y crueldades ho-

(1) Psal. 68. (2) Joan. 20. (3) Matth. 16. (4) Matth. 10. (5) Rom. 3.

rribles, y atollados hasta los ojos en el cieno de torpísimas carnalidades, no tuvo asco aquel Sancto Espíritu divino de morar en los corazones de tales monstruos, porque la gracia alcanzada por el sacrificio de Cristo era poderosa para hacer destos monstruos ángeles, y (como dice S. Crisóstomo) por ella las mujeres públicas vienen á hacerse más puras que las estrellas del cielo. Y esto es lo que por una maravillosa figura representó Dios al apóstol S. Pedro (1), porque determinando enviarle á predicar á una casa de gentiles, y entendiendo que su Apóstol rehusaría tratar con gente tan abominable, mostróle en visión un lienzo que bajaba del cielo lleno de culebras y víboras y otros animales fieros, mandándole que los matase y comiese dellos. Mas rehusando el Apóstol la tal comida (como cosa sucia y defendida en la ley) fuéle respondido: Lo que Dios sanctificó, no llames tú cosa sucia, dándole á entender que la divina gracia era poderosa para convertir los lobos en corderos y las serpientes en palomas, esto es, los grandes pecadores en grandes sanctos. Y dichas estas palabras, el lienzo se volvió al cielo, de donde antes había venido. Y esto dice la Escritura que le acaeció tres veces en aquella visión, teniendo él á la sazón gana de comer. Por lo cual entendió el Apóstol la grande gracia y magnificencia de Dios, la cual se extendía por los méritos de Cristo á todas las naciones del mundo, por bárbaras y fieras y abominables que fuesen, porque el licor preciosísimo de la sangre del Cordero era poderoso para hacer de bestias fieras corderos. Estos favores y gracias nunca vistas en el mundo, ¿por qué causa se dieron, sino por aquel divinísimo y sumo sacrificio de Cristo? El cual por razón de la dignidad de la persona que lo ofrecía (y de todas las otras circunstancias que en él concurrieron) fué de infinita acepción ante los ojos del eterno Padre, y bastante para redimir no uno solo, sino mil mundos. Éste pues fué el primero y más esencial fruto del árbol de la sancta Cruz, que fué satisfacer por los pecados del mundo, del cual se siguieron todos los otros.

(1) Act. 10.

SEGUNDO FRUCTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE ES LA DIGNIDAD Y GLORIA QUE NOS VINO POR ELLA

CAPÍTULO VIII

ESTE pues es el primer fructo del árbol de la sancta Cruz, con que se remedió la primera y la mayor de nuestras necesidades, que era ser reconciliados con el eterno Padre mediante la satisfación de su unigénito Hijo. Deste primer fructo se sigue otro, que es ser restituído el hombre en aquella primera dignidad y honra en que Dios lo había criado. La cual dignidad y honra nos vino por haber querido el sanctísimo Hijo de Dios vestirse de nuestra naturaleza: en la cual gloria sobrepujamos aun á los ángeles, á quien esta gracia, como encarece el mismo Apóstol (1), no fué concedida. Vemos que cuando un grande rey casa con una doncella, todos los deudos della quedan honrados y ennoblecidos con este casamiento. Pues habiéndose el Rey de los reyes y Señor de los señores desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de casamiento, que ni en vida ni en muerte se pudo desatar (pues en ambas naturalezas no hay más que una sola persona) claro está que toda la naturaleza humana fué grandemente honrada y sublimada con esta nueva dignidad y parentesco del Hijo de Dios. Por dónde puede ya el hombre con David decir á Dios (2): Tú eres, Señor, mi gloria y el que me heciste levantar cabeza. Ca por el pecado quedé sumido en el profundo de los abismos, mas por este misterio encorporásteme contigo, y hecísteme amigo tuyo, hermano tuyo, heredero tuyo, y como dijo Mifiboset á David (3), asentásteme entre los convidados de tu mesa (que son los ángeles) haciéndome en esto igual á ellos. De aquí procedió que nasciendo este Señor en el mundo, y dando los ángeles gloria á Dios por este nacimiento, luego saludaron á los hombres (como á participantes de esta gloria) diciendo: Paz sea á los hombres de buena voluntad (4), reconociéndolos por hermanos, por compañeros de su glo-

---

(1) Hebr. 2. (2) Psal. 3. (3) II Reg. 19. (4) Luc. 2.

ria, por ciudadanos de un mismo reino, por hijos de un mismo padre, y partes principales de una misma república.

Y no solamente la naturaleza humana, de que se vistió Cristo, honró al hombre, mas también el valor del precio con que fué rescatado y librado de su vana conversación, que como dice el apóstol Sant Pedro (1), no fué oro ni plata, sino la sangre preciosa de aquel Cordero inocentísimo y purísimo, conocido de Dios antes de la creación del mundo, y manifestado en el fin del mundo. Por dónde dice Sant Bernardo: Maravillosa fué la dignación de Dios, que así quiso buscar al hombre, y maravillosa la dignidad del hombre así buscado de Dios, en la cual, si quisiere, podrá justamente gloriarse, no por lo que es de sí mismo, sino por lo mucho en que lo estimó su Redemptor, comprándolo por su sangre. La cual dignidad explicó el apóstol Sant Pedro cuando dijo que los fieles éramos llamados á la participación del rocío de la sangre de Cristo (2), que es, á la comunión de la dignidad y de los fructos admirables que por esta preciosa sangre nos vinieron.

Pues ¿qué se sigue de aquí sino que viendo el hombre esta nueva nobleza y dignidad, no se abata á cosas viles y rastreras y indignas de su generosidad, viéndose redemido por tal precio, y hermanado y encorporado con Cristo? Por lo cual dice Sant Augustín: Conoce, hombre, cuánto vales y cuánto debes, y considerando el precio por que fuiste comprado, no te tengas en poco, ni te abatas á las bajezas del mundo. Porque de otra manera vendrás á ser deudor y reo, no de pequeño precio, sino de la sangre de Cristo, si afeas y amancillas el ánima purificada con su sangre, abatiéndola á la vileza de los vicios carnales y cambiándola por el gusto de los apetitos sensuales. Por tanto, si no conoces tu dignidad, aprende á estimarla por este precio, y no hagas della tan gran barato. Porque si aquel tan sabio mercader que vino del cielo, el cual tan perfectamente conocía el valor de nuestras ánimas, las estimó en tanto, que no dubdó comprarlas con su sangre, ¿cómo tiene el hombre atrevimiento para venderlas y ponerlas otra vez en poder del enemigo por un poco de interese corporal, ó por la golosina de un deleite bestial? Pues esta consideración hizo que todos los sanctos no se acevilasen y aba-

(1) I Petr. 1. (2) I Petr. 1.

tiesen á la bajeza del pecado, por no poner mácula en la dignidad y gloria que por este misterio les vino, teniendo por cosa indignísima, viéndose levantados á la dignidad de hijos de Dios y miembros de Cristo, volverse á hacer esclavos del demonio y miembros de Satanás, y perder por la sombra de un vano deleite lo que por tan caro precio fué comprado.

TERCERO FRUCTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE FUÉ ALCANZAR POR MEDIO DELLA UN SUMO SACERDOTE QUE INTERCEDÍA POR TODAS NUESTRAS NECESIDADES ANTE EL ACATAMIENTO DEL ETERNO PADRE

CAPÍTULO IX

Demás de lo dicho teníamos también necesidad de un fiel abogado y sumo sacerdote que ante el eterno Padre abogase por nosotros, y procurase el remedio de infinitas necesidades de que estamos cercados en esta vida, así del cuerpo como del ánima. Porque las enfermedades del cuerpo, sus necesidades, sus desastres y pobrezas son innumerables: de las cuales nadie en este valle de lágrimas está exempto, y mucho menos los que viven en el estado de matrimonio, los cuales, como dice el Apóstol (1), están subjectos á mayores trabajos, ca no solamente sienten los de sus personas proprias, sino también los de los hijos, mujeres y maridos, que se sienten á veces más que los proprios.

Estas miserias son de los cuerpos: mas ¿cuánto mayores son las de las ánimas, esto es, de la fuerza de nuestras pasiones y apetitos desvariados? Los cuales despedazan nuestros corazones, inquietan nuestras vidas, abátennos á la tierra, cautivan nuestras voluntades, enlázannos en mil cuidados, perturban la paz de nuestro corazón, prívannos de la verdadera libertad, hácennos esclavos de nuestra carne, y sobre todo apártannos muchas veces de nuestro legítimo y verdadero Señor. Pues con estas cosas el miserable hombre recibe aquí la pena de su pecado. Porque como dice Sant Augustín hablando con Dios, mandásteslo, Señor, y verdaderamente es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mismo. Pues ¿qué diré de los lazos y tentaciones de nuestro común adversario, que son sin cuento, el cual como león rabioso busca siempre á quien tragar?

Pues volviendo á nuestro propósito, siendo tantas y tan conti-

(1) I Cor. 7.

nuas las miserias desta vida, teníamos necesidad de un perpetuo abogado y sacerdote ante la majestad del eterno Padre, para que entreveniese en el remedio de tantas necesidades, el cual le fuese tan acepto que aunque perpetuamente abogase por nosotros, nunca jamás lo enfadase. Pues este tal abogado no podía ser otro sino el mismo Hijo del eterno Padre infinitamente amado. Éste es pues el que asiste siempre en su acatamiento, representándole aquellas preciosas llagas y aquella sagrada humanidad que tomó por nuestra causa, porque esta continua representación es la continua intercesión con que aboga por nosotros.

Y no contento el Padre eterno con habernos proveído de tal intercesor, para esforzar nuestra confianza prométenos esto con un muy solenne juramento, como lo testifica David por estas divinas palabras (1): Juró Dios, y no se arrepentirá de lo que juró, Tú serás sacerdote eterno según la orden de Melquisedec. ¿Qué negocio es éste tan grande que se hace con tanta solennidad? Callo aquí el misterio que está encerrado en este nuevo sacerdocio de Melquisedec, de que el Apóstol hace tanto caso y declara tan por extenso (2). Solamente pregunto: ¿á qué propósito dice el Profeta que juró Dios, pues bastaba decir que lo dijo, sin que lo jurase, pues él es la misma verdad? Y sobrando también decir que lo juró, ¿para qué añade que no se arrepentirá de lo que juró, pues en Dios no cabe arrepentimiento de lo que dice ni de lo que hace? Todo esto era necesario para declarar la infinita acepción deste sumo sacerdote, para esforzar la flaqueza de nuestra confianza. Porque quien tantas mil veces en la vida pide perdón por Cristo de unas culpas sobre otras, y quien tantas veces pide por el remedio de necesidades sobre necesidades y de miserias sobre miserias, pudiera desmayar diciendo: Tengo ya tantas veces alegado este nombre, tengo tan cansada la paciencia divina, provocado su ira, importunado su misericordia, que no puede haber merecimientos tan grandes, que no estén agotados con tantas expensas como cada día se hacen destos merecimientos, y con tan repetidas oraciones como continuamente se hacen por este nombre. Porque quien estuviere atento á las voces de todos los altares y de todos los oficios divinos, verá que todas las peticiones y oraciones de la Iglesia se acaban con estas palabras: *Per Domi-*

(1) Psal. 109. (2) Hebr. 7.

num nostrum Jesum Christum Filium tuum, &c. que es pedir al Padre eterno mercedes y remedio por los méritos de su unigénito Hijo. Pues siendo esto así, pudiera algún flaco (midiendo las cosas de Dios con el estilo del mundo) imaginar que estaría Dios ya enhastiado con el sonido perpetuo destas voces y deste nombre tantos mil cuentos de veces alegado y repetido. Mas la Bondad y Sabiduría divina, compadeciéndose de nuestra rudeza, añadió aquella palabra: Y no se arrepentirá, la cual no solamente no es superflua, mas antes es grandemente significativa, porque tácitamente nos declara que por más importunidades y peticiones que haya por este nombre, aunque sean más que las arenas de la mar, nunca el eterno Padre se empalagará de oir estas voces, porque al cabo todas ellas son finitas, mas los méritos deste sumo Sacerdote son infinitos. Y demás desto, los hombres suelen arrepentirse de lo que prometen, cuando por curso de tiempo experimentan haberse obligado á más de lo que podían. Mas en aquella suma Sabiduría no cabe tal ignorancia, y por esto no se arrepentirá de lo que prometió, porque supo muy bien lo que prometía, y por quién lo prometía. Sea pues bendito tal dador, y bendito tal sacerdote, y bendita tal providencia que así proveyó á nuestras miserias: y maldita sea nuestra desconfianza, y no menos nuestra negligencia, que teniendo tal valedor, tal intercesor y tal abogado, dejamos perder tantos bienes cuantos por él podríamos alcanzar, pues nos tiene Dios abiertas las arcas de sus tesoros, y entregó las llaves dellos á un señor que siendo hijo suyo, es hermano nuestro, nuestra carne y nuestra sangre, y tiene poder general para repartir con sus hermanos estos tesoros, si se quisieren disponer para recibirlos.

CUARTO FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE ES EL CONOCIMIENTO DE DIOS Y DE TODO LO DEMÁS
QUE PERTENECE Á NUESTRA SALVACIÓN

CAPÍTULO X

PROCEDIENDO más adelante por las necesidades y remedios del hombre, demás de lo susodicho tenía grande necesidad de conocimiento de Dios, porque éste es el primer principio de todos los pasos que se dan en la vida cristiana. Ésta es la primera rueda deste reloj, el fundamento deste espiritual edificio de las virtudes, y es como el primer cielo, que es causa del movimiento de todos los otros cielos. Pues la perfección deste conocimiento perdió el hombre por el pecado, de donde nacieron tantas maneras de errores, de idolatrías, de sectas y herejías como ha habido en el mundo. Porque así como la primera cosa que hicieron los filisteos que prendieron á Sansón, fué quebrarle los ojos (1), después de lo cual hicieron dél todo cuanto quisieron, así la primera cosa que hace el demonio en cautivando un ánima, es escurecerle esta vista espiritual, después de lo cual hace della todo cuanto quiere, puesto caso que no le quite por eso la fe, si no hace obras contrarias á ella. Para remedio desta ignorancia sirve toda la fábrica deste mundo, que da testimonio de la grandeza de Dios, como dice el Psalmo (2): Los cielos predican la gloria de Dios, &c.

En este libro leyeron muchos hombres, y conocieron que había Dios, hacedor de esta obra tan grande, aunque no supieron cuál era. Y en éste señaladamente estudiaron los filósofos, que toda la vida emplearon en el conocimiento de las obras de naturaleza, para venir por ellas en conocimiento de la primera causa, de donde procedían. Mas con todo este estudio alcanzaron muy poco deste conocimiento, porque aunque conocieron algo de la omnipotencia, sabiduría y hermosura de Dios por el artificio admirable de las cosas criadas, pero alcanzaron muy poco de las

(1) Jud. 16. (2) Psal. 18.

otras perfecciones suyas. Porque muchos dellos negaron su providencia, pareciéndoles que era cosa indigna de aquella altísima y purísima Substancia bajarse á entender en las poquedades de los hombres. Pues teniendo ellos ignorancia de la Providencia divina, forzadamente habían de tenerla de la justicia y de la misericordia, de la benignidad y caridad de Dios para con los hombres. Y este conocimiento es el que hacía más al caso para hacer al hombre religioso y honrador de Dios, porque el conocimiento de la bondad y caridad de Dios nos hace amarle, el de la justicia temerle, el de la misericordia esperar en él, y el de la providencia obedecer y servir á un Señor tan universal, que tiene cargo de todo lo criado. Por dó parece que este conocimiento es fuente de toda religión y justicia, de que los filósofos supieron tan poco, y por eso tuvieron tan poca cuenta con Dios. Por lo cual dice el Apóstol (1) que porque el mundo no había conocido á Dios por esta obra de tanta sabiduría, determinó hacer otra que á los ojos del mundo pareciese locura (que fué la obra de la encarnación) por la cual se nos dió un tan grande conocimiento de todas las perfecciones divinas, especialmente déstas que hacían más á nuestro caso, que por ninguna otra vía se pudiera dar mayor. Porque realmente, si todos los hombres se juntaran en un concilio, y trataran por qué vía ó por qué género de obra pudiera Dios mostrar más claramente la grandeza de estas cuatro perfecciones suyas, no pudieran inventar ni desear otra obra más eficaz que ésta de su sagrada encarnación y pasión. Porque si á la bondad de Dios pertenece comunicarse á sus criaturas, ¿qué mayor comunicación que comunicar Dios su mismo ser personal al hombre de tal manera que con verdad se diga que el hombre es Dios, y que Dios es hombre, y junto con esto comunicarle todos los trabajos y merecimientos de su pasión, y con ellos también la gloria y vida eterna que por ellos se alcanza?

Pues ¿qué mayor comunicación de bienes se pudiera desear más que ésta? Y si á la misericordia pertenece compadecerse de las miserias ajenas, ¿qué mayor misericordia que tomar el Hijo de Dios sobre sí todas las deudas del género humano, y hacerse fiador y principal pagador dellas? Así lo profetizó Isaías cuando hablando deste Señor, dijo (2): Todos nosotros anduvimos desca-

(1) I Cor. 1. (2) Cap. 53.

rriados como ovejas perdidas, mas el Señor puso sobre sus hombros todas nuestras maldades. Y no menos resplandece en este misterio la divina justicia que su misericordia, aunque parece la una contraria á la otra. Porque si á la entereza de la justicia pertenece tomar satisfación de las culpas, ¿qué mayor satisfación que lo que el Salvador voluntariamente ofreció por él en el altar de la cruz? Porque mucho más es morir Dios que morir eternalmente todos los hombres, y mucho más fué ofrecerse en satisfación la vida de Dios, que las vidas de todos los hombres. Y si á la providencia conviene tener cuidado de encaminar los hombres por debidos medios á su último fin, ¿qué mayor providencia que después de haber Dios entendido en este negocio por medio de patriarcas y profetas y de los mismos ángeles, no contento con esto, bajar él mismo del cielo á la tierra vestido de carne humana, y andar treinta y tres años por este mundo buscando la oveja perdida, y no parar hasta traerla sobre sus hombros á la manada, y hacer medicina de su misma sangre para curarla?

Y no sólo por aquí se alcanza este tan alto conoscimiento de las perfecciones de Dios, sino también de todas las otras cosas que pertenecen á nuestra salud. ¿Quieres conocer qué tan grande sea la gloria que está aparejada para los buenos? Mira este Señor en toda su vida, y señaladamente en la cruz, derramando cuanta sangre tenía, y esto te dirá qué tan grande sea aquel bien que se compró por tan caro precio como fué aquella sangre, de la cual una gota valía más que mil mundos. Por lo cual nunca la puerta del cielo se abrió á ninguno de todos los justos hasta que este precio se pagó: el cual después de pagado, las puertas que antes estaban cerradas á los justos, se abrieron hasta á los ladrones.

¿Quieres también saber qué tan grande sea la pena de los condenados? Baste para esto poner los ojos en la cruz, y mirar que aquel Señor, que tan bien lo sabía, tuvo tanta compasión de vernos condenados á esta pena, que siendo nosotros tan grandes enemigos suyos y tan indignos de misericordia, quiso él antes beber el cáliz de la pasión, y satisfacer con ella á las leyes de la justicia divina, que vernos padecer esta tan grande pena. Pues ¿cuál debe ser aquella pena, para cuya absolución convino que el Hijo de Dios padeciese las mayores penas en cuerpo y ánima, que se han padecido y padecerán jamás?

Pues desta manera podremos filosofar y entender el precio y valor de todas las cosas espirituales, que es aquella sciencia que Séneca estimaba en mucho, cuando decía: ¿Qué cosa hay más necesaria que poner precio á las cosas, y conocer el valor de ellas, por que no demos lo precioso por lo despreciado? Pues en esta balanza de la cruz puede el hombre pesar el valor de su ánima, la excelencia de la gracia, la hermosura de la virtud, y la fealdad del pecado, y otras cosas semejantes. De las cuales cosas tratamos más copiosamente en otro lugar (1). Demos pues todos gracias al Señor, que así supo en una obra y en una palabra tan abreviada enseñar á los simples tantos y tan profundos misterios. Por dónde no de balde dijo el Apóstol que Cristo era nuestra sabiduría (2), pues en él y por él se sabía todo. Y por esta misma causa este glorioso Apóstol, siendo lumbre del mundo, doctor de las gentes, vaso de elección, secretario de la Divinidad y de las maravillas del tercero cielo, adonde había estudiado el Evangelio, con todo esto osa decir que ninguna cosa sabía sino á Cristo, y éste crucificado, porque en solo él lo sabía todo (3). Y por razón de este tan excelente medio que nos fué dado para conocer á Dios, dijo el profeta Esaías (4) que cuando este Señor viniese al mundo, la tierra estaría tan llena de sabiduría como las aguas de la mar cuando crecen y se explayan sobre la tierra.

Deste modo pues este Señor por una manera maravillosa se encubrió para descubrirse, porque encubriendo la gloria de su divinidad con la capa de nuestra humanidad, dió al mundo esta tan clara noticia de su bondad y de las perfecciones suyas. Porque los que no podíamos contemplar la luz inaccesible de su divinidad, pudimos verle cubierto con el velo de nuestra humanidad. La figura de lo cual nos representó Moisén en su persona (5), el cual después de haber conversado con Dios cuarenta días en el monte, bajó de allí con tan grande resplandor, que no podían mirarle á la cara los hijos de Israel. Por lo cual el sancto varón la cubrió con un velo, y desta manera le podía el pueblo mirar y conversar. Pues de semejante consejo usó el altísimo Hijo de Dios con nosotros, para que los ojos turbios que no alcanzaban á verle en su propria forma, le viesen cubierto con este velo en la ajena.

---

(1) Conc. II Thom. Apost. (2) I Cor. I. (3) Ubi supra. (4) Esai. 11. (5) Exod. 34.

QUINTO FRUCTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE ES LA DIVINA GRACIA QUE POR ELLA SE NOS DA

CAPITULO XI

No basta para alcanzar la virtud el conocimiento della y de todas las otras cosas que á ella pertenecen, si no se aficiona y conforma la voluntad con los pareceres y determinaciones del entendimiento, mayormente siendo verdad que más pecan los hombres por la depravación de la voluntad que por la ignorancia del entendimiento. Por lo cual era necesario para la perfecta sanidad del hombre que demás de la lumbre del entendimiento, se curase y reformase la voluntad, para que fácilmente obedeciese á los pareceres del entendimiento, pues éste es proprio oficio de la gracia por medio de las virtudes que della proceden, la cual nos mereció el Salvador mediante el sacrificio de su pasión. Y así dijo S. Juan que la ley fué dada por Moisén, mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo (1). Por la cual causa la nueva ley se llama ley de gracia, porque lo principal que hay en ella, es la gracia que por Cristo se nos da. Ca según dice Santo Tomás (2), la denominación y título de las cosas se toma de lo más principal que hay en ellas. De manera que Moisén nos enseñó lo que habíamos de hacer, mas Cristo nos dió virtud y fuerzas para podello hacer. Porque (como dice S. Augustín) la ley fué dada para que se buscase la gracia, y la gracia fué dada para que se cumpliese la ley. Y en otro lugar dice él: La ley manda, la fe impetra, mas la gracia cumple lo que manda la ley. Pues aquí está la llave de todo nuestro remedio, porque (como dijimos) no pecan tanto los hombres por la ignorancia del entendimiento, cuanto por la corrupción de nuestro apetito, pues como dijo el Poeta, veo lo mejor, y apruébolo, y con todo esto sigo lo peor. Esta dolencia dice Sant Augustín que declaró la ley y curó la gracia.

Los fructos y efectos desta gracia ¿quién los contará? Mas los

(1) Joan. 1. (2) S. Thom. 1. 2.

más principales y como fuentes de todos los otros son tres. El primero es perdón de pecados, porque así como amaneciendo la luz, desaparecen las tinieblas de la noche, así entrando la luz de la gracia en el ánima, huyen las tinieblas de todos los pecados della. El segundo y más proprio efecto suyo es hacer al ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios, porque quitadas las manchas de los pecados que la afeaban y escurecían, queda ella limpia y hermosa en los ojos divinos. Por lo cual el Espíritu Sancto la toma por morada, y el Padre Eterno por hija, y por título de hija la hace heredera de su gloria.

El tercer efecto de la gracia (entendiendo por la gracia no sólo las virtudes infusas que della proceden, sino también todos los auxilios y favores que por Cristo se nos dan) es sanctificar las ánimas, y darles fuerzas nuevas para vencer todas las dificultades que se atraviesan en el camino de la virtud, y particularmente para domar y enfrenar la rebeldía de las pasiones y malas inclinaciones, que perturban la paz y sosiego de la consciencia, y nos son grande impedimento para esa misma virtud.

Pues qué tan grande beneficio sea éste, no se puede entender sino conocidos los estragos que en el mundo han hecho y hacen estas pasiones, cuando se desmandan y salen de madre. Mas éstos, ¿quién los contará? ¿De qué otro principio han procedido todas las guerras y derramamientos de sangre que habido en e mundo? ¿De dónde todos los desafíos y muertes violentas de personas particulares? ¿De dónde todos los adulterios, incestos, sacrilegios, robos y maleficios? ¿De dónde la ambición, la soberbia, y el avaricia, y la envidia, y los grandes excesos y gastos en comer y beber, con todos los otros pecados? Y finalmente, ¿de dónde toda la dificultad que nos aparta de la virtud, sino deste pestilencial seminario de males, que son nuestras pasiones, cuando desechan el yugo del temor de Dios, y freno de la razón? Pues las congojas que los hombres dentro de sí padecen con deseos de infinitas cosas que no pueden alcanzar, la guerra interior de las mismas pasiones, cuando pelean unas con otras, deseando cosas contrarias, los cuidados y congojas y temores y tristezas desordenadas que las mismas pasiones (cuando andan sin freno) traen consigo, ¿quién las contará?

Por lo cual no es de maravillar que el Apóstol (declarada la rebeldía y furia destas pasiones, tomando en sí la persona del

hombre pecador) exclamase diciendo (1): ¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo, causador de la muerte de mi ánima? Á esto responde luego él mismo diciendo que de este tan grande mal nos libra la gracia que se nos da por Cristo. El cual, mediante el sacrificio de su pasión, no sólo nos alcanzó perdón de los pecados, sino también fortaleza y gracia para evitarlos, y mortificar y vencer estas bestias fieras que nos inquietan y derriban en ellos.

La figura desto precedió en aquel sacrificio de Gedeón (2), al cual apareciendo un ángel, y prometiéndole victoria de los madianitas, y creyendo Gedeón ser aquel ángel algún hombre sancto, le ofreció un cabrito cocido: mas el ángel no lo quiso comer, sino mandóle que le pusiese sobre una piedra y derramase el caldo encima de él. Y esto hecho, el ángel tocó la piedra con una vara que traía en la mano, y á la hora salió fuego de la piedra, y consumió así el cabrito como el caldo que sobre él se había derramado. Pues ¿qué piedra es ésta, de que salió este fuego que consumió aquel sacrificio, sino Cristo nuestro Salvador (que es la piedra angular y fundamental de la Iglesia) el cual con el sacrificio de su pasión consumió no solamente todos los pecados significados por el cabrito, sino también las raíces dellos, que son los apetitos de nuestra carne, figurados, como dice Sant Ambrosio (3), en aquel caldo que se derramó sobre él? Y esto es lo que S. Pablo significó cuando dijo que nuestro viejo hombre (que es el apetito de nuestra carne) había sido juntamente crucificado con Cristo (4), porque por el mérito de la Cruz se da gracia á los fieles, no sólo para evitar los pecados, sino también para mortificar las raíces dellos, que son nuestro hombre viejo. Porque como aquel caldo tenía parte de la substancia del cabrito, así estas pasiones tienen alianza y parentesco con los pecados, pues nacieron del pecado, y son causa dél.

Mas el fuego que consume todos estos males, procedió de aquella piedra, siendo primero tocada con la vara del ángel. Pues ¿qué significa el tocamiento de la vara para sacar fuego de la piedra, sino el tocamiento de la vara de la justicia divina, la cual siendo ejecutada en la piedra mística (que es Cristo) consumió todas nuestras culpas y pecados? Éste fué aquel tocamiento de

(1) Rom 7. (2) Jud. 6. (3) Ambr. lib. de Spiritu Sancto. (4) Rom. 6.

que el Padre Eterno, hablando de su unigénito Hijo por Esaías, dice que por los pecados de su pueblo lo había él herido (1), esto es, entregado á la muerte.

Esta figura, aunque tenga otras cosas sobre qué filosofar, no he traído para más que para declarar cómo por los méritos del sacrificio de Cristo se nos da (como dijimos) no sólo perdón de los pecados, sino también gracia para vencer las raíces y causas de ellos. Las cuales mortificadas y desterradas de nuestra ánima, resulta en ella una maravillosa quietud y tranquilidad, y aquella paz interior que según el Apóstol (2), sobrepuja todo lo que naturalmente se puede entender, y según Esaías (3), es como un río clarísimo que baña y refresca todas las potencias de nuestra ánima con tan grande sosiego y alegría, que nadie la puede conocer sino aquél que la ha experimentado.

El que aquí ha llegado, el que esta paz siente en su ánima, el que se ve libre de estas fieras, despedazadoras de los corazones humanos, quiero decir, el que no padece en sí deseos ansiosos de deleites, de honras, de riquezas, de dignidades, de privanzas y medranzas y cosas semejantes, antes todas estas cosas ha puesto debajo los pies, teniendo la cobdicia dellas por materia de innumerables cuidados y congojas, y por red y lazos de las ánimas, y finalmente por impedimento de la verdadera paz y felicidad, éste entenderá mejor el beneficio de la redempción de Cristo, éste conocerá verdaderamente que Cristo es redemptor del género humano, si él se viere redemido y libertado del yugo y servidumbre destos tan crueles tiranos.

Y puesto caso que la virtud de esta redempción se conocerá perfectamente en la otra vida, cuando por ella se vieren los escogidos libres de las penas del infierno y hechos ciudadanos y moradores del cielo, pero en su manera también se conoce algo de ella cuando el hombre se siente libre destos tiranos. Y éste tal sabrá dar gracias á su Redemptor por este beneficio, como las daba S. Augustín, hallándose libre de sus pasiones antiguas, de que hasta entonces era esclavo y cautivo. Y así comienza él el libro 9 de sus Confesiones, diciendo: Rompiste, Señor, mis ataduras: á ti sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré tu sancto nombre.

---

(1) Esaí. 53. (2) Philip. 4. (3) Esai. 48.

Pues este tan grande beneficio, con otros muchos, se dió al mundo por virtud de la gracia merecida por aquel divinísimo sacrificio de la pasión de nuestro Redemptor, la cual gracia nos comunica él por muchas maneras. Porque primeramente él nos mereció la primera gracia, que es la gracia de la conversión y justificación, por la cual somos justificados, esto es, de pecadores hechos justos, y así somos recebidos por hijos de Dios y herederos de su reino. Porque estando el hombre en pecado y en desgracia de Dios, no puede hacer obra que le sea agradable y por la cual merezca que Dios le saque de aquel mal estado. Mas lo que el pecador no podía por sí merecer, nos lo mereció el Hijo de Dios por la obediencia de la cruz, por la cual el Padre eterno previene con la gracia de su llamamiento á los que él es servido de sacar de pecado.

Y después de esta primera gracia él nos mereció todas las otras gracias que se requieren para nuestra salvación, de tal manera que nunca hasta hoy dió, ni dará jamás el Padre eterno un solo grado de gracia que no sea por el mérito de la pasión de su unigénito Hijo.

Mas allende de estos comunes medios se comunican diversas maneras de gracias por los siete Sacramentos de la nueva ley, los cuales, aunque tengan diversos efectos para remedio de diversas necesidades de nuestras ánimas, pero todos ellos concuerdan en un común efecto, que es dar gracia á quien no pone impedimento para recibirla. Mas desta materia diremos algo en el capítulo siguiente.

Y no contento con habernos merecido la gracia por el sacrificio de su pasión, agora en el cielo nos la está procurando por medio de su intercesión. Por todas estas vías se nos comunica la gracia en tanta abundancia, que por esta razón llama Esaías á la Iglesia lugar de ríos abundantísimos y abiertos para todos (1). Pues siendo tantas las riquezas desta gracia, nadie se puede con razón quejar que le falte el socorro de la gracia, antes (como dice S. Bernardo) con más razón se podría quejar la gracia que faltamos nosotros á ella, que no ella á nosotros.

(1) Esai. 33.

FRUTO SEXTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE SON LOS SACRAMENTOS DE LA LEY DE GRACIA

CAPÍTULO XII

Síguese otro admirable fructo del árbol de la sancta Cruz, que son (como acabamos de decir) los siete Sacramentos de la ley de gracia, los cuales son como canales por donde se deriva el fructo de la sacratísima Pasión en nuestras ánimas. Para lo cual conviene presuponer que las causas universales no producen sus efectos sino mediante el ministerio de otras particulares, porque (poniendo ejemplo) el sol, que es criador de todas estas cosas inferiores, no producirá por sí solo trigo, si el labrador no lo sembrare. Y lo mismo digo de todas las otras plantas y semillas. Pues como la pasión de nuestro Redemptor sea causa universal de todos los bienes espirituales, era necesario haber sacramentos, que son como causas particulares, mediante las cuales la causa universal obrase diversos efectos en las ánimas que dignamente los reciben.

Destos sacramentos hablaremos en otra parte más por extenso. Mas cuanto toca al lugar presente, bástanos saber que estos siete sacramentos son aquellas fuentes de agua viva que saltan hasta la vida eterna, de que decía el profeta Esaías (1): Cogeréis aguas con alegría de las fuentes del Salvador. Dónde no dice fuente, sino fuentes, que son los siete sacramentos, de donde manan siete diferencias de aguas de gracia apropriadas al remedio de todas las maneras de flaquezas y dolencias espirituales de las ánimas. Éstos son como los siete planetas que gobiernan este nuevo mundo de la Iglesia con la virtud de sus influencias, y los caños por donde se deriva el agua de la gracia que sale de la fuente del costado de nuestro Salvador.

Entre estos sacramentos el mayor es el del cuerpo y sangre de nuestro Redemptor, donde él está todo entero, cuerpo, ánima y divinidad: mas el primero en la orden (que es como puerta

---

(1) Cap. 12.

para todos los otros) es el sancto Baptismo. Y en el ministerio de estos dos sacramentos se nos representa que la gracia que se da en ellos, procede de la pasión de Cristo. Porque en el sacramento del altar se ofrece la misma carne y sangre de Cristo, por que por aquí entendamos que la gracia que por él se nos da, es por virtud del sacrificio desta preciosa carne y sangre. Asimismo en el sacramento del Baptismo también se representa la sagrada Pasión. Porque cuando toman la criatura y la meten debajo del agua, se representa, como dice el Apóstol (1), la muerte y sepultura de Cristo, y por el mérito de esta muerte mueren allí enteramente todos los pecados de la vida pasada, sin quedar dellos culpa ni pena.

Lo mismo también nos representan los egipcios que perseguían á los hijos de Israel á la salida de Egipto, que fueron ahogados en el mar Bermejo (2): lo cual nos significa que los crueles enemigos del ánima (que son los pecados) se ahogan y mueren en el agua del sancto Baptismo. De dónde sucedió que los hijos de Israel, que antes temblaban y huían destos enemigos, después que los vieron muertos á la orilla del agua, ya no les eran materia de temor, sino de alegría y hacimiento de gracias, viéndose libres dellos. Y así comenzaron á alabar á Dios diciendo: *Cantemus Domino, gloriose enim honorificatus est*, &c. Pues esta virtud tiene el sancto Baptismo, el cual ahogando los pecados, que antes de ser perdonados nos eran causa de temor, después de ahogados en este mar nos son materia de alegría y alabanza. Esto es proprio de la virtud de este sacramento, aunque ni por esto puede tener nadie certidumbre de fe que está en estado de gracia, mas puede tener grandes conjecturas de ello.

Lo mismo también nos representa el agua que salió del costado de nuestro Redemptor, herido con la lanza (3), para darnos á entender que de aquella preciosa herida, con las demás que recibió, salió la virtud del agua del sancto Baptismo, con que nuestras ánimas son lavadas y purificadas, y salieron también las aguas de las gracias que se dan en los otros sacramentos para remedio dellas. Y esto nos representó el Señor en la formación de la primera mujer, la cual hizo de una costilla que tomó de

(1) Colos. 2. (2) Exod. 14. (3) Joan. 19.

Adán cuando dormía (1). En lo cual nos figuró que del lado del segundo Adán, cuando dormía el sueño de la muerte en la cruz, sacó Dios su esposa, que es la Iglesia, porque de allí, como de una caudalosa fuente, manó la gracia de los sacramentos, por quien la Iglesia recibe el ser espiritual que tiene de esposa de Cristo. Y por esta razón se dice haberle sacado la Esposa de su lado, porque dél manó la gracia de los sacramentos que le dieron este nuevo ser y dignidad. Pues este sacramento con los demás es uno de los principales fructos del árbol de la Cruz, con el cual las ánimas se curan y lavan y recrean y esfuerzan y sustentan en la vida espiritual: del cual fruto dice la Esposa en los Cantares (2): A la sombra del que mi ánima deseaba, me asenté, y su fructo es dulce á mi garganta.

---

(1) Genes. 2. (2) Cant. 2.

SÉPTIMO FRUCTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES ABORRECIMIENTO DEL PECADO, Y AMOR DE LA VIRTUD

CAPÍTULO XIII

DESCINDAMOS agora en particular á tratar de los oficios y partes de la justicia. Esta justicia se divide en dos partes principales, que son, apartarse del mal y abrazar el bien, que es, aborrecer al pecado y amar la virtud. Pues para la primera destas dos cosas (que es aborrecimiento del pecado) ayuda tanto el misterio de la Cruz, que si todos los entendimientos humanos se pusiesen á pensar qué obra podría Dios hacer para declarar la malicia y fealdad del pecado, y el odio que tiene contra él, no era posible hacerse otra obra más eficaz que ésta. Porque ¿con qué podía más este Señor mostrar este odio, que con la muerte de su unigénito Hijo, de la cual fueron ocasión nuestros pecados, pues es cierto que nadie fuera poderoso para hacerle padecer tantos tormentos, si los pecados no lo hicieran? De manera que mirado bien este negocio, nuestros pecados fueron los autores de tantos males. Y (lo que es digno de mucha consideración) una sola vez fué este Señor maltratado de sus enemigos, mas de nosotros ha sido todas las horas, y por más livianas causas. De manera que nosotros lo vendimos, y muchas veces por menor precio que Judas. Nosotros también le desamparamos y negamos, no por temor de la muerte, como los Apóstoles y Sant Pedro, sino por un poco de interese, por un deleite bestial, por excusar el trabajo de un ayuno, y á las veces sin ocasión ninguna, por sola la costumbre de mal vivir. Nosotros lo escarnecimos, cuando no hecimos caso de sus mandamientos y doctrina. Nosotros lo pusimos en cruz, cuando no tuvimos empacho de contradecir á los mandamientos, que él con su sangre y con su muerte confirmó. Nosotros lo injuriamos, cuando con palabras honestas coloramos nuestras maldades, y cuando escarnecimos y despreciamos á los que en su nombre procuran apartarnos del pecado. Y finalmente nosotros dentro de

nos mismos le dimos la muerte y lo sepultamos, cuando desterramos de nuestro corazón el temor y respecto que le debíamos. Éstos pues fueron los verdugos que maltrataron y crucificaron este Señor, ca por destruir á ellos, el Padre eterno entregó su unigénito Hijo á los tormentos de la cruz, En lo cual abiertamente mostró la grandeza del odio que tenía contra el pecado, pues por matar al pecado, ofreció á la muerte su amantísimo Hijo. Porque sabiendo él que no había otro medio más conveniente que éste para tomar venganza del pecado y desterrarlo del mundo, consintió en la muerte del Hijo por matar á este adversario. Aquí os ruego me digáis: ¿qué hará este Señor del hombre que hallare envuelto y abrazado con el pecado, pues esto hizo con su proprio Hijo, cuando tomó sobre sí la carga de los pecados?

Y el mismo Hijo de Dios aborreció tanto este monstruo, que por alcanzarnos fuerzas de gracia para vencerlo, se puso á padecer todas las tempestades y encuentros de los hombres y de los demonios, y todos los azotes de la indignación divina, merecidos por el pecado. Y no sólo lo que sufrió en su sagrada pasión, mas todo cuanto en este mundo hizo y dijo, á este fin entre otros se ordenó. Y así dijo Esaías que el fructo de todos los trabajos de Cristo era desterrar y quitar de por medio el pecado (1). De modo que aunque sean innumerables los fructos de la venida y pasión del Hijo de Dios, es tan proprio y tan esencial éste de la destruición y remisión de los pecados, que de él más principalmente hacen mención todas las sanctas Escripturas como de raíz y fuente de todos los otros males. Y así el mismo Señor en la postrera cena, consagrando su preciosa sangre, dijo (2): Este es el cáliz de mi sangre, la cual será derramada por vosotros y por otros muchos en remisión de los pecados. Y el mismo Señor por S. Lucas, después que abrió el entendimiento á los discípulos para entender las Escripturas que de él hablaban, les dijo (3): Así está escripto, y así convenía que Cristo padeciese y resuscitase, y luego se predicase penitencia y perdón de pecados en todas las gentes, comenzando dende Hierusalem. Y el apóstol Sant Pedro en los Actos de los Apóstoles (4), predicando el Evangelio á Cornelio Centurión y á su familia, dijo que todos los profetas testificaban que los pecados se perdonaban á los hombres por los

---

(1) Esai. 27. (2) Matth. 26. (3) Luc. ult. (4) Act. 10.

méritos y pasión deste Señor. Y así el profeta Miqueas (1), hablando de él, dijo que nos libraría de todas nuestras maldades, y arrojaría en el profundo de la mar todos nuestros pecados. Y finalmente el sancto Precursor de Cristo, viéndole una vez pasar delante de sí, dijo (2): Veis aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. De lo dicho parece claro que la principal causa del sacrificio de la Cruz fué la victoria del pecado, pagando lo que por él debíamos con tantos dolores, y mereciéndonos por ellos gracia y fortaleza para vencerlos. En lo cual se ve cuán grande sea la malicia deste monstruo, pues tanto fué menester para desterrarlo del mundo.

Muchos y muy espantosos castigos ha habido dende el principio del mundo, con los cuales aquel soberano Juez ha mostrado el extraño odio que tiene contra el pecado, de que las Escrituras sanctas están llenas, y bastaba para esto la pena eterna del infierno, que es proprio castigo dél. Mas todos estos castigos, con ser tan grandes, no declaran tanto la grandeza deste odio como la venganza que de él tomó el Padre eterno en la muerte de su unigénito Hijo, por haber tomado sobre sí las deudas de los pecados. Por lo cual con mucha razón se queja este Señor del pecador que después de tal satisfación se atrevía á pecar, diciendo por S. Bernardo: ¿Por ventura no fuí asaz afligido por tus pecados? ¿Por qué añades afición al afligido? Ca mucho más me atormentan las heridas de tus pecados que las llagas de mi cuerpo.

Pues siendo esto así, ¿quién tiene atrevimiento para cometer un solo pecado? ¿Quién no tiembla de solo el nombre dél? Y ¿quién no tiembla de vivir en un mundo tan malo y en un cuerpo tan flaco, donde tiene tantos motivos y ocasiones para pecar? Y sobre todo esto, ¿quién de los que esto entienden y creen, no queda muchas veces fuera de sí, viendo la facilidad con que los hombres cometen tantos pecados, habiendo Dios anegado el mundo y hecho de ángeles demonios, y (lo que más es) entregado su Hijo á la muerte por los pecados? ¿Veis pues cuánta luz nos da este misterio para entender la malicia del pecado y para causarnos un cruelísimo odio contra él?

(1) Miche. 7. (2) Joan. 1.

§ I

Pues no nos da menor motivo para enamorarnos de la virtud y justicia, de la cual pende nuestra salvación. Y así el profeta Daniel (1) á estas dos cosas tan principales dice que se ordenó la venida del Salvador, que son, dar fin al pecado, y introducir la justicia y sanctidad en el mundo. Pues en cuánto se deba preciar esta justicia, vese por lo que este Señor hizo sobre esta demanda, pues él mismo en persona quiso venir por embajador y procurador della. Con lo cual declaró bastantemente cuán grande era la causa que tuvo tal embajador, tal orador y tal procurador. Y siendo este Señor el que para criar el mundo no tuvo necesidad más que de sólo querer, cuando quiso tratar de la salud del hombre, ¡cuántas palabras habló, cuántas obras hizo, y cuántas cosas padeció! Pues ¿quién no estimará en mucho un negocio en que Dios puso tanto caudal? Si á los hombres parecía que era pequeño negocio ser virtuosos, y anteponían todos los otros negocios á éste, vean por aquí cuánto se deba anteponer éste á todos los otros, pues la causa de tan gran misterio y de todo lo que el Hijo de Dios en este mundo obró, fué hacer al hombre amador de la virtud. Así lo confiesa S. Augustín por estas palabras: Decendiste á este mundo, vida mía, y destruíste mi muerte con tu vida, y sonó tu voz en el mundo como un trueno, clamando con palabras y obras, con muerte y vida, con bajar y subir al cielo, que nos volvamos á ti: y esta vuelta no puede ser por otro camino que el de la virtud. Pues ¿qué cosa más encarecida que la que por tantos medios se encomendó?

Cuando un hombre sabio, sobre un pleito que trae, va y viene muchas veces á Roma, entendemos que debe ser el negocio de grande importancia, que le hace andar tantos y tan largos caminos. Y pues aquel tan sabio Hijo de Dios tantos caminos anduvo sobre este negocio, como fué bajar hasta la tierra, hasta el pesebre, hasta la cruz, hasta el sepulcro, hasta una parte del infierno, argumento es que debe ser grandísimo el negocio que trata, pues tantas expensas y caminos le cuesta. Y por tanto, si este Señor,

(1) Dan. 9.

no siendo suyo el negocio sino tuyo, tanto lo estimó por su sola bondad, tú, cuyo es el negocio, cuya es la causa y cuyo es todo el provecho della, ¿en cuánto será razón que lo estimes? ¿Ves luego cuán abiertamente se conoce por este misterio el valor y precio de la virtud, y cuánto queda el hombre por esta razón obligado á estimarla y aficionarse á ella?

OCTAVO FRUCTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA CARIDAD

CAPÍTULO XIV

Después de haber tratado en común del amor de la virtud y aborrecimiento del pecado, síguese que tratemos luego de algunas particulares virtudes, para las cuales hallaremos grandes ejemplos y motivos en el misterio de la Cruz. Porque (como se suele decir) la doctrina moral es de poco provecho tratada generalmente, si no se deciende á lo particular. Por tanto, habiendo de escribir aquí destas virtudes, comenzaremos por la mayor dellas, que es la caridad, de cuyas excelencias tratamos algo en dos libros del amor de Dios, á los cuales remitimos al cristiano lector. Solamente diremos aquí que la caridad es reina y señora de todas las virtudes, ella la vida, la forma y el ánima y la hermosura dellas, sin la cual (como dice el Apóstol) ni la fe, ni la esperanza, ni la profecía, ni el martirio, ni el hablar en lenguas de hombres ni de ángeles, ni otra alguna virtud tiene precio ni mérito ante Dios. Y sobre todo esto, ella es la que nos da fuerzas y aliento para todas las obras virtuosas. Porque ésta es la condición general del amor, esforzar al hombre para cualquier trabajo que se deba de hacer por la cosa que ama. El amor del dinero hace al hombre ir hasta el cabo del mundo y no recelar peligros de mar ni de tierra. El amor hace con los padres sufrir todas las molestias y cargas de sus hijos, y desposeerse de cuanto tienen por remediarlos. De suerte que cuando es menester caminar, sirve de pies, cuando dar, sirve de manos, cuando llevar cargas, sirve de hombros, y cuando acometer peligros, sirve de ánimo y corazón. Pues para alcanzar esta virtud, había un grande impedimento así por parte de la bajeza de nuestra naturaleza como por parte de la alteza de la divina. Porque como el espíritu del hombre esté ahí atado y como sumido en este cuerpo material, y no pueda entender nada sino por las imágines de las cosas sensibles, no se aplica tan fácilmente á amar sino las cosas sensibles, porque en las espirituales no halla tomo, aunque

sean mucho más nobles. Pues como Dios sea un espíritu altísimo y purísimo, y esté infinitamente encumbrado sobre todo lo criado, y tenga él otra manera de ser tan diferente de todo otro ser criado, parecerle ha al hombre ignorante que ningún linaje de proporción hay entre el hombre y él para que lo haya de amar con sumo amor (como él merece) no pudiéndolo ver ni imaginar como á las cosas que en la tierra ama. Y así se escribe de un simple ermitaño que teniendo el error de aquellos herejes que ponían en Dios miembros humanos, como fuese desengañado deste error, no acertaba á contemplar en Dios como solía, y quejábase diciendo: ¡Ay, que me han quitado á mi Dios!

Pues ¿qué remedio para esta rudeza humana? Hallólo la Sabiduría divina muy conveniente con el misterio de la encarnación, por el cual el mismo Hijo de Dios se vistió de carne, y conversó en este mundo con los hombres, y desta manera ya el hombre de carne, que no sabía amar sino cosas envueltas en carne, tiene á su Dios vestido desta ropa tan acomodada á su propria naturaleza. Desta manera pues aquel purísimo espíritu, envuelto en carne, se hizo amable á los hombres, que no sabían amar sino cosas de carne. Lo cual (como adelante veremos) nos representa aquel calor que recibió la carne del niño muerto, hijo de la huéspeda de Eliseo, cuando el Profeta se encogió y se tendió sobre él (1).

§ I

Mas hay aún aquí otra cosa mucho para considerar, y es que la principal dificultad que el hombre hallaba en levantarse á amar aquel Espíritu altísimo, era no saber las propriedades y condición que tiene para con los hombres, por ser aquella soberana Substancia infinitamente aventajada sobre la nuestra, y así imaginaría que no tiene las propriedades acomodadas á nuestro amor. Pues para sacarnos deste engaño y quitar este impedimento, descendió el Hijo de Dios del seno de su Padre á este mundo, y conversó con los hombres con tanta caridad, con tanta mansedumbre y humildad, con tanta piedad y blandura,

(1) IV Reg. 4.

con entrañas de tanta misericordia y compasión de las miserias humanas, con tanto celo de la salvación de las ánimas, que todos los pasos de su vida sanctísima empleó en remediar las enfermedades de los cuerpos y en procurar la salvación de las ánimas. Pues ¿qué diré de las entrañas de misericordia que mostró cuando vió la ciudad de Hierusalén (1), llorando y lamentando su caída? Por dónde las primeras palabras que habló en la cruz, fueron rogar al Padre por los que en aquel tiempo no contentos con ver lo que padecía, estaban escarneciendo dél (2). ¿Qué diré de aquella tan profunda humildad que mostró el mismo día que resuscitó, enviando á la sancta Magdalena con este recado (3): Ve á mis hermanos, y diles que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios? Pues ¿qué mayor humildad y blandura que el Señor de todo lo criado llamase á unos rústicos pescadores hermanos suyos, y más habiéndole sido dos días antes tan desleales, que al tiempo de la pasión echaron á huir y le dejaron en medio de sus enemigos? Finalmente, tanta fué la blandura de su piedad y misericordia para con los flacos, mayormente en su primera venida, que por eso en las Escrituras así del Viejo como del Nuevo Testamento es llamado Cordero. Porque así lo llama Esaías (4), así el sancto Bautista (5) y S. Juan Evangelista en su Apocalipsi.

Es también una señalada condición de aquella infinita Bondad tener grande amor á los buenos, y grande aborrecimiento á los malos, en cuanto malos. La primera destas dos cosas nos mostró, cuando diciéndole un hombre que su madre y sus hermanos le buscaban, respondió (6): ¿Quién es mi madre, y quién mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: Éstos son mi madre y mis hermanos, porque quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Pues ¿con qué palabras se pudiera encarecer más la dignidad de los buenos, y la grandeza del amor que Dios les tiene? Pues el aborrecimiento de los malos mostrólo en las reprehensiones tan libres de la hipocresía, avaricia, ambición y superstición de los sacerdotes y fariseos, por las cuales por tantas artes y maneras le persiguieron, y no descansaron hasta ponerle en la cruz, y

(1) Lucae 19. (2) Ibid 23. (3) Joan. 20. (4) Esai. 53. (5) Joan. 1. (6) Matth. 12.

aun allí no cesaban de crucificarle con sus lenguas. Este mismo odio mostró entrando en eí templo (1), porque vistas las mesas, y el dinero, y el ganado que dentro dél estaba para venderse, hizo un azote de los cordeles que allí había, y con una extraña severidad, á fuerza de azotes echó los mercantes del templo, y derribó las mesas y las sillas dellos, y derramó el dinero que estaba sobre las mesas. Pues ¿quién no ve por este tan grave castigo el aborrecimiento que este Señor tiene á los malos? Mas por otra parte, cuánta haya sido su caridad y benignidad para con buenos y malos, muy bien lo declaró en aquellas suavísimas palabras, con que convida y llama á los unos y á los otros, diciendo (2): Venid á mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os daré refrigerio. No acabaríamos á este paso de contar las virtudes y noblezas que este clementísimo Señor nos mostró en su vida sanctísima. Pues según esto, quien quisiere saber las propriedades y condiciones que tiene aquel altísimo y soberano Señor para con los hombres, ponga los ojos en este retrato y imagen del Padre, y en él como en un perfectísimo espejo verá las entrañas y la condición de aquel Señor que quiere amar. Porque realmente tal es el Padre cual el Hijo que salió del seno del Padre. Y así dijo él á Sant Filipe (3): Filipe, quien ve á mí, ve á mi Padre. Y pues tan amable se nos representa aquí el Hijo vestido de carne, sepa que tal es el Padre, aunque esté libre y exempto de toda carne. En lo cual se ve con cuánta razón dijo el Apóstol que era grande el sacramento que se había mostrado en la carne (4). En lugar de las cuales palabras otros trasladaron: Dios se manifestó en la carne. Porque verdaderamente con ninguna de cuantas obras tiene Dios hechas, manifestó y descubrió tanto al mundo quién él era, y las propriedades que tenía, como enviando el Hijo que salió de su seno al mundo, vestido de nuestra carne, para que conociendo á Dios en esta forma visible, se levanten nuestros corazones al amor de las cosas invisibles.

Este tan grande motivo de amor de Dios sacamos del misterio de la Encarnación. Mas con éste sacamos otros mayores del misterio de la Pasión. Porque tres cosas señaladamente mueven nuestra voluntad á amar una persona. La primera es la bondad, la segunda los beneficios, la tercera el amor, que es ser amado

(1) Ibid. 21. (2) Ubi supra, 11. (3) Joan. 14. (4) I Timot. 3.

de la tal persona. Porque primeramente la bondad es objecto tan proprio de la voluntad como el color de la vista, y así no puede nuestra voluntad amar sino lo que es bien ó tiene aparencia dél. Los beneficios otrosí son tan poderosos para causar amor, que hasta las fieras reconocen y aman á sus bienhechores, de cuyos ejemplos están llenas las historias. También el ser amado mueve mucho más al retorno del amor. La razón es, porque el amor es el primero y el mayor y como raíz de todos los otros beneficios, ca por éste se da el hombre á sí y á todas sus cosas, pues todas ellas (como dicen) son comunes á los amigos. Estas tres causas de amor se hallan de tal manera en el misterio de la Cruz, que parece que ni la muestra de la bondad y caridad de Dios pudiera ser mayor, ni el beneficio más crecido. Destas tres cosas trataremos al presente, aunque de la bondad se tratará adelante en su proprio lugar. Agora comencemos por el beneficio recebido.

§ II

La grandeza deste beneficio se conoce por lo que en él se nos dió, y más por la manera en que se dió, y mucho más por la causa que se dió. Lo que se nos dió (como dice el Apóstol) son bienes incomprehensibles. Y así dice él (1): Á mí, el menor de los sanctos, fué dada gracia para predicar á las gentes las riquezas incomprehensibles que se dieron al mundo por Cristo, y para alumbrar á todos y declararles la dispensación y misterio deste sacramento escondido en todos los siglos en el pecho de Dios vivo, que crió todas las cosas. Y especificando más el mismo Apóstol la grandeza destas riquezas, dice un poco antes (2): Dios, que es rico en misericordias, por la grandeza de la caridad con que nos amó, estando muertos nos dió vida por Cristo (por cuya gracia somos salvos) y nos resuscitó juntamente con él, y nos asentó en las sillas celestiales para mostrar en los siglos advenideros la magnificencia y riquezas de su gracia y bondad, de que usó con nosotros por Cristo su Hijo. Hasta aquí son palabras del Apóstol, en las cuales levanta tanto al hombre caído, que de esclavo de Satanás lo hermana con Cristo y hace semejante á él,

(1) Ephes. 3. (2) Ubi supra, 2.

pues con él recibe vida, y con él juntamente resuscita, y con él sube á los cielos, y recibe silla en ellos, porque de todos estos bienes gozarán los escogidos por el misterio de la Cruz. Y para resumirlo todo en una palabra, por este misterio se nos dan bienes de gracia y gloria, que son las dos mayores cosas que la omnipotencia de Dios puede dar á una pura criatura. Y esta gracia, que es, como dicen los sanctos, gloria comenzada, se nos da por Cristo en tanta abundancia, que dice el mismo Señor (que nos la mereció) en el Evangelio estas palabras (1): Si alguno entrare por mí (que soy la puerta para ir al Padre) entrando y saliendo por esta puerta, hallará pastos para su ánima abundosos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir el ganado, mas yo vine para que mis ovejas tengan vida, y no como quiera, sino en grande abundancia. Pues esta abundancia es la muchedumbre y riqueza de las gracias y dones del Espíritu Sancto, que nos fueron dados por Cristo: la cual fué figurada en las grandes riquezas que hubo en tiempo de Salomón, donde era tanta la abundancia de la plata como de las piedras, y de los cedros como de las higueras locas que nacen en los campos (2). Y por esta abundancia temporal quiso el Espíritu Sancto representar la abundancia de las riquezas espirituales de la gracia que se nos había de dar en el tiempo que reinase el verdadero Salomón, que es Cristo. Lo cual en parte se ve en la virtud de los sacramentos, que dan gracia al que dignamente los recibe, y señaladamente en el mayor dellos, que es el divinísimo Sacramento del altar.

§ III

Mas miremos agora por qué medio, esto es, por cuántos trabajos nos ganó el Hijo de Dios esta abundancia de bienes, que es una de las consideraciones que más enternece los corazones de los sanctos. Y así dice S. Buenaventura: Mira agora, hombre, y diligentemente piensa las maravillas que el Señor obró sobre la tierra. Dios es escarnecido para que tú seas honrado, el inocente

(1) Joan. 10. (2) III Reg. 10.

es azotado para que tú seas consolado, el justo es crucificado para que tú seas absuelto, el Cordero sin mancilla es muerto para darte de comer, y su costado es abierto para darte de beber. Y conforme á esto dice S. Bernardo: Aquella Majestad singular quiso morir para que viviésemos, y servir para que reinásemos, y ser desterrado para restituirnos nuestra patria, y abatirse á cosas muy bajas para hacernos señores de todas sus cosas. Y S. Augustín, hablando en figura de Cristo, repite cuasi la misma sentencia por estas palabras: Siendo tú enemigo de mi Padre, te reconcilié con él, y estando apartado, te reduje á él, y andando descarriado entre montes y breñas, te busqué, y sobre mis hombros te traje y te presenté á mi Padre. Por ti trabajé, sudé, ofrecí mi cabeza á las espinas, mis manos á los clavos, mis espaldas á los azotes, mi costado á la lanza, y finalmente toda mi sangre derramé por ti: mas ¡ay, que pecando te apartas de mí! Pues ¿qué daré yo al Señor por tal remedio y por tal manera de remediar? Con razón dice S. Bernardo que toda la vida debemos á quien por nosotros puso la suya, y á quien tan grandes tormentos padeció, por que tú no padecieses eternos tormentos. Pues ¿qué cosa podrá ya ser dura al hombre, viendo que aquél más hermoso que todos los hijos de los hombres quiso ser crucificado por él? ¡Oh misericordia no debida, oh gracioso beneficio, oh amor nunca pensado, oh espantosa dulcedumbre, que el Rey de la gloria haya querido morir y ser crucificado por un gusanillo despreciado! ¡Oh cuán dulce amigo, oh cuán poderoso ayudador, oh cuán prudente consiliario, oh cuán grande amador, que mostrándose tan grande cuando te crió, tanto se humilló cuando te reparó! Allí tan alto y aquí tan bajo, pero no menos amable aquí que allí. Allí poderosamente te dió cosas grandes, aquí misericordiosamente sufrió por ti cosas duras, y por levantarte al lugar donde habías caído, tuvo él por bien bajar donde tú estabas prostrado, y para que se te diese lo que justamente habías perdido, quiso él piadosamente sufrir lo que tú habías merecido, que fué la muerte á que estabas condenado. Mas para que sepamos apreciar este beneficio, pongamos los ojos en la dignidad de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que en este beneficio entrevino, la cual era dél amada y estimada sobre todas las cosas criadas. Y esto podrá fácilmente cada uno entender por el grande amor que el ánima tiene á su cuerpo, pues se escribe en el libro

de Job (1) que piel por piel (esto es, pieza por pieza) dará el hombre todo cuanto tiene por su vida. La razón de este tan grande amor es porque el ánima da el ser que ella tiene á su cuerpo, y así lo ama como á cosa suya y parte de sí misma. De dónde nace que en apartándose el ánima del cuerpo, luego el cuerpo pierde el ser y vida que tenía. Pues es agora de notar que así como el ánima da al cuerpo el ser que tiene, así el Verbo Divino, privando aquella sacratísima humanidad del ser humano que hubiera de tener, le da su proprio ser divino, puesto caso que no sea forma della, como lo es el ánima del cuerpo, y por esta causa la ama sobre todo lo criado con incomprehensible amor. Pues siendo esta sacra humanidad amada con tal amor, ¿quién podrá explicar cuán grande beneficio haya sido poner el Hijo de Dios la vida de cosa tan amada por el reparo de la nuestra? Esto puede así brevemente decirse, mas no hay entendimiento humano que lo pueda comprehender. Por lo cual quiero fingir un ejemplo más palpable, para que siquiera por él entienda algo nuestra rudeza de la grandeza deste beneficio y de la muestra deste amor.

Escríbese en la vida de Sancta Catalina de Sena que después de fallecido su padre, rogó á nuestro Señor le eximiese de las penas de purgatorio. Mas porque el defuncto no estaba tan libre de culpas que no fuese necesario (según las leyes de la divina justicia) ser primero purgadas, fuéle respondido que aquello no se podía hacer sino tomando ella á cargo la satisfación de aquellas penas, padeciendo toda la vida un dolor de ijada. Lo cual la virgen aceptó de buena voluntad, y así padeciendo ella esta enfermedad, libró al padre de aquella obligación. Pues finjamos agora que estuviese un hombre noble y virtuoso en una cama con terribles accidentes de piedra, de gota, de jaqueca, de estómago y de otros males semejantes, dando voces con la fuerza de los dolores, aplicándole los médicos muchas maneras de remedios en vano. Pues si estando él así tan congojado, y toda su familia turbada y revuelta con la congoja de su señor, entrara esta virgen, y viendo lo que pasaba, se enterneciera tanto con aquellas sus entrañas de caridad, que se pusiera en oración y pidiera á nuestro Señor con grande instancia que librase aquel doliente de tan grandes dolores, y que ella se ofrecía á padecerlos todos

(1) Cap. 2.

por él, y aceptándole Dios esta petición, y quedando por ella el enfermo libre de tan grandes dolores á costa de la virgen, pregunto: ¿qué haría este hombre noble y agradecido, cuando por este medio súbitamente se viese sano? ¿Qué gracias le daría? ¿Qué servicios le prometería? ¿Con qué palabras le agradecería esta tan grande caridad? ¿A qué trabajos y caminos, á qué gastos y expensas no se obligaría en servicio desta virgen? ¿Qué bienes tendría en su casa, que no los pusiese en manos de ella? ¿Qué devoción le tendría toda la vida? ¿Qué lágrimas tan dulces derramaría cuando se acordase de este beneficio y desta tan extremada caridad? Y sobre todo esto, ¿qué compasión tendría de la virgen cuando la viese estar penando con todos aquellos dolores que él padecía? Pues ¡oh desagradecimiento humano, que no sabes siquiera por semejantes ejemplos estimar lo que debes á tu Redemptor! Porque ¿qué es este beneficio, si se compara con el de nuestra redempción, sino una pequeña sombra de bien? Porque lo más que en aquél se dió, fué salud del cuerpo, mas aquí se da del ánima, que sin comparación es mayor: allí se dió salud temporal, aquí se da eterna: allí fué librado aquel doliente de dolores que se acaban con la vida, mas aquí fué librado el hombre de tormentos que nunca se acabarán: allí una pobre mujer, hija de un tintorero, se quiso obligar á padecer lo que aquel hombre noble padecía (lo cual es cosa que muchas veces ha acaecido en el mundo, ofreciéndose un fiel vasallo á la muerte por librar su rey) mas aquí, por el contrario, el altísimo Hijo de Dios y el Rey de los reyes y Señor de todo lo criado se quiso poner á recibir todas las penas que su vil y desconocido esclavo merecía, para librarlo dellas.

§ IV

Hay aquí otra circunstancia bastante para hacer atónitos todos los corazones, que es la tercera cosa que (como arriba notamos) engrandece este beneficio, conviene saber, la causa por qué este clementísimo Señor se quiso ofrecer á tan grandes encuentros. La cual no fué necesidad, ni obligación, ni merecimientos humanos, ni interese alguno, ni gloria que ya no tuviese merecida, sino sola bondad, sola caridad, sola piedad, sola misericordia, sola be-

nignidad, sola compasión de nuestras miserias, y deseo de nuestro remedio, y finalmente, como dice Zacarías (1), por solas las entrañas de su misericordia nos vino á visitar dende lo alto, para alumbrar á los que estaban asentados en tinieblas y sombra de muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz. Y llama aquí entrañas de misericordia, porque en este hecho se desentrañó Dios y hizo á manera de aquél que no teniendo ya que dar á quien bien quisiese, le diese (como suelen decir) las entrañas. Y esto es lo que tantas veces cantamos en el Credo, cuando decimos que este Señor por nosotros los hombres y por nuestra salud (esto es, no por su salud ni por cosa que interesase) decendió del cielo, y encarnó, y padeció, y fué sepultado. Pues ¿qué piedad, qué bondad, qué largueza, qué nobleza se puede imaginar mayor?

Y lo que más es, pudiendo remediarnos este Señor por otras mil maneras, si quisiera, quiso escoger ésta, que á él era más costosa, por ser á nosotros sin comparación más provechosa. Y no debe pensar el hombre que debe menos por este beneficio que él recibe, por ser otros muchos los que gozan dél, porque (como dice Sant Crisóstomo) éste ha de ser el afecto y presupuesto del fiel siervo de Dios, que los beneficios hechos á todos ha de agradecer tanto como si á sí solo fuesen hechos, y de todos ellos se ha de tener por deudor, pues no recibe dellos menor fructo, gozándolos muchos, que si él solo los gozara. Porque no menor beneficio recibe del sol el que mediante su luz ve como todos ven, que si él solo viera. Esto es de Crisóstomo.

Pues siendo esto así, ¿cómo no nos deshacemos en servicio de tal Señor? ¿Cómo no nos derretimos como la cera en el fuego con la fuerza deste amor? ¿Cómo no deseamos padecer mil martirios por quien tantos por nuestra causa padeció? ¿Cómo puede nuestro corazón olvidar este beneficio, y cesar nuestra boca de las alabanzas deste Señor? ¿Cómo nos podemos contener de dar aquellas voces que dió Moisén (2), cuando vió la figura deste misterio en el monte, proclamando á grandes voces la grandeza de la misericordia que allí le fué descubierta? ¿Cómo finalmente no nos compadecemos deste Señor, cuando le vemos oprimido y cercado de tantas angustias y dolores por nuestro amor, viendo que él tomó sobre sí nuestra causa, para que á costa de lo que padecía

(1) Luc. 1. (2) Exod. 34

el Señor, quedase libre su esclavo? Digamos pues todos con S. Augustín: Maravillémonos, alegrémonos, amemos, alabemos y adoremos este Señor, pues por su muerte somos reducidos de muerte á vida, de las tinieblas á la luz, del destierro á la patria, de la corrupción á la incorrupción, de las lágrimas al alegría, y de la eterna miseria á la gloria perdurable. Pues ¿qué corazón habrá tan de piedra, que no se enternezca con la grandeza deste beneficio, y no se regale con el fuego deste amor? Pues, oh Señor mío Jesucristo, que no quisiste perdonar á ti por amor de mí, suplícote quieras de tal manera herir mi corazón con tus heridas, y embriagar mi ánima con tu sangre, que doquiera que pusiere los ojos, te vea crucificado, y cualquiera cosa que mirare, me parezca estar teñida con tu sangre, para que transformado todo en ti, ninguna cosa halle fuera de ti, y ninguna pueda ver sino tus llagas.

Ésta sea, Señor, mi consolación, ser crucificado contigo, y ésta me sea íntima aflición, pensar algo fuera de ti. Esto baste para entender en alguna manera la grandeza deste beneficio, y amar al dador por él.

§ V

Agora veamos la otra causa de amar, que es el amor inestimable que este Señor nos tuvo. Pues como haya muchos medios por donde este amor se descubre, uno de los más principales es padecer trabajos y señaladamente muerte por la cosa amada, por lo cual dijo el Señor (1): Nadie tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. Y para más declaración desto es de saber que los filósofos proceden de dos maneras en el conocimiento de las cosas, porque unas veces proceden por el conocimiento de los efectos al de las causas, y otras por el de la causa á los efectos, que es más noble manera de proceder. Pues de ambas maneras procederemos aquí para venir en conocimiento de la grandeza de este amor: el cual es tan grande, que como dice el Apóstol (2), sobrepuja todo conocimiento, no solamente de los hombres, mas también de los ángeles, los cuales aunque tengan

(1) Joan. 15. (2) Ephes. 3.

grandísimo entendimiento, no llegan á comprehender la grandeza de esta caridad. Pues si el entendimiento angélico no basta para alcanzar este conocimiento, ¿cómo bastará el humano, que tan rastrero y tan corto es para penetrar las cosas divinas?

Mas porque del todo no carezcamos deste conocimiento (en que tanto nos va) pondré aquí tres grandes conjecturas, por las cuales se verá claro la grandeza de esta caridad, y la promptitud de ánimo con que este Señor se ofreció á tantos trabajos por nuestro remedio. La primera es la grandeza de la gracia y caridad que le fué dada, la cual sobrepuja tanto á la caridad y gracia de los sanctos, cuanto la lumbre del sol á la de las estrellas. Pues si muchos de los sanctos mártires, por una pequeña parte que desta caridad tenían, se ofrecían tan alegre y esforzadamente á los más crueles tormentos del mundo, ¿con qué promptitud y esfuerzo de corazón se ofrecería este Señor al martirio de la cruz por la gloria de su Padre y remedio del mundo, pues tanto mayor caridad y gracia tenía? Esto en alguna manera se puede conjecturar, mas ni se puede comprehender y mucho menos explicar con palabras. Mas puede el ánima devota zabullirse en este abismo tan profundo, para que por aquí vea la promptitud y devoción con que este tan grande amador se ofrecía á todos los encuentros y tempestades de los miembros de Satanás por nuestro remedio.

La segunda conjectura mucho para notar es la grandeza y muchedumbre de beneficios que esta ánima sanctísima recibió en el primer instante de su concepción, de los cuales tratamos más copiosamente en otro lugar. Mas aquí brevemente diremos que todos los tesoros, riquezas y grandezas que Dios tenía, depositó en esta sagrada humanidad ante todo merecimiento. Porque después de la mayor de todas las gracias que la omnipotencia de Dios puede dar (que fué la unión con el Verbo Divino en una misma persona) estaba claro que se habían de dar á aquella ánima sanctísima todos los arreos y gracias y riquezas que convenían al ánima desposada en unidad de persona con tal Señor. Pues cuando esta ánima sanctísima se viese así engrandecida con tantos privilegios y dones ante todo merecimiento, ¿con qué amor amaría al dador de tan grandes bienes? ¿Con qué ardor desearía agradar y glorificar á tal bienhechor? Y entendiendo que la mayor gloria que le podía dar, y el mayor servicio

que le podía hacer, era sanctificar las ánimas y reducirlas á su servicio y obediencia, y que todo esto se había de obrar mediante el sacrificio de su pasión, ¿con qué voluntad, con qué devoción, con qué ardor se ofrecería á esta pasión, con la cual el Padre eterno había de ser tan gratificado, y el hombre tan copiosamente redemido? Pues ¿qué entendimiento podrá estimar esto como ello merece?

§ VI

La tercera conjectura deste amor es la perfectísima obediencia de Cristo en cuanto hombre. Porque una de las virtudes que más resplandeció en las vidas de los sanctos, fué la perfeción de su obediencia, como nos representan aquellos misteriosos animales del profeta Ezequiel (1), de quien dice él que doquiera que sentían el ímpeto ó movimiento del espíritu, allí caminaban sin volver atrás. Y esto también nos declara la promptitud de aquella tan grande obediencia de Abrahán (2), el cual en oyendo la voz de Dios que le mandaba sacrificar su muy amado hijo Isaac, no dilató el negocio de día en día, sino luego levantándose de madrugada partió con el hijo para el monte donde lo había de sacrificar. Pues si tal era la obediencia de los sanctos para con Dios, ¿cuál sería la del Sancto de los sanctos, que tanto mayor caridad y gracia tenía? Pues á este hijo tan obediente mandó su eterno Padre que amase á los hombres, y de tal manera los amase, que tomase sobre sí todas sus deudas y pecados, y se ofreciese al sacrificio de la muerte por ellos.

Y así dice él por Sant Juan (3): Poder tengo para poner mi vida, y después para tomarla, porque este mandamiento me fué dado por mi Padre. Pues siendo tan grande la obediencia de Cristo para con su Padre, ¿con qué amor nos amaría el Hijo tan obediente, y con qué voluntad se ofrecería á la muerte que le era mandada?

Mas cuanto esta caridad es más incomprehensible, tanto nos hace á este Señor más amable. Por la cual razón, no contento con el sacrificio de una simple muerte, quiso él juntar con ella

(1) Ezech. 1. (2) Genes. 22. (3) Joan. 10.

tantas otras maneras de injurias y dolores, que ni en su sacratísimo cuerpo quedase parte sin tormento, ni en aquella república algún estado de personas que no entreviniese en su aflición. El rey Herodes lo escarneció, el Presidente lo sentenció, el discípulo lo vendió, los Apóstoles lo desampararon, los pontífices y fariseos lo acusaron, los gentiles lo azotaron, las voces del pueblo furioso lo condenaron, y los soldados lo crucificaron. Pues ¿qué diré de los tormentos de todo su sacratísimo cuerpo? Aquella cabeza (como dice S. Bernardo) de que tiemblan los poderes del cielo, es pungida con crueles espinas, aquel rostro más hermoso que todos los hijos de los hombres, es afeado con las salivas de aquellas infernales bocas, los ojos más resplandecientes que el sol, están escurecidos con la presencia de la muerte, los oídos que oyen cantares de ángeles, oyen escarnios y blasfemias de pecadores, la boca que enseña los espíritus soberanos, es amargada con hiel y vinagre, las manos que dieron salud á tantos enfermos, están añjadas en duros clavos, los pies cuyo escabelo es adorado por ser sancto, están atravesados en un madero, el sagrado pecho traspasado con una lanza, el cuerpo concebido de Espíritu Santo, desnudo al frío, al aire y á la vista del mundo, y todos los miembros y huesos dél tan estirados, que como el Profeta dice (1), uno á uno se podían contar. Oh amor que todas las cosas vences, ¿cómo te encruelesces tanto contra la misma fuente de donde naces? ¿Hasta cuándo has de perseguir al inocente? ¿Hasta cuándo, siendo tan dulce y tan suave para con todos, eres tan cruel para aquél de quien procedes? Pues el dulce Jesú no extraña tan gran fuerza de dolores, ni se mueve con tan gran lluvia de penas y afliciones, para entibiarse en el propósito comenzado, mas antes con un incomprehensible deseo de nuestra salud todo lo sufre por ella. Porque ningún hombre amador desta vida tanto deseó vivir, cuanto este Señor deseó morir por dar salud y vida á nuestras ánimas.

El cual no contento con todos estos dolores de su sacratísimo cuerpo, no quiso tener el ánima libre de pasión, la cual tenía traspasada con tres clavos de entrañable compasión. El uno era de su inocentísima madre, que tenía presente, la cual amaba después del eterno Padre sobre todas las criaturas, y así era

(1) Psalm. 21.

amado della, y conforme á la grandeza deste amor era el dolor de ambos. Y así dice Sant Crisóstomo que en este misterio habemos de contemplar dos altares, en el uno de los cuales se sacrificaba la carne del hijo, y en el otro el ánima de la madre. El otro clavo era de compasión de todos los que conocía haber de ser ingratos á este beneficio, y no habían de querer aprovecharse deste tan grande y tan copioso remedio. Y el tercero era de compasión de la ceguedad de aquel pueblo miserable, viendo cómo de ahí á pocos días había de ser totalmente destruído por aquel tan gran pecado: de cuya perdición tenía tan grande sentimiento, que la primera palabra que habló en la cruz, fué rogar al Padre por él (1), como por cosa que más le dolía.

Y porque nosotros habíamos ofendido á Dios con todos nuestros sentidos y miembros, haciendo dellos armas, como dice el Apóstol (2), para servir al pecado, quiso él satisfacer por todas estas ofensas con los tormentos de los suyos, para que así pagasen los tormentos del cuerpo verdadero por los pecados de los miembros del cuerpo místico, que era todo el género humano. Desta manera con las manos enclavadas pagó por las malas obras que cometieron las nuestras, con los pies afijados en el madero, por los malos caminos de los nuestros, con la lanzada de su sagrado pecho, por la deshonestidad de nuestros pensamientos, con las espaldas rasgadas con azotes, por los deleites sensuales de nuestra carne, con los ojos llorosos, por la cobdicia y curiosidad de los nuestros, con la hiel y vinagre de su boca, por las golosinas y apetitos de nuestra gula, con la púrpura de escarnio, por la vanidad de nuestros atavíos, y con las salivas de su divino rostro y corona de espinas, por los aderezos y galas con que el linaje de las mujeres se compone para ser lazo hermoso del enemigo.

§ VII

Pues de todos estos trabajos fué la causa (como dijimos) su ardentísima caridad: la cual fué figurada en aquel viento abrasador que envió Dios por la oración de Moisén (3), el cual arrebató la muchedumbre de lagostas que destruían la tierra de Egipto,

(1) Lucae 23. (2) Rom. 6. (3) Exod. 10.

y las echó y ahogó en el mar Bermejo. Pues ¿qué necesidad tenía Dios desta invención para limpiar la tierra desta plaga, pues pudiera tan fácilmente destruir toda esta lagosta, como la pudo producir? Mas quiso él que esto fuese así, para representarnos el ardor de la caridad de Cristo, la cual le movió á tomar sobre sí todos los pecados, que mucho más que lagostas destruyen la hermosura de las ánimas. Los cuales ahogó en el mar Bermejo, porque con el sacrificio de su sangre preciosa los destruyó. Esto es lo que por palabras más claras nos enseñó el Apóstol, cuando dijo (1): Si la sangre de los toros y cabrones y el rocío de la ceniza de la becerra sacrificada purificaba en el tiempo antiguo las inmundicias corporales de aquella ley, ¿cuánto más poderosa será la sangre de Cristo, el cual abrasado con fuego del Espíritu Sancto, ofreció á sí mismo purísimo y sin mácula de pecado en sacrificio, para purificar nuestras consciencias de todos los pecados, y así servir á Dios vivo? Cierto es que cuanto va de sangre á sangre, tanto va de sacrificio á sacrificio, lo cual sobrepuja á todo entendimiento,

Esto mismo representa aquel sacrificio que su padre de Sansón ofreció (2), á quien apareció un ángel que representaba la persona de Dios, denunciándole que le nacería un hijo, el cual comenzaría á librar su pueblo del yugo de los filisteos. Y queriendo el padre gratificar la buena nueva, fué á su casa, y trajo un cabrito cocido para convidar al ángel que en figura humana le había aparecido. Mas el ángel no quiso aceptar este convite, sino mandóle ofrecer el cabrito en sacrificio á Dios. Y como él lo pusiese sobre una piedra, salió fuego della, y quemó el cabrito. Y en la llama que de este fuego se levantó, se envolvió el ángel, y se fué al cielo, y así desapareció. Pues ¿quién será tan rudo que piense haber ordenado esto la Sabiduría divina, y mandádolo escribir sin propósito y sin misterio? Y ¿qué otro misterio más conveniente se nos puede aquí representar, que el que todos los otros sacrificios de la ley figuraban, que es el sacrificio de nuestro sumo sacerdote Cristo Jesú? Este ángel representa la persona del Padre eterno, y la piedra, como dice el Apóstol (3), á su unigénito Hijo, que es piedra fortísima, piedra, como dice Esaías (4), preciosísima, piedra angular, que juntó las dos paredes, que son

(1) Hebr. 9. (2) Jud. 13. (3) I Cor 10. (4) Esai. 28.

los dos pueblos, judíos y gentiles, en una misma fe, y finalmente piedra fundamental, sobre la cual, como el Apóstol dice (1), está fundada la Iglesia. Por el cabrito, que es animal lascivo, se entienden los pecados del mundo, y por el fuego que sale de la piedra, se entiende la ardentísima caridad de este Señor, la cual (como dijimos) fué tan grande, que tomó á su cargo todas las penas debidas á nuestros pecados, y con esta satisfación los destruyó y consumió. Mas el haber el ángel subido al cielo en la llama que de aquel fuego se levantó, significa la aceptación divina que aceptó aquel sumo sacrificio en satisfación de todos nuestros pecados.

Pues pasando esto así, ¿quién habrá tan inhumano, que no ame tal amador? ¿Quién no amará tal Redemptor? ¿Quién tendrá corazón tan de piedra, que no se ablande con el calor deste fuego, pues las piedras con él se deshacen? ¿Quién no procurará de padecer por la gloria de su Señor lo que el Señor padeció por su vil criado? ¿Quién no abrazará y besará aquellas sacratísimas llagas, y adorará aquella preciosísima sangre con que fué lavado y rescatado? ¿Quién no amará puramente y sin esperanza de interese al que de pura gracia así nos amó, así nos remedió, así nos libró, así nos honró, así nos juntó consigo, así nos reconcilió con su Padre, así nos restituyó á nuestra patria? Pues ¿quién será tan ciego que no vea por todo lo dicho cuán grandes estímulos y motivos nos da el misterio de la Cruz para amar á Dios? ¿Quién no ve con cuánta razón dijo este Señor que venía á poner fuego de amor en la tierra, y quería que ardiese? Esto es en conclusión lo que en otra parte dijo: Si yo fuere levantado de la tierra y puesto en cruz, todas las cosas traeré á mí. ¿Con qué fuerzas? ¿Con qué cadenas? Con la fuerza de la caridad y amor, que todo lo vence. Por dónde con mucha razón exclama Sant Bernardo diciendo: Oh buen Jesú, ¡cuán dulcemente conversaste con los hombres! ¡Cuán liberalmente tan largas y copiosas mercedes les heciste! ¡Cuán fuertemente tantas maneras de trabajos por ellos sufriste, duras palabras, y más duros azotes, y muy más duro tormento de muerte! ¡Oh endurecidos hijos de Adán, cuyos corazones no enternece tanta benignidad, tanta llama, y tan grande fuego de amor, y tan vehemente amador, que por tan viles alha-

(1) Ubi supra, 3.

jas dió mercadurías tan preciosas! Oh buen Jesú, ¿qué á ti con la muerte? ¿Qué á ti con los azotes? Nosotros debemos y tú pagas, nosotros pecamos y tú padeces. Obra sin ejemplo, gracia sin merecimiento, caridad sin modo. Por tanto, hombre desconocido, si amas á ti, habiéndote tú destruído, ¿por qué no amarás á Aquél que te restituyó? Y si aquel Señor tanto amó á nosotros, que somos nada (y porque somos malos, aún menos que nada) ¿por qué no amaremos á Aquél que es sumamente bueno, pues lo que él pretendió con este tan grande beneficio, fué inflamarnos en su amor, y ayuntarnos perpetuamente consigo, y finalmente hacernos participantes de su misma bienaventuranza y gloria?

Todo lo dicho hasta aquí sirve para abrasar nuestros corazones en amor de un Señor que tanto bien nos hizo y tanto nos amó, y para esforzarnos á padecer cualquier trabajo por amor de quien tanto por nuestra causa padeció, pues (como dice Sant Gregorio) el amor de Dios nunca está ocioso, antes óbra grandes cosas, si es amor, y si las deja de obrar, no lo es. Mas ¿qué diré aquí de la malicia y perversidad humana, la cual toma motivo para holgar y descansar, de donde lo había de tomar para más trabajar? Mas porque esta perversidad es uno de los mayores males que hay agora en el mundo, contra él disputaremos de propósito en el capítulo que se sigue.

NONO FRUCTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE ES LA ESPERANZA

CAPÍTULO XV

Demás de la caridad teníamos también necesidad de la esperanza su hermana, porque como por el pecado quedamos tan desnudos y pobres, no nos quedaba otro remedio sino levantar los ojos á Dios, y esperar remedio dél para todos estos males, muchos de los cuales no se pueden curar sino por él. De manera que en este valle de lágrimas donde andamos peregrinando, y en este golfo tempestuoso donde á cada hora se levantan nuevas tormentas, ésta es el áncora, como la llama el Apóstol (1), con que nos habemos de asegurar. Así lo testifican todas las sanctas Escripturas, conforme á lo cual dice el Señor por Esaías (2), hablando con su pueblo, que en la virtud de la esperanza estará su fortaleza. Y David dice (3): En paz juntamente dormiré y descansaré, porque vos, Señor, pusistes mi remedio en la esperanza de vuestra misericordia. Mas de estas autoridades hallaremos muchas en los Psalmos, porque apenas hay alguno que no haga mención desta virtud.

Mas aquí es de notar que hay cuatro principales materias desta esperanza. La primera es de la bienaventuranza advenidera, la segunda, del perdón de los pecados, que son los impedimentos del fructo desta esperanza, la tercera, de ser oídas nuestras peticiones, la cuarta, de ser socorridos y amparados de Dios en nuestras tentaciones y trabajos. Á todas estas cosas y otras semejantes se extiende esta virtud, y para todas tenemos grandes estribos y motivos en el árbol de la sancta Cruz.

Mas entre estas esperanzas la principal es la primera, que es la esperanza de la vida eterna y de la visión beatífica de Dios, á la cual se ordenan todas estotras esperanzas, y ésta nos es grandemente necesaria, porque quitada la esperanza del galardón, ¿quién tendrá manos para bien obrar? Este galardón esen-

(1) Hebr. 6. (2) Esai. 30. (3) Psal. 4.

cialmente consiste en la visión de la esencia divina: para lo cual es necesario que el mismo Dios levante y esfuerce el entendimiento humano con la lumbre que llaman de gloria, y que la misma esencia divina sin ningún otro medio se junte con nuestro entendimiento, con la cual deificado y hecho como Dios, sea poderoso para ver á Dios de la manera que él es en su misma gloria y hermosura, como lo ven los ángeles. Esta unión es una de las cosas más admirables y más inefables que hay, y más increíbles al parecer humano, por la infinita distancia que hay entre estas dos naturalezas, divina y humana, para juntarse la una con la otra, y también por la condición y bajeza de nuestro entendimiento, que ni puede penetrar la esencia de las cosas espirituales, ni entender sin las figuras y imágines de las cosas corporales. Pues porque (como dice Santo Tomás) con dificultad se podía acabar con el hombre que creyese y esperase una unión tan alta y tan admirable, hizo Dios otra más admirable, que fué la del Verbo divino con la naturaleza humana, para que no desconfíe el hombre que podrá hacerse una cosa con Dios por gracia, pues ve á Dios hecho hombre por naturaleza, porque (como dice S. Crisóstomo) mucho mayor cosa es hacerse Dios hombre por naturaleza, que hacerse el hombre Dios por gracia. Y pues vemos hecho lo uno, es razón que creamos y esperemos lo otro, mayormente siendo lo uno causa de lo otro, porque por el misterio desta unión de Dios con el hombre, se da al hombre la unión de su entendimiento con Dios.

Ni es menor la dificultad de la esperanza en las otras materias que dijimos. Porque así como el hombre ha de hacer fuerza á su entendimiento para creer lo que no ve, así la ha de hacer á la voluntad para que espere lo que no posee, mayormente cuando nos faltan y desaparecen todos los presidios y socorros humanos, y por ninguna parte se descubre algún rayo de luz ni de remedio. Porque en este tiempo es dificultoso hacer lo que hizo Abrahán (1), que es tener esperanza contra esperanza, esto es, no descubriéndose algún remedio por la razón y prudencia humana, esperarlo de sola la misericordia divina. Pues para esto, ¿qué ayudas se nos pudieran dar más poderosas que las que tenemos en el misterio de la Cruz? Ca todos los motivos de que arriba he-

(1) Rom. 4.

cimos mención que nos incitan á amar á Dios, ésos mismos nos mueven á esperar en él. Porque ¿en quién esperaré yo más confiadamente que en un Dios tan bueno, en un bienhechor tan largo, en un amador tan grande, y en un padre tan rico, tan piadoso y tan poderoso? Porque si en nadie puede tener un hijo mayor esperanza que en su padre, ¿cómo no esperaré yo en quien es tanto más padre, y tanto más me ama, y tanto es más bueno, y tanto mayores beneficios me tiene hechos? Éste es el argumento que nos hizo el mismo Hijo de Dios en su Evangelio, cuando dijo (1): Si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará su espíritu bueno á quien se lo pidiere? Pues ¿qué no se podrá esperar de un Padre tan piadoso, que nos dió á su proprio Hijo? Que es otro argumento que hace S. Pablo cuando dice (2): A su proprio hijo no perdonó Dios, sino entrególo á la muerte por todos nosotros. Pues ¿cómo no nos habrá dado con él todas las cosas? Como si dijera: Quien dió lo más, y tanto más, ¿cómo no dará lo menos, y tanto menos? Porque todo lo demás que se puede dar, por mucho que sea, es poco en comparación desta dádiva, en que se da el Hijo de Dios. Finalmente, si este Señor nos hizo tan grandes mercedes con tanta costa suya, ¿cómo apretará agora la mano y la encogerá después de hecha la costa? Éste es el principal estribo de nuestra esperanza y el principal caudal de nuestra hacienda. Pues ¿quién se verá tan derribado y tan desmayado en medio de sus tribulaciones y peticiones, que no se alegre y esfuerce con estas tan grandes prendas y rehenes de la misericordia y providencia paternal de Dios? Quien con esto no se esfuerza, ¿qué cosa habrá que lo pueda esforzar?

§ I

Mas en este lugar se nos ofrece una materia muy lastimera, que es, el abuso y perversidad del corazón humano, de que en el fin del capítulo pasado hecimos mención, el cual confiado en la grandeza deste beneficio, toma ocasión para perseverar seguramente en su pecado. Porque si preguntáredes á cuantos desuella-

(1) Luc. 11. (2) Rom. 8.

caras hay en el mundo, por qué causa perseveran toda la vida en sus maldades, y cómo piensan, viviendo mal, salvarse, luego os acuden con la fe de Cristo y con la esperanza en su sagrada pasión. De manera que siendo ella el mayor estímulo y motivo que tiene la virtud y el temor de Dios, ellos trastornan y pervierten de tal manera el consejo y beneficio de Dios, que hacen de la medicina ponzoña, y motivos para pecar de lo que había de ser para le servir y amar.

Éste ha sido, y lo es agora, uno de los grandes embustes de nuestro adversario, el cual pretende competir en la maldad con la grandeza de la divina bondad. Porque así como ésta tiene por oficio sacar de los males bienes, así por el contrario la malicia del enemigo tiene por estilo sacar de los bienes males. Desta manera hace que de las sanctas Escrituras (que nos fueron dadas para luz y gobierno de nuestra vida) hayan sacado los herejes tinieblas de errores y perversión de nuestra vida, falsificando y destrozando las palabras divinas para fundar en ellas sus engaños: y con la misma astucia ha hecho que del divinísimo misterio de la Cruz (que tantos motivos nos ha dado para la virtud) saquen los malos razones y argumentos para perseverar en sus vicios. Porque como todos los hombres, por malos que sean, por una parte deseen salvarse, y por otra rehusan el camino de la virtud (por ser contrario á sus apetitos) han buscado este medio para consolarse y asegurarse en sus maldades, diciendo que ya Cristo pagó por ellos: como si para esto viniera el Hijo de Dios al mundo y padeciera, para hacer á los hombres viciosos y haraganes y enemigos de todo virtuoso trabajo.

Pues contra este engaño militan todas las sanctas Escrituras, que tantas veces incitan al trabajo de las buenas obras, y juntan el temor de Dios con la esperanza, para que lo uno sea como correctivo de lo otro. Así dice David (1): Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Y dice muy bien sacrificad, para significar la sangre y el trabajo que ha de haber en esta manera de sacrificar. Y en otro lugar (2): Agradan, dice, al Señor los que le temen y juntamente con el temor esperan en su misericordia. Y el Señor en el Evangelio mandónos despedir de nuestro corazón toda congoja y desconfianza del remedio tempo-

(1) Psalm. 4. (2) Ibid. 32.

ral, y concluye esta materia diciendo (1): Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado. De manera que para que la confianza esté segura, ha de estar acompañada con la justicia. Y en otro lugar, tratando de los que en el día del juicio han de alegar los milagros que hacían por virtud de la fe que tenían, dice que entonces les responderá (2): No os conozco, ni sé quién sois: apartaos de mí todos los que obráis maldad. Pues en la sentencia de la condenación de los malos y de la salvación de los buenos, ¿qué otra cosa se ha de referir este día, sino las obras de misericordia hechas ó dejadas de hacer? Y cuando el mismo Señor decía: Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame, ¿exhortábanos por ventura á holgar, ó á trabajar? Y por que no pensase nadie que decía esto á solos los discípulos, escribe Sant Marcos (3) que cuando quiso decir esto llamó al pueblo que á la sazón presente estaba, y díjolo á todos.

Pues en el Testamento Viejo ni hace caso de los sacrificios de los malos, ni de sus oraciones, ni de sus cantares, ni de las fiestas que hacían en los sábados y en los primeros días de los meses, y otros oficios semejantes. Pues ¿qué pide? ¿Qué le agrada? Responde por Esaías (4): Lavaos, y alimpiad vuestras conciencias, y quitad la maldad de vuestros pensamientos de mis ojos. Cesad de hacer mal, y aprended á hacer bien. Haced justicia, socorred al oprimido, juzgad la causa del huérfano, defended la viuda, y esto hecho, argüidme, esto es, ponedme pleito y emplazadme, si no perdonare vuestros pecados. Y el profeta Miqueas, enseñando á los hombres cómo habían de agradar á su Criador, después de haber recontado muchas maneras de sacrificios, viene á resumirse diciendo (5): Enseñarte he, hombre, en qué consiste el bien, y qué es lo que Dios te pide. Lo que te pide es hacer juicio, y amar la misericordia, y andar solícito con tu Dios. Y por aquella primera palabra (hacer juicio) quiere decir que no vivamos según los apetitos de nuestra carne, sino según el juicio de la razón y de la ley divina. Pues estando todas las Escrituras dando voces y declarando que el remedio de nuestra salud está en las buenas obras, y nuestra perdición en las malas, ¿cómo fué poderoso el demonio para cegar tanto los entendimientos de los hombres, que

(1) Matth. 6. (2) Matth. 7. (3) Marc. 8. (4) Esai. 1. (5) Mich. 6.

con sola confianza en la pasión de Cristo, sin echar mano al arado, sino antes estando mano sobre mano y perseverando en sus vicios, habían de ser salvos? ¿Quién pudo de tal manera trastornar los entendimientos humanos, que pudiese caber en ellos un engaño tan contrario á todas las Escrituras, á la bondad de Dios, á la lumbre de la razón, al común entendimiento de las gentes, á todos los ejemplos de los sanctos, y finalmente á todas las leyes divinas y humanas, que nos están exhortando al amor de las virtudes y aborrecimiento de los vicios?

§ II

Pues por esta causa Sant Bernardo, entendiendo por los dos pies de Cristo la misericordia y la justicia (como en otro lugar alegamos) nos aconseja que no adoremos y besemos el uno sin el otro, esto es, que no abracemos solamente el pie del juicio, por que no desconfiemos, ni tampoco el pie solo de la misericordia, por que no presumamos. Estas virtudes quiere que anden siempre hermanadas y juntas, porque dellas pende todo el gobierno de la vida cristiana. Porque el temor del castigo y la esperanza del galardón son como las dos pesas del reloj, que lo traen concertado, ó como dos espuelas para andar por el camino que va á parar á la vida.

Y así como el misterio de la Cruz tiene muy grandes motivos para esperar, así también los tiene para temer. Porque si el rigor de la justicia divina es tanto para temer, ¿qué mayor justicia que la que Dios hizo contra el pecado en las espaldas de su Hijo? ¿Qué mayor justicia que estando el Hijo en el huerto con tan grande agonía antes de la hora de su pasión, sudando gotas de sangre (1), presentando al Padre eterno aquella natural inclinación de su carne bendita, que naturalmente rehusaba la muerte, pidiendo que pasase de él aquel cáliz de amargura, que con todo esto conservase tan enteramente el rigor de su justicia, que no quisiese perdonar al hombre sin recibir tan grande satisfación como fué la muerte del Hijo?

Demás de esto, si por el misterio de la Cruz se ve claro cuánta

(1) Lucae 22.

sea la malicia del pecado, y cuán grande el odio que Dios le tiene (como está ya declarado) ¿quién habrá tan insensible que no tiemble de solo el nombre del pecado? Porque si tan ásperamente castigó el Padre eterno á su unigénito Hijo (que nunca supo qué cosa era pecado) porque se había ofrecido por fiador de los pecados ajenos, ¿cómo tratará al siervo malo, hallándole cargado de pecados proprios? Porque por esta causa dijo el Señor á las mujeres que lo iban llorando (1): Hijas de Hierusalén, no queráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque días vendrán en que digáis: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Y entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros, y á los collados: Cubridnos. Porque si esto se hace en el madero verde, en el seco ¿qué se hará? Item, si en Dios todas las virtudes son iguales (pues todas en él son una misma esencia) síguese que tan grande será su justicia como su misericordia. Pues si su misericordia fué tan grande y tan admirable como el misterio de la sancta Cruz nos declara, ¿qué tal será la justicia, pues es tan grande como ella? Porque sin duda así como por la cuantidad de un brazo sacamos la del otro (pues ambos son iguales) así por la grandeza de la misericordia podemos sacar la de la justicia, pues ambas son de una medida, sino que el día de la una es ya pasado en la primera venida, y el de la otra no es aún llegado, que será el día de la venganza. Pues si en el día que este Señor quiso declarar la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan espantables, que bastan para asombrar todos los entendimientos criados, cuando se llegue el día de la segunda venida (donde ha de declarar la grandeza de su justicia á los que desecharon su misericordia) ¿qué cosas hará? Aunque esto no quita ser más inclinado á perdonar que á castigar, antes lo que hará entonces más rigurosa la justicia, será la grandeza desa misericordia. Porque habiendo hecho él un tan incomprehensible beneficio á los hombres, habiéndolos provocado á su amor con tan grande muestra de amor, habiendo usado con ellos de tan grande benignidad y misericordia, habiéndoles dado un tan grande remedio y aparejo para se salvar, habiéndoles proveído de tanta luz y de tantos ejemplos, de tantos sacramentos, de tanta gracia

(1) Ubi supra 22.

y de tanta doctrina, y que con todo esto hayan sido ingratos á tan grandes beneficios, y despreciadores de tales ejemplos y remedios, esto ha de hacer su causa más grave y más inexcusable, según aquello que dijo el Señor (1): Si yo no viniera en persona, y no les predicara, no tuvieran pecado, mas agora ya ninguna excusa tienen dél. Pues esto es lo que el Apóstol quiere que diligentemente consideremos, cuando después de haber declarádonos la grandeza de la gracia que nos vino por Cristo, nos amonesta que trabajemos por no caer della (2), porque si Dios ordenó que la Ley antigua fuese enteramente guardada, y que los quebrantadores della fuesen justamente castigados, ¿cuánto más lo seremos nosotros, si menospreciáremos esta tan gran salud? Esta misma sentencia repite más abajo por otras palabras, diciendo: Si el quebrantamiento de la ley de Moisén, probado por dos ó tres testigos, es castigado con pena de muerte, ¿cuánto mayor castigo merecerá el que despreciare al Hijo de Dios, y profanare la sangre de su Testamento, y hiciere injuria al espíritu de la gracia? La razón desto es, porque (como dice nuestro Salvador) á quien mucho dieron, de mucho le han de pedir cuenta. Pues siendo esto así, ¿qué cuenta darán los malos cristianos de un tan grande recibo como fué la muerte y la sangre del Hijo de Dios?

Todo esto se ha dicho tan por extenso, para deshacer el engaño y la vana confianza que los malos tienen en la fe y pasión de Cristo, perseverando con esto en sus pecados, siendo esta sagrada pasión el mayor motivo que hay para aborrecerlos y temerlos.

---

(1) Joan. 15. (2) Hebr. 10.

DÉCIMO FRUCTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

CAPÍTULO XVI

Teníamos también necesidad de otra virtud, que aunque no es del número de las teologales, es altísima y muy necesaria, que es la humildad, fundamento y guarda fiel de todas las otras virtudes, porque así como la caída del hombre fué por soberbia, así el reparo y medicina ha de ser por humildad. La cual virtud, con ser necesarísima, es muy dificultosa de alcanzar, no sólo por la corrupción de nuestra naturaleza (que cayendo por soberbia, le quedaron siempre reliquias de aquella antigua dolencia) sino también por una vehementísima pasión que hay en nosotros, que es el amor de la propria excelencia, el cual derechamente contradice á la humildad, y cuanto esta pasión es más poderosa, tanto es más dificultosa de alcanzar la humildad. De aquí nace haber tan pocos que sean de verdad humildes, y de aquí también nace la mayor parte de las disensiones y desasosiegos del mundo, por no querer los hombres quedarse atrás, y ver pasar otros delante. Por cuya causa el Hijo de Dios viniendo á este mundo enristró tanto la lanza contra la soberbia, y encomendó tanto la humildad, que parece que todo el misterio de su encarnación y pasión ordenó para este fin, como si para solo esto viniera. Y así dice S. Gregorio: Para esto el unigénito Hijo de Dios se vistió del hábito de nuestra mortalidad, para esto el que era invisible, no solamente se hizo visible, sino también pasible, y para esto sufrió la confusión de las deshonras, y el vituperio de las injurias, y el oprobrio de los azotes, para que Dios humillado enseñase al hombre no ser soberbio. Y así canta la Iglesia en la oración de Ramos que envió Dios su Hijo al mundo á vestirse de carne humana y morir en cruz para dar al género humano ejemplo de humildad, señalando esta sola causa y callando las otras, para dar á entender que de tal manera vino á curar esta llaga como si para sola ella viniera, porque del instante de su concepción hasta que expiró en la cruz, todo fué dar-

nos ejemplos de profundísima humildad. Humildad fué bajar del cielo á la tierra, y estar nueve meses encerrado en las entrañas de una mujer: humildad fué escoger para la ignominia de la muerte la ciudad de Hierusalem, y para la gloria de su nacimiento la aldea de Betleem: humildad fué escoger la madre humilde, y el establo humilde, y el pesebre humilde, y los pastores que le vinieron á adorar, humildes, y después los Apóstoles que lo habían de acompañar, pescadores y humildes: humildad fué ser circuncidado como pecador, huir á Egipto como flaco, y ser después baptizado entre pecadores y publicanos como uno dellos. De manera que toda su vida fué humilde, y la muerte mucho más. Porque quien discurriere por todos los pasos de la historia lamentable de su sagrada pasión, ¿qué verá en ella sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas, pescozones como á esclavo, escupirle su cara como á blasfemo, vestirle de blanco como á loco, y de púrpura como á rey fingido, y sobre todo los azotes, que es castigo de ladrones y malhechores, y el tormento de la cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo era el más vergonzoso y ignominioso linaje de muerte que había en el mundo, como lo es agora la horca? Sobre todo esto, ¿qué diré de la competencia con Barrabás, donde aquel espejo de inocencia fué juzgado por peor que él, y más indigno de la vida? Y aquí vemos cumplido el deseo que los padres antiguos tenían desta tan profunda humildad, para cura y paga de aquella antigua soberbia, destruidora del mundo: el cual deseo representó el profeta Esaías cuando dijo (1): Vímosle sin la figura que antes tenía, y deseamos verle despreciado y el más abatido de los hombres. Pues esta profecía se cumplió cuando este Señor fué tan despreciado, que fué tenido en menos que Barrabás, que era uno de los peores hombres que en aquel tiempo había, pues era ladrón, revoltoso y derramador de sangre. Pues, oh Rey de gloria, ¡cuánto deseastes, Señor, abatir nuestra soberbia, y hacernos amadores de la humildad, cuando tales motivos y ejemplos nos dejastes de esta tan excelente virtud! Pues, oh hombre vano y altivo, si te sientes tentado de vanagloria, ambición ó soberbia, levanta los ojos á este Señor, y mira de la manera que está en aquella cruz, no adornado de hermosos vestidos, mas desnudo y toda su carne

(1) Esai., 53.

harpada con heridas, no resplandeciendo sus manos con anillos y piedras preciosas, mas traspasadas con agudos clavos, no rodeada su cabeza con guirnalda de flores, mas agujereada y coronada de durísimas espinas, no cercado el cuello con collar de oro, mas con verdugos y rascuños de la ñudosa soga con que fué atado. Sus delicados miembros no están ungidos con suaves ungüentos, mas con hediondas salivas, y llenos de cardenales y hinchazones. Mira también su rostro escurecido, sus ojos llorosos, su frente ensangrentada, sus mejillas consumidas, su cabeza inclinada, sus brazos extendidos, su pecho abierto, sus pies rasgados. Mira que por todas partes te predica humildad, oh mortal soberbio. Si con este espectáculo no quedas humilde, eres por cierto más duro que las piedras, pues hasta las piedras ese día se despedazaron. Y si con esta vista no resuscitas, más muerto eres que los muertos, los cuales en aquel tiempo salieron de sus sepulcros. Y si con este ejemplo no tiembla tu corazón, más inmovible eres que la tierra, la cual entonces tremió, y más insensible que el pueblo que al derredor estaba, el cual viendo las señales que en su muerte se hacían, con dolor y espanto hirió sus pechos. Oh hombre, si el Hijo de Dios así se humilla, tú ¿por qué quieres ser altivo? Abate, miserable, tu orgullo, y escoge por su ejemplo el postrer lugar, y aun ten por cierto que no podrás tanto abajarte cuanto requiere tu vileza. Confúndete, vilísima criatura, en no querer remedar á Cristo por ti crucificado.

A la imitación desta virtud nos convida el Apóstol, cuando dice (1): Hermanos, esto sentid en vuestros corazones, que veis en Cristo, el cual siendo verdadero Dios, abatió á sí mismo, tomando forma de siervo, y haciéndose semejante á los hombres, se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y si te parece poco que siendo él Dios y igual al Padre, sirviese por tu causa como siervo á su Padre, mira cuánto pasó más adelante, pues también sirvió á su proprio siervo. Fué el hombre criado para servir á su criador, y ¿qué cosa más justa que servir á Aquél que te crió, sin el cual fueras nada? Y ¿qué cosa más gloriosa que servir á Aquél, á quien servir es reinar? Mas dijo el hombre soberbio: No quiero servir al Criador. Pues yo (dice el Criador) quiero servir á ti. Tú te asienta á la mesa, yo minis-

(1) Philip. 2.

traré á ella y te lavaré los pies. Tú descansa, yo tomaré sobre mí todas tus cargas y deudas. Usa de mí en todas tus necesidades de la manera que quisieres, ó como de siervo tuyo, ó pegujar tuyo. Si estás fatigado ó cargado, yo llevaré sobre mí tu carga, para que yo primero cumpla la ley mía. ¡Oh dureza de corazón, que no se ablanda con tal ejemplo! ¡Oh aborrecible soberbia del hombre, que se desprecia de servir á su Señor!

Pues siendo esto así, con muy justa razón puede este Señor decir á todos los hombres como perfecto maestro (1): Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Todo esto hizo este Señor para curar la ponzoña de nuestra soberbia, y tal es ella, que con esta tan fina triaca de tan saludables materiales compuesta apenas ha podido en mucho ser curada. Pues ¿qué mayor dureza de corazón que ésta? Ruégoos, hermanos (dice S. Bernardo) no consintáis que se os haya dado de balde un tan precioso dechado, sino conformaos con él y reformaos en vuestro espíritu, trabajad por alcanzar la humildad, que es guarda y fundamento de todas las virtudes. Porque ¿qué cosa más aborrecible que viendo hecho pequeñuelo á Dios del cielo, quiera el vil hombre engrandecerse sobre la tierra? Él se abatió y llegó á hacerse cuasi nada, siendo el que lo hizo todo de nada, y tú ¿piensas de ti que eres algo, siendo nada? Intolerable soberbia es, habiéndose así abatido la divina Majestad, quererse el gusanillo podrido engrandecer y hinchar.

Mas aquí es mucho de notar que esta virtud de la humildad tiene grande necesidad de andar acompañada con la fortaleza. Porque la humildad sin ella sería remisa y imperfecta, por cuanto desconfiando el hombre de sus proprias fuerzas, y librándolo todo en Dios, no osaría emprender cosas grandes. Pues por esto es necesario que esté acompañada con la fortaleza, por que con la una humillándose el hombre merezca la divina gracia, y con la otra, esforzándose en Dios, ponga las manos en la obra, para que ni la fortaleza sea presumptuosa, si careciere de humildad, ni la humildad remisa, si careciere de fortaleza.

(1) Matth. 11.

UNDÉCIMO FRUCTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ
QUE ES LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA

CAPÍTULO XVII

Después de la virtud de la humildad convenientemente se sigue el de la obediencia, hija legítima y compañera fiel de esa misma humildad. Ca no hay hombre verdaderamente humilde que no se subjecte y obedezca, como dice S. Pedro (1), á toda humana criatura por amor de Dios. Y por esta causa el Apóstol en la auctoridad arriba alegada (2) juntó estas dos virtudes en uno, cuando dijo que el Hijo de Dios se había humillado y hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Pues desta virtud teníamos grande necesidad, y ningún ejemplo ni ayuda se nos pudiera dar más eficaz para ella que el misterio de la Cruz. Para cuyo entendimiento es de saber que ninguna lengua criada basta para explicar la obligación que el hombre tiene á la obediencia, amor y servicio de su Criador. Porque demás de otras muchas razones, hay para esto siete títulos muy principales, que brevemente aquí contaremos. El primero es ser él monarca y universal señor y emperador del mundo. Emperador, digo, no por sucesión, ni por elección, ni por herencia, ni por fuerza, sino por naturaleza. Esto es, que así como el ángel naturalmente es superior y mayor que el hombre, y el hombre que un bruto, así Dios por su propria naturaleza es infinitamente mayor que todo lo criado, y rey y señor de todo, y así como á rey se le debe suma obediencia y reverencia.

El segundo título es ser él principio y fin de todas las cosas, porque dél procedieron como de primer principio, y todas se ordenan á su gloria como á último fin. Y el hombre particularmente, como tiene todo su ser dél, así la perfección y cumplimiento deste ser ha de manar dél, porque en solo él tendrá perfecto descanso como en su proprio centro. El tercero título es ser é universal dador de todos los bienes, así de naturaleza, como de gracia, como de los que comúnmente llaman de fortuna, de tal

(1) I Petr. 2. (2) Ubi supra.

manera que ninguna criatura hay en el mundo que tenga algo que no sea dado por él, como dijo el Apóstol (1): ¿Qué tienes que no hayas recebido? El cuarto título es ser él un piélago y abismo de todas las grandezas y perfecciones, esto es, de bondad, de sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de gloria, de benignidad, de misericordia y de otras infinitas perfecciones. Por las cuales solas (aunque nada dél hubiéramos recebido, ni esperáramos recebir) merecía ser amado y servido con infinito amor y reverencia, si esto nos fuera posible. El quinto título es ser nuestro redemptor, el sexto, ser nuestro sanctificador, y el séptimo, ser nuestro glorificador: los cuales tres títulos se siguen unos de otros. Porque él es el que nos remedió con su sangre, y nos sanctifica con su gracia, y nos ha de glorificar después desta vida en su gloria. Estos tres postreros beneficios, aunque parecen simples en las palabras, son muy compuestos en las obras. Porque el primero (que fué redemirnos) incluye todos los trabajos que el Hijo de Dios por esta causa padeció. Y el segundo (que es sanctificarnos y conservarnos en esa sanctidad) comprehende infinitas inspiraciones divinas y preservaciones de males, que para esto se requieren. Y para el tercero (que es glorificarnos) se requieren innumerables misericordias y gracias que han de preceder este tan grande bien hasta llegarlo al cabo. De manera que estos tres ríos tan caudalosos embeben en sí otros muchos arroyos que entran en ellos.

Pues por cada uno destos siete títulos está el hombre tan subjecto á Dios, que si tuviera más vidas que estrellas hay en el cielo, estaba obligado á ofrecerlas en sacrificio por honra deste Señor. Y si tanto debe por cada uno destos títulos, ¿qué deberá por todos ellos juntos? Mas ya que no tiene más que una sola vida, ésa con todo lo anejo á ella, que es descanso, hacienda, honra, con todo lo demás, está obligado á emplearlo en su servicio. Hasta aquí ha de llegar la verdadera y perfecta obediencia, y la que hasta aquí no llega, no es perfecta ni digna de lo que merece este Señor. Pues esto era lo que principalmente convenía al hombre saber, lo cual por ninguna otra vía se podía mejor entender que por el misterio de la Cruz. Porque obedeciendo el Hijo de Dios á su eterno Padre en padecer aquella manera de

(1) I Cor. 4.

muerte tan ignominiosa, claramente nos enseñó hasta dónde había de llegar la perfecta obediencia. De suerte que aquella cruz es un púlpito alto ó una cátedra del cielo, donde el Hijo de Dios predica al mundo la obediencia que los hombres deben á su Criador. Dónde nos enseña que no sólo con perfumes olorosos de encienso y con reverencias y cerimonias exteriores (que es cosa fácil de hacer y cuesta poco) sino con la vida y con todo lo anejo á ella se le ha de servir.

Pues esta virtud y obediencia señaladamente resplandece en el misterio de la Cruz. Y ésta es una de las cuatro virtudes con las cuales como con cuatro piedras preciosas dice S. Bernardo que quiso este Señor adornar y hermosear los cuatro cabos de la cruz. Entre las cuales la caridad está en lo alto, y la humildad como raíz y fundamento de las otras virtudes está en lo bajo, y la paciencia á la mano izquierda, y la obediencia á la mano derecha.

Dónde se ha de considerar que como haya muchos grados en esta virtud, aquél es más perfecto, que llega á obedecer en cosas arduas y dificultosas y repugnantes á nuestra carne. Ca una de las cosas que más acrecienta el mérito y valor de una obra, es la dificultad que nace, no de nuestro mal hábito, sino de la condición desa misma obra. Pues cuán dificultosas y trabajosas hayan sido las cosas que este Señor padeció, declaramos ya en el capítulo donde se trató de los motivos que tenemos para amar á este Señor por razón del amor que nos tuvo, y por la grandeza del beneficio que con tantos trabajos y tanta costa suya nos hizo.

Pues aquí tienen los fieles un perfectísimo ejemplo de obediencia, para que se esfuercen los que naturalmente son siervos, á obedecer á su Dios en cosas menores por su salud propria, pues el Señor de todo lo criado padeció cosas tanto mayores por la ajena. Y sepa el verdadero obediente que cuando niega su propria voluntad por la divina, ofrece un altísimo sacrificio á su Criador. Porque como entre todas las potencias de nuestra ánima la voluntad sea la más íntima y la que es como reina y señora de todas, quien ésta niega por amor de Dios, ofrece lo mejor y más alto que hay en todo el reino de sí mismo. En lo cual parece imitar aquella tan celebrada obediencia y sacrificio de Abrahán (1), por lo cual estuvo aparejado para ofrecer en sacrificio

(1) Gen. 22.

un hijo tan amado como era Isaac, pues vemos que lo que más aman los hombres, y más desean cumplir, es su propria voluntad. Y así suelen decir que voluntad es vida, la cual el hombre sacrifica, cuando por amor de Dios la niega.

Dónde me parece será razón advertir lo que muchas veces en otros escriptos tengo avisado, que los que desean agradar á nuestro Señor, miren no antepongan las cosas de su devoción á las de obediencia y obligación. Porque entre los subtilísimos engaños de nuestro adversario, éste es uno muy grande y muy común, con que principalmente enlaza las personas espirituales so color de virtud, para que menos se recaten. Y con esto les hace dejar las cosas que son de precepto, por las que son de consejo, á que ellos á veces están más aficionados, por ser más conformes á su gusto. Porque general cosa es aficionarse más los hombres á las cosas que son de su voluntad propria, que á las de la ajena. Y como esto conoce el demonio, ármales con este cebo de virtud para que dejen las cosas de su obligación por las de su devoción. Y para que entiendan los hombres lo que en esto va, debe bastar el ejemplo del desventurado rey Saúl (1), el cual por preferir el sacrificio á la obediencia de Dios, vino de lance en lance á caer en el profundo de todos los males, y á perder reino, vida, honra y alma, y tras esto destruir toda su posteridad. Porque desta manera castiga la divina Justicia el pecado de la desobediencia.

(1) I Reg. 15.

DUODÉCIMO FRUCTO DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES LA VIRTUD DE LA PACIENCIA

CAPÍTULO XVIII

Cuánto nos sea necesaria la virtud de la paciencia, declárанlo las innumerables ocasiones de impaciencias que á cada momento se ofrecen en esta vida, la cual toda llama el santo Job batalla ó tentación (1). Porque como se escribe en el libro de la Sabiduría (2), todas las criaturas son lazos para los pies de los hombres ignorantes, y todas ellas parece que han conjurado contra nosotros. Á lo menos los hombres y los demonios y nuestra carne, con toda la cuadrilla de sus apetitos y pasiones, siempre nos dan motivos de trabajos y perturbaciones, el remedio de las cuales en gran parte es la paciencia. Por lo cual dijo un sabio que el ojo de la vida era la prudencia, y el báculo la paciencia. Esta paciencia á veces es sufrimiento de injurias, y á veces de trabajos, ó de enfermedades, ó de diversas necesidades, y así para la una como para la otra tenemos tan grandes ejemplos y esfuerzos en el árbol de la santa Cruz, que quien pusiere los ojos en ella, verá que todas sus ramas dan fruto de paciencia, y figurársele ha que para ninguna otra cosa sirve más principalmente este árbol sagrado, que para esta virtud. La cual señaladamente alaba Esaías en nuestro Salvador por estas palabras (3): Así como la oveja que llevan al matadero, será llevado á la muerte, y como el cordero delante del que le tresquila, enmudecerá y no abrirá su boca. En las cuales palabras el Profeta con estas dos comparaciones de oveja y de cordero nos representa la grande mansedumbre, paciencia y silencio deste Señor en medio de todas las tempestades y trabajos de su pasión. Porque cierto es cosa admirable ver cuán señor estuvo él de sí mismo en su acusación y condenación, y cuán conforme y subjecta estuvo su ánima sanctísima con la soberana Divinidad que en él estaba. En lo cual se ve que no fué él por fuerza lleva-

(1) Job 7. (2) Sap. 14. (3) Esai 53.

do á la muerte, sino que voluntariamente se ofreció á ella. Y llevándolo preso y maniatado, y siendo acusado con calumnias mentirosísimas ante jueces injustísimos y enemigos suyos, entre tantos clamores de los que le acusaban y pedían la muerte, y siendo arrebatado y llevado voluntariamente, y herido, y escarnecido, ¡con cuánta moderación y gravedad se hubo en todas estas tormentas! No se quejó, ni dió voces, ni derramó lágrimas de flaqueza, ni desmayó con los trabajos, ni suplicó á los jueces, ni pidió relajación de sus penas. Ni tampoco se airó ni indignó contra tantas injurias y sinjusticias, ni echó maldiciones á sus acusadores y jueces y ministros de aquella crueldad, y finalmente ninguna palabra salió de aquella sagrada boca, áspera ni injuriosa. Ni tampoco para ostentación de quién él era, habló alguna palabra grande, ni hizo algún milagro, especialmente en casa de Herodes, que mucho lo deseaba. Ni hizo largos razonamientos en la defensa de su inocencia. No abatió su dignidad, ni quitó á los jueces la suya, conservando siempre una grandísima templanza en caso de tanta dificultad y angustia. Cuando vió que nada había de aprovechar, calló, y cuando fué menester responder, siendo preguntado, habló pocas palabras y con gran modestia, por que su silencio no fuese atribuído á contumacia. Y por que no pudiesen pretender ignorancia del mal que hacían, declaró quién era, sin injuria de nadie. Y cuando fué llevado al tormento de la cruz, no fué por el camino hablando muchas palabras, ni tampoco habló dende la cruz al pueblo que presente estaba, declarando su inocencia, y culpando á los testigos y acusadores y jueces. Ésta fué la sabiduría, la templanza, la constancia y la moderación que tuvo en aquel tan grande ruido y en aquella confusión y perturbación de todas las cosas. En lo cual se ve que toda aquella tan grande obra fué regida por consejo divino, y que este Señor tenía mandamiento de su eterno Padre, al cual obedecía con tan grande humildad, sin alguna manera de contradición ni repugnancia.

Mas no se puede callar aquí otra maravillosa circunstancia desta paciencia, que fué el extremado silencio que el Salvador guardó entre tantas acusaciones y falsos testimonios en causa tan grave: del cual dice el Evangelista que estaba el Presidente en gran manera maravillado, tanto, que dijo al Salvador: ¿No ves cuántos testimonios dicen contra ti? Á lo cual el Señor no

respondió palabra. Y otra vez preguntándole el Presidente de dónde era, tampoco respondió. Por lo cual el juez, espantado de tan gran silencio, le dijo: ¿Á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para soltarte? Quiero pues yo agora filosofar sobre este silencio del Salvador. Para lo cual imaginemos agora que este Señor no era el que era, sino un hombre inocente y sin culpa. Pues este tal, viéndose falsamente acusado, ¿qué hiciera? ¿Qué dijera? ¿No respondiera por sí? ¿No negara los falsos testimonios? ¿No afirmara con mil juramentos que era inocente? ¿No tachara los testigos, pues era notoria al mismo juez la invidia y odio de sus acusadores? ¿No pidiera más plazo para su defensa, pues nunca se vió en espacio de medio día ser un hombre acusado y sentenciado? ¿No apelara para el César, como hizo S. Pablo? ¿No pidiera justicia al cielo y á la tierra contra tan grande sinjusticia? Todo esto y mucho más hiciera y hace cualquier hombre falsamente acusado. Y sintiendo esto el juez (que tan fácil era de entender) como hombre de razón tuvo gran motivo para maravillarse de tan extraño silencio. Porque podía él decir entre sí: ¿Qué novedad es ésta? ¿Qué silencio es éste? ¿Cuándo, dende que el mundo es mundo, se vió que un hombre acusado falsamente en crimen de muerte, y más tal muerte, cerrase la boca y ninguna palabra hablase en su defensa? Pues ¿qué hombre prudente hubiera que considerando esto, no barruntara que había allí alguna cosa más que humana?

Y si este silencio fué tan admirable, no menos lo fué el que guardó en casa de Herodes, donde muchas veces preguntado, ninguna palabra respondió. Porque quien voluntariamente se ofrecía á padecer, no había para qué hablar cosa que impidiese su pasión. Pues tornando á filosofar aquí como en el silencio pasado, si este Señor no fuera el que era, sino (como dijimos) un hombre sin culpa, ¿qué había de hacer, siendo presentado y acusado ante su rey natural, sino decir: Señor, yo soy vuestro vasallo, y vos mi rey, y como tal es razón que me toméis debajo de vuestro amparo, y me defendáis destos enemigos y de sus falsas acusaciones? Los cuales con odio rabioso y envidia que tienen contra mí por reprehender yo sus vicios y maldades, desean beberme la sangre. Ya hicieron todo cuanto pudieron por que Pilato me condenase, y viendo él mi inocencia, no quiso hacer cosa contra justicia, y lavó sus manos deste negocio. Y por eso me

remite á vos, como á natural de vuestro reino: pídoos que me hagáis justicia, y no consintáis que prevalezca la malicia contra la inocencia. ¿Quién puede negar que cualquier otro hombre inocente alegara esto y mucho más para defensa de muerte tan infame? Pues nada desto hizo ni dijo el Salvador, siendo presentado y acusado en estos dos tribunales, mas antes guardó una tan grande mesura y gravedad y un tan extraño silencio, cual jamás se vió dende que Dios crió el mundo. Por lo cual necesariamente habemos de confesar que alguna cosa había en aquella persona más que humana, pues en ella se hallaba lo que nunca se vió en criatura humana (pues está claro que diferentes efectos han de proceder de diferentes causas) y por consiguiente, habemos de confesar que esta paciencia no era humana, sino divina. Porque verdaderamente, como solemos decir que si Dios había de nacer, había de nacer de virgen, así podemos también decir que si Dios había de padecer, desta manera había de padecer, y si se había de presentar en juicio, desta manera se había de haber en él.

Pues esta tan perfecta mansedumbre y paciencia quiere el apóstol Sant Pedro que tengamos ante los ojos, para que con la consideración de cosas tan grandes tengamos paciencia en las pequeñas. Y así dice él (1): Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas, el cual oyendo maldiciones, no maldecía, y padeciendo agravios, no amenazaba, mas antes se entregaba al que lo juzgaba injustamente, pagando por nuestros pecados en el madero, para que muriendo á éstos, viviésemos en sanctidad y justicia.

§ I

Con este mismo ejemplo nos esfuerza y consuela el apóstol Sant Pablo, diciendo (2): Poned los ojos en aquel Señor que tan grandes combates y contradiciones padeció de los hombres malvados, para que no os congojéis y desfallezcáis en vuestros corazones, pues aun no habéis llegado á derramar sangre por resistir á los pecados. Y según este consejo del Apóstol, el que no quiere desfallecer en la carrera de la virtud, ¿qué otro dechado

(1) I Petri 2. (2) Hebr. 12.

ha de poner delante de sí? ¿Á qué otro báculo se ha de arrimar para no caer, sino al árbol de la santa Cruz? Porque aquí hallará á quien imite, y á quien le esfuerce, y con quien en todos sus trabajos y afliciones se consuele. Dicen los que escriben de la naturaleza de los animales que llegando el unicornio á algunas aguas emponzoñadas, tocándolas con el cuerno que tiene en la nariz, les quita toda la ponzoña, y así llegan los otros animales seguramente á beber dellas. Pues lo que óbra el cuerno deste animal, óbra en su manera el árbol de la sancta Cruz, el cual hace que las aguas de las tribulaciones y angustias, que sin ella no se podían tragar, con ella las puedan los siervos de Dios dulce y suavemente beber.

Pues los enfermos, los atribulados, los pobres, los afligidos, ¿qué otro consuelo más eficaz tienen para sus angustias, que este árbol sagrado? Porque en este Señor está aparejada una medicina saludable para todas nuestras angustias, y una eficacísima consolación para todas las tribulaciones desta vida. Ca este piadoso Señor experimentó en sí frío, calor, cansancio, hambre, sed, pobreza, necesidad, persecuciones, deshonras, menosprecios, injurias, asechanzas, traición de su familiar discípulo, desamparo de los suyos, prisiones, calumnias, azotes, escarnios, bofetadas, desnudez, tormentos, cruz, muerte y ajena sepultura. Mas todo esto, ¡con cuánta paciencia, con cuánta igualdad de ánimo, con cuánta modestia y silencio! Pues ¿cuán grande consolación es la consideración desto para los afligidos, cuán grande freno para los ricos y poderosos, y cuán grande doctrina y sabiduría para unos y otros?

FRUTO XIII DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE SON EJEMPLOS Y MOTIVOS GRANDES PARA TODAS LAS VIRTUDES

CAPÍTULO XIX

No sólo para estas virtudes susodichas (que son tan principales) sino también para todas las otras tenemos grandes ejemplos y motivos así en la vida como en la muerte de nuestro Salvador, los cuales nos incitan á imitarle y hacernos semejantes á él. Para lo cual es de saber que la suma de toda la perfección del hombre consiste en esta imitación y semejanza con Dios (que es la primera regla y medida de toda perfección) y así cuanto una criatura fuere más semejante á él, tanto será más perfecta y más amada de él, pues la semejanza es causa de amor. Á esta imitación y semejanza nos llama él, cuando tantas veces en las Escripturas sagradas repite estas palabras (1): Sed sanctos así como yo lo soy. Y el Salvador en el Evangelio dice (2): Sed perfectos así como vuestro Padre celestial lo es. Y en otro lugar: Sed, dice él, misericordiosos así como vuestro Padre celestial lo es. Esto mismo nos enseñan también (entre otros filósofos) Platón y Plutarco, exhortándonos á esta imitación y semejanza de Dios.

Mas á éstos podríamos preguntar: ¿en qué han los hombres de imitar á Dios? ¿Pueden ellos criar otro nuevo mundo y gobernarlo? Responderán que no, mas que imitemos su virtud y sanctidad. Esa virtud (dirá el hombre rudo) querría yo ver más palpablemente, para poderla imitar, porque en Dios es ella invisible, así como él también lo es. Pues por que no tuviesen los hombres excusa para esto, vistióse este Señor de carne humana, y el invisible se hizo visible, para que así pudiésemos ver y imitar las virtudes admirables que en esta carne mortal nos descubrió.

Vino pues este celestial maestro al mundo, y trató y conversó con los hombres con tanta mansedumbre, con tanta benig-

(1) Levit. 19 & 20. (2) Matth. 5.

nidad, con tanta humildad y con tanta sanctidad, anduvo por la tierra de ciudad en ciudad y de lugar en lugar haciendo tantos beneficios á los hombres, predicándoles tan maravillosa doctrina, dándoles tantos ejemplos de virtud, haciendo tantos milagros, ordenándoles tantos sacramentos, obrando tantos misterios, sufriendo los malos con tanta paciencia, reprehendiendo los vicios con tanta severidad, tratando á los buenos con tanta suavidad, y haciendo á los hombres tantas obras de caridad, cuanto nunca se hicieron en el mundo, ni harán jamás. Y no contento con esto, para mayor muestra de su bondad y misericordia, al cabo de la vida, después de lavados los pies de sus discípulos, y ordenádoles aquel tan admirable Sacramento de su sacratísimo cuerpo y sangre para sustentación y reparo de nuestra vida, llegó por nuestro remedio á ponerse en una cruz: en la cual como un mansísimo y inocentísimo cordero se ofreció por nosotros en sacrificio, no sólo para rescate de nuestro cautiverio, sino también para confusión de nuestra soberbia, para ejemplo de humildad, para prendas de su amor, para estribo de nuestra confianza, para consuelo de nuestras angustias, para estímulo de todos los honestos trabajos, y para despertador de nuestra devoción.

Pues para esta imitación y semejanza, ¿qué medio más conveniente que hacerse Dios hombre, y conversar tan sanctamente con los hombres? Y porque el hombre no podía levantarse á imitar las obras de aquella soberana Majestad, convenía que se inclinase la Majestad á hacer tales obras en su humanidad, que el hombre ni las extrañase por ser divinas, ni las tuviese por imposibles, pues eran humanas. Pues esto hizo el Hijo de Dios con la humanidad que recibió, en la cual nos dejó los ejemplos de todas estas virtudes que recontamos, para que ya que no le podíamos imitar en las obras de su sabiduría y omnipotencia, le imitásemos en las de su bondad y justicia. Y los ejemplos deste Señor son los más eficaces para el hombre que se podían hallar, porque los ejemplos de humildad tanto son de mayor eficacia, cuanto son de persona más alta, y no podía haber persona más alta que el Hijo de Dios. Cuyos ejemplos, demás de ser ejemplos, y tales ejemplos, también son beneficios, y misterios, y remedios, y sacramentos, y sacrificios, y medicinas de nuestra enfermedad, y despertadores de nuestra devoción, y estímulos de nuestro amor, y materia de altísima contemplación.

Pues ¿qué resta aquí sino exclamar con el bienaventurado S. Bernardo, diciendo: ¿Qué haré, Señor, ó qué diré, pues tuvistes por bien hacer un espejo, en que yo me mirase, de vuestra carne? Y dice muy bien espejo, porque éste se hace de vidrio y de plomo, no del uno solo, porque el vidrio es muy claro, y el plomo muy escuro, y así ni el uno ni el otro era suficiente para hacerse espejo: mas juntándose lo uno con lo otro, viene á hacerse un espejo perfecto. Éste parece haber sido el consejo divino, cuando determinó juntar el resplandor de su divinidad con la escuridad de nuestra humanidad, para que los que no podíamos tener por espejo y ejemplo de nuestra vida las virtudes de la Divinidad, por ser tan altas, tuviésemos las de la sagrada humanidad, por ser más conformes á nuestra naturaleza.

Fué este remedio proporcionado para la cura de nuestra caída, que fué desear el hombre (como también deseó el ángel) la semejanza de Dios, la cual prometió la serpiente á la mujer, cuando le dijo que comiendo de aquel árbol serían ella y su marido como Dios (1). Dijo pues Dios, como escribe Sant Bernardo: Esta gente se pierde por imitarme y ser semejante á mí: pues quiero hacerme tal, que imitándome ellos, no sea para perderse, sino para salvarse. Deseabas pues, hombre, ser semejante á Dios (porque ésta es la mayor gloria que puede haber después de Dios) cata aquí á Dios en tal figura que lo puedas imitar sin peligro, y alcanzar esa semejanza que deseas.

§ II

Éste es pues uno de los principales fructos del árbol de la Cruz, como lo declara S. León papa por estas palabras: Dos maneras de remedio se nos proponen en la pasión del Salvador, en la cual tenemos por una parte sacrificio, y por otra ejemplo, porque por lo uno se nos da la gracia divina, y por lo otro se esfuerza la naturaleza humana. Porque así como Dios es el autor de nuestra justificación, así el hombre es deudor de su devoción. Y añade el mismo Sancto: Por esta inefable obra de nuestra reparación no nos queda lugar ni para soberbia ni para negligen-

(1) Gen. 3

cia, porque nada tenemos de nuestra parte, sino lo que habemos recebido, y juntamente somos amonestados que no seamos negligentes en usar de los dones de gracia que habemos recebido. Porque justamente nos obliga á la guarda de sus mandamientos quien nos previene y ayuda con sus socorros, y benignamente nos convida á su obediencia quien nos lleva á su gloria. En las cuales palabras dice este Sancto que nos convida el Señor benignamente al trabajo de la obediencia, porque entreveniendo aquí tales ejemplos, se nos hará dulce padecer por nuestra salud propria lo que el Señor de la majestad padeció por la ajena, mayormente que no hay obra buena que quiera ejercitar un hombre virtuoso, para la cual no le sea grande esfuerzo levantar los ojos á Cristo crucificado. Descendamos en particular á declarar esto. Quiere un devoto penitente tomar una disciplina para satisfacer por sus culpas. Rehusa la carne el golpe de azote. ¿Qué hace éste? Levanta los ojos á aquel Señor que está en la cruz, rasgadas y despedazadas las espaldas con azotes por los hurtos y pecados ajenos, y avergüénzase de no rasgar él las suyas por los hurtos proprios. Quiere este mismo una cuaresma, ó una semana sancta, ó cada viernes del año dormir sobre una tabla en memoria de lo que este día el Señor del mundo padeció por él. Rehusa esto la carne, amiga de blanduras y regalos. Pone entonces el hombre los ojos en aquella dura cama que este Señor tuvo en la cruz, tan estrecha, que fué menester tener un pie sobre otro. Donde no hubo otra almohada sino una corona de espinas que le ceñía la cabeza, ni otra cama sino aquel duro madero. Quiere otro en penitencia de sus pecados ayunar un día á pan y agua por la misma causa. Para esforzarse á esto pone los ojos en la mesa que aquel Señor tuvo en la cruz, de que él hace mención en el Psalmo que dice (1): Diéronme hiel por manjar, y vinagre para beber en mi sed. Quiere éste mismo traer un cilicio para mortificar la carne, como lo traía la sancta viuda Judit (2), ó una cadena de hierro ceñida, como la traía Sancta Catalina de Sena, y otros muchos sanctos. Pone para esto los ojos en las prisiones con que el Rey de la gloria fué atado á la columna, y llevado preso como ladrón por las calles públicas de un pontífice á otro pontífice y de un tribunal á otro tribunal.

---

(1) Psalm. 68. (2) Judit. 9.

Estas consideraciones sirven para las obras penitenciales, con las cuales queremos satisfacer á la divina justicia por nuestras culpas, y enflaquecer las malas inclinaciones de nuestra carne, debilitando y enflaqueciendo la misma carne, que es la raíz dellas.

Mas pasemos agora á otro linaje de virtudes, que tampoco carecen de dificultad. Ofrécesele á uno ocasión de quitar el pan de la boca para socorrer á la necesidad ajena. Para esto pone los ojos en la liberalidad inmensa de aquel Señor que dió á sí mismo por nosotros, el cual (como dice Sant Bernardo) nos dió su carne para comer, y su sangre para beber, y su vida en precio de nuestro rescate, y el agua de su costado para lavatorio de nuestros pecados. Levántanos un falso testimonio, con que escurecen vuestra fama, y os ponen título de malhechor. ¿Qué consuelo puede haber mayor para esto, que acordaros de los falsos testimonios y títulos afrentosos con que infamaron á este Señor, llamándole tragador y bebedor de vino, amigo de pecadores y publicanos, samaritano, endemoniado, loco, nigromántico, engañador, malhechor y revolvedor de pueblos? Pues ¿qué corazón habrá tan delicado y tan impaciente por sus infamias, viendo cuánto fueron mayores las que el espejo de la inocencia padeció? Recibió una bofetada un hombre de otro. Pues ¿qué mayor consuelo para esto que considerar cuántas bofetadas y pescozones recibió el día y la noche de su pasión el Hijo de Dios en aquel rostro que desean mirar los ángeles? Hácesele de mal á un hombre dar á torcer su brazo y humillarse á otro hombre. ¿Qué medicina se le puede ofrecer para curar esta hinchazón de soberbia, que después de haber contemplado al Señor de los ángeles nascido en un establo, acostado en un pesebre, y prostrado ante los pies de los pescadores lavándolos con tanta humildad, y levantando los ojos á lo alto, ver al Señor de los ángeles puesto entre los ladrones? Es otro tentado de pasión y odio contra sus enemigos. Pues para refrenar esta pasión, ¿qué otro remedio más eficaz que levantar los ojos á aquel Señor que puesto en la cruz, azotado, coronado con espinas, escarnecido, menospreciado (como olvidado de todos estos dolores) la primera palabra que habló, antes que consolase á su afligidísima madre, y que encomendase su espíritu al Padre, fué pedirle perdón por aquéllos que le crucificaban, excusando su pecado (1), diciendo que no entendían el mal que hacían?

(1) Luc. 23.

Pues quien todas estas cosas diligentemente considerare, verá cuán gran favor y socorro tenemos con la cruz del Señor para todo lo bueno. Porque no solamente nos esfuerzan los ejemplos que vemos en ella, á padecer (y más tales ejemplos como arriba declaramos) sino también el espíritu de gracia que se da á los que con ojos humildes y devotos miran á este Señor en la cruz, y se acogen á sus sacratísimas llagas.

FRUTO XIV DEL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE ES LA PROFESIÓN DE LA ASPEREZA Y POBREZA
DE LA VIDA EVANGÉLICA

CAPÍTULO XX

La doctrina deste capítulo no es para todos, sino para solos aquéllos que anhelan á la aspereza, pobreza y perfección de la vida evangélica. Para lo cual aprovecha en tanto grado el misterio de la Cruz, que parece haber sido instituído para solo esto. Porque para ayudar á un género de vida que todo es cruz, no podía haber otro medio más eficaz y más proporcionado que el misterio de la Cruz. Mas este árbol sagrado tiene ramas altas y bajas, porque en él hallarán todos los grandes y pequeños y todos los fuertes y flacos lo que á cada cual de todos los estados pertenece, puesto caso que mucho más sirve para los perfectos, como árbol de suma perfección: y tal es la que en este fruto queremos declarar.

Para lo cual será necesario explicar en qué consiste la perfección de la vida cristiana. Para entendimiento desto conviene declarar la diferencia de las dos principales partes de que el hombre está compuesto, que son cuerpo y ánima, entre las cuales hay tan grande distancia, que la una es de la condición de las bestias, y así come, y bebe, y duerme, adolece y muere como ellas: mas la otra, que es el espíritu, es de la condición de los ángeles, y así según su propria naturaleza ninguna cosa corporal apetece ni le arma, sino solamente las cosas espirituales, como son las virtudes, y la sabiduría, y el conocimiento y amor de su Criador, porque éstas son conformes á su naturaleza, como al cuerpo las suyas, porque cada cosa huelga con su semejante y con lo que es conforme á su naturaleza, Pues como en el hombre haya estas dos partes tan desiguales, está en su mano escoger con cuál dellas se quisiere conformar, porque en sí tiene principios para la una y para la otra. Y si escogiere vivir vida corporal, hacerse ha semejante á las bestias, las cuales en ninguna cosa entienden sino en buscar lo que conviene para sus cuerpos,

ora sea para su mantenimiento, ora para sus gustos y deleites. Mas si escogiere vivir conforme á la condición de su espíritu, hacerse ha semejante á los ángeles, que todo su estudio emplean en la contemplación, amor y servicio de su Criador. De aquí es lo que Sant Augustín dijo sobre Sant Juan, que la vida del hombre estaba en medio de las bestias y de los ángeles. Por lo cual, si viviere según los apetitos de su carne, será semejante á las bestias, y si conforme á las leyes del espíritu, tendrá compañía con los ángeles. Pues viniendo á nuestro propósito, decimos que la perfección de la vida cristiana consiste en que despreciados todos los gustos y halagos de la carne, y todos sus apetitos y deseos desordenados, sigan las leyes y condición del espíritu, abrazando y procurando aquellas cosas espirituales que dijimos, imitando la pureza de los ángeles, y ejercitando en la tierra lo que ellos hacen en el cielo, que es amar y alabar á su Criador, y pensar en sus grandezas y maravillas. Ésta es la manera de vida que vivieron todos los sanctos, y particularmente aquéllos que se apartaron á los disiertos, donde renunciadas todas las cosas del mundo, y contentándose con raíces de yerbas ó algún otro pobre manjar, y quitados de la compañía de los hombres, gastaban los días y las noches tratando y conversando con Dios.

Mas aquí es de notar que la carne enemiga del espíritu resiste poderosísimamente á esta manera de vida, que la priva de los gustos y contentamientos, de que ella tiene una sed y hambre más que canina. Para lo cual le ayudan también todos los sentidos corporales, que naturalmente apetecen todas las cosas que los deleitan, porque el gusto quiere cosas sabrosas, el tacto cosas blandas, los ojos desean ver cosas agradables, las narices oler cosas suaves. Ayúdale también la presencia de las cosas que apetece, que suele mover mucho los corazones, y juntamente con esto el beneficio y usofruto que recibe de ellas, y sobre todo esto nuestro común adversario, que atiza y sopla las brasas de nuestros apetitos y los enciende, con lo cual hace entender á los hombres que lo superfluo y demasiado es necesario. Pues con estas armas y favores pelea tan fuertemente la carne contra el espíritu, que cuasi á todo el mundo lleva tras sí. Mas por el contrario el espíritu de los que anhelan á la perfección de la vida cristiana, ayudado con los favores y socorros de la gracia y con la presencia del Espíritu Sancto, que en ellos mora, pelean con mejores

armas contra la tiranía y malas inclinaciones de la carne, subjectándola y haciéndola servir y obedecer á las leyes del espíritu, cuando ella repugna y contradice á lo que él manda. Pero no se contentan con solo esto, mas aun fuera desta ocasión y necesidad le dan trabajosa vida y le hacen muchos malos tratamientos para avasallarla, y subjectarla, y habituarla á obedecer, y para estar ellos más señores della al tiempo del menester: porque así como los que se crían para la guerra se suelen ejercitar en las armas, aprendiendo á jugar dellas, y escaramuzando, justando, torneando y aprendiendo en tiempo de paz, y sin ver al enemigo, lo que han de hacer en el tiempo de la guerra, así estos esforzados caballeros por estar más diestros en resistir á la carne cuando contradice al espíritu, pasan más adelante, y fuera desta ocasión la traen sopeada y maltratada para criar con este ejercicio aquel sancto odio que el Señor nos encomienda contra ella, y para no hallarse nuevos y desacostumbrados, cuando es necesario resistirle. Y así escribe Teodoreto en la Historia Religiosa de algunos particulares sanctos, así hombres como mujeres, que traían en sus cuerpos grandes pesos de hierro, y otras semejantes cargas. Otros hay que traen continuamente cilicios de muchas maneras, otros que toman disciplinas todos los días. De modo que no sólo cuando la necesidad de la tentación lo pide, sino fuera de ella tratan sus cuerpos con este rigor, y así no se les hace de mal resistirle, cuando la ley de Dios y la razón lo pide. Pues con la continuación de este ejercicio, y más con los favores de la gracia, viene la carne poco á poco á hacerse á las armas, que es, á espiritualizarse y acomodarse á la voluntad del espíritu y obedecerle sin tanto trabajo y molestia. Á esta manera de perfección nos exhorta el Salvador cuando dice (1): El que quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Esta sentencia, aunque el Señor la propuso á todos, así perfectos como imperfectos (según refiere Sant Marcos) pero diferentemente conviene á unos y otros, según la diferencia de sus estados. La cual sentencia es tan compendiosa, que un religioso varón, el cual entendía siempre en la guarda de ella, solía decir que había de hacer un libro, y que en todas las hojas dél no había de escribir más que sola esta sentencia, entendiendo que ésta lo

(1) Marci 8.

comprehendía todo. El negar á sí mismo dice mucho, porque significa la contradición y repugnancia perpetua que habemos de tener con nuestra carne. Porque esta negación no ha de ser contra los intentos y deseos del espíritu, porque él según la naturaleza no apetece cosas carnales sino espirituales, que son conformes á su naturaleza. Por lo cual esta negación de sí mismo se entiende de la una parte de nosotros, que es nuestra carne.

Y esta negación ha de ser tan general (si tratamos de la perfección de la vida evangélica) que sacado aquello que puntualmente es necesario para la vida (sin lo cual ella no podría permanecer) renunciemos todo lo demás. Y así negar á sí mismo es negar á su carne sus gustos, y placeres, y contentamientos, y proprias voluntades, y privarla de todos los deleites desordenados de los sentidos. Todo esto ha de negar á su cuerpo, á todo esto le ha de decir de no, y esto entiendo que es negar á sí mismo. Y el llevar la cruz cada día es tomar con paciencia todos los trabajos de enfermedades, de pobreza, de persecuciones ó tentaciones que por permisión divina nos vinieren, resignándonos en las manos de Dios con segura confianza, que todo esto permite él, y ordena para nuestro bien, aunque de presente no lo veamos. El seguir á Cristo también es cruz, porque esto es imitarle y seguirle por el camino que él fué, que es camino de trabajos, de obediencia y de paciencia.

Pues siendo ésta la perfección de la vida evangélica, ¿qué cosa nos podía más esforzar y animar á ella, que el árbol de la sancta Cruz? ¿Qué cosa más eficaz para causar una cruz, que otra cruz, pues es sentencia de filósofos que un semejante engendra otro semejante? ¿Quién será ó tan descomedido, ó tan ciego, ó tan ingrato, que viendo al Señor de todo lo criado, aquél que es resplandor y imagen del Padre, aquél que con su omnipotencia crió todas las cosas, y las ordenó con su sabiduría, y las gobierna con su providencia, cuyas riquezas, cuya bienaventuranza es tan grande, que ni con todo este mundo criado, ni con otros mil mundos que criase, puede crecer, que con todas estas grandezas por su sola bondad y misericordia y por hacernos amadores de la virtud y de todos los honestos trabajos, padeciese él tantos tormentos en su muerte, y tantas maneras de fatigas en su vida, hambre, sed, frío, calor, vigilias, cansancios de caminos, y tan gran pobreza, que se mantenía con las limosnas que le hacían

aquellas sanctas mujeres que le seguían: pues ¿cómo será tan descomedido el siervo, que quiera ser más rico y más bien tratado que su Señor? ¿Cómo no padecerá por sus proprias culpas lo que el Señor padeció por las ajenas? ¿Cómo puede regalar la carne mal inclinada, viendo cómo este Señor trató la suya, que era inocentísima? ¿Cómo pretenderá entrar descansado en la gloria ajena, viendo con cuántos trabajos entró este Señor en la suya propria? Pues según esto, ¿quién no ve cuántos motivos y esfuerzos para el trabajo, y cuántas maneras de consolaciones tengan en este árbol de la Cruz todos los seguidores de la aspereza y pobreza evangélica para todos los trabajos que en ella se les ofrecieren?

FRUCTO XV DEL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE ES SER ELLA MATERIA DE ALTÍSIMA MEDITACIÓN
Y CONTEMPLACIÓN

CAPÍTULO XXI

Entre las alabanzas del varón justo se escribe en el primero de los Psalmos que meditará en la ley del Señor día y noche. Y tras esto añade luego el fructo admirable deste ejercicio, diciendo que el que así lo hiciere será como árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que dará su fructo en su tiempo, y nunca perderá las hojas, y que en todas las cosas que pusiere las manos será prosperado. No se podían poner en tan pocas palabras más magníficas promesas. Dónde por el nombre de la ley de Dios no sólo entendemos la ley escrita, sino mucho más la ley de gracia, y el fundamento della, que es el misterio de la Cruz.

Mas primero que hable de este género de meditación, brevemente diré qué cosa ella sea. Meditación es considerar con el entendimiento las cosas que pueden mover á amor y temor de Dios, y aborrecimiento del pecado, aplicando la voluntad á sentir y gustar las cosas que el entendimiento le representa, para aficionarse á ellas, si son buenas, ó desaficionarse, si son malas. Digo esto, porque considerar las cosas divinas sin esta aplicación de la voluntad, más es estudiar ó especular, que meditar. Antes en este ejercicio la principal parte es de la voluntad, y la menor del entendimiento, el cual sirve de proponer y representar á la voluntad (que es potencia ciega) todo aquello que le pueda mover á estos afectos y movimientos que dijimos: de modo que el ardor y sentimiento de la voluntad es como fin de este ejercicio, y la consideración, como medio para venir á él. Mas porque desta materia se trató en el Libro de la Oración, al presente no diremos más.

Decimos pues agora que aunque haya muchas cosas que poder meditar (porque para esto sirve toda la sagrada Escritura, y toda la fábrica del mundo, que es el libro de las criaturas) pero la más excelente materia, la más provechosa, la más dulce y

devota, y finalmente la más eficaz para movernos al amor y temor de Dios y al estudio de todas las virtudes, y aborrecimiento del pecado, es ésta. Lo cual se entenderá claramente por todo lo que hasta aquí habemos escripto, y señaladamente por lo que tratamos en el Capítulo XIX, donde declaramos cómo todas las virtudes resplandecen en el árbol de la Cruz en sumo grado de perfección, en las cuales señaladamente pone los ojos el que devotamente la contempla.

En esta consideración hallaban los sanctos agudísimos estímulos para todas las virtudes, aquí ardentísimos incentivos de amor, aquí profundísimo temor de Dios y aborrecimiento del pecado, aquí encendidísimos deseos de pobreza, de aspereza, de hambre, de sed, de desnudez y de padecer trabajos y aun de derramar sangre por aquel Señor que por amor de ellos derramó la suya. Esto les hace despreciar todas las pompas y vanidades y regalos del mundo, y abrazar la cruz de la penitencia y aspereza de la vida. Ésta muchas veces los arrebata y suspende en una grande admiración y espanto de aquella tan inmensa bondad que el Hijo de Dios nos descubrió en el misterio de la Cruz, y juntamente de la alteza del consejo divino, que tan conveniente medio buscó para reparo del mundo caído. En este abismo profundísimo de la divina bondad muchas veces se hallan anegados y se pierden de vista, levantándose sobre sí mismos, conociendo, amando, gustando y sintiendo cosas sobre toda la virtud y facultad humana.

Aquí halla el piadoso corazón materia de compunción, acordándose que sus pecados, juntamente con los de todo el mundo, fueron los verdugos que tan cruelmente maltrataron y crucificaron este Señor. Y aquí por el contrario halla materia de alegría, viéndose tan amado dél, y redemido por tan caro precio, y enriquecido con tan grandes merecimientos. Aquí también halla motivos de alabanza, dando gracias á este clementísimo Redemptor por este tan grande beneficio. Aquí materia de grandísima compasión, viendo lo que aquel delicadísimo y inocentísimo cuerpo padece, y el silencio y mansedumbre con que lo padece. Porque demás de los azotes, espinas y de todos los otros vituperios de la pasión, el linaje de muerte (que fué de cruz) es uno de los más crueles que hay, porque no se acaba en breve como el de un hombre que muere degollado, que es (como algunos le lla-

man) un viento de acero, sino muy prolijo, y las heridas de los clavos son en pies y manos (donde hay más nervios, que son los instrumentos del sentir) y más particularmente en los empeines de los pies, que por ser muy sentibles se llaman almas dellos. Pues hincar un clavo grueso por el pie á fuerza de martilladas, y después pasar el otro con los mismos golpes, y no cesar desto hasta afijarlo fuertemente en el madero, y estar la madre inocentísima presente, para ver y oir los golpes destas martilladas, ¿qué tan grande sería el dolor dél y della, mayormente siendo aquel sagrado cuerpo el más delicado y sensible de todos los cuerpos? Pues al tiempo de levantar la cruz y dejarla caer de golpe en el hoyo donde había de ser afijada, y después cargando el peso del cuerpo para bajo, y desgarrando y ensanchándose con esto más las llagas de los pies y manos, y esto no por breve espacio de tiempo, sino por tres horas continuas que hay dende la hora de sexta (cuando el Señor fué crucificado) hasta la nona (cuando expiró) ¿qué tan grandes dolores padecería? No se puede esto con palabras explicar.

Pues en esta piadosa consideración se hacen muchas veces los ojos de los devotos fuentes de lágrimas, causadoras de grande compasión y amor. Porque aquí es donde el ánima devota, he rida con una dulce saeta de amor y compasión, dice aquellas amorosas palabras de la Esposa de los Cantares (1): Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, porque estoy enferma de amor. Sobre las cuales palabras dice S. Bernardo: El ánima amorosa mira al verdadero rey Salomón con la corona que lo coronó su madre, ve al unigénito Hijo del Padre llevar la cruz sobre sus hombros, ve herido y escupido al Señor de la majestad, ve al autor de la vida y de la gloria traspasado con clavos, y herido con lanza, y vituperado con tantos oprobrios, y finalmente velo entregar aquella tan amada vida por sus amigos, ve todas estas cosas, y siendo aquí su ánima traspasada con herida de amor, dice con la Esposa estas palabras (2): Sustentadme con flores, y cercadme de manzanas, porque estoy enferma de amor. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo. Estas flores y esta fruta se coge del árbol de la Cruz, que son las virtudes que por ella

(1) Cantic. 2. (2) Ubi supra.

nos son dadas, con las cuales el ánima religiosa trabaja por transformarse en las virtudes y pasiones deste Señor.

Pues la suavidad y consolación que las personas espirituales en esta sancta meditación experimentan, ¿quién la podrá explicar? S. Buenaventura en el principio de su Estímulo de Amor, hablando de sí mismo, dice así: Entrando una vez por estas llagas los ojos abiertos, la sangre que dellas corría, cegóme la vista, y después que no pude ver otra cosa sino sangre, atentando llegué á las entrañas deste Señor: en ellas moro, y de sus dulces manjares me sustento, y no querría salir desta tan deleitable morada y perder la consolación que aquí recibo. Mas tengo confianza que pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas tornaré á entrar, cuando dellas saliere. El mismo Sancto dice allí que deseaba ser el hierro de la lanza con que el Señor fué herido, por morar siempre en su sagrado pecho, y que deseaba ser la cruz, para que en él fuese crucificado su Señor, y también sepulcro, para ser sepultado con él. Y al cabo dice que es tan grande la suavidad que las ánimas reciben en la consideración de este misterio, que no sólo el espíritu, mas aun la misma carne, amiga de cosas carnales y enemiga de las espirituales, viene á recebir parte de esta consolación, por la redundancia que hay del espíritu en ella. Lo cual dice ser en tanto grado verdad, que ofreciéndose á veces caso de obediencia ó de alguna obra de caridad forzosa (donde la razón juzga que se debe por entonces dejar el ejercicio de la devoción por el de la obligación) le pesará á la carne de apartarla dél, por la grande consolación que en él recibe. Lo cual nos obliga á dar grandes gracias al que con la hiel y amargura de sus tormentos tal convite nos aparejó. Y quien quisiere ver cuán gran tesoro sea para las ánimas este sancto ejercicio, lea una oración de este mismo sancto Doctor, que hallará en las Adiciones de nuestro Memorial de Vida Cristiana, en el *Vita Christi,* que está al principio de la sagrada Pasión, y ahí verá lo que tengo dicho.

De aquí nace que todos los maestros de la vida espiritual, así en las religiones como fuera de ellas, el primer ejercicio que enseñan á los que comienzan á mudar la vida (después de sus confesiones generales y ejercicios de compunción y penitencia) es emponerlos en el estudio de esta sancta meditación (conforme á lo que S. Bernardo escribe á los religiosos del Monte de Dios)

porque aquí hallarán copiosa materia de lágrimas y compunción por sus pecados, considerando que ellos fueron los verdugos que tan cruelmente maltrataron á su Señor.

Por esta vía pues comienzan los principiantes. Mas los que están ya en esto ejercitados, tienen aquí otros motivos más acomodados á su estado y aprovechamiento, como son, hacimiento de gracias por este tan grande beneficio, imitación de las virtudes de Cristo (que en el misterio de la sagrada Pasión más que en otra parte resplandecen) acrecentamiento de amor por los grandes motivos que en ella para esto tienen, y admiración de aquella inmensa bondad y caridad de Dios, que por este medio quiso remediar al hombre, y también de la sabiduría y consejo divino, que por tan proporcionado y conveniente medio lo remedió, porque para todas estas cosas y otras muchas tenemos argumentos y motivos grandes en la sagrada Pasión. Y no es esto de maravillar, que pues aquel mana que envió Dios en el desierto, tenía todos los sabores que deseaba el que lo comía, ¿qué mucho es tener todas estas virtudes y facultades el Señor figurado por aquel mana? En lo cual se ve que chicos y grandes, altos y bajos, perfectos y imperfectos, tienen cada cual su manjar proporcionado en este sagrado árbol.

Los filósofos más sabios entendieron que la felicidad del hombre consistía en la contemplación de las perfecciones divinas, y éstas rastreaban por el conocimiento y orden de las criaturas. Mas para alcanzar la perfecta inteligencia de esta orden, era menester estudio de toda la filosofía, y de muchos años: y con todo esto apenas se conocía del Criador más que su sabiduría y omnipotencia, pues muchos hubo que negaron la providencia y cuidado paternal que tiene de las cosas humanas, que es lo que más nos importaba saber, como arriba declaramos.

Por tanto, plugo á la divina Bondad en lugar del libro de las criaturas (donde no pueden leer sino los grandes filósofos) darnos en la vida y muerte de su Hijo un libro de sabiduría tan copioso y tan claro, que la vejecica y el rústico labrador sin letras puedan conocer tanta parte de las perfecciones divinas, esto es, de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia, de la providencia y del amor que este Señor tiene á los buenos, y aborrecimiento á los malos y á su maldad, que es fundamento de toda la filosofía cristiana. Para lo cual ni se requieren letras, ni

subtileza de entendimiento, ni muchos años de estudio, mas antes las personas más simples y que menos discursos tienen de entendimiento, son á veces más hábiles para este sancto ejercicio, el cual más requiere una piadosa afeción y sentimiento de la voluntad, que subtiles discursos del entendimiento, que á veces secan la voluntad, porque cuanto más la virtud del ánima se reparte y desagua por un camino, tanto menos caudal le queda para repartir por otro.

Demos pues otra y otras muchas veces gracias á aquel soberano Señor, que por este medio nos proveyó de la filosofía deste misterio, en el cual demás de los otros fructos hasta aquí referidos, hallamos con tanta facilidad no sólo clarísimos argumentos para conocer aquellas perfecciones divinas que arriba dijimos, sino mucho más grandes motivos y despertadores de compunción, de agradecimiento, de amor, de admiración, de devoción y compasión. Porque como en la historia de la sagrada Pasión haya tantos pasos tan dolorosos, apenas se hallará corazón tan duro que no se enternezca y compadezca de lo que ve padecer á aquel inocentísimo Cordero por nuestra causa. Porque tales y tantas fueron las maneras de tormentos y injurias que él padeció, que no digo yo siendo él quien era, mas si á un público malhechor las viéramos padecer, nos moviéramos á compasión. Y á vueltas deste piadoso afecto y sentimiento suceden otros no menos saludables y provechosos, de los cuales es éste el fundamento y el despertador.

FRUCTO XVI DE EL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE ES TENER POR ELLA QUÉ PRESENTAR Y ALEGAR EN NUESTRAS ORACIONES Y PETICIONES ANTE EL SEÑOR

CAPÍTULO XXII

La oración (como dice S. Bernardo) es hermana y compañera de la meditación, porque no es razón hallarse la una sin la otra. Cuánto nos sea necesaria esta virtud, y cuán propria sea del cristiano, en otra parte lo escribimos. Pero cuán continua haya de ser, enséñalo el Salvador, diciendo que conviene siempre orar sin desfallecer (1). Y enséñalo el Apóstol (2), cuando manda orar sin cesar: y enséñalo también David por su ejemplo, cuando dice (3): Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis pies de los lazos. Las cuales palabras no nos piden continuación puntual sino moral, que es aconsejarnos que la oración sea la más continua que nos fuera posible.

A esta continuación nos obligan dos cosas principales, que son, por una parte la grandeza de nuestra necesidad, y por otra la largueza de la divina bondad. La necesidad es ser continuamente fatigados con mil maneras de trabajos, y molestados con continuas perturbaciones y tentaciones. Mas la largueza de la bondad de Dios nos convida á orar, porque nunca levantaremos húmilmente los ojos á él, que no recibamos algún aliento y refresco de su gracia, pues nadie le pide mercedes sin alcanzar socorro de su misericordia.

Mas para que nuestras peticiones sean eficaces, han de ir acompañadas con otras virtudes, y señaladamente con fe de alcanzar lo que pedimos. Por lo cual dice el Salvador (4): Cualquier cosa que pidiéredes en la oración, creed que la recibiréis, y dárseos ha. Mas esta tal fe y esperanza ¿quién la tendrá tan firme como aquí se nos pide, sintiéndose los hombres, mayormente los verdaderos humildes, muy vacíos de merecimientos y

---

(1) Lucae 18. (2) I Thes. 5. (3) Psalm. 24. (4) Marci 11.

muy cargados de pecados, los cuales son como ponzoña que luego tira al corazón y le hace desmayar? A esto respondemos que aquí no tratamos con el hombre que está envuelto en sus pecados y quiere perseverar en ellos, sino con el que los tiene aborrecidos y purgados con el sacramento de la Penitencia. Pues este tal, en lugar de los méritos que le faltan, acójase á los de nuestro Salvador, el cual nos hizo en su testamento, confirmado con su muerte y con su sangre, herederos de todos sus merecimientos y trabajos, cuanto es de su parte, pues así como vino del cielo á la tierra por nosotros, así todo cuanto en este mundo padeció dende el pesebre hasta la cruz, fué para nosotros, porque dende el instante de su concepción estuvo tan rico de bienes de gracia y gloria, como lo está agora en el cielo. Por lo cual, como para sí no tenía necesidad de merecimientos, ni era razón que trabajase y mereciese de balde, aplicó todas estas riquezas de sus merecimientos al remedio del género humano. Aquí se funda la fe y confianza que se requiere para la oración, siendo ciertos que todo esto es hacienda nuestra que podemos ofrecer y presentar á nuestro Criador, pidiendo mercedes al Padre Eterno por su Hijo, que es nuestro padre, nuestro abogado, nuestro sacerdote y nuestro rey.

Por lo cual, así como el hijo de un padre que hizo grandes servicios á un rey sin haber recebido mercedes por ellos, pide satisfación como heredero de todo lo que á su padre se debe, así el hombre puede pedir mercedes al Eterno Padre por los méritos y servicios de Cristo, pues él es nuestro padre, como lo llama Esaías (1), y nuestro segundo Adán, reengendrador de nuestro espíritu, como lo llama S. Pablo (2). Y así como aquel hijo en la petición que hiciese, referiría todas las jornadas y servicios de su padre para obligar más al rey, así debe el que ora referir todos los caminos del Hijo de Dios, todos sus cansancios, trabajos, vigilias, oraciones, persecuciones, hambre, sed, frío, calor, pobreza, calumnias, acusaciones y finalmente todos los tormentos y injurias de su sacratísima pasión, procediendo dende aquel doloroso sudor de sangre por todos los otros pasos dolorosos de su pasión hasta que expiró en la cruz. Pues con este tan piadoso discurso no podrá el hombre desmayar, viendo cuán rica ofren-

(1) Esai. 63. (2) I Cor. 15.

da tiene que ofrecer en su favor, y cuán justos títulos para pedir perdón y misericordia. Y por esta vía hará (como dicen) de un camino dos mandados, juntando el ejercicio de la meditación con el de la oración, discurriendo devotamente por todos los pasos de la sagrada Pasión, pidiendo por ellos misericordia al común Señor.

Por esta vía también cumpliremos otra cosa que Dios en la ley mandaba, conviene saber, que nunca pareciésemos vacíos delante de él (1). Porque presentándole todos los méritos y trabajos de su amantísimo Hijo y Padre nuestro, de los cuales él nos hizo herederos (como ya dijimos) no se podrá decir que parecemos delante de él vacíos. Dónde conviene avisar que juntamente con los trabajos de este Señor juntemos todo lo que en este mundo hubiéremos hecho ó padecido por él, porque en compañía de aquellos tan grandes merecimientos y por virtud dellos tendrán precio y valía los nuestros.

En lo cual se ve cuánto mayores ayudas tienen agora nuestras oraciones que las de los padres de la ley, porque ellos por aplacar y pedir mercedes á Dios, ofrecían sangre de animales, mas nosotros ofrecemos la sangre del Hijo de Dios: de modo que ellos tenían la sombra y la figura, mas nosotros la misma verdad. Pues cuanto va de sangre á sangre y de sacrificio á sacrificio, tanto va de nuestra ofrenda á la suya. Item, ellos en sus peticiones y necesidades alegaban los méritos de aquellos tres sanctos patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, porque éstos alegó Moisén para aplacar á Dios por el pecado del becerro (2), mas nosotros tenemos que presentar los méritos del unigénito Hijo de Dios, que son de infinito precio y valor. Pues ¿cuánto es mejor nuestra condición y suerte que la de aquéllos? Porque aquéllos eran solamente hombres, éste era hombre y Dios. Aquéllos, aunque sanctos, todavía eran pecadores, mas éste fué inocente y sin pecado: aquéllos, si merecían con sus servicios, merecían para sí y no para otros, mas este Señor, que de nada tiene necesidad, de todo cuanto hizo, padeció y mereció, hizo gracia á su esposa la Iglesia.

Pues con tales prendas, con tal padrino y tal fiador vamos muy confiados á presentarnos ante el trono de la divina Miseri-

(1) Exod. 23 & 34. (2) Ubi supra 32.

cordia. Dijo el patriarca Josef á sus hermanos (1): No veréis mi cara, si no trajéredes á vuestro hermano Benjamín en vuestra compañía. Trajéronle consigo, y así fueron recebidos de él con grande honra y fiesta por amor de el hermano, que él mucho amaba. Hagamos pues cuenta que el Padre Eterno nos dice que no parezcamos ante él sin su amantísimo Hijo y hermano nuestro, y estemos confiados que llevándolo con nosotros, seremos muy bien recebidos de él. Y tengamos este aviso, que nunca jamás abramos la boca para pedirle mercedes, que no se lo presentemos y las pidamos por él, como vemos que lo hace la Iglesia al fin de cada oración. Porque esto es pedir en nombre de Cristo, así como él mismo nos lo manda. Y pues (como arriba dijimos) nuestra oración debe ser perpetua, síguese que nunca se nos ha de caer del corazón y de la boca. Y no piense nadie que se importunará ó enfadará el Padre pidiéndole tantas veces mercedes por su Hijo, antes si en él pudiera caber alegría nueva, la recibiera todas las veces que le pidiéramos mercedes por él. Mas aunque no es alegría nueva, no deja de caber en él, pero es, y fué siempre, y será eterna.

(1) Genes. 43.

FRUCTO XVII DEL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE ES FAVOR Y SOCORRO EN LAS TENTACIONES

CAPÍTULO XXIII

No pueden faltar tentaciones en esta vida, pues toda ella se llama tentación. Por lo cual así como se escribe que los hijos de Israel iban armados cuando subían á conquistar la tierra de promisión (1), así lo deben también ir los que desean ganar por armas la verdadera tierra de promisión, que es la bienaventuranza de la gloria. Mas las armas de esta milicia no son corporales, sino espirituales, porque para esta pelea más nos sirven los ojos que las manos. Y no es de maravillar que pues hay serpientes que mirando matan, nosotros también mirando matemos las infernales serpientes, mas no á ellas, sino á aquella imagen de serpiente que Moisén por mandamiento de Dios puso en el desierto en un lugar alto (2), para que cuando los hijos de Israel fuesen mordidos de las serpientes que en aquel lugar los herían y mataban, levantasen los ojos á mirar la imagen de aquella serpiente pintada, y luego sanarían. Pues cuando fuéremos acometidos de aquella antigua serpiente, pongamos los ojos en esta serpiente pintada, que es Cristo crucificado, pues parece en lo defuera malhechor, estando tan lejos de serlo, porque esta vista nos defenderá.

La plática de esto es, que cuando el hombre se sintiere tocado de algún mal pensamiento, luego con la mayor priesa que pudiere levante los ojos á considerar aquella tan lastimera figura que el Salvador tenía en la cruz, haciendo cuenta que lo tiene delante de sí presente, y mirando aquel inocentísimo cuerpo de la manera que allí está, todo ensangrentado, descoyuntado, desfigurado, el rostro escupido y afeado, la cabeza atravesada con espinas, las espaldas rasgadas con azotes, y los ojos escurecidos con la presencia de la muerte: y después que lo hubiere mirado en esta figura, acuérdese que todo esto padece aquel Señor para sa-

(1) Num. 32. (2) Num. 21.

tisfacer por los pecados y para desterrarlos del mundo. Y considerando esto, dígale: Señor mío, ¡que padeciésedes vos tan extraños tormentos para pagar por mis pecados, y mostrarme la graveza de ellos, y que con todo eso tenga yo atrevimiento para pecar y para hacer cosa, cuyo remedio tan caro os costó! Nunca plega á vuestra infinita misericordia tal permitáis, Señor, sino antes se abra la tierra y me trague, que yo tal ose cometer. Ayudadme, Señor mío y Redemptor mío, y no permitáis que esa sangre preciosa haya sido derramada en balde por mí, y que venga á perderse lo que vos por tan caro precio comprastes.

Éste es pues el más común y más eficaz remedio que tienen los siervos de Dios en sus tentaciones, el cual nos declaró el Psalmista cuando dijo que la piedra era refugio de los erizos (1): mas otra translación en lugar de erizos pone liebres, las cuales hacen sus madrigueras en las concavidades de los peñascos, á donde se acogen con toda la ligereza posible, cuando son acosadas de los galgos. Por la cual astucia cuenta Salomón este animal entre cuatro animales que dice él ser más sabios que todos los sabios (2). Y así después de la hormiga, que es uno de los cuatro (porque sabe muy bien proveerse de un tiempo para otro) pone luego la liebre flaca, la cual hace su madriguera en los agujeros de la piedra. Pues ¿qué piedra es ésta, sino Cristo nuestro Salvador en la cruz, más fuerte que todas las piedras para sufrir los tormentos della? Y ¿qué agujeros son éstos, sino los de sus sacratísimas llagas, á donde corren y se guarecen las liebres, que son las ánimas temerosas de Dios, cuando se ven acosadas de aquellos perros infernales que las quieren tragar?

Éste es remedio general para todos los acometimientos de nuestro adversario. Y no menos se hallan remedios particulares en este árbol sagrado para todas las otras tentaciones de vicios particulares. Porque si fueres tentado de ambición y soberbia, levanta los ojos y mira al Criador de los cielos, al Señor de los ángeles, al que es gloria de los bienaventurados, crucificado entre ladrones, diciendo con el Profeta (3): Yo soy gusano y no hombre, oprobrio de los hombres y desecho del mundo. Si te acomete la escaseza de la avaricia, y te aprieta las manos para dejar de socorrer á los pobres, mira la largueza de aquel Señor

(1) Psalm. 103. (2) Prov. 30. (3) Psalm. 21.

que está derramando cuanta sangre tiene para remedio de todas nuestras necesidades. Si la torpe lujuria quisiere enlazar tu corazón con la representación de sus falsos y halagüeños deleites, contempla los inmensos dolores que aquel inocentísimo Cordero padece en todos sus miembros por pagar por los deleites de los tuyos. Si quisiere despedazar tu corazón la carcoma y polilla de la envidia, mira la grandeza de la caridad de aquel Señor que ofrece aquella vida que vale más que todas las vidas criadas, por amigos y enemigos. Si el regalo de la gula te convidare con el gusto del comer y beber, mira el letuario con que sirvió el mundo al Señor de él en tan grande necesidad, cual nunca jamás fué dado á hombre, por malo que fuese, que fué hiel y vinagre, la hiel antes de la cruz, y el vinagre en ella. Si la pasión de la furiosa y mal aconsejada ira te incitare á deseos de venganza, considera con cuánto silencio, con cuánta mansedumbre, con cuán admirable paciencia aquel inocentísimo Cordero sufrió tantas maneras de injurias, sin abrir su boca, sino para rogar á su Padre por aquéllos que tan cruelmente lo trataban. Si la accidia (que es tristeza y hastío de las virtudes y espirituales ejercicios) te entorpeciere para las cosas de tu salud, mira con cuánta promptitud y devoción se ofreció este Señor á sus enemigos, saliéndolos él mismo á recebir, para tratar de la tuya. ¿Ves luego cuán eficaces remedios tenemos en el árbol de la Cruz contra todas las tentaciones del enemigo?

FRUCTO XVIII DEL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE FUERON LAS VICTORIAS Y TRIUNFOS DE LOS SANCTOS MÁRTIRES

CAPÍTULO XXIV

Una de las mayores glorias y testimonios que tiene la Religión cristiana, es haber sido fundada y testificada con la sangre de tantos mártires: y no hay que dubdar sino que todos ellos cobraron grande esfuerzo con el ejemplo y virtud de la sancta Cruz. Porque dado caso que todos cuantos sanctos ha habido en el mundo (como ya dijimos) sean fructos deste árbol (porque por esto se escribe que el Cordero celestial fué sacrificado dende el principio del mundo, porque dende entonces comenzó á obrar el mérito de él en todos los justos) mas particularmente los sanctos mártires fueron la fructa más propria y más sazonada de este árbol, porque no sólo abrazaron la cruz de Cristo con la mortificación de su carne, sino también con la muerte del cuerpo y con la sangre que derramaron por la gloria del Señor que por ellos derramó la suya. Ca es cierto que el mayor esfuerzo que los mártires tuvieron en sus batallas, fué poner los ojos en aquel altísimo Hijo de Dios puesto en la cruz, padeciendo en su delicadísimo cuerpo y ánima los mayores dolores que jamás se padecieron, no por sí, sino por ellos. Porque con esta consideración, con este ejemplo y con la fe viva deste misterio, muy alegre y esforzadamente se ofrecían á todos los tormentos que la crueldad ingeniosa de los tiranos y el furor y rabia de los demonios podían inventar, y con este socorro salían de todo esto vencedores. Y por esta causa quiso este fuertísimo alférez que interviniesen en su sagrada pasión tantas maneras de escarnios, de vituperios, de azotes, espinas, bofetadas, desnudez, y desamparo de sus discípulos, y discursos de unos jueces á otros y de tribunales á tribunales, porque para todas las diferencias de tormentos que los mártires padecían, hallasen en él ejemplos de paciencia para los suyos. Porque es cierto que así como la mayor gloria que tiene la Iglesia, son las victorias de los mártires, que

con su sangre la defendieron y fundaron, así uno de los principales respectos que el autor de nuestra salud tuvo en su pasión, fué dejar á los mártires ejemplos de padecer, y merecerles fortaleza para padecer.

Sabía él también que la mayor gloria que los hombres podían dar á Dios, era serle tan leales y fieles, que antes quisiesen ser despedazados, arrastrados y atormentados con todos los tormentos que en un cuerpo humano se pueden ejecutar, que perder un punto de la obediencia y lealtad que le debían. Porque en todo el caudal de la naturaleza humana (aunque sea ayudada y fortalecida con todos los socorros de la gracia) no se halla otro mayor sacrificio que la criatura pueda ofrecer á su Criador, que éste. Por lo cual no sin grande causa se ofreció el Salvador á tales tormentos por aliviar con ellos los destos fuertes guerreros. La figura desto precedió en aquel madero que convertió las aguas amargas en dulces (1). Porque pasado el mar Bermejo, anduvo tres días el pueblo de Israel sin hallar agua, si no fué una tan amarga, que no se podía beber. Y fatigados con la sed, dieron voces á Moisén diciendo: ¿Qué beberemos? Entonces hizo Moisén oración á Dios, el cual le mostró un cierto madero, y mandóle que lo echase en las aguas, las cuales á la hora de amargas se hicieron dulces, de que bebió todo el pueblo. ¿Quién no ve aquí representada la virtud del madero de la sancta cruz? ¿Qué proporción tiene un madero seco para hacer esta mudanza, pues bastaba sola la palabra divina? Pues como todas las obras de Dios procedan de la fuente de su infinita sabiduría, la cual no hace cosa sin sumo consejo, ¿que otra cosa nos pudo aquí más convenientemente figurar, que la virtud del madero de la cruz, el cual hizo que las aguas amarguísimas de las tribulaciones de los mártires y de todos los otros sanctos, que con fuerzas humanas no se podían tragar, se bebiesen con grande suavidad, y lo que naturalmente era aborrecible, el poder de la divina gracia lo hiciese amable? ¿No vemos esto á la clara representado, no sólo en muchos varones, sino también en muchas tiernas doncellas, que voluntariamente y con grande alegría se ofrecían á beber las amargas aguas de sus martirios, pareciéndoles muy suaves por la causa que las bebían?

---

(1) Exod. 15.

§ I

Mas para que más claramente se vea cuánta gloria resultó de aquí á Dios, quiero declarar aquí las principales maneras en que los hombres lo pueden glorificar.

I. La primera y más común es la que se hace con voces de alabanza, cuando con psalmos y himnos alabamos y glorificamos á nuestro Criador, como el sancto rey David lo ordenó en su tiempo, y de ahí adelante se continuó. La cual manera de honra pide nuestro Señor en el Psalmo 49, donde desechando los sacrificios antiguos de animales, pide este sacrificio de alabanza, diciendo: Ofrece á Dios sacrificio de alabanza, y cumple lo que al Altísimo tienes prometido, y llámame en el día de la tribulación, y librarte he, y honrarme has. Y al fin del mismo Psalmo declara el fructo deste sacrificio diciendo: El sacrificio de alabanza me honrará, y ahí está el camino por el cual enseñaré yo al hombre la salud de Dios, que es la salvación de su ánima.

II. Ésta es la primera manera de honrar á Dios con palabras sanctas salidas del corazón. Hay otra manera más excelente, que no es con palabras, sino con obras de virtud y religión. Con las cuales honraba también el mismo David á Dios, cuando decía (1): Confesarme he, Señor, á ti, y alabarte he con la dirección de mi corazón, que es, con la rectitud y pureza de mi ánima, en que consiste la buena vida, con la cual más altamente es Dios honrado y glorificado. Y desta manera mandó el Señor á sus discípulos que glorificasen al Eterno Padre, diciendo (2): Resplandezca la luz de vuestra vida delante de los hombres, para que vistas vuestras buenas obras glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Lo mismo aconseja S. Pedro Apóstol á los fieles de su tiempo (3), encomendándoles mucho esta vida religiosa, para que los que murmuraban dellos como de malhechores, considerando sus buenas obras, glorificasen á Dios. Ésta es la segunda manera de honrar á Dios con la buena vida, porque como ésta sea obra de Dios, así como el que alaba la imagen del pintor, alaba al maestro que la hizo, así el que trabaja por recti-

(1) Psalm. 118. (2) Matth. 5. (3) I Petri, 2.

ficar su vida, alaba y glorifica al autor principal della, que es Dios. Conforme á lo cual el profeta Esaías con mucha razón llama á los buenos plantas que Dios plantó para ser por ellas glorificado (1).

III. La tercera manera más alta de glorificar á Dios es ésta misma, cuando levantándose contradiciones y persecuciones contra ella, todavía persevera el hombre fijo y constante en su buen propósito, sin volver pie atrás. Porque éste es como espada fina, que aunque el que la dobla junte la punta con la manzana, vuelve á estar tan derecha como antes. Es también como un oro finísimo, que echado en el fuego, ninguna mudanza hace de lo que antes era. Desta manera perseveraba el santo Tobías en las obras de misericordia que hacía (2), puesto caso que muchos le querían apartar dellas, poniéndole delante los peligros que de aquí se habían de recrecer.

IV. Mas porque entre todos los peligros de la vida y entre todas las cosas terribles la postrera es la muerte (como Aristótiles dijo) de aquí procede otra más alta manera de glorificar á Dios, que es la de aquéllos que son tan fieles y leales á su Señor, y perseveran tan constantes en su servicio, que escogen antes la muerte que hacer cosa que sea contra la lealtad y homenaje que le tienen prometido. En el cual cuento entran los sanctos mártires, que consintieron en perder sus vidas por no perder la fe que debían á su legítimo Rey y Señor. Y que ésta sea una muy alta manera de glorificar á Dios, declaró el amado Evangelista, cuando diciendo el Señor á S. Pedro que después de viejo otro le ciñiría y llevaría donde él no quisiese (significando por estas palabras que había de morir crucificado) añadió luego el Evangelista (3): Esto dijo el Señor para significar con qué linaje de muerte aquel Apóstol había de glorificar á Dios. En las cuales palabras el Evangelista no sin grande consideración el morir en cruz llamó glorificar á Dios. Porque ¿con qué más puede la naturaleza humana glorificar á este Señor, que con mostrar por la obra que le precia y reverencia y ama sobre todas las cosas, pues huelga de perder la vida y todos los otros bienes temporales que se poseen con ella, por no quebrantar la fe y lealtad que le debe? Pues ¿qué queda al siervo fiel que hacer por la gloria de su Se-

(1) Esai. 61. (2) Tob. 2. (3) Joan 21.

ñor, después que aquí ha llegado? Porque como dice el Salvador, nadie tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos (1). Á lo menos no hay mayor señal de caridad que ésta. Por lo cual con mucha razón el Evangelista el morir por Dios llamó glorificar á Dios.

V. No parece que sobre ésta había otra más alta manera de glorificar á Dios. Pero como haya muchas maneras de muertes, aquélla le glorifica más, en la cual se padecen más crueles linajes de tormentos. Porque esto no es morir una sola muerte, como muere en un instante un hombre degollado, sino muchas muertes, y en mucho espacio de tiempo. Ca los tiranos no pretendían matar, sino quebrantar á fuerza de tormentos la fe de los sanctos mártires, para que así quedasen los mártires vivos y vencidos, y los tiranos vencedores. Mas ¿qué lengua podrá explicar las invenciones de crueldades y tormentos nunca vistos, con que estos ministros de Satanás pretendían desquiciar de su fe á estos gloriosos caballeros? De los cuales escribe el bienaventurado mártir Cipriano contra un infamador de nuestra Religión, diciendo así: Á los inocentes, amigos y siervos de Dios echas de sus moradas, despojas de sus patrimonios, fatigas y aprietas con cadenas, encierras en cárceles, atormentas con fuego, con hierro y con bestias fieras, despedazas sus cuerpos con largos tormentos, multiplicas las llagas de sus entrañas, y no se contenta tu crueldad y fiereza con los tormentos acostumbrados, sino busca la ingeniosa crueldad nuevas maneras de penas. Conforme á esto, entre otras invenciones de crueldades escribe Eusebio (2) que en la persecución de Diocleciano á muchos hincaban cañas agudas entre las uñas de los dedos, á otros echaban plomo derretido por las espaldas, y á las mujeres metían asadores de palo tostado por sus miembros naturales, con que atravesaban sus secretas entrañas. Pero ¿qué haré, que me faltan palabras para recontar tan abominables maldades? Mas no faltaba paciencia á los fortísimos y religiosísimos mártires para sufrir las invenciones de castigos que los prudentísimos y esclarecidos jueces hallaban para poner en admiración de su astuta sabiduría á los presentes, y espanto á las gentes venideras. Mas porque desta materia tratamos en otro lugar, al presente no haré más que referir un pedazo de una di-

(1) Joan. 15. (2) Eccl. Hist. lib. 8, cap. 6.

vina carta que el sanctísimo Obispo de la ciudad de Tumis llamado Fileas (1), estando en la cárcel cargado de hierro, escribió á los fieles de su Iglesia para animarlos al martirio con el ejemplo de los sanctos mártires que con él padecían.

Mas primero que refiera las palabras de su carta, diré algo de sus virtudes y nobleza. Pues este religioso pastor (como cuenta Eusebio) según la virtud del ánima, del cielo traía su clara generosidad, y cuanto á la nobleza del mundo, decendía de los antiguos romanos, y en su república había gozado de las principales y más honradas dignidades: lo cual acompañaba con grande sabiduría en todas las artes y sciencias, y sobre todo había bebido la principal filosofía de la Religion cristiana, de tal manera, que hacía en ella ventaja á todos los que habían precedido. Y como quier que en la misma ciudad tenía muchos deudos y amigos nobles, fué presentado muchas veces al juez ante de su condenación, procurando y aconsejándole que oyese los importunos ruegos de sus parientes, y tuviese respecto á la viudez de su mujer y orfandad de sus hijos, y no perseverase en la presumpción comenzada. Pero él, sin moverse, desechaba sus amonestaciones como una grande roca despide las ondas de un pequeño arroyo, diciendo que su atención tenía en el cielo, y á Dios representaba delante de sus ojos, y por tanto que no conocía otros deudos sino á los sanctos Apóstoles y Mártires sus antecesores. Estaba á la sazón presente un varón llamado Filorónomo, capitán del ejército de los romanos, el cual como viese á Fileas combatido por la astucia del juez y por las lágrimas de sus deudos, que ni le daban, ni recebía de ellos algún daño, á grandes voces dijo: ¿Para qué tentáis en balde la constancia deste varón? ¿Cómo pensáis hacer desleal á quien á Dios tiene hecho homenaje? ¿Cómo le podréis hacer negar á Dios por consentir á los hombres? ¿No miráis que ni sus orejas oyen vuestras palabras, ni sus ojos ven vuestras lágrimas? ¿Cómo puede ser enternecido con lágrimas carnales aquél cuyos ojos están fijos en el cielo? Oyendo el pueblo infiel tales palabras, demandaron al juez que Filorónomo fuese condenado juntamente con Fileas. De lo cual holgando el juez, ambos condenó que fuesen degollados.

---

(1) Euseb. lib. 8, cap. 4.

§ II

Pues este tan señalado varón en la carta que escribió á su amada esposa la Iglesia de Tumis, después del principio della, dice así: De tan maravillosas labores nos fueron dechados los sanctos mártires que juntamente padecieron con nosotros. Los cuales (según que por las sagradas Escripturas habían sido enseñados) ponían sus corazones y sus ojos en Dios, y por defensión de su fe despreciaban sus vidas. Porque continuamente consideraban que nuestro Señor Jesucristo, hecho por nosotros hombre, nos enseñó por su ejemplo que sin desmayar peleemos hasta la muerte contra el pecado, pues él, competiéndole naturalmente la igualdad de la majestad de su Padre, se humilló por nosotros tomando forma de siervo, y en figura humana le fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Cuyo ejemplo siguiendo los dichosos mártires, recibieron tantas penas y fatigas por no amancillar la hermosura de su fe, y osadamente se oponían á los tiranos, porque la perfecta caridad que ardía en su pecho, despedía fuera el temor. Cuya fortaleza y sufrimiento, cuyo esfuerzo y constancia, si quisiese historiar, á mí faltarían fuerzas, y parecería cosa increíble á quien no hubiese visto sus gloriosos triunfos. En público estaban puestos para cada uno que quisiese atormentarlos, y si alguno por su pasatiempo inventaba nuevos linajes de penas, le era lícito y honroso experimentarlos en ellos. Unos azotaban con mimbres, otros con látigos, teniéndolos á unos colgados de sogas, á otros atadas las manos y enaspados, donde juntamente descoyuntaban sus huesos y arañaban sus miembros. Raer sus carnes con rallos tormento era viejo y liviano, y si por ventura á algunos se daba, no llagaban como suelen á los ladrones y matadores de hombres solamente los lados, mas el vientre, y los muslos, y las canillas de las piernas, y hasta las uñas de los pies: ni la cara y cabeza les quedaba sana. Y sobre toda crueldad añadían que después que los cuerpos humanos eran desollados con tanta inhumanidad, los dejaban en la plaza desnudos, no solamente de vestidos, mas de su proprio cuero: horrible vista de quien los miraba. Algunos quedaban amarrados á colunnas, los brazos torcidos, otros colgados de

alto, y así estaban delante del mismo juez todo el día, no solamente el tiempo en que eran examinados, mas mientra que entendían los jueces en otros negocios, por ver si con el dolor prolijo caerían de la firmeza de su propósito. Y cuando ya se hartaban de ver sus cuerpos llagados, llevábanlos por los pies arrastrando á la cárcel, y puestos los pies en el cepo, todo el cuerpo tendían sobre cascos de barro. Desta manera muchos perseverando constante y fuertemente hasta la muerte, hacían vergüenza á los curiosos inventores de tormentos. Algunos de ellos en convaleciendo de las heridas, de su voluntad se ofrecían otra vez, y con sus carnes convidaban á los ministros de sus tormentos. Pero ellos, afrentados y espantados de ver su fortaleza, daban fin á la lucha, cortándoles las cabezas. Éstas son las palabras del sagrado Pontífice y uno de los mártires, cuya crónica escribía, porque con ellos fué degollado.

Pues ¿quién no se espantará por una parte de la fortaleza de los sanctos mártires, y por otra de las invenciones de tormentos que los hombres inspirados por los demonios inventaban contra los sanctos? Porque á no estar el demonio apoderado de sus ánimas, no era posible caber en corazón humano tal fiereza y crueldad. Mas es tan poderosa la divina gracia, que aun sobre esta tan extraña fortaleza de los sanctos tuvo más que añadir, no tanto en la substancia de la pasión, cuanto en algunas circunstancias della. Porque muchos mártires hubo de tan maravillosa fortaleza, que ellos mismos sin ser acusados, se ofrecían voluntariamente á los tormentos, para esforzar con su ejemplo á otros que padecían. Otros había que perseveraban en ellos con un rostro esforzado y alegre, sin mostrar punto de flaqueza en medio de tan cruelísimos tormentos. Otros (de que aún tengo mayor admiración) hablaban con tanta libertad y osadía á los tiranos, reprehendiendo su crueldad, que con esto los embravecían y provocaban á inventar y multiplicar nuevos linajes de tormentos, así por vengar sus injurias, como por no quedar vencidos dellos. Con esta libertad (entre otros innumerables) habló Sant Lorenzo al emperador Decio, tratándole como á tirano, y Sant Vicente mártir á Daciano, desafiándole y diciéndole que comenzase á reventar con todo el furor del enemigo que en su pecho moraba, y que en esta batalla vería por experiencia que más había de poder él siendo atormentado, que el tirano siendo atormentador. Y no

salió en vano aquella gloriosa promesa, pues faltando ya las fuerzas á los atormentadores, finalmente dijo el tirano: Vencidos somos. Pues veamos agora, ¿hasta dónde puede llegar más la naturaleza humana, ayudada con abundante gracia, en servicio de su Criador? ¿Con qué puede una criatura de carne y de sangre mostrar más la fe, la lealtad, la reverencia, la obediencia y el amor que debe á su Dios, que con esta tan espantosa fortaleza? ¿Qué otro sacrificio más agradable, qué otra ofrenda más acepta se le puede ofrecer? ¿Con qué obra puede él ser más glorificado, que con tener siervos tan leales, que toda la potencia del mundo armada con tanta fiereza de tormentos no pudiese hacer una pequeña mella en su fe? ¿Qué es esto sino imitar la fortaleza del fino diamante, el cual siendo martillado, antes se entra él por el martillo que el martillo por él, pues muchos de los santos mártires no sólo sufrían los golpes de los tormentos con paciencia, mas muchos los procuraban y abrazaban con alegría? Pues ¿qué cosa hay en el mundo con que los hombres puedan más glorificar á su Criador? Callen los cielos y la tierra, calle el resplandor del sol y de la luna y de las estrellas, y aun digo más, calle la gloria que dan á Dios los ángeles y los querubines y serafines en comparación désta. Porque ¿qué hicieron todos ellos más que convertirse á Dios, y reconocerle por su Criador y dador de todos sus bienes, sin tener carne rebelde que á esto contradijese? Y con solo esto alcanzaron perpetua corona de gloria. Y aunque en ellos resplandezca más la bondad, la hermosura y omnipotencia del Criador, que tales criaturas pudo formar, mas esto fué pura gracia y dádiva de Dios, sin trabajo y costa dellos, como quiera que en los mártires juntamente con la gracia intervino tan espantosa fortaleza y paciencia.

§ III

Pues enamorado el santo mártir Cipriano de la hermosura de las tales ánimas, con mucha razón exclama en una carta que escribe á unos santos mártires, diciendo así: ¿Con qué palabras os alabaré, fortísimos caballeros de Cristo? ¿Con qué pregones y voces engrandeceré la fortaleza de vuestro ánimo? Hasta el fin de la gloria sufristes durísimas cuestiones, y no fuistes vencidos de

los tormentos, sino vencedores dellos. Vió la muchedumbre de los que presentes estaban esta celestial batalla, vió á los siervos de Cristo estar en ella con voz libre, con ánima sincera, con virtud divina, desnudos de las armas seglares, mas armados con las de la fe. Estuvieron los atormentados más fuertes que sus atormentadores, y los miembros despedazados vencieron á los garfios de hierro que rompían sus carnes. Corría dellos la sangre preciosa, que apagaba no menos las llamas de la persecución que las del infierno. ¡Oh cuán hermoso espectáculo fué éste para Dios, cuán grande, cuán alto, cuán precioso y agradable! ¡Cuán alegre se halló Cristo allí presente, cuán de voluntad peleó con ellos y venció, cuán poderosamente esforzó y animó á los fuertes guerreros y confesores de su nombre! Porque el que una vez venció la muerte por nosotros, siempre vence en nosotros. Ésta es la batalla de nuestra fe, en la cual peleamos, y vencemos, y somos coronados, denunciada por los Profetas, y ejercitada en los santos Apóstoles y Mártires. Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Y el mismo Santo en otra epístola escripta á otros santos que estaban presos para ser martirizados, dice así: Salúdoos, hermamanos muy amados, de cuya presencia quisiera yo gozar, si la distancia del lugar no lo impidiera. Porque ¿qué cosa me pudiera suceder más alegre y más deseada que hallarme con vosotros, y abrazar esas manos puras y inocentes, que guardando la fe debida al Señor, desecharon el sacrílego servicio de los ídolos? ¿Qué cosa más alegre ni más alta que besar esas bocas, que con voces gloriosas confesaron al Señor? ¿Qué cosa más dulce que verme presente á vuestros ojos, los cuales despreciado el siglo fueron merecedores de ver á Dios? ¡Oh, bienaventurada la cárcel que fué honrada con vuestra presencia! ¡Oh, bienaventurada la cárcel que envía los hombres de Dios á Dios! ¡Oh tinieblas más resplandecientes que el sol, donde están agora los templos vivos de Dios, y los miembros sanctificados con la confesión divina! Saludo también á las bienaventuradas mujeres que están en vuestra compañía esclarecidas con la gloria de su confesión, las cuales guardando la fe á su Señor, siendo más fuertes de lo que puede la condición mujeril, no sólo están vecinas á la corona, mas dan ejemplo de fortaleza á todas las otras. Y porque nada faltase á la gloria desa compañía, para que todos los estados y

edades honrasen á su Criador, ayuntó la divina misericordia mochachos de poca edad á la gloria de vuestra confesión, representándonos lo que hicieron aquellos tres ilustres mozos Ananías, Azarías y Misael, á los cuales en el horno de Babilonia tuvo reverencia el fuego, y dieron refrigerio las llamas (1). Hasta aquí son palabras de Cipriano. Pues ¿quién puede leer esto sin lágrimas? ¿Qué devoción hay tan muerta que no resuscite, y despierte, y se maraville, considerando esta tan grande fe y lealtad y reverencia de las criaturas para con su Criador? Ésta es pues la verdadera gloria y honra que se le puede en este mundo dar, cuando estos valerosos guerreros tan alegre y esforzadamente se dejaron despedazar, por no dar la honra á él debida á su enemigo el demonio.

Mas ¿quién podrá contar la muchedumbre de personas de todos los estados y edades y condiciones que por esta causa padecieron? Porque como los emperadores romanos eran los autores de esta maldad, y ellos tenían la monarquía del mundo, en todas las ciudades y provincias dél se publicaban sus crueles edictos, y así en todas ellas ardía el furor de los infieles y se derramaba la sangre de los sanctos. Porque ¿qué menos se esperaba del demonio, viendo la guerra que le hacía el Evangelio de Cristo, destruyendo sus templos y altares? Un solo templo de Apolo, que el bienaventurado Sant Benito consagró á Cristo, convertiendo la gente comarcana á la fe, causó tan grande rabia en el demonio que allí era adorado, que le hizo dar voces al glorioso Sancto, diciendo: Benedicto, Benedicto. Y como el Sancto no le respondiese, replicaba diciendo: No benedicto, sino maledicto, ¿por qué me persigues? Así que este maligno y furioso dragón, revestido en los corazones de los hombres levantaba esta tan grande tempestad, la cual Dios convertía en mayor confusión de su enemigo, y mayor corona de los mártires, y mayor gloria de su sancto nombre. Lo cual todo se debe á aquel Señor que padeció en la cruz, cuya virtud y ejemplo fué el mayor esfuerzo y consuelo que los santos mártires tuvieron en sus tormentos, como parece por esta carta del santísimo obispo Fileas, que agora acabamos de referir, donde dice que el ejemplo de su Señor por ellos cru-

(1) Dan. 3.

cificado los animaba á sufrir constantemente la cruz de sus martirios.

Concluyendo pues esta materia, digo que si el mayor sacrificio que los hombres podían ofrecer á Dios, era éste de sus cuerpos despedazados por su obediencia, si ésta era la mayor fineza y prueba de la virtud y lealtad que á la divina Majestad se debe, si ésta era la obra de mayor merecimiento de cuantas un hombre puede hacer, si por esta obra era Dios más honrado y glorificado que por todas cuantas de una pura criatura se pueden esperar, si éste era el encienso más suave y el holocausto y ofrenda más agradable que se le podía ofrecer, y si los mártires que desta manera honraban á Dios, eran innumerables, como dijimos, ¿qué cosa más digna del Hijo de Dios que haber él sido causa con el ejemplo y mérito de su pasión desta tan grande y tan universal gloria del Padre soberano? ¿Qué cosa más para desear que con un solo día de su pasión ser causa de tantas y tan gloriosas pasiones, y que un solo día de tormento fuese causa de tantos gozos eternos, y que un solo triunfo de la muerte fuese causa de tantos triunfos de hombres y mujeres y de niños y vírgines que tan gloriosamente triunfaron del mundo? ¡Cuán bien empleada muerte, causadora de tantas vidas, y cuán dichosa ignominia, causadora de tanta gloria, y cuán precioso grano de trigo, que caído en tierra y muerto, tan maravillosos fructos dió! Y para decir lo que siento, yo confieso que esta lealtad y fe y constancia de los mártires es de tan grande admiración, y tan gloriosa para Dios, que aunque ningún otro fructo acarreara la venida y pasión del Salvador sino éste, era muy bien empleado todo cuanto sobre esta demanda hizo y padeció, de la cual tanta gloria resulta á la majestad de Dios, y tan grande corona á los mismos mártires. Verdad es que el Psalmista dice que los cielos predican la gloria de Dios (1), mas ni los cielos, ni la tierra, ni la mar, ni todo lo que en ellos es, engrandece tanto esta gloria, como la fe y lealtad y fortaleza de los mártires, la cual se entenderá más claramente cuando llegáremos á tratar de la terribilidad de los tormentos con que los santos mártires fueron atormentados, y de la espantosa fe y cons-

---

(1) Psalm. 18.

tancia que tuvieron en ellos. Pues si solo este tan maravilloso fructo bastaba para tener por bien empleada la pasión del Salvador, cuánto más, juntándose con ella la destruición de la idolatría, la vocación de las gentes, la sanctificación de tantos millones de ánimas como por sus merecimientos fueron sanctificadas, junto con todos estos fructos del árbol de la Cruz, que aquí habemos referido.

FRUTO XIX DEL ÁRBOL DE LA CRUZ, QUE ES HABERSE REDUCIDO POR ELLA EL MUNDO Á LA FE Y OBEDIENCIA DE SU LEGÍTIMO REY Y SEÑOR

CAPÍTULO XXV

QUÉDANOS otro fruto singular del árbol de la Cruz (al cual se ordenaban todos los que hasta aquí habemos referido) que es, haberse por ella reducido el mundo á la fe y obediencia de su legítimo y verdadero Rey y Señor, contra quien estaba levantado y rebelado. Para que mejor se entienda esto, conviene traer á la memoria una cosa de grande consideración y devoción, que yo en otra parte traté, la cual es que toda esta tan grande y admirable fábrica del mundo, con esa grandeza y muchedumbre de cielos y estrellas (cuya grandeza deja atónitos á todos los entendimientos) fué criada para solo el servicio y mantenimiento del hombre. Porque no era razón que fuese criada para los brutos, pues no tenían conocimiento de su Criador, ni tampoco para los ángeles, que son espíritus puros, y así ni tienen necesidad de lugar corporal donde estén, ni de manjares corporales con que se sustenten, y mucho menos para el Señor dellos, pues *ab aeterno* estuvo por infinitos siglos sin el servicio de este mundo, y sería blasfemia decir que le faltaba entonces alguna gloria de la que tiene agora. Resta pues que para el servicio y mantenimiento del cuerpo humano fué criada esta gran casa real, y para él se gobierna siempre. De modo que el mundo fué criado para el hombre, mas el hombre para Dios, para que por el beneficio y orden de las criaturas (que fueron criadas para su mantenimiento y servicio) conociese á su Criador, y le sirviese y amase como á tal. Dónde de camino diré otra cosa (aunque no sirva tanto á este propósito) y es, que pues en tanto estimó Dios el cuerpo del hombre, que para su servicio hizo este tan grande y tan maravilloso teatro, y por él lo gobierna tantos mil años ha, no es mucho que por el bien de su ánima (que sin comparación es más noble que el cuerpo) bajase del cielo á la tierra, y gastase treinta y tres años en su remedio.

Mas tornando al propósito, siendo criado este mundo para servir al hombre, y el hombre para servir al Criador, cumpliendo el hombre con este oficio, todo el mundo estaba bien ordenado, porque permanecía en el estado y orden que Dios le puso cuando lo crió. Mas levantándose el hombre contra Dios, y haciéndose vasallo y siervo del demonio su enemigo, todo el mundo quedaba desordenado, pues las criaturas que habían de servir al amigo y hijo de Dios, servían á su enemigo, y en tal caso no había para qué haber mundo, pues no servía para el fin que Dios lo había criado. Por esta causa decimos que levantándose y rebelando el hombre contra Dios, no solo él, mas todo el mundo quedó levantado y desordenado. Pongamos ejemplo. Claro está que si el gobernador de una provincia. puesto por un rey, se levanta contra él, y los súbditos le sirven y obedecen como á verdadero señor, y acompañan en sus armadas, con razón decimos que toda la provincia está levantada, pues obedece y sirve al tirano que se levantó. Cónstanos también que el hombre fué constituído por Dios por señor destas criaturas inferiores, como dice el Psalmista (1): Todas las cosas, Señor, subjectastes á los pies del hombre, las ovejas, los bueyes y ganados del campo, las aves del aire, y los peces de la mar. Pues siendo este gobernador fiel y leal á Dios, todas las criaturas también lo son, porque sirven á quien Dios ordenó que sirviesen: mas por el contrario, si el hombre rebela y es traidor y desleal contra el común Señor, indignísima cosa es que las criaturas de Dios sirvan al traidor y enemigo de Dios, y cuanto es de su parte á todas hace traidoras y contrarias á Dios, pues sirven y militan debajo de la bandera de su capital enemigo. Y demás desto perseverando el mundo en este estado, no consiguía Dios el fin que pretendía cuando lo crió, que era su gloria por medio del hombre, y era mal empleada y sin propósito así la creación del mundo como la gobernación dél. Porque ¿para qué fin se habían de mover los cielos con tanta orden y compás, y fructificar la tierra, y correr las aguas, y obedecer los animales de la tierra, los peces de la mar y las aves del aire, y servir el sol, la luna, las estrellas y las lluvias y rocío del cielo al hombre, si todo esto era proveer de vituallas y armas al deshonrador y enemigo de Dios, y aliado con el demonio su ene-

(1) Psalm. 8.

migo? Pues por esta causa no convenía á la gloria de la bondad y sabiduría de Dios ni criar, ni gobernar al mundo perseverando el hombre en ese estado, pues eso era sustentar su enemigo y hacer guerra á sí mismo. De dónde se infiere que reducido el hombre á la obediencia y servicio de su verdadero Rey y Señor, todo el mundo (como dijimos) queda reformado y puesto en la orden que el Criador le señaló. Y añado á esto que aunque en el mundo no hubiese más que un hombre bueno, era muy bien empleado que toda la máquina del mundo perseverase en su curso, por que no faltase á un bueno lo necesario para su vida, aunque á cuenta dél gozasen los malos destos beneficios, porque esto y más se debe á la gloria y dignidad del bueno, pues vemos cuántos bienes hizo Dios á los hijos de Lot y Esaú, aunque eran idólatras, por amor de sus predecesores. Y navegando el Apóstol en un navío de gentiles (1), y levantándose una brava tormenta (donde todos se tenían ya por perdidos) mandóle Dios decir por un ángel que todos llegarían á salvamento por amor dél. De manera que porque no pereciese un bueno, quiso el Señor que gozasen los malos del beneficio que á él se hacía. Pues resumiendo agora lo dicho, como por medio de la redempción de Cristo haya habido no un solo bueno, sino muchos millares de buenos en el mundo (como en el tratado pasado declaramos) con razón decimos que su venida fué reparación del mundo, aunque no todo él sirve fielmente á su Criador, porque bastan los buenos que ha habido y hay en él, para que se diga que el mundo fué reformado por él, pues reducido el hombre á servicio de su Señor, todo el mundo fué reducido en él.

Por lo dicho parece claro no haber sido cosa indigna de aquella inmensa Bondad hacer lo que hizo por el reparo de este tan grande y tan hermoso mundo que crió, que es por la salud de todos los siglos presentes, pasados y venideros, porque á todos cupo parte deste remedio. Lo cual parecerá aún más claro si consideráremos la dignidad del hombre, el cual aunque según la condición del cuerpo sea criatura tan baja, según la dignidad del fin para que fué su ánima criada, no es menor que los ángeles, como adelante veremos.

(1) Act. 27.

FRUCTO XX DEL ÁRBOL DE LA CRUZ,
QUE ES LA BIENAVENTURANZA DE LA GLORIA

CAPÍTULO XXVI

QUÉDANOS agora por declarar el postrer fructo del árbol de la Cruz, que es la bienaventuranza de la gloria, á la cual (como á último fin) se ordenan todos los fructos de las virtudes que hasta aquí habemos referido. Porque todos ellos son como escalones por los cuales subimos á aquella celestial ciudad de Jerusalén. Conforme á lo cual dice el Psalmista, hablando de los justos, que irán caminando de virtud en virtud hasta al Dios de los dioses en Sión.

Este tan gran bien es fructo del árbol de la Cruz, pues nos consta que así este grande bien como todos los demás que se ordenan á él, nos fueron concedidos por los méritos de Cristo nuestro Salvador, mediante el sacrificio de su pasión. Lo cual testifica el Apóstol en la epístola escripta á los de Éfeso por estas memorables palabras (1): Bendito sea Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo por Cristo en todo género de bendiciones espirituales para que gozásemos en el cielo con él, así como por él nos escogió antes de la creación del mundo para que fuésemos sanctos y libres de toda mácula de pecado en su acatamiento mediante la caridad. El cual asimismo determinó de adoptarnos por hijos suyos, por los méritos de su Hijo, según el propósito y beneplácito de su voluntad, para gloria y alabanza de su gracia, por lo cual nos hizo gratos á sí por medio de su amado Hijo, por el cual alcanzamos la redempción y perdón de nuestros pecados. En las cuales palabras se ve cómo todos los bienes nos vinieron por este medianero, que el Padre Eterno tuvo por bien de darnos. De modo que por él alcanzamos la redempción, por él la reconciliación con el Padre, por él la satisfación de nuestras deudas, por él el perdón de nuestras culpas. Él nos abrió las puertas del cielo, él quitó la espada que defendía

(1) Ephes. I.

la entrada del paraíso, él rompió el proceso de nuestros pecados. Por él fuimos elegidos antes que criados, para ser puros y limpios en el acatamiento divino, por él adoptados por hijos y legítimos herederos de su reino, y por él fuimos predestinados y escogidos para ser bienaventurados, y por él finalmente se ejecuta esta predestinación y determinación de Dios, entregándonos la posesión del reino del cielo. Y esto es lo que el Salvador declaró á Nicodemus cuando le dijo (1): Así como Moisén levantó en alto la serpiente, así conviene que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo aquél que en él creyere, y creyéndole le amare, no perezca, sino alcance la vida eterna. Y por el ser levantado en alto, entiende aquí ser puesto en una cruz y sacrificado en ella, porque por el mérito deste sumo sacrificio se abrieron (como dijimos) las puertas del cielo, y se nos da la vida eterna. Por lo cual no quiso la divina Justicia que se abriesen estas puertas en los tiempos pasados, aun á los fieles escogidos y amigos suyos, así por no estar ofrecido este tan grande sacrificio y satisfación de la deuda común del género humano, como también por dar el Padre Eterno á entender que por el mérito de su Hijo se nos concedió este tan grande bien. Porque justo era que el que ganó la gloria para todos, gozase primero de las primicias della que todos. Por lo cual llama S. Juan á este Señor primogénito de los muertos (2), por haber sido el primero que entre todos los mortales gozó del fructo de la resurrección. Después de la cual resucitaron muchos de aquellos sanctos padres que esperaban por este día. Y así dice el mismo Señor en el Psalmo hablando con su Padre: Á mí están esperando los justos, para que me des el merecido galardón. De dónde se siguirá que donde estuviere la cabeza, estarán los miembros, y donde estuviere el cuerpo, ahí se juntarán las águilas, y así se cumpla aquella petición del Salvador, el cual hablando con su eterno Padre dice por S. Juan (3): Quiero, Padre, que estén conmigo donde yo estuviere los que tú me diste, para que vean la claridad, que es la gloria que me diste. Pues qué tan grande sea este fructo del árbol de la Cruz, por el cual se nos da la bienaventuranza de la gloria perdurable, ¿quién lo podrá explicar, pues dice el Apóstol (4) que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni corazón humano pudo comprehender la

(1) Joan. 3. (2) Apoc. 1. (3) Joan. 17. (4) I Cor. 2.

grandeza de los bienes que tiene Dios aparejados para los que le aman? Solamente se puede decir que éste es un bien universal que comprehende todos los bienes que el corazón humano puede desear, y por esta causa no gastaremos agora palabras en declarar la grandeza dél, mayormente habiendo hecho esto en otra parte. Solamente diré que la grandeza del beneficio de nuestra redempción no se puede enteramente conocer en esta vida, hasta que lleguemos á la otra, en la cual gozando por infinitos siglos de inmensos bienes, veremos claramente lo que debemos á este Señor que con tantos dolores suyos nos compró y mereció este descanso. Para el cual conocimiento nos ayudará la vista de aquellas preciosísimas señales que quedaron en los pies y manos y costado del Salvador, para que entendamos que aquellas preciosísimas llagas fueron las puertas reales por donde entramos en el reino de los cielos.

Mas entretanto que este dichoso día se dilata, no habemos de cesar de dar gracias al Redemptor por este sumo beneficio. Para lo cual debemos considerar tres cosas, conviene á saber, lo que nos dió, y el medio por dónde lo dió, y la causa por qué lo dió. Lo que nos dió, fué este sumo bien que habemos dicho, el cual comprehende universalmente todos los bienes. El medio por donde nos lo dió, fué mereciéndolo y comprándolo por el precio inestimable de su sangre y de otros inmensos trabajos que en este mundo padeció. Mas la causa de lo uno y de lo otro fueron las entrañas de su misericordia, por las cuales tuvo por bien visitarnos viniendo de lo alto, pues (como dijo S. Augustín) no lo trajeron del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Lo cual nos representa aquella misteriosa piedra de Daniel (1), que fué cortada del monte sin manos, porque no vino del cielo á la tierra por nuestros merecimientos.

§ I

Éstos son, cristiano lector, los fructos del árbol de la Cruz y de aquella hermosa palma, á donde la sancta Esposa (que al principio propusimos) deseaba subir para coger della estos fructos de

(1) Dan. 2.

vida. Mas allende éstos hay otros innumerables que no se pueden comprehender con palabras, porque todos los bienes espirituales, todos los remedios y socorros y medicinas que las ánimas reciben, deste glorioso árbol manan. Por lo cual con mucha razón exclama S. Crisóstomo en un sermón que hace de la Cruz, diciendo así: La Cruz es esperanza de los cristianos, resurrección de los muertos, guía de los ciegos, báculo de los cojos, consolación de los pobres, freno de los ricos, destruición de los soberbios, tormento de los malos, triunfo contra los demonios, ayo de los mozos, gobernadora de los que navegan, puerto de los que peligran, y muro de los cercados. La Cruz es padre de los huérfanos, defensión de las viudas, consiliario de los justos, descanso de los atribulados, guarda de los pequeñuelos, lumbre de los que moran en tinieblas, magnificencia de los reyes, escudo de los pobres, sabiduría de los simples, libertad de los siervos, y filosofía de los emperadores. La Cruz es pregón de los profetas, predicación de los apóstoles, gloria de los mártires, abstinencia de los monjes, castidad de las vírgines, y alegría de los sacerdotes. La Cruz es fundamento de la Iglesia, destrución de los ídolos, escándalo de los judíos, perdición de los malos, fortaleza de los flacos, medicina de los enfermos, pan de los hambrientos, fuente de los sedientos, y abrigo de los desnudos. Estos títulos tan gloriosos atribuye este Sancto al árbol de la Cruz, para representarnos por ellos la eficacia de su virtud. Por lo cual con mucha razón lo compara la Esposa con el árbol llamado nardo, que da de sí bálsamo, porque donde nosotros leemos (1): Racimo de Chiple es mi amado para mí en las viñas de Engadí, en lugar de racimo lee S. Ambrosio nardo, que es un árbol pequeño, el cual nace en estas viñas, y (como dice el mismo Sancto sobre este paso) es desta cualidad, que siendo punzado produce de sí gotas de un bálsamo muy oloroso. Lo cual convenientísimamente atribuye este Sancto á Cristo puesto en la cruz, el cual estando allí herido con clavos, azotes y espinas, nos dió el bálsamo suavísimo y olorosísimo de la gracia y de la redempción y perdón de los pecados, y de todos los otros fructos de vida que aquí habemos referido. Por lo cual el mismo Sancto sobre el Psalmo 36, declarando aquel paso de S. Juan (2): Lo que fué hecho en

(1) Cant. 1. (2) Joan. 1.

él, era vida, dice que en Cristo hay una cosa que no fué hecha, que es su gloriosa divinidad, y otra que fué hecha, que es su sancta humanidad. Pues désta dice que lo que fué hecho en ella, era vida. Porque la carne que fué hecha en él, es vida, y la muerte que fué hecha en él, es vida, y las heridas que fueron hechas en él, son vida, y los escarnios que fueron hechos en él, son vida, y la venta que fué hecha en él, es vida. Porque siendo vendido por Judas y comprado por los judíos para la muerte, fuimos redimidos para la vida. Ésta es pues la vida que fué hecha, ésta es la vida que apareció en el mundo, porque el que era ante todo principio, nació después para ser vida de los mortales. Éste es aquel grano de que el mismo Señor dijo (1): Si el grano de trigo que cae en tierra, no muere, él solo permanece, mas si fuere muerto, dará mucho fructo, no uno solo, sino todos estos que hasta aquí habemos referido, con otros que por lengua humana no pueden ser contados. Y conforme á esto escribe Sozomeno (uno de los tres historiadores de la Tripartita) que un varón noble llamado Probiano tuvo la cruel enfermedad de la gota, á que los médicos no saben dar remedio, y yendo á la iglesia de S. Miguel (donde se hacían muchos milagros) fué della librado, apareciéndole este glorioso Arcángel. Y fué así, que siendo primero pagano, se convertió, pero no del todo. Mas aparecióle el mismo Arcángel, y mostróle la señal de la cruz que agora está en el altar de la dicha iglesia de S. Miguel, afirmándole que después que Cristo fué crucificado en ella, todo cuanto Dios ha hecho para salud y remedio del género humano, fué por virtud desta cruz, digna de ser adorada.

Pues ¿qué resta agora sino que considerando por una parte todos estos fructos admirables que se cogen del árbol de la sancta Cruz, y por otra la inefable clemencia del Salvador, que por un medio de tanta humildad y de tantos trabajos nos quiso hacer tantos bienes, empleemos toda la vida en darle gracias por lo que nos dió, y mucho más por el medio por donde nos lo dió, que fué subjectándose aquella soberana Majestad á tantas y tan grandes injurias? Las cuales declara Sant Augustín por estas palabras: Hízose hombre el Hacedor de los hombres, y vino á mantenerse con leche el que rige las estrellas, para que desta manera el pan

(1) Joan. 12.

tuviese hambre, y la fuente padeciese sed, y la lumbre durmiese, y el que era camino se cansase, y la verdad con falsos testigos fuese acusada, y el juez de vivos y muertos fuese injustamente juzgado, y la inocencia fuese con azotes castigada, y el racimo fuese de espinas coronado, y el que era fundamento del mundo fuese colgado de un madero, y el poder de Dios fuese enflaquecido, y la salud herida, y la vida muerta. Hasta aquí son palabras de Sant Augustín. Mas Eusebio Emiseno declara la grandeza deste beneficio, haciendo comparación deste beneficio de la redempción con el de la creación, y así dice (1): Decendió el Hijo de Dios del trono alto del cielo á visitar los que estábamos en la tierra. Recibió nuestros males para hacernos participantes de sus bienes. Por dónde podremos entender cuánto amó á su siervo antes de la culpa, pues así lo glorificó después de la caída. De modo que más nos restituyó su gracia, que lo que nos había dado la naturaleza. Grande señal del amor que tuvo Dios al hombre, fué cuando entre los principios del mundo el siervo recibió la imagen de su Señor. Mas mucho mayor cosa fué que en el proceso del mundo el Señor recibiese la imagen del siervo. Grande beneficio fué que el piadoso Criador infundiese de sí el espíritu de vida en el cuerpo de su criatura. Pero mayor misericordia fué que en el beneficio de la redempción no sólo dió sus cosas, mas también se dió á sí. Gran cosa fué haber querido este Señor que yo fuese obra suya, pero mayor fué que el Señor de la majestad se hiciese precio mío, pues tan copiosamente redimió al hombre, que el mismo Dios se dió por él. Mucho fué lo que la malicia del demonio nos quitó, pero mucho más fué lo que la gracia de Cristo nos restituyó. Finalmente grande fué la largueza del Criador cuando al hombre recién criado del cieno de la tierra puso en los deleites del paraíso, pero mayor gracia fué sacarlo del profundo del infierno, y traspasarlo al reino del cielo. Lo susodicho es de Eusebio.

Mas porque el conocimiento deste sumo beneficio es un grande incentivo y estímulo del amor de Cristo (en el cual consiste todo nuestro bien) parecióme que después de haber tratado de los fructos del árbol de la Cruz, sería cosa conveniente traer aquí algunas de las principales figuras con que el Espíritu Sanc-

(1) Euseb. Emis. Hom. 6, de Symb.

to dende el principio del mundo en todos los siglos pasados y en todos los patriarcas y sacrificios quiso por una manera maravillosa figurarnos y debujarnos el misterio de Cristo. Porque estas figuras sirven grandemente para declararnos la grandeza deste beneficio y asimismo la grandeza de la caridad con que este Señor nos amó. Algunas de las cuales de tal manera son figuras, y tan al proprio representan este misterio, que más parecen profecías que figuras, ó historias de cosas pasadas, como en el proceso se verá.

RECAPITULACIÓN

DE LO CONTENIDO ACERCA DEL INEFABLE MISTERIO DE LA PASIÓN DEL SALVADOR, DE QUE PARTICULARMENTE SE TRATA EN ESTA TERCERA PARTE DESTE LIBRO

Así como en el capítulo pasado recapitulamos en aquellas ocho maravillas lo contenido en este libro, y señaladamente en la segunda parte, que trata de las excelencias y testimonios de nuestra fe, así en este postrer capítulo recapitularemos lo contenido en la tercera parte del mismo libro, que trata de la encarnación y pasión del Salvador, y de los fructos del árbol de la sancta Cruz, para que viendo como de una vista todos los bienes que nos vinieron por ella, alabemos, sirvamos y amemos de todo corazón y demos gracias al Señor que tantos bienes nos hizo con tanta costa suya.

Para principio desto quiero proponer una sentencia de los filósofos estoicos, los cuales decían que el autor de la naturaleza proveyó á todos los hombres de un procurador y ayo que mirase por ellos y les proveyese de todo lo necesario para la conservación de su vida. Este procurador decían ellos que era el amor proprio que cada criatura se tiene, el cual es diligentísimo negociador y procurador de todo lo que pertenece á esta conservación. Mas como los hombres muchas veces usan mal de los beneficios de naturaleza, así lo usaron déste. Porque por razón deste amor proprio se desmandaron tanto, que vinieron á hacer dioses á todos los que inventaron alguna cosa provechosa para esta conservación de la vida: á uno, porque inventó la manera de labrar los campos, á otro, porque descubrió el provecho de estercolarlos, á otro, porque les mostró el arado para romperlos, á otro, porque enseñó la medicina para la cura de los cuerpos, y á otro, porque les enseñó á hacer vino de las vides, y á otros por otras causas semejantes. Y de aquí procedió también que los hijos de Israel (acordándose del beneficio que rescibieron en el desierto, mirando á la serpiente de metal (1), con

(1) Num. 21.

cuya vista sanaban de las mordeduras de las serpientes) después aun de entrados en la tierra de promisión, le ofrescían incienso (que era como deificarla) lo cual duró hasta el tiempo del sancto rey Ecequías, que la hizo pedazos (1).

He usado deste principio porque pretendo resumir aquí en breve los grandes bienes que el mundo rescibió por el misterio de la Cruz y Pasión del Salvador, para que pues tan grande afición y devoción tienen los hombres con quien les hace algún señalado beneficio, la tengan con este Señor y con su Cruz, por la cual tales y tantos bienes les vinieron.

Y porque en el proceso desta relación llevemos alguna orden, que demás de lo dicho sirva también para confirmación de la fe deste misterio, es de notar que dos cosas principales pretende nuestro Señor en todas sus obras, que son, gloria suya y provecho del hombre, como en otros lugares se ha declarado. Por dónde, cuanto más perfectamente se hallaren estas dos cosas en alguna obra, tanto será ella más propria y más digna de Dios. Es pues agora de saber que en ninguna obra de cuantas este Señor ha hecho, y hará, y aun puede hacer, se hallan más cumplidamente estas dos cosas que en la obra de nuestra Redempción, como aquí brevemente lo apuntaremos.

Pues primeramente, cuanto toca á la gloria de Dios, á esta gloria pertenece satisfacerle por todas las injurias y ofensas cometidas contra ella. Pues ¿qué mayor satisfación que la que ofreció el Hijo de Dios con su sangre en el altar de la cruz? La cual fué tan grande, por razón de la persona que la ofrescía, que todos los sacrificios de los hombres, aunque todos fueran sanctos, no satisficieran ni honraran tanto á Dios como ésta le honró. Vemos en las cosas humanas cuánto más honrado queda el Pontífice Romano cuando un emperador puesto de rodillas le besa el pie, que si todos los moradores de Roma y aun de toda Italia lo besasen. Pues ¿cuánto es mayor la dignidad del unigénito Hijo de Dios, que la de todos los emperadores para satisfacer y honrar á su eterno Padre con el sacrificio de su pasión? Y por esto mucho más le agradó este sacrificio que le desagradaron todos los pecados del mundo, y más satisfecho y honrado fué con él que ofendido con todas las culpas del género humano. Así que cuanto á esto

(1) IV Reg 18.

no pudo ser mayor la satisfación que la que ofresció este Redemptor, ni mayor la gloria que la que de aquí á su eterno Padre resultó. Y así mucho más poderosa fué la obediencia de Cristo hasta la muerte, y muerte de cruz, para aplacar á Dios, que la desobediencia del primero hombre para indignarle, y mucho más eficaz fué para esto la humildad de Cristo, que tomó imagen de pecador, que la soberbia de aquel primer hombre, que quiso usurpar la imagen de Dios.

Y demás de quedar Dios tan glorificado con el misterio de la Cruz, quedólo también con la grandeza de la gloria y de las perfecciones que aquí nos descubrió, las cuales más altamente se manifestaron en este misterio que en todos los tiempos pasados. Por dónde dijo el Apóstol que se había descubierto y aparescido en nuestros tiempos la benignidad y blandura de Dios nuestro Salvador. Y no solamente la benignidad, sino también la bondad, y la caridad, y la misericordia, y la justicia y sabiduría y omnipotencia, con todas las otras perfecciones deste mismo Señor, las cuales resplandecen más en el misterio de la Cruz que en todas las otras obras suyas, hechas y por hacer. Porque aquí veremos una incomprehensible bondad, que tanto trabajó por hacer los hombres buenos y bienaventurados y semejantes á sí. Aquí se verá una tan perfecta caridad, la cual no puede ser mayor que poner la vida por la de sus amigos y enemigos. Y si á la misericordia pertenesce tomar sobre sí las miserias ajenas, para remediarlas, ¿qué mayor misericordia que haber tomado el Hijo de Dios sobre sí las deudas de todos los pecados del mundo, para descargarnos de ellas? Y si á la justicia pertenesce satisfacer plenariamente á la parte ofendida, ¿qué mayor satisfación que la que ofresció el Salvador en la cruz por las ofensas hechas contra la divina Majestad, como está ya declarado? Y si á la sabiduría pertenesce escoger los medios más proporcionados para el fin que se pretende, que es nuestra sanctificación, ¿dónde se hallarán mayores estímulos y ayudas para conseguir este fin, que en la sagrada Pasión? Y no menos resplandesce aquí la omnipotencia de Dios, porque ¿qué mayor poder que haber Dios ajuntado en un supuesto dos naturalezas tan distantes, como son la divina y humana, y esto con tan estrecho vínculo, que todas las propriedades y excelencias de la naturaleza divina convengan á la humana, y todas las flaquezas de la humana (quitando aparte las enfermedades cor-

porales) convengan á la divina? Pues estas tan grandes perfecciones de Dios nos enseña el misterio de la Cruz tan perfectamente, que todas cuantas escripturas hay en el mundo, y todas cuantas obras ha hecho Dios, y puede hacer, no declaran tanto la grandeza de estas perfecciones, como solo este misterio. Por lo cual dice el Apóstol que Cristo se hizo nuestra sabiduría (1), por habernos dado por este misterio conoscimiento de todas estas perfecciones. Esto por agora baste para que veamos cuán magníficamente quedó Dios glorificado con este misterio, y cuánto mayores perfecciones nos declaró aquí que en la creación del mundo y en todas cuantas otras obras ha hecho.

Agora veamos (lo que más hace á nuestro propósito) la segunda cosa, que es el provecho que deste misterio resultó al hombre. Mas esto, ¿qué palabras lo podrán explicar? Porque más fácil cosa sería contar las estrellas del cielo, que contar estos provechos. Solamente se puede decir que toda la sabiduría, toda la teología, toda la doctrina, todo el esfuerzo, toda la consolación y alegría y todas las virtudes así teologales como morales, que se requieren para la sanctificación de nuestras ánimas, se nos dan copiosísimamente por este misterio, como luego lo veremos.

Y para que esto más claramente se vea, hagamos aquí un memorial de los principales bienes que nos hizo el Salvador por el misterio de la Cruz.

I. Entre los cuales pongamos en el primer lugar el que fué principio y causa de todos ellos, que fué reconciliarnos con su eterno Padre, ofresciendo á sí mismo en sacrificio por nuestras culpas, y satisfaciendo (cuanto fué de su parte) plenariamente por ellas, como está declarado.

II. Pues por este sacrificio se nos meresció primeramente el perdón de los pecados, el cual se nos comunica por medio de los sacramentos, y señaladamente del baptismo y de la confesión.

III. Y no sólo nos meresció el perdón de los pecados pasados, sino también gracia y fortaleza para evitar los venideros, por dónde se dice ser Cristo cabeza universal de todo el género humano, y así cuanto es de su parte, influye su espíritu y gracia en todos los miembros deste cuerpo místico. Esta gracia se nos aplica también por medio de los sacramentos, que la dan al que dig-

(1) I Cor. 1.

namente los rescibe. Los cuales manaron de la fuente del costado de Cristo, y así ellos son unos vasos sagrados, en que está encerrado el precioso licor y virtud de su sangre.

IV. Y para este efecto se nos meresció por el sacrificio de esta sagrada Pasión la venida del Espíritu Sancto, que permanesce y obrará hasta el fin del mundo en las ánimas de los fieles.

V. Y por él también se nos meresció la primera gracia, que se llama la gracia preveniente, mediante la cual somos justificados, que es, hechos de pecadores justos, y hijos de Dios, y herederos de su reino. Y esta gracia no cae debajo de nuestro merescimiento, porque estando el hombre en pecado y enemistado con Dios, no puede hacer obra que le sea agradable y meritoria. Y por esto decimos que esta primera gracia nos la meresció Cristo por su pasión.

VI. Otro beneficio fué haber Cristo quebrantado con el báculo de la cruz la cabeza de aquella antigua serpiente, como luego al principio del mundo fué profetizado (1), que es destruir la potencia deste tan poderoso adversario, que cuasi en todo el mundo era adorado y reverenciado.

VII. Y por virtud de la Cruz del Salvador fueron poderosos los discípulos de este Señor para aniquilar la potencia de este perverso engañador de todo el mundo.

VIII. Demás de estos tan principales efectos y beneficios de este árbol sagrado, hay otro muy principal, que es, habérsenos abierto las puertas del cielo, las cuales estaban cerradas dende el principio del mundo, aun á los muy grandes Sanctos, y por ella se abrieron agora hasta á los ladrones, y así lo estará hasta el fin del mundo.

IX. Otro singular beneficio fué, después de los susodichos, dársenos por medio de esta sagrada Pasión conoscimiento de Dios, esto es, de la grandeza de sus perfecciones, que son, la bondad, la caridad, la misericordia, la justicia, la sabiduría y la omnipotencia, las cuales arriba brevemente declaramos. Y este conoscimiento se nos da aquí más perfectamente que en todas las escripturas del mundo.

(1) Genes, 2.

§ I

X. Y como el principio de la buena vida sea apartarnos del mal y hacer bien (que es apartarnos de los vicios y abrazar las virtudes) aquí hallaremos tan grandes motivos para aborrescer el vicio y amar la virtud, que todo cuanto está escrito y se puede escribir de la malicia y fealdad del vicio, y de la dignidad y excelencia de la virtud, es como nada en comparación de lo que aquí se nos declara por el misterio de la Cruz, pues por él entendemos que la causa de la pasión y muerte del Salvador fué, como el Apóstol dice (1), apartarnos de todos los vicios y pecados, y criar en el mundo un pueblo limpio, seguidor de buenas obras, esto es, dado al ejercicio de todas las virtudes.

XI. Y descendiendo más en particular á todo género de virtudes, aquí primeramente se hallarán tan grandes incentivos y estímulos para aquellas tres nobilísimas virtudes que se llaman teologales (porque tienen por objecto á Dios, que son, fe, esperanza y caridad) que no se pueden pensar otros mayores. Porque ¿qué mayores motivos para amar á Dios que ver lo que hizo y padesció por nosotros, y el amor con que lo padesció? ¿Qué mayor motivo para esforzar nuestra esperanza, que saber que cuanto padesció y meresció, fué para nosotros, y que todo ello es hacienda nuestra, y que todo esto podemos alegar ante el eterno Padre en favor de nuestra causa? Tampoco faltan aquí motivos para confirmarnos en la fe, porque tal es, y tan fundada, la verdad de nuestra fe, que no sólo las excelencias que de ella referimos en la segunda parte de este Sumario, la testifican, sino también en esa misma Pasión, de que los infieles más se escandalizan, se verá claro que este Señor que padescía, no era solo hombre, sino más que hombre, lo cual al fin deste capítulo se declara. Porque cónstanos primeramente que el Salvador sabía lo que Judas había tramado, y cómo luego había de venir sobre él el ejército de sus enemigos. Veamos pues lo que él hizo en esta sazón, y para esto consideremos lo que hace cualquier hombre cuando sabe que le viene la justicia á prender. ¡Qué temores!

(1) Ad Tit. 2.

¡Qué sobresaltos! ¡Qué congojas! ¡Qué turbación de rostro y de palabras! ¡Qué apresuramiento en huir y buscar todos los escondrijos y medios para escapar, hasta saltar por las ventanas y por los tejados para huir del peligro! Mas ¿qué hizo en este tiempo el bendito Jesús? No sólo no se turbó, ni se escondió, ni huyó, sino antes estuvo tan de espacio con sus discípulos, lavándoles los pies, cenando con ellos el cordero, ordenando el Sanctísimo Sacramento, consolándolos por su partida en un largo y divino sermón, y denunciándoles cómo aquella noche todos ellos se habrían de escandalizar, diciendo á Sant Pedro que tres veces le había de negar, y el tiempo de la negación. De modo que estuvo tan lejos de huir de aquel peligro, que él mismo, como dice Esaías (1), voluntariamente se ofresció á él, y salió á rescibir sus enemigos. Mas en el proceso y entre las acusaciones y falsos testimonios de sus contrarios, ni se disculpó, ni se quejó, ni pidió plazo para mostrar su inocencia, ni desmintió á sus acusadores, ni apeló para el César, ni pidió peticiones á Dios contra tan grandes falsedades, mas antes, como quien voluntariamente se ofrescía á la muerte, guardó un tan gran silencio, que puso en admiración al mismo juez que lo condenó. Y según lo que profetizó Esaías (2), como un cordero delante del que le tresquila, así enmudesció y no abrió su boca. Mas callando él, hablaron y dieron tan altas voces las criaturas, que sonaron por todo el mundo, porque el sol y la luna y todas las estrellas se escurecieron, la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron, y los muertos después resuscitaron, y el velo del templo se rasgó. Las cuales cosas fueron tan claro testimonio de su gloria, que todos los que presentes estaban, herían sus pechos y se convertían, conosciendo su pecado. Y no es esto mucho de maravillar, porque si la novedad de sola una estrella que se diferenció de las otras bastó para traer aquellos sanctos Magos de Oriente á Occidente y á hacer que prostrados por tierra adorasen un niño en los brazos de su madre con suma pobreza, ¿cuánto mayor cosa es que el sol y la luna y no una sino todas las estrellas escurescidas, con todo lo demás, fuesen más claro testimonio de la gloria del que padescía? En lo cual se ve claro el cumplimiento de lo que el mismo Salvador había dicho (3): Cuando levantáredes en la cruz al hijo del hombre, conosceréis

(1) Esai. 53. (2) Ubi supra. (3) Joan. 8

quién yo soy. Así lo conosció el Centurión, el cual visto el temblor de la tierra, con todo lo demás, dijo: Verdaderamente éste era hijo de Dios. He dicho esto para que se vea que no sólo sirve este misterio para esforzar la caridad y la esperanza, sino también (demás de otros muchos testimonios) para confirmación de la fe.

XII. Después de las virtudes teologales se siguen las morales, entre las cuales son muy principales la humildad (que es fundamento de todas las virtudes) la obediencia, la paciencia, la mansedumbre, la misericordia, la mortificación de las pasiones y proprias voluntades, la fortaleza y constancia en los trabajos, y otras virtudes semejantes. Pues ¿dónde resplandescen ellas con más claros ejemplos, que en todo el discurso de la sagrada Pasión? La declaración de estas virtudes susodichas están particularmente explicadas en la tercera parte de este Sumario, y por eso no se repiten aquí. Mas cualquier persona devota podrá fácilmente ver cómo cada una destas virtudes resplandesce singularmente en todo el discurso de la sagrada Pasión.

XIII. Aquí también hallarán los penitentes motivos grandes para la virtud de la penitencia, que consiste en la contrición y dolor de los pecados, acordándose que ellos fueron los verdugos que azotaron y abofetearon y crucificaron al Salvador, porque si no hubiera pecados, no padesciera él lo que padesció. Y no menos hallarán aquí ejemplos y motivos para las obras penitenciales, como son, ayunos, oraciones, vigilias, silicios, disciplinas, duras camas, pobres vestiduras, y otras asperezas semejantes. Porque con la consideración de todos los trabajos que el Salvador padesció en su carne purísima, se esfuerzan los verdaderos penitentes á los suyos, viendo cuán justa cosa es padescer ellos por sus pecados proprios, pues tanto padesció el que era inocente por los ajenos.

XIV. Aquí también hallarán los atribulados y enfermos y necesitados y maltratados del mundo consuelo para sus trabajos, viendo que por todos ellos pasó este soberano Señor, sin que hubiese cáliz tan amargo, que él no lo bebiese por ellos. Por lo cual dice el Cardenal Cayetano que así como el Salvador tomando en sí la naturaleza humana, honró todas sus criaturas, porque todas se encierran en el hombre (el cual por esto se llama mundo menor) así tomando en sí todas nuestras penas y trabajos,

los dejó engrandescidos y honrados, por haberlos tomado él en sí. Por dónde dice Sant Basilio que después de la pasión de Cristo se mudó la naturaleza de nuestras penalidades, porque las que antes eran para huir, agora son para desear, como las desearon muchos de los sanctos mártires, los cuales animados con el ejemplo deste Señor cobraron esfuerzo para sufrir los encuentros del mundo, y derramar animosamente su sangre por amor de aquel Señor que sin algún interese proprio por ellos derramó la suya.

XV. Pues ¿qué diré de los tentados de diversos vicios? ¿A dónde se pueden mejor acoger, y dónde mejor esconder que en los agujeros de la piedra, que son las llagas del Crucificado? ¿Qué vicio hay para que aquí no se halle eficacísimo remedio? ¿Qué soberbia que no se humille, viendo á Dios crucificado entre ladrones, y tenido en menos que Barrabás? ¿Qué ira que no se temple con la mansedumbre de este Cordero, que en todo el discurso de su pasión no abrió su boca? ¿Qué avaricia, qué escaseza que no se confunda con el ejemplo de quien dió la sangre y la vida por nuestro amor? Finalmente, ¿qué más eficaz remedio tienen los tentados de algún pecado, que levantar los ojos á la cruz, y mirar allí este Señor tan disfigurado y de pies á cabeza tan llagado y cubierto de sangre para satisfacer por los pecados, que no tema hacer cosa que Dios tanto aborresce, y cuyo remedio tan caro le costó?

XVI. Demás de lo dicho hallan aquí los que aspiran á la perfección otro singular fructo. Porque así como se colige de las palabras de Hieremías que falta de consideración de las cosas de Dios es causa de nuestra perdición (1), así por el contrario la consideración dellas es principio de nuestro remedio. Y como haya para esto muchos caminos, que son diversas consideraciones, el camino más derecho y más fácil y más alto para los altos, y más llano para los humildes, es la consideración de la pasión del Salvador, donde hallará el siervo de Dios materia para compungirse y enmendarse de sus defectos mejor que en todos los otros espirituales ejercicios. Ca éste es como A B C para los que comienzan, y libro de perfecta sabiduría para los aprovechados. Testigos de esto son todas las personas espirituales y de-

(1) Hierem. 12.

votas que hay en toda la Iglesia cristiana, así hombres como mujeres, las cuales todas beben de esta fuente, y se mantienen con este pasto, y leen por este libro, cuya doctrina es más suave, más provechosa, más devota y más fácil para los ignorantes, los cuales procediendo por los pasos dolorosos de la sagrada Pasión (que á todo el mundo son notorios) hallan en ellos motivos grandes no sólo para compasión, sino también para amor y agradescimiento deste sumo beneficio. Por aquí también se levantan al conoscimiento de las perfecciones divinas, las cuales (como arriba dijimos) resplandescen más altamente en este misterio de la Cruz que en todas las obras divinas, hechas y por hacer. Por lo cual con mucha razón se dice que la sagrada Humanidad es el más excelente medio que hay para levantarnos al conoscimiento de la soberana Deidad. En lo cual se ve cómo para todas las cosas aprovecha este misterio de la Cruz, porque todas las cosas que de Cristo se dicen, á esta gloriosa señal como á instrumento de nuestra salud se atribuyen.

§ II

Todos estos tan grandes bienes que hasta aquí habemos referido, nos vinieron por el misterio de la Cruz. Pero no son éstos solos, sino otros muchos más. Porque (como dice Sancto Tomás) mientras un corazón devoto filosofare más sobre estos misterios, más fructos y conveniencias hallará. Y para esto debe el hombre tomar por fundamento esta católica verdad, que es, haber el Hijo de Dios hecho una cosa tan nueva y de tanta admiración como fué bajar del cielo á la tierra vestido de carne humana, y padescido en cruz, y todo esto para destruir el reino del pecado y hacer á los hombres honradores de Dios y amadores de toda virtud. En lo cual se debe considerar cuán gloriosa empresa fué ésta, y cuán digna de aquella suma Bondad. Porque habiendo Dios criado este mundo tan grande, tan hermoso, y poblado de tanta variedad de cosas, y adornado con tantas lumbreras del cielo (cuya grandeza y ligereza es tal, que sobrepuja todos los números y medidas de los matemáticos) y viendo al hombre (para cuyo servicio toda esta tan grande máquina fué criada) atollado en el cieno de todos los vicios, y apartado del servicio de su legí-

timo Criador y Señor, adorando piedras y palos, ¿qué empresa (como dije) más gloriosa y más digna de aquella soberana Bondad que haber bajado á este mundo que él crió, para reformarlo y hacer al hombre honrador de su verdadero Dios, enemigo de todos los vicios, y amador de toda virtud? Porque reformado el hombre, todo el mundo queda reformado, pues queda ordenado al fin para que Dios lo crió, y deformado el hombre, todo el mundo queda deformado y desordenado, pues sirve al enemigo de Dios.

Pues siendo esto así, ¿cuán grandes motivos sacará de esta obra tan admirable, para aborrescer el pecado y abrazar la virtud, el que supiere filosofar en ella, visto el caudal tan grande que el Hijo de Dios puso en este negocio? Esto no se puede con palabras explicar.

Mas dirá alguno: Pues tan grandes estímulos se nos dan por este misterio para toda virtud y sanctidad, deseo saber: ¿qué sanctidad y qué bienes se siguieron en el mundo después de esa tan grande obra? A esto respondo que dejados aparte otros grandes bienes que de aquí se siguieron (de que en otro lugar tratamos, contando los fructos de la Cruz) al presente quiero referir en breve cinco muy principales, que más hacen á nuestro propósito.

Entre los cuales el primero es haberse desterrado por virtud de la Cruz la idolatría, que estaba extendida por mar y por tierra cuasi en todo lo que calienta el sol, y destruídos los falsos dioses, y plantado en el mundo el conoscimiento y culto del verdadero Dios y Señor de todo lo criado, que fué el mayor beneficio que se ha hecho al mundo, y la obra más ardua y más dificultosa de acabar, y que más sangre costó.

El segundo fué la reformación de la vida humana y la muchedumbre de Sanctos que luego florescieron en el mundo, según que fué denunciado por los Profetas, los cuales debajo de diversas comparaciones y figuras declaran esta maravillosa mudanza, diciendo que de aquella masa corrompida y podrida de la gentilidad sacaría hombres celestiales y divinos. Y así dicen que los lobos y leones se mudarían en corderos (1), y las serpientes y basiliscos en palomas, y los páramos y sequedales en fuentes de aguas, y los montes bravos en jardines y florestas (2), y los árboles silvestres y estériles en árboles fructuosos, y tales que mo-

(1) Esai. 11. (2) Esai. 4.

viesen los hombres que los viesen, á glorificar á Dios que tales plantas crió. Y finalmente que los que antes no eran pueblo de Dios, vendrían á ser hijos de Dios y vivir como hijos de tal Padre (1), que es vida divina. Y sobre esto prometen que Dios los purificaría de la manera que se purifica el oro y la plata (2), para que no hubiese en ellos liga de otro bajo metal, que es, de cosa vil y terrena.

Pues tales eran estos varones sanctísimos que muertos al mundo, vivían á Dios, y teniendo los cuerpos en la tierra, con los pensamientos y deseos conversaban en el cielo.

§ III

El tercer efecto que de este misterio se siguió, fué la constancia y esfuerzo de los sanctos mártires, que tomó Dios por instrumentos y ministros para estas dos tan grandes obras susodichas. Los cuales viendo á su Dios y Señor ir delante de ellos como alférez, llevando la bandera de la cruz en la mano, enseñándolos con su ejemplo á glorificar á Dios con su sangre, como él lo glorificó, se animaron y cobraron nuevas fuerzas para vencer en sus batallas.

Fué tan agradable á Dios este sacrificio, y tan grande la gloria que por él se le dió, que aunque ningún otro fructo se siguiera de la pasión del Salvador sino éste, diera él por bien empleado todo cuanto padesció, por la gloria que de aquí redundaba á su eterno Padre: porque ¿qué mayor gloria para él que tener tan fieles siervos, que por no perder un punto de la fe y lealtad que debían á su Majestad, y no conoscer otro Dios sino á él, se dejasen hacer mil pedazos, y padescer tormentos nunca vistos, en los cuales no tenían otro mayor consuelo que la sangre del Cordero y el esfuerzo que del sagrado madero de la cruz les venía, por cuya virtud las aguas amarguísimas de sus tormentos se les hicieron dulces por ejemplo del Señor, que primero las bebió por ellos? Ca de otra manera, ¿cómo fuera posible que millares de millares de hombres y mujeres tan alegremente padescieran en todas las provincias y regiones del mundo tan desaforados y crueles tor-

(1) Osee 1. (2) Malach 3.

mentos, si no fueran por el misterio de la Cruz esforzados y animados? Porque la casa mal fundada sobre arena con cualquier avenida da consigo en tierra (1), mas la que con tantas crescientes y torbellinos y furia de vientos perseveró firme, cierto es que estaba fundada sobre firme piedra, que es, encorporada y uñida con Cristo, de donde le procedía esta tan admirable firmeza.

Después del triunfante ejército de los Mártires, ponemos en el cuarto lugar el glorioso número de los sanctos Pontífices y Confesores, y entre éstos ponemos el de los Monjes antiguos que moraban en Egipto, en Palestina, en Mesopotamia y en otros lugares, de cuya sanctidad y virtudes hacen mención en diversos lugares Sant Hierónimo (que fué uno de ellos) y Sant Augustín, Sant Crisóstomo, y Sant Basilio, y Paladio en la historia de su peregrinación. Hubo también muchos en Grecia, de los cuales escribe Teodoreto en su Historia Religiosa, y también los hubo en Italia, cuyas vidas escribe Sant Gregorio en los cuatro libros de sus Diálogos. Éstos fueron aquellas plantas que dice Esaías haber Dios plantado en su Iglesia para ser por ellas glorificado, y en ellos se verifica aquella mudanza de vida que los Profetas denunciaron debajo de diversas metáforas y comparaciones, como arriba declaramos.

Tras desto se siguen en el quinto lugar los coros y congregaciones de vírgines purísimas, que (como escribe Teodoreto) se multiplicaron por todas las partes del mundo. Y esto en tanto número, que como se escribe en la peregrinación de unos siete sanctos Religiosos, que fueron á visitar los monjes de Egipto, en sola una ciudad vecina de Tebas, por nombre Oxirinco, supieron por relación del sancto Obispo que había en ella diez mil monjes y veinte mil vírgines, como en otra parte referimos. Lo cual es cosa que redunda grandemente en gloria de la cruz y redempción de Cristo.

Éstos son, cristiano lector, los principales efectos y beneficios que en el mundo se siguieron por el misterio de la Cruz de Cristo, con todos los demás que arriba contamos, y con otros muchos que la piadosa devoción descubrirá al que devotamente los contemplare. Lo cual todo sirve para una grandísima confirmación de la fe de este divino misterio. Porque aquí corre la razón que en

(1) Matth. 7.

este mismo Sumario alegamos para la confirmación de la fe del Sanctísimo Sacramento, la cual se funda en la bondad de Dios, junto con la sanctidad y con los bienes inestimables que se nos comunican por medio de este divinísimo Sacramento. Porque como Dios sea una suma bondad, y la cosa más propria y más annexa á esta bondad sea comunicarse y hacer bien á sus criaturas, ¿qué cosa más gloriosa se podía atribuir á esta tal bondad, que haber instituído un Sacramento tan poderoso para sanctificar y beatificar sus criaturas?

Pues esta misma consideración alegamos en este misterio de de la Cruz, con tanto más justa causa, cuanto son mayores los bienes que por él se nos vinieron, que los que se comunican por medio deste divino Sacramento. Porque éste es causa particular, por la cual se nos comunican espiritualmente los efectos que el mantenimiento corporal óbra en el cuerpo, porque tales los óbra este Sacramento en el ánima. Mas el misterio de la Cruz es causa universal de la virtud de todos los siete Sacramentos y de todas las gracias y bienes espirituales que se conunican á las ánimas, porque (como el Apóstol dice) Cristo es nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra sanctificación y redempción. Y debajo de estas cuatro maneras de bienes se comprehenden todos los bienes que hasta aquí habemos en parte declarado. Pues si con tan justa causa atribuímos á aquella suma Bondad la institución de aquel divino Sacramento, por las gracias y ayudas que nos da para ser buenos y sanctos, ¿cuánto con mayor razón le atribuiremos el misterio de la Cruz, por el cual tanto mayores bienes y ayudas nos vinieron para alcanzar esa misma bondad y sanctidad, mayormente que la manera de filosofar de nuestro entendimiento en las obras de Dios es considerando los efectos que vemos, para conoscer las causas que no vemos? Y pues habemos aquí visto los grandes y admirables efectos de virtud y sanctidad que se siguieron en el mundo, nunca jamás vistos, después del misterio de la Cruz (los cuales son proprios de solo Dios, autor de toda sanctidad y justicia) conozcamos por aquí la virtud y divinidad y excelencia del Crucificado, por quien tales bienes nos vinieron, y entendamos que mayor gloria atribuímos á Dios cuando confesamos haber él instituído una cosa tan poderosa para la sanctificación de los hombres, que cuando confesamos haber él criado cielos y tierra para la conservación y mantenimiento de nuestra

vida. Por dónde con mucha razón hace oración la Iglesia á nuestro Señor diciendo que maravillosamente crió el mundo, pero que más admirablemente lo redimió, pues en lo uno no hizo más que darnos el ser de naturaleza, que nada le costó, y en el otro nos dió el ser divino, que le costó la vida.

§ IV

Y porque la materia nos da aquí ocasión para mostrar la ver dad y excelencia de nuestra fe, digo que por todo lo que hasta aquí se ha dicho de la muchedumbre de diversos sanctos que se siguieron en todas partes del mundo después del misterio de la Cruz, se verá claro cuánto sea más excelente la ley de gracia, que nos fué dada por Cristo con tanta humildad, que la ley de Escriptura, que fué dada en el monte Sinaí con tan grandes relámpagos y con tan grande estruendo y aparato. Lo cual se prueba considerando cuán estrecho era el lugar de Judea, donde aquella ley se guardaba, y cuán pequeño el número de los Sanctos que en ella hubo, comparados con los nuestros. Porque aunque hubo mártires en tiempo de la ley, en la persecución del malvado rey Antioco en un tiempo, mas ¿qué tiene que ver esto con los Sanctos que fueron martirizados por todos los emperadores romanos en espacio cuasi de trecientos años en todas las partes del mundo? Hubo también en la ley patriarcas y profetas sanctísimos, que fueron muy pocos: mas cuánto fué mayor el número de los Pontífices y Sacerdotes que en todas las partes del mundo florescieron, los cuales con los ejemplos de su vida sanctísima y maravillosa doctrina apascentaban el ganado de Cristo, y lo defendían de los lobos internales. Hubo también en la ley monjes, que eran los hijos de los Profetas, que moraban en unas chozas ribera del río Jordán, los cuales llama Sant Hierónimo monjes del Testamento viejo. Mas ¿qué tiene que ver esto con la muchedumbre innumerable de Monjes y Religiosos que ha habido en la Iglesia cristiana? Pues la dignidad de las vírgines nunca fué en aquella ley estimada ni conoscida. Por dónde se ve cuánto fué menor el número de los Sanctos del Testamento viejo que el del nuevo. Y esto nos declaró Sant

Juan en su Revelación (1), el cual habiendo comprehendido en cierto número determinado el número de los Sanctos de los doce tribus de Israel, cuando vino á tratar de los Sanctos recogidos de la gentilidad, dice que carescían de número, por estas palabras: Después déstos vi una compañía tan grande de bienaventurados, recogidos de todas las gentes y linajes y lenguas del mundo, que nadie la pudiera contar, los cuales estaban vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos, &c. En lo cual se ve claramente cuánto sea mayor el número de los Sanctos del Testamento nuevo que del viejo, como está dicho.

Éste es un tan grande argumento y testimonio de la verdad y excelencia de nuestra sanctísima fe, que (demás de otros innumerables que ella tiene) éste solo basta para su confirmación, pues por lo dicho se ve ser ella la más excelente de todas las otras religiones que ha habido en el mundo, pues ella es la que mucho mayor número de Sanctos ha producido en él, que todas ellas, que es la mayor prueba de la verdadera religión, cuyo principal oficio es honrar á Dios: y la honra que más le agrada, es la pureza y sanctidad de la vida, como lo significó el Profeta cuando dijo: Alabarte he, Señor, con la rectitud y pureza de mi corazón. Y pues es mayor el número de los Sanctos de la ley de gracia, que el de la ley de Escriptura y de la ley de naturaleza, que son las tres leyes y religiones que ha habido en el mundo, síguese que ella es la más excelente de todas. Y no hago aquí comparación de las otras falsas religiones que ha habido en el mundo, pues nos consta que todas ellas eran invenciones de los demonios.

Mas dirá alguno: Verdad es que todos esos bienes nos vinieron por el misterio de la Cruz. Pero no paresce razón hacerse beneficios al hombre con menoscabo de la gloria de Dios. Y á los infieles paresció diminución desta gloria abajar él del cielo á la tierra, y vestirse de carne humana por esta causa. A esto responde un religioso doctor diciendo que si para la tal descendida fuera este Señor compelido por alguna fuerza, ó si por abajarse perdiera algo de lo que tenía, ó adquiriera de nuevo algo que no tenía, fuera esto cosa indecente. Mas nada desto puede caber en aquella divina Persona, pues ni puede ser forzada de nadie, ni perder nada de lo que tiene, ni adquirir cosa que no tenga,

(1) Apocal. 7.

por estar en ella juntos todos los bienes. Y demás desto, ya que este Señor tuvo por bien hacerse hombre, fué nuevo hombre, de otra manera concebido y nascido, porque fué concebido por el Espíritu Sancto, y nascido de madre virgen, y su ánima sanctísima fué adornada y enriquescida y hermoseada con tantas perfecciones y gracias, que toda la hermosura de los querubines y serafines y de todos los bienaventurados no resplandesce más delante della que una pequeña estrella ante el sol de medio día. Por dónde se ve que no fué ignominia de aquella soberana Majestad, sino grandísima gloria, vestir tal ropa como ésta.

Ni tampoco fué menoscabo de su gloria la muerte, porque (como en otra parte dijimos) no juzgamos la gloria ó ignominia de la muerte por la pena, sino por la causa, porque si la causa es el bien común, cuanto la muerte fuere más ignominiosa, tanto será más gloriosa. Pues ¿qué otra fué la causa de la muerte del Salvador sino la redempción del género humano, y la salud de todos los siglos presentes, pasados y venideros, y junto con esto el esfuerzo de los sanctos mártires, que por ejemplo de su Alférez se animaron á glorificar á Dios con su sangre, como él lo glorificó? Á esto añado que Cristo nuestro Salvador, como era perfecto Dios, así era perfecto hombre del linaje de Adam como cualquiera de nosotros: mas era, según está dicho, nuevo hombre y el más sancto de los hombres, pues era el sanctificador dellos. Siendo esto así, no convenía que él fuese defraudado de el mayor deseo y mayor gloria que tuvieron los grandes sanctos, pues la mayor gloria que éstos tuvieron, fué ofrescer en sacrificio sus vidas por la gloria del que se las había dado, y el mayor deseo que tuvieron, fué llegar á derramar su sangre por él. Siendo pues esto así, síguese que este deseo había de tener el Salvador tanto más intenso que todos los sanctos, cuanto era más sancto que ellos, y tenía mayor caridad sin comparación que ellos. El cual deseo nos declaró cuando dijo: Con un baptismo tengo de ser baptizado. ¡Cómo vivo en estrechura hasta que llegue esta hora! Por las cuales palabras nos declaró la grandeza del deseo que tenía de verse todo bañado en sangre por la gloria de su eterno Padre y por la salud del género humano, por dónde cada hora se le hacía mil años. Pues siendo esto así, no era razón que este Señor, que era verdadero y perfecto hombre, y el más sancto de los hombres, caresciese, ni de este deseo, ni de esta

gloria, que todos los grandes sanctos tuvieron. Esto baste para que en pocas palabras se vea cómo nada deroga esta obra á la dignidad de aquella soberana Majestad, y cuánto por otra parte declara con los bienes que por ella nos hizo, la grandeza de su bondad.

Pues por todo lo que hasta aquí está dicho, se verá la grande obligación que tenemos al amor de este Señor. Porque si él no hiciera por nosotros más que darnos lo que nos dió (que son bienes de gracia y gloria) aunque nada le costara, estábamos obligados á arder en su amor. Porque por solo esto arden siempre en este amor aquellos espíritus soberanos, por estas dos maneras de bienes que de él rescibieron, sin que nada costase al que se los dió. Y por solo esto eternalmente nunca cesan de alabarle y darle gracias, diciendo: Sancto, sancto, sancto es el Señor Dios de los ejércitos. Pues ¿qué alabanzas, qué gracias dará el cristiano por haber rescebido los mismos bienes que los ángeles, y sobre esto, habérselos este piadoso Señor merescido con los mayores dolores que jamás en el mundo se padescieron? Pues según esto, ¿cuánto más debe el hombre amar á este Señor que todos los ángeles? Porque mayor gracia fué padescer lo que padesció por los hombres, que todo cuanto dió á los ángeles, porque todo esto no le costó más que sólo querer, mas estotro le costó la vida. Por dónde cuanto fué mayor la costa, tanto viene á ser mayor la deuda. Mas esto, que no bastan para explicar las palabras, quede para la consideración del corazón devoto.

Juntemos pues agora el fin con el principio. Si los hombres (como ya dijimos) por el grande amor que tienen á sí mismos, aman grandemente á todos aquéllos de quien rescibieron algún señalado beneficio, cuán grande lo deben tener al misterio de Cristo, por quien todos estos tan grandes bienes rescibieron, con otros innumerables, que ni por lenguas de ángeles pueden ser enteramente declarados.

Pues para atizar más el fuego de la devoción y amor para con este Señor, tengamos este aviso, que cuando levantáremos los ojos á mirarle en la cruz, representemos á nuestra ánima cuasi de una vista toda esta muchedumbre de bienes susodichos que por ella nos vinieron, para que conforme á la muchedumbre de ellos se encienda nuestro amor y agradescimiento para con él. Y con este afecto saludemos devotísimamente la sancta Cruz, diciendo:

Oración á la Cruz ✠

Sálvanos, sancta Cruz, sálvanos, gloria del mundo, verdadera esperanza nuestra, árbol de vida, verdadera alegría, señal de salud, y salud en todos los peligros. Tú eres la que nos reconciliaste con Dios, tú la que aplacaste el furor de su ira, tú la que nos alcanzaste perdón de los pecados, tú la que abriste las puertas del paraíso, tú la que quebrantaste la cabeza de la antigua serpiente, tú la que reparaste los daños que por aquel árbol vedado nos vinieron, tú la que desterraste del mundo la peste de la idolatría, y trajiste los hombres al conoscimiento y culto de su Criador.

Tú la que nos diste claro conoscimiento de las perfecciones divinas, esto es, de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia, de la sabiduría, de la providencia y omnipotencia del mismo Dios. Tú la que nos declaraste la fealdad horrible del pecado, y la hermosura y excelencia de la virtud, y la dignidad de nuestras ánimas, pues por tan alto precio fueron rescatadas. Tú la que nos confirmas en la fe, y fortalesces nuestra esperanza, y enciendes nuestra caridad. En ti tenemos un perfectísimo dechado de todas las virtudes, y señaladamente de una profunda humildad, y perfectísima paciencia, y consumada obediencia, y mansedumbre incomparable, y fortaleza nunca vencida. En ti hallan los verdaderos penitentes motivos para dolerse de sus pecados, y para castigar sus cuerpos con asperezas y obras penitenciales, y para satisfacer á la Majestad ofendida por ellos. En ti hallan abrigo y consuelo los pobres y atribulados, considerando cuánto mayores tribulaciones padesció el Rey de la gloria en ti por ellos. A ti se acogen los tentados, y se esconden y guarescen en las llagas del que en ti está crucificado.

Tú eres leche de los que comienzan, y pan substancial de los aprovechados, y vino suavísimo que embriaga los perfectos, y hace salir de sí y transformar en el que en ti padesció. Así lo estaba el apóstol Sant Andrés, cuando viéndote decía: Oh sancta Cruz, que rescibiste lindeza y hermosura de los miembros de mi

Señor, rescíbeme de los hombres, y entrégame á mi Maestro, porque por ti me resciba el que por ti me redimió. Oh sancta Cruz, muy deseada y agora para mí aparejada, seguro y alegre vengo á ti, y así tú rescibas á mí, discípulo de aquél que padesció en ti. Oh Cruz inefable, oh Cruz inestimable, oh Cruz que por todo el mundo resplandesces, no me dejes andar errado como oveja sin pastor. Tu Cruz adoramos, Señor, y tu gloriosa Pasión celebramos. Ten compasión de nosotros, benigno Jesú, que misericordiosamente padesciste por nosotros, destruyendo nuestra muerte con tu muerte, y reparando nuestra vida con tu resurrección. A ti sea siempre gloria y alabanza en los siglos de los siglos. Amén.

AVISO AL LECTOR

Todo lo que hasta aquí se ha dicho en este tan largo discurso, si atentamente se considera, sirve para dos cosas muy principales. La una, para confirmar los fieles en la fe católica, como al fin deste discurso probamos y concluímos, y la otra, para confirmarlos en la fe del misterio de nuestra Redempción, que es el más alto y más arduo de los misterios y artículos que profesa nuestra fe. Y en estas dos cosas consiste una gran parte de la filosofía cristiana, la cual singularmente nos enseña el misterio de la Cruz.

TRATADO II
DESTA TERCERA PARTE

DE LAS FIGURAS QUE EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS REPRESENTARON LA VENIDA Y EL MISTERIO DE CRISTO

CAPÍTULO I

No se contentó el Espíritu Sancto con tantas profecías y señales que precedieron el misterio de Cristo, mas quiso también representarlo dende el principio del mundo en todos los Patriarcas y sacrificios y en todas las cosas del Testamento Viejo, las cuales (como el Apóstol dice) eran figura de los misterios del Nuevo. Es esta materia muy copiosa por ser muchas las figuras, y tener cada una mucho que ponderar y sentir en ella, tanto que algunas personas devotas meditan la vida y pasión de nuestro Salvador, procediendo por estas figuras, sacando miel de suavísima devoción encerrada en los panales destas figuras.

Este ejercicio (según escribe Filón, nobilísimo filósofo platónico) tenían los fieles que moraban en Alejandría (los cuales vivían vida sanctísima) de los cuales escribe que entendían las sanctas Escrituras, no sólo según lo que suena la letra, sino también considerando el sentido espiritual della. Porque juzgaban de la ley como de cualquier animal, que tiene cuerpo y ánima. Y así decían que la letra de la sancta Escritura era como el cuerpo que á la vista se representa, mas que este cuerpo tenía su ánima, que es el sentido espiritual, el cual hallaban, penetrando sutilmente como por una vidriera los maravillosos secretos de la sancta Escritura. Para lo cual es de saber que sola la sancta Escritura tiene esta preeminencia entre todas las otras, porque en las otras las palabras declaran la intención y sentido del que las pronunció ó escribió, mas en las sanctas Escrituras no sólo las palabras, mas también las mismas cosas explicadas por las palabras tienen su significación diferente de lo que las palabras suenan. Porque Dios (en cuyas manos está el proceso y curso de to-

das las cosas) las ordena y traza de tal manera que tengan su propria significación, como se verá por las figuras siguientes. Y esto que así se representa, es lo que llamamos sentido espiritual.

También se ha de advertir que en estas figuras de Cristo, que pertenecen al sentido espiritual que llaman alegórico, comúnmente se representa el beneficio y remedio que nos vino por él, mas en otras, demás desto, se nos declara lo que de nuestra parte debemos hacer para que se nos aplique la virtud de este remedio. Y conviene que el discreto lector ponga los ojos en ambas cosas, porque si se empleare todo en sola la consideración del remedio, hacerse ha flojo y descuidado, librando toda su salud en las espaldas y trabajos de Cristo, y olvidándose de la parte que á él cabe de su trabajo, que es el engaño de los hombres perdidos y desalmados.

Y dado caso que estas figuras no sean pruebas y argumentos eficaces y suficientes para probar el misterio de Cristo, mas todavía sirven grandemente para darnos más claro conocimiento del beneficio inestimable de nuestra redempción: el cual conocimiento, cuanto es mayor, tanto nos da mayores motivos para todas las virtudes, y especialmente para dos muy principales, que son esperanza y amor. Porque ¿á quién tengo yo de amar, en quién tengo más de confiar, que en un Señor que tanto bien me hizo, tanto me amó, y tales entrañas de bondad y misericordia me descubrió, como fué morir por mí? Pues para este fin quiso el Espíritu Sancto que se representase este sumo beneficio en todas estas figuras, y para esto mismo las referiremos aquí.

Presupuesto este pequeño preámbulo, trataremos aquí, no de todas las figuras de Cristo (porque esto sería cosa infinita, pues todo el Testamento Viejo es figura del Nuevo) sino de algunas más principales, y esto con toda brevedad. Porque escribir cuanto hay que sentir en cada figura, sería cosa muy prolija. Por tanto, no haré aquí más que apuntar brevemente las cosas, dejando la dilatación y sentimiento dellas al discreto y piadoso lector. Y aunque algunas destas figuras estén declaradas en nuestros sermones, con todo eso fué necesario repetir aquí algunas dellas, por que no quedase este argumento imperfecto y manco, si en él faltasen las figuras que junto con las profecías sirven á este misterio. Algunas de las cuales de tal manera lo representan, que más parecen profecías claras que figuras.

Figura de la formación de Eva.

§ I

Entre las cuales la primera y más antigua es la formación de la primera mujer: en la cual aquel soberano Señor (á quien todas las cosas están presentes) antes aun del pecado representó el remedio que le había de venir por Cristo. Porque como refiere la Escritura, queriendo formar esta mujer, echó un sueño en Adán, y sacóle una costilla, en lugar de la cual le puso carne, y de aquella costilla formó la mujer, y trájola á Adán, á la cual él dijo: Éste es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Por ésta dejará el hombre padre y madre, y hará vida con su mujer, y serán dos en una carne. Pues ¿qué hombre habrá tan rudo, que no piense haber misterio en esta formación de la mujer? Porque si Dios crió al hombre de la tierra, ¿por qué no crió la mujer del mismo elemento? Y ya que esto no quería, ¿á qué propósito la formaba de la costilla del hombre? Y ya que le quitaba la costilla, ¿por qué no le puso otra en lugar della, sino hinchió aquel vacío de carne? Pues como Dios sea sabiduría infinita, clara cosa es que nada desto hizo sin propósito y sin misterio. Aquí pues primeramente nos representó la formación de la Iglesia, sacada del lado de Cristo, porque estando él durmiendo en la cama de la cruz el sueño de la muerte, le abrieron el costado con una lanza, del cual manó agua y sangre, la sangre para rescate de nuestro cautiverio, y el agua para purificación de nuestras ánimas, la cual se óbra mediante la virtud de los sacramentos que de aquí manaron, los cuales dan á la Iglesia el ser espiritual que tienen, mediante el cual se hace ella esposa amantísima de Cristo: y la causa deste amor es ver á sí mismo en ella, que es ver su mismo espíritu y su gracia, y ver que manó de su proprio costado, porque así como aquel primer hombre amó su mujer con grande amor, porque entendió por revelación de Dios que había salido de su substancia, así Cristo amó la Iglesia con incomparable amor, por ver que también ella procedió dél, porque no la ama como cosa extraña y ajena de sí, sino como á cosa que le salió de sus entrañas. Por lo cual entenderemos la gran-

deza del amor que Cristo tiene á la Iglesia y á todas las ánimas que están en gracia. Y por esto el Apóstol, declarando esta figura, dijo: Este sacramento es grande, entendido de Cristo y de la Iglesia, esposa suya.

Y no es menos de considerar que en esta formación pusieron en la mujer hueso fuerte, y en el hombre la carne flaca, para significar que la fortaleza que tiene la Iglesia, le vino de Cristo, y la flaqueza que vemos en Cristo, le vino de la Iglesia, esto es, de nuestra flaca humanidad. Y por esto los mártires iban esforzados á la pasión, por lo que tenían de Cristo, y Cristo temió antes de la suya, para mostrar la flaqueza que de nuestra parte tenía.

De la muerte de Abel.

§ II

TRAS desta figura se sigue luego otra en la muerte del inocente Abel, al cual mató su hermano Caín: y la causa de lo matar fué, como dice Sant Juan (1), porque sus obras eran malas, y las del hermano buenas: de modo que envidia fué la causa deste tan cruel maleficio. Pues desta manera el pueblo de los judíos (hermano de Cristo según la carne) le procuró la muerte, porque la doctrina y sanctidad de su vida condenaba la mala vida de sus enemigos. Mas como la sangre del inocente Abel daba voces á Dios pidiendo justicia, así la sangre de Cristo, aunque pide misericordia para los verdaderos penitentes y humildes, también pide justicia para los incrédulos y rebeldes. Mas veamos cuál fué la justicia y sentencia de Dios. La sentencia fué decir á Caín: Andarás derramado y como fugitivo sobre la tierra, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano derramada por ti. Esta sentencia de Dios vemos ejecutada el día de hoy en aquella parte de judíos que permanecen en su incredulidad, los cuales andan derramados por todas las naciones del mundo, ya en tierras de turcos, ya de moros, ya de gentiles, ya de cristianos, sin tener rey, ni sacerdote, ni templo, ni repú-

(1) I Joan. 3.

blica, ni tierra que sea suya. En lo cual se ve claro el cumplimiento de aquella maldición que ellos mismos echaron sobre sí al tiempo de la pasión del Salvador, diciendo: La sangre suya sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos. La cual maldición es un linaje de milagro y profecía que ha corrido y corre por todas las edades y siglos. Porque las otras profecías se cumplieron una vez en su tiempo, mas ésta se cumple siempre.

Figura de Noé.

§ III

OTRA figura fué Noé, el cual después del diluvio plantó una viña, y bebiendo del vino della, se embriagó y cayó en tierra de tal manera, que quedó descubierto. Lo cual como viese el menor de sus tres hijos, fuélo á decir á sus hermanos, no sin risa y donaire de ver así caído al viejo. Entonces los dos hijos mayores, tomando una capa sobre sus hombros, y andando hacia atrás vueltas las espaldas al padre, dejaron caer la capa sobre el padre desnudo, y así cubrieron honestamente su desnudez. Pues como despertase Noé de aquel sueño, y supiese lo que los tres hijos habían hecho, maldijo al hijo menor que lo había escarnecido, y bendijo á los dos que lo habían cubierto y honrado. Este sancto Patriarca (que conservó el mundo con el arca de madera que fabricó) nos representa al Hijo de Dios, que con el madero de la sancta cruz salvó y redimió el mundo. Deste Noé, cuando nació, dijeron sus padres: Éste nos consolará en los trabajos de la tierra, que fué maldita por el Señor: lo cual mucho más pertenece á Cristo nuestro Salvador, que es único remedio y consuelo en los trabajos y miserias deste destierro á que fuimos condenados. Pues este espiritual Noé plantó una viña. Esta viña (como dice Esaías) fué la casa de Israel, la cual habiendo de dar uvas, dió agracejos, que es fructa amargosa y desabrida, y así esta viña embriagó al Señor que la plantó, con el vino de la pasión. El cual durmiendo en la cruz el sueño de la muerte, quedó desnudo, porque entonces con su muerte se descubrió la bajeza de la naturaleza humana que por nosotros había tomado. En este tiempo el desventurado Can, hij menor (que representa al pueblo de los

judíos) escarneció de su padre, como lo hicieron los fariseos y pontífices, los cuales al tiempo que el Salvador estaba desnudo en la cruz, meneando las cabezas decían: A otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Si es rey de Israel, decienda de la cruz, y creeremos en él. Mas los otros dos hijos de este Patriarca, que son los dos pueblos de judíos y gentiles que recibieron la fe y conocieron este Señor, cubrieron aquella desnudez de su padre, creyendo y confesando que aquella pasión no era defecto, sino sacramento y remedio de el género humano. Maldijo Noé al hijo menor (que representa la persona de los judíos) condenándolo á perpetua servidumbre: lo cual vemos cumplido hasta hoy en esta parte del pueblo que todavía permanece en su incredulidad, la cual anda descarriada por el mundo, viviendo en gran miseria y servidumbre. Mas por el contrario bendijo á los otros dos hijos que lo honraron, los cuales representan al pueblo fiel de ambas naciones, que son judíos y gentiles, y la bendición que les da, es hacerlos en esta vida participantes de su providencia y gracia, y en la otra de perpetua felicidad y gloria.

Del sacrificio de Abrahán.

§ IV

OTRA figura maravillosa fué el sacrificio de Abrahán, el cual por mandamiento de Dios iba á un monte á sacrificar su hijo. Mas al tiempo del sacrificio mandóle Dios que tuviese la espada queda, porque ya con esto había declarado la fineza de su virtud y obediencia. Pues por este nobilísimo sacrificio prometió Dios al sancto Patriarca debajo de un solene juramento tantos hijos como las estrellas del cielo y como las arenas de la mar, porque así suele Dios pagar los servicios que se le hacen. ¡Qué retrato éste tan hermoso, en que aquel pintor del cielo retrató el misterio de nuestra redempción! Porque aquí primeramente se nos representa que así como por el mérito de aquel sacrificio tan señalado prometió Dios al patriarca Abrahán tan gran número de hijos, así por aquel divinísimo sacrificio de Cristo, ofrecido en el altar de la cruz por obediencia del Padre Eterno, le fueron prometidos innumerables hijos, no según la carne, sino según el

espíritu, los cuales participando la virtud de su espíritu, imitarían la pureza de su vida. Y esto es lo que significó el profeta Esaías (1) cuando dijo que si este Señor ofreciese su vida por el remedio de los pecados, vería hijos de luenga edad (esto es, espirituales hijos en todas las edades del mundo) y la voluntad del Señor sería encaminada por su mano. Éste es pues el día de Cristo, que (como él dice en el Evangelio) vió Abrahán, y se alegró en verlo, porque conoció el fructo inestimable que dél se había de seguir.

Ni es menos dulce cosa considerar aquí de la manera que iban al monte padre y hijo. Porque el padre llevaba el fuego y el cuchillo para sacrificar al hijo, y el hijo la leña en que había de ser sacrificado. Pues ¿qué es esto, sino representársenos aquí la imagen y las causas de la pasión del Salvador? Cuchillo y fuego, ¿qué son sino justicia y amor? Estas dos virtudes contendían en el pecho del Padre Eterno, cada cual en su manera. Porque la justicia decía que castigase al pecador, y el amor que lo perdonase. Pues estas dos virtudes redujo á concordia el Hijo de Dios, ofreciendo su muerte no debida, por la que todo el género humano debía, y desta manera el pecado quedó castigado, y el pecador perdonado. Dónde es cosa muy devota ver aquel humilde mancebo caminar por aquella ladera del monte, llevando sobre sus hombros la leña en que había de ser sacrificado, y contemplar en esta figura con los ojos del ánima á nuestro inocentísimo y clementísimo Isaac, caminando al monte Calvario, llevando sobre sus sacratísimos hombros, molidos con tantos azotes, el madero de la cruz en que había de ser crucificado, en el cual iba el peso de todos nuestros pecados, como dice S. Pedro.

(1) Esai. 53.

Figura de Jacob.

§ V

Mas así como este sancto patriarca Isaac fué figura de Cristo así también lo fué su hijo Jacob, padre de los doce tribus, El cual vestido de ropas muy ricas y olorosas, y cubierto el cuello y las manos con pieles de cabrito, ofreciendo una sabrosa comida á su padre, y dándole también vino con ella, recibió dél una copiosísima bendición. Porque sintiendo el sancto viejo el olor de sus vestiduras, y recreado con el olor dellas, comenzó á pedir á Dios para el hijo bienes del cielo y de la tierra: las cuales peticiones no sólo eran peticiones, sino también profecías de lo que estaba por venir. Y fué tan larga y tan copiosa esta bendición, que no sólo comprehendió al hijo, sino también á todos los que con él estuviesen aliados. Y así en cabo dijo: El que te bendijere, sea bendito, el que te maldijere, sea lleno de maldiciones. Ésta es la historia de la bendición. Mas ¿á qué propósito revelaba el Espíritu Sancto estas menudencias á Moisén, y quería que fuesen parte de la sancta Escriptura, si no nos quisiera representar aquí el misterio de la bendición de Cristo, á quien toda la Escriptura se ordena? Pues ¿qué comida es ésta tan sabrosa, sino aquel banquete real que el Hijo de Dios ofreció á su Eterno Padre en la mesa de la cruz, lleno de todas las virtudes? Y ¿qué vino es éste tan precioso, sino la caridad de nuestro clementísimo Redemptor, por la cual se ofreció á satisfacer por todas las deudas del género humano con el sacrificio de la cruz? Y ¿qué nos representa el olor suavísimo de las ricas vestiduras de que Jacob iba vestido, sino el agradamiento que el Padre Eterno recibió con el olor suavísimo de las virtudes de aquel Hijo, de quien él dijo: Éste es mi Hijo muy amado, en quien yo mucho me agradé? Ni carecen de misterio las pieles de cabrito con que Jacob iba disfrazado. Porque ellas nos representan la imagen de pecador con que el Hijo de Dios encubrió la persona que era, pareciendo pecador el que era justo, y puro hombre el que era verdadero Dios. Pues por el mérito desta tan grande humildad como fué tomar aquel espejo de inocencia imagen de pecador, mereció absolución y

perdón para todos los pecadores, si ellos por su parte se dispusieren para recebirla. Porque este Señor no recibió la bendición para sí solo, sino para todos los que obedeciesen á sus sanctos mandamientos, como dice el Apóstol. Lo cual nos declara la suma y remate desta bendición, que se concluye diciendo: El que te bendijere, será bendito, y el que te maldijere, sea lleno de maldiciones. Las cuales palabras cierto es que no convienen á Jacob, á quien se dijeron, sino á solo el Hijo de Dios, que dél había de nacer, porque quien á este Señor amare, será de Dios bendito, y quien no le amare, será maldito, como el Apóstol dice.

También la lucha deste Patriarca con el ángel es muy principal y muy misteriosa figura de la obra de nuestra redempción. De quien se escribe en el Génesi que pasado el río Jordán con toda su familia, le apareció un hombre, el cual estuvo luchando con él toda la noche hasta la mañana. Y viendo este hombre que no lo podía vencer, tocóle un niervo del muslo, ó (como otros trasladan) tocó en la latitud ó anchura del muslo, el cual luego se secó, y díjole: Déjame, que ya quiere amanecer. Respondió Jacob: No te dejaré, si no me das tu bendición. Y luego allí lo bendijo Y preguntándole Jacob por su nombre, respondió: ¿Para qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Y llamó Jacob á aquel lugar Fanuel, diciendo: Vi al Señor cara á cara, y fué salva hecha mi ánima. Pues ¿qué hombre habrá tan rudo, que no vea estar toda esta historia llena de misterios? En la cual no hay palabra que no tenga su significación, la cual Eusebio Emiseno declara desta manera (1): ¿Qué misterio (dice él) es éste, que el que es vencido, bendiga, y el que pensaba haber vencido, quedase cojo? Pues por Jacob entendemos al pueblo de los judíos, que dél decindió, y por el ángel que apareció á Jacob, la persona de nuestro Redemptor. Vemos pues aquí vencido el ángel que representaba á Cristo, y haber vencido Jacob, que representaba al pueblo de los judíos, los cuales prevalecieron contra Cristo cuando le crucificaron. Mas con todo eso, siendo este espiritual Jacob el vencedor, pide al vencido que le bendiga, diciendo: No te dejaré si no me das tu bendición. Pues ¿qué misterio es éste que el vencido en esta lucha sea poderoso para dar la bendición? Claramente se nos muestra aquí la excelencia de Cristo,

(1) Euseb. Emis. Homil. 8 de Pasch.

el cual siendo crucificado, redimió á los mismos que le crucificaban. De modo que bendijo siendo vencido, y libró habiendo padecido, y entrevino por nosotros el que parecía reo, y absolviónos el que había sido condenado. Mas ¿qué cosa es que después de la lucha Jacob, recibiendo la bendición, cojea de un pie, quedándole el otro sano? Esto quiere decir que de Jacob (que representa el pueblo de los judíos) una parte había de creer, y otra no había de creer. Y lo que dijo el ángel, déjame, porque ya sube la mañana, nos representa que pudo el Salvador ser vencido de la muerte, mas no detenido della. Y por eso después de pasada la noche trabajosa de la pasión, promete que luego se siguirá la mañana clara de su gloriosa resurrección.

Figura de Josef, hijo de Jacob.

§ VI

Este sancto Patriarca tuvo doce hijos, y entre ellos uno muy querido, que fué Josef, en el cual muy al proprio nos representó el Espíritu Sancto el misterio de Cristo. Porque los hermanos de Josef, por la envidia y odio que contra él tenían, por verle más amado de su padre, yéndolos el mozo á visitar al campo, determinaron de matarlo. Y para esto primeramente lo desnudaron de una vestidura que el padre le había hecho de diversos colores, y finalmente lo vendieron á los ismaelitas, que á la sazón pasaban por allí, por veinte dineros que por él les dieron. Y tiñendo esta ropa en la sangre de un cabrito, la enviaron á su padre, para que viese si aquella ropa era de su hijo. Todo esto con lo demás que se siguió, cuadra maravillosamente con el misterio de Cristo nuestro Salvador. Porque á Josef primeramente vendieron sus hermanos por veinte dineros, y Cristo fué vendido de uno de sus discípulos por treinta dineros. Los hermanos de Josef le desnudaron de aquella ropa de muchos colores que su padre le había hecho, y los judíos (que eran hermanos de Cristo según la carne) le desnudaron de aquella hermosísima vestidura de su humanidad, que el Padre Eterno había adornado con la hermosura y colores de todas las virtudes. Aquéllos tiñeron esta vestidura de Josef en la sangre de un cabrito que mataron, y éstos tiñeron

la ropa de la humanidad de Cristo con la sangre que él derramó por los pecados del mundo figurados en el cabrito. Estando Josef en la carcel, y dos hombres presos con él, á uno juzgó á vida y á otro á muerte, y Cristo hizo lo mismo con los dos ladrones que con él estaban crucificados. Aquéllos metieron á Josef en un pozo, y éstos pusieron á Cristo en el sepulcro después de crucificado. Josef salió vivo deste pozo, y Cristo resuscitó vivo y glorioso del mismo sepulcro. A Josef compraron los ismaelitas, y lo llevaron á Egipto, y los Apóstoles (que por Cristo dejaron todas las cosas) le predicaron por todo el mundo. Fué ensalzado Josef en Egipto, y Cristo fué creído y adorado en el mundo. Josef hizo que hubiese gran abundancia de trigo en Egipto, y Cristo hinchió el mundo de su doctrina, que es verdadero pan y mantenimiento de las ánimas. Venían los pueblos de todas partes á comprar pan á Egipto para sustentar sus vidas, y así vinieron diversos pueblos y naciones del mundo á la Iglesia de Cristo á recebir su religión y doctrina. Finalmente, los hermanos de Josef, que primero lo habían maltratado y vendido, vinieron en cabo á adorarlo y reverenciarlo, y así han venido muy gran parte del pueblo de los judíos á confesar y adorar á Cristo después de la conversión del mundo. Finalmente los hermanos de Josef determinaron de venderlo para estar seguros de su señorío, y eso mismo ordenó la Sabiduría divina para hacerlo señor dellos. Y así también los príncipes de los sacerdotes tomaron por medio condenar á Cristo para asegurar su reino, mas eso mismo tomó Dios por medio para destruirlo, porque por ese pecado fué de ahí á pocos días por los romanos destruído. No faltaba más para el cumplimiento y perfección desta figura, sino la conveniencia del nombre de Josef con el de Cristo, y tampoco ésa faltó, porque el rey Faraón, visto que por su providencia se remedió el mundo para que no pereciesen las gentes de hambre, púsole por nombre en su lengua Salvador del mundo. Lo cual ya se ve cuán al proprio pertenece á Cristo nuestro único salvador y reparador, el cual mantiene y sustenta las ánimas de los justos en la vida espiritual con el pan de su doctrina y muy más particularmente con aquel suavísimo pan que decendió del cielo, el cual se nos administra en el Sacramento del altar.

Figura de Jonás.

§ VII

JONÁS también entre los profetas por una nueva manera figuró la muerte y la resurrección del Salvador, como él mismo lo dijo por estas palabras: Así como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches. Pues declarando las particularidades desta figura, consideremos que Jonás fué por Dios enviado á la gran ciudad de Nínive á predicar que dentro de cuarenta días había de ser destruída, y Cristo fué por el Padre Eterno enviado á la gran ciudad de este mundo á predicar día de salud y también de juicio, porque lo uno y lo otro (como dice el Apóstol) predica el Evangelio. Jonás pidió á los navegantes que lo echasen en la mar, para que muriendo él, se salvasen ellos, y Cristo voluntariamente se ofreció á la muerte, para que por el mérito della escapásemos todos de la muerte, y gozásemos de la vida eterna. Dijo Jonás estando en el vientre de la ballena: Arrojásteme, Señor, en el profundo de la mar, las aguas me cercaron por todas partes, y todos tus golfos y ondas tuyas pasaron por mí, y yo dije: Desechado estoy de tu presencia: y sobre Cristo cargaron tan de lleno en lleno todas las ondas y tormentas de la indignación que Dios tenía concebida por los pecados del mundo, que vino á decir en la cruz aquellas palabras semejantes á las de Jonás: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Echado Jonás en la mar, súbitamente cesó toda la fuerza de aquella brava tormenta, y ofrecido Cristo á la muerte por los pecados del mundo, cesó todo el furor que la divina Justicia tenía concebido contra ellos. Porque esta sola muerte (por razón de la dignidad de la divina Persona que la padecía) fué más eficaz para satisfacer á esta deuda, que todas las muertes del mundo. Jonás decía en su oración: Quítame, Señor, la vida, porque mejor es para mí morir que vivir. Y esto mismo puede decir el Salvador, porque viviendo no salvó ni una sola gente, mas muriendo redimió el género humano. El pece recibió á Jonás, y no le comió, y teniendo el vientre lleno de manjar, padece hambre, y

espántase de ver cómo no puede tocar en la presa que tiene. Pues ¿quién es éste que en las gargantas de la bestia hambrienta puede ser recebido y no comido? ¿Quién es éste que entre tan grandes peligros está seguro, y dentro del abismo de las aguas goza de aires de vida, y hace que la cruel muerte (bestia que nunca se harta) tiemble de la presa que tiene? Tiembla, digo, porque aunque lo había visto crucificado, sabía que no era culpado, porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa. Éste es pues nuestro clementísimo Salvador, á quien pudo matar la muerte, mas no le pudo tener en su reino, antes muriendo él, mató la muerte, que á nadie perdonaba. Y desta manera, de las mismas entrañas de la muerte salió vencedora la vida.

También es figura de la resurrección del Salvador aquel hierro que nadó en las aguas del Jordán. Porque cortando leña uno de los hijos de los profetas ribera desterío, desenastóse el hierro con que la cortaba, del ástil, y cayó en el agua. Entonces dió voces este mozo al profeta Eliseo que presente estaba, alegando que aquel instrumento con que hacía leña, era prestado. Mandó luego Eliseo que arrojase el ástil en el agua, y esto hecho, el hierro que estaba sumido en las aguas, vino nadando á lo alto, y enastóse en el madero como estaba de antes. Pues aquí también se nos representa el misterio de la sancta resurrección del Salvador. Porque desta manera expirando él en la cruz, se apartó el ánima sanctísima de aquel sagrado cuerpo, y quedando él en el sepulcro, el ánima ajuntada al Verbo divino como hierro fuerte bajó á quebrantar las puertas y fuerzas del infierno, y sacó de allí las ánimas de los sanctos Padres que lo estaban esperando. Y acabada esta hazaña tan gloriosa, volvió aquella ánima poderosa, como el hierro del Profeta, á enastarse y juntarse con el sagrado cuerpo, que fué el día de su gloriosa y triunfante resurrección.

Figura de Sansón.

§ VIII

Entre los jueces también Sansón en muchas cosas fué figura de nuestro Redemptor, porque Sansón primeramente, contra la forma de la ley, casó con una mujer extranjera, de linaje de los filisteos, y Cristo tomó por esposa la Iglesia, recogida del linaje de los gentiles. Sansón mató un león, y Cristo destruyó el poder del príncipe deste mundo, que en todo él era adorado, el cual á manera de león rodea por todas partes buscando á quién trague. Sansón halló en la boca deste león que mató, un panal de miel, del cual él comió con mucho gusto: y Cristo sacó de la boca del enemigo toda aquella gloriosa compañía de los sanctos Padres que estaban detenidos en su reino, cuya liberación y descanso fué para él más dulce que el panal de la miel. Sansón levantándose á la media noche tomó las puertas de la ciudad de Gaza, y púsolas en la cumbre de un monte, y Cristo levantándose á la media noche del sepulcro, y quebrantando las puertas del infierno, de ahí á los cuarenta días subió en cuerpo y ánima gloriosamente á lo más alto del cielo. Finalmente Sansón mató más enemigos muriendo que viviendo, y Cristo nuestro Salvador con su muerte mató nuestra muerte, y destruyó el poder de los príncipes de este mundo, que son nuestros verdaderos enemigos.

También Gedeón (que fué otro juez) nos figuró la victoria de Cristo, porque así como éste con muy flaco ejército alcanzó victoria del ejército poderosísimo de los madianitas, así Cristo con unos pobres pescadores conquistó el mundo. La cual figura (que es muy misteriosa) declararemos más copiosamente en su lugar.

Pues ya David (de cuyo linaje Cristo descendía) en muchas cosas nos lo representó, y especialmente en aquella gloriosa victoria que alcanzó de un gran gigante armado de todas armas, no llevando él más que un palo en la mano, y cinco piedras, con que lo venció, y dél mismo tomó la espada con que le cortó la cabeza. Pues así Cristo con el báculo de la cruz, y cinco llagas que en ella recibió, derribó y prostró por tierra al príncipe deste mundo, y lo echó fuera dél. Y así como David con la misma es-

pada del enemigo cortó la cabeza al enemigo, así Cristo con la muerte, que nos vino por el pecado, destruyó al mismo pecado. Y demás de esto, así como David después de muchas persecuciones que padeció por odio y envidia del rey Saúl, finalmente vino á reinar con grande prosperidad, así Cristo después de las grandes persecuciones que en la primitiva Iglesia padeció con la muerte de tantos mártires, vino después á ser adorado, reconocido y tenido por Dios verdadero de aquéllos por quien antes había sido perseguido. De modo que los que primero perseguían á Cristo por amor de sus ídolos, después vinieron á perseguir á sus ídolos por amor de Cristo. Á David se acogieron los hombres que estaban cargados de deudas y vivían con angustia y amargura de corazón, y Cristo llama á todos los que están afligidos con la carga de sus deudas y pecados, para dar perdón y refrigerio á sus ánimas. David tañendo en su vihuela aliviaba el trabajo que padecía Saúl, cuando lo vejaba el espíritu malo, y Cristo estirado en el madero de la cruz como las cuerdas en la vihuela, es alivio, consuelo y remedio de todos los que son tentados del enemigo. Lloró David amargamente la muerte de Saúl su enemigo, y el Salvador sintió tanto el pecado de los que lo crucificaban, que la primera palabra que habló en la cruz, fué pedir perdón por ellos.

Figura del cordero pascual.

§ IX

Como el fundamento de nuestra salud sea el conocimiento y amor de nuestro Salvador, toda la ley y los Profetas y todas las Escrituras sanctas están siempre mirando á él. Por esto no se contentó el autor dellas (que es el Espíritu Sancto) con que muchos de los sanctos Patriarcas lo representasen en sus personas, sino quiso también que todos los sacrificios fuesen imagen y figura de aquel sumo sacrificio que se había de ofrecer en la cruz. Entre los cuales el primero y más celebrado y más lleno de misterios es el del cordero pascual, cuya historia es la siguiente. Determinando Dios de libertar su pueblo del cautiverio de Egipto, después de haber azotado aquella tierra con mu-

chas plagas, acordó acrecentar la postrera y mayor de todas, matando en una noche todos los primogénitos de los egipcios, con la cual plaga de tal manera fueron amedrentados, que ellos mismos á gran priesa echaron de su tierra los hijos de Israel. Pues antes desta plaga mandó Dios á Moisén denunciase al pueblo que á los diez días de la luna de aquel mes (que era por Marzo) cada familia trajese á su casa un cordero, y que á los catorce della lo sacrificase con las ceremonias siguientes: de las cuales unas pertenecen al sacrificio del cordero, y otras á la manera en que lo habían de comer. Pues cuanto á las primeras dice que este cordero sea macho, no hembra, y que sea de un año, y que no tuviese defecto ni mácula alguna, y que cuando le sacrificasen, no le quebrasen hueso alguno, y con la sangre dél tiñesen los umbrales de las casas donde lo comiesen. Y que esa noche comiesen las carnes dél asadas con pan cenceño y lechugas amargas. Mandaba otrosí que no comiesen este cordero cocido ni crudo, sino solamente asado, y que no dejasen en él cosa por comer, ni pies, ni cabeza, ni tripas, ni quedase cosa alguna dél por comer ese día, y si algo quedase, lo quemasen en el fuego.

Cuanto á la manera del comer, dice así: Ceñiréis las renes, y calzaréis los zapatos, y tendréis báculos en las manos, y comerlo heis apriesa, y la sangre deste cordero tendréis por señal donde estuviéredes, y pasaré yo por vuestras puertas de noche haciendo matanza en toda la tierra de Egipto, y viendo esta sangre, no tocaré en vuestras casas.

Éstas son las ceremonias que tan particularmente y con tanta providencia ordenó el Espíritu Sancto en el sacrificio deste cordero. Pues ¿qué entendimiento habrá tan rudo, que conociendo ser esta traza y orden de aquella infinita Sabiduría, ya que no entienda los misterios que aquí están encubiertos, á lo menos no los huela y barrunte que los hay? Porque la misma cualidad de las cosas que aquí se mandan (como es, que el cordero sea de un año, y que no le quiebren hueso, que no lo coman cocido ni crudo, sino asado, y que no dejen cosa por comer dél, y que no quede nada dél para otro día, y que si algo quedare, lo quemen con fuego, y que unten los umbrales de las puertas con la sangre dél) todas estas cosas, si no contienen algún misterio, ¿qué parte tienen de religión ó de sanctidad y de leyes dignas de la majestad y sabiduría de Dios? Mas la significación destas ceremonias

antes de la venida del Salvador estaba cerrada y escura, después de la cual está más clara que la luz del día. Porque por este medio nos quiso el Espíritu Sancto debujar que así como después del sacrificio de aquel cordero material el pueblo de Dios fué librado del cautiverio y servidumbre durísima de Faraón, así el género humano había de ser librado del poder del demonio y de la servidumbre del pecado por virtud de aquel sumo sacrificio del Cordero místico que se había de ofrecer por él en el altar de la cruz. Desta manera se declaran los misterios del Testamento Viejo por el Nuevo. Lo cual nos representan aquellos dos serafines que estaban á los dos lados del arca del Testamento careándose uno á otro, para significar la correspondencia y concordia admirable del un Testamento con el otro.

Pues comenzando la declaración de esta figura, en este cordero primeramente entendemos aquel Señor á quien todas las sanctas Escripturas por su grande mansedumbre y inocencia llaman Cordero. Y quiere aquí la ley que este cordero sea macho y no hembra, para enseñarnos que no hubo en él cosa muelle ni flaca, sino virtud y constancia más que varonil. Y mandar que fuese de un año, denota el cumplimiento de todas las virtudes, que en él fueron perfectas y acabadas. Y mandar que este cordero no tuviese mácula ni defecto alguno, es decirnos que en el verdadero cordero Cristo no hubo mácula de pecado, pues él venía á ser común remedio de los pecados. Mandar también que al tiempo del sacrificio no le quebrasen hueso alguno, es representarnos la fortaleza inexpugnable con que este sancto Cordero padeció los mayores dolores que se padecieron jamás en cuerpo mortal. Porque la complexión de aquel cuerpo sanctísimo era la más delicada de todos los cuerpos (como cosa formada por virtud del Espíritu Sancto) y la carne era toda virginal, tomada de las entrañas purísimas de nuestra Señora. Y demás desto los dolores que en su ánima padecía por los pecados del mundo (por los cuales ofrecía aquel sumo sacrificio) eran sin comparación mayores. Mas con todos estos dolores, así del cuerpo como del ánima, nunca hubo en él una sombra de flaqueza en medio de la corriente de tantos trabajos. Pues esto quiso el Espíritu Sancto que se representase en el sacrificio de aquel cordero, mandando que de tal manera lo matasen, que no le quebrasen hueso alguno.

Mas ¿para qué fin mandaba untar los umbrales de las puertas

con la sangre del cordero? La razón desto da la ley diciendo que á la media noche pasaría Dios por toda la tierra de Egipto matando todos los primogénitos de los egipcios, y cuando llegase á las casas de los hebreos, viendo aquella sangre, pasaría adelante y no haría algún daño en ellas. Pregunto pues agora, ¿qué necesidad tenía Dios (á quien todas las cosas son manifiestas) de aquella señal para saber que moraba en la tal casa hombre de su pueblo? ¿Quién no ve aquí representada la virtud y eficacia de la sangre del verdadero cordero Cristo? Porque es mucho de notar aquella palabra que dice: Veré la sangre, y no tocaré en la casa donde la viere. Pues ¿qué es esto, sino que viendo el Padre Eterno la sangre preciosa de su unigénito Hijo, aplaca la ira merecida por nuestros pecados? Porque (como dice el Apóstol) si la sangre de los toros y de los otros animales, y la ceniza de la vaca bermeja sacrificada purifica los hombres de las inmundicias de la ley, ¿cuánto más poderosa será la sangre de Cristo (que lleno del Espíritu Sancto se ofreció á sí mismo puro y limpio al Padre) para alimpiarnos de todos los pecados? Entiéndese esto de los verdaderos penitentes.

Ni menos carece de misterio mandar que no se comiese este cordero crudo ni cocido, sino solamente asado. Ociosa cosa fuera mandar que no se comiese crudo (porque ¿quién come carne cruda?) si no tuviera esto alguna significación. Por dónde dice Sant Gregorio que las mismas palabras de la ley (pues no han de ser ociosas) nos levantan de la letra al espíritu della. Pues crudo comen este cordero los que no miran más en Cristo crucificado de lo que por defuera parece, y así lo despiden de sí, y le dan de mano. Y cocido en agua fría lo comen los que por sola curiosidad, sin caridad, ni humildad, ni lumbre de fe quieren penetrar por su sola razón este misterio, como hicieron algunos filósofos y muchos herejes, que quisieron tantear y medir la grandeza dél por la medida de la capacidad y virtud humana, y no por la grandeza de la bondad divina. Mas asado lo comen los que con fuego de caridad y devoción consideran lo que el Hijo de Dios abrasado con ese mismo fuego padeció por nuestra salud. Porque sola la caridad es disposición conveniente para contemplar lo que se hizo por sola caridad. Demás desto, mandar que todo el cordero se comiese sin quedar dél alguna cosa, es decirnos que en este Cordero místico ninguna cosa hay que desechar, ninguna

que no sea de provecho, ni estimable para las ánimas, la vida, la muerte, la doctrina, los ejemplos, los beneficios, los milagros y finalmente su gloriosa resurrección y ascensión: todo esto es para nuestro provecho, todo para nuestra edificación.

Prosigue luego más en particular, declarando la manera en que este cordero se ha de comer. Y pues por este cordero entendemos á Cristo sacrificado en la cruz, no menos también por él entendemos el Sanctísimo Sacramento del altar, donde está el mismo Cristo, y donde se ofrece el mismo sacrificio. Por lo cual todas las ceremonias con que Dios mandaba comer este cordero, sirven para declararnos el aparejo con que nos debemos disponer para recebir este sacramento, en quien está el mismo Cordero. Dice pues que lo habemos de comer con pan cenceño, sin mezcla de levadura, que es, con pura consciencia, ajena de toda maldad y malicia. Añade á este pan lechugas amargas, para que si algo estuviere en el ánima que no sea puro, lo purifiquemos con amargura y lágrimas de verdadera penitencia. Manda otrosí que lo comamos ceñidas las renes. En lo cual nos encomienda la limpieza de la castidad, que es uno de los principales aparejos para hospedar este Señor, el cual como sea fuente de pureza, no puede morar en casa sucia. Añade luego que se ha de comer calzados los zapatos y con báculos en las manos (que es aparejo y hábito de caminantes) para significar que los que han de llegarse dignamente á esta mesa, no se han de tener por moradores y vecinos deste mundo, sino por caminantes, no por ciudadanos, sino por peregrinos que no tienen aquí ciudad permaneciente, sino buscan la venidera, y no están aquí como en su propria morada, sino de prestado como en venta. Y así no tratan de echar raíces en esta tierra, de donde esperan presto partir, sino en la otra donde esperan para siempre permanecer. Esto hacen los que cumplen aquel consejo del Apóstol, que dice: Esto es, hermanos, lo que digo, que los que tienen mujeres, las tengan como si no las tuviesen, y los que lloran, como si no llorasen, y los que se alegran, como si no se alegrasen, y los que compran, como si no poseyesen, y los que usan deste mundo, como si no usasen, pues ves cómo se pasa la figura del mundo. Todo esto quiere decir que hagamos cuenta que tenemos todas las cosas deste mundo como de prestado hasta ciertos días, y no como cosas de juro y heredad, que permanecen siempre.

Añade más la ley, diciendo que este cordero se coma apriesa, lo cual (quitada aparte la significación del misterio) más era para prohibirse que para mandarse, pues comer desta manera es contra la mesura y gravedad de la templanza. Mas tenía atención el autor de su ley al fervor del espíritu y devoción con que se ha de comer este Cordero. Porque este divino manjar quiere comerse con hambre, que es, con un entrañable deseo de uñirse el ánima religiosa con su Redemptor, el cual á los hambrientos da verdadera hartura, y hinche de bienes, mas á los tibios y fastidiosos deja vacíos.

Manda también que no quede nada del cordero para otro día, y que si algo quedare, se queme en el fuego. Pues ¿qué es esto, sino darnos á entender que si en el misterio del sacrificio y pasión de Cristo, ó del Sanctísimo Sacramento, hubiere alguna cosa que sobrepuje la capacidad de nuestro entendimiento, la abracemos con el amor de la voluntad, y conozcamos que cuanto la cosa es más incomprehensible, tanto es más digna de aquel Señor, que no sólo en sí mismo, sino también en sus obras es incomprehensible, el cual nos amó tanto y deseó tanto nuestra salud, que se puso á hacer por ella cosas que exceden toda la facultad de nuestro entendimiento, por las cuales debe ser mucho más amado que por aquéllas que habemos alcanzado y comprehendido? A todas estas cosas añado otra digna de mucha consideración, y es, que para que nada faltase á la representación deste misterio, quiso la divina Sabiduría que no sólo estas ceremonias, sino también el tiempo del cumplimiento dellas representase al verdadero cordero Cristo. Porque aquel cordero material traían los judíos á la ciudad por mandamiento de la ley á los diez días de la luna, y á los catorce lo sacrificaban y comían, que era el día en que ellos salieron del cautiverio de Egipto, en cuya memoria celebraban esta fiesta. Y en ese mesmo día que el cordero material entraba en la ciudad, entró el verdadero Cordero en Hierusalén (que fué el Domingo de Ramos) y de ahí á cinco días (que fué el Viernes de la Cruz) fué sacrificado. Desta manera quiso el Espíritu Sancto que en un mesmo tiempo se careasen y juntasen en uno la figura y la verdad. Y aquí tuvieron fin los misterios del Testamento Viejo, y comenzaron los del Nuevo, pues no había para qué representarnos con figuras el remedio venidero, pues él era ya venido. Esto baste cuanto á la figura del cordero.

Figura del sacrificio de la becerra bermeja.

§ X

Allende deste sacrificio del cordero, todos los otros sacrificios de la ley eran figura del sumo sacrificio de Cristo, y ésta era la mayor dignidad que ellos tenían. Mas porque tratar de cada uno en particular sería cosa muy prolija, solamente trataré de otro sacrificio semejante al pasado, que debajo de otras palabras y cerimonias significa en substancia lo mismo que él. Mas parece que no se hartaba el Espíritu Sancto de representarnos este misterio por muchas vías, como quien da á comer un mismo manjar guisado de muchas maneras, para que no cause hastío en los que lo comen. Pues vengamos á la figura. Dijo Dios á Moisén: Manda á los hijos de Israel que te traigan una vaca bermeja, la cual sea de edad entera, y que ni tenga mácula alguna, ni haya traído yugo sobre sí. Y sacarla ha fuera de los reales, y sacrificarla ha en presencia de todo el pueblo Eleázaro sacerdote, y mojando el dedo en la sangre della, rociarla ha siete veces hacia las puertas del tabernáculo. Y esto hecho, quemarse ha la vaca de tal manera que la carne, y la sangre, y la piel, y el estiércol della arda y se consuma con la llama. Y esto hecho, el sacerdote que la sacrificó, lavará su cuerpo y sus vestiduras, y así entrará en los reales, y tenerse ha por inmundo hasta la tarde del día. Asimismo el que quemó la vaca, lavará su cuerpo y sus vestiduras, y será tenido por inmundo hasta el mismo tiempo. Después desto, un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca así quemada, y ponerlas ha fuera de los reales en un lugar limpísimo, donde estarán guardadas para purificación de los hijos de Israel, para que cayendo en alguna de las inmundicias corporales de la ley, siendo rociados con el agua que tocare en esta ceniza, sean purificados y limpios, porque la vaca fué sacrificada por los pecados. Ésta es la ley deste sacrificio ordenada por Dios, en la cual cuanto las cosas son más bajas y más indignas de la majestad del legislador, tanto nos dan más claro á entender que todas ellas contienen misterios dignos dél, y así quitado el velo de la letra, veremos aquí al proprio representado el misterio

de Cristo. Porque esta vaca con las condiciones que aquí se le ponen, es figura de la sagrada humanidad. La cual es aquí significada por nombre de hembra, para denotar la flaqueza de carne que este Señor por nuestra causa tomó. Manda luego que sea bermeja, para declararnos por este color encendido el ardor de la caridad que le movió á este Señor á vestirse de nuestra humanidad, porque sola ésta (y no nuestros merecimientos) bastó para traerlo del cielo á la tierra. Dice más, que esta vaca ha de ser de edad entera, para significar la excelencia de las virtudes y obras de Cristo, las cuales todas fueron acabadas y perfectas. Añade más, que ni tenga mácula, ni haya traído yugo, para que entendamos la pureza de aquella humanidad sanctísima, en la cual jamás hubo ni sombra de culpa, ni subjeción ó servidumbre de pecado. Pues esta vaca se sacrifica no en el templo, como los otros sacrificios, sino fuera de los reales, para que por aquí entendamos que Cristo nuestro Salvador no fué sacrificado dentro de la ciudad de Hierusalén, sino fuera en el campo, porque no venía á padecer por solo aquel pueblo, sino por todo el universo mundo. Moja el sacerdote el dedo siete veces en la sangre de la vaca sacrificada, rociándola hacia la parte del tabernáculo de Dios, para significar que los que desean alcanzar perdón de sus pecados, y junto con esto la gracia y dones del Espíritu Sancto (lo cual todo se comprehende en este número de siete, que significa universidad) deben ante todas las cosas presentar al Padre Eterno la sangre de su unigénito Hijo derramada y ofrecida por nuestro remedio, porque ella es el principal estribo y fundamento de nuestra esperanza. Y junto con ella ofrezcamos nuestros trabajos, lágrimas y penitencia, para que todo uñido con aquella sangre preciosa, tenga valor y mérito por ella. Esto nos representa el sacerdote en la misa cuando levanta el cáliz (donde está la sangre de Cristo) no sólo para que sea vista y adorada del pueblo, sino también para que sea por él ofrecida ante el acatamiento divino.

Manda también que se queme toda la vaca con pieles y huesos y todo cuanto hay en ella, para que por aquí conozcamos aquella perfectísima resignación y ofrecimiento con que el Hijo de Dios se ofreció á su Eterno Padre, sin reservar cosa para sí que no pusiese en sus manos y ofreciese á su servicio, como él mismo lo declaró, cuando en la oración del huerto hablando con

él dijo: No se haga mi voluntad, sino la tuya. Y otra vez: Decendí, dice él, del cielo, no á hacer mi voluntad, sino la de aquél que me envió. La ceniza desta vaca así quemada se guarda en lugar limpísimo, para que el agua que tocare en ella, reciba virtud para purificar las inmundicias corporales de aquella ley. En lo cual se nos declara que los méritos de la pasión de Cristo están depositados en la Iglesia católica para dar virtud al agua del sancto bautismo y á todos los otros sacramentos, con los cuales se alimpian y purifican las verdaderas inmundicias de los pecados. Mas ¿qué quiere decir que los que fueron ministros así del sacrificio de la vaca como de la quema della, con los demás que en esto entendieron, han de lavar sus cuerpos y vestiduras, y quedar sucios hasta la tarde? ¿Por qué razón los ministros de la limpieza habían de quedar sucios y contaminados hasta la tarde con cosa tan limpia? Esto dice Santo Tomás que nos representa el pecado de los pontífices y sacerdotes (1), los cuales procuraron la muerte de Cristo, con lo cual á sí causaron la muerte, y á los fieles dieron la vida: ellos cometieron el pecado, y para nosotros negociaron el remedio: ellos fueron para sí ministros de su condenación, y para nosotros lo fueron de nuestra salud. Mas esto ¿hasta cuándo? .Dice la ley que hasta la tarde, cuando entrada la plenitud de las gentes en la Iglesia, éntre también el pueblo de Israel con ellas, y así sea purificado y salvo.

Figura de la vara de Moisén.

§ XI

Mas no se contentó aquel pintor soberano con estos debujos así de Patriarcas como de sacrificios, sino trazó también otros muchos en diferentes materias, que nos representasen este misterio de Cristo. Entre los cuales uno es aquella vara de Moisén tan celebrada en las sanctas Escrituras. Porque enviándolo Dios por su embajador al rey Faraón para que diese libertad á su pueblo, y excusándose él diciendo que no sería creído, dióle ciertas señales para que lo fuese. Entre las cuales la primera fué

(1) S. Thom. 1. 2.

mandarle que echase una vara que traía, en el suelo. La cual como cayó en tierra, se convertió en una tan fiera serpiente, que Moisén echó á huir della. Mas Dios le revocó y mandó que la tomase por la cola, la cual así tomada, se tornó luego en la figura de vara que antes tenía. Pues por la vara (que es señal de jurisdición y de imperio) entendemos el sceptro real de la gloria de Cristo, mas por la serpiente, que es animal ponzoñoso, comúnmente se entiende el pecador y el pecado. Cayendo pues esta vara real en tierra, tomó figura de serpiente, porque decendiendo el Hijo de Dios al mundo, y vistiéndose de la naturaleza humana, sujecta á las penalidades que nos vinieron por el pecado, y muriendo en cruz, tomó imagen de serpiente, que es de pecador y de malhechor. Y el huir Moisén desta serpiente nos representa la ofensión y escándalo que los judíos tomaron del abatimiento de la cruz para no recibir á Cristo. Mas volviendo Moisén á tomar la serpiente por la cola, volvió ella á la primera figura que tenía, para significar que adelante en el tiempo advenidero los que se escandalizaron de la cruz de Cristo, reconocerían la vara y el sceptro de su dignidad real, y le adorarían como á su legítimo Rey y Señor. Dónde también es de notar que haciendo Moisén esta señal delante de Faraón, y haciendo los encantadores otras serpientes semejantes á ésta, echando sus varas en tierra, la serpiente de Moisén tragó todas estas serpientes. Lo cual nos da á entender cómo Cristo tomando imagen de serpiente (esto es, de pecador) tragó todas las serpientes, porque consumió y destruyó todos nuestros pecados. Lo cual significó el Apóstol cuando dijo que Cristo había destruído el pecado con el pecado, declarándonos que por haber tomado él en sí las penas debidas á nuestros pecados, destruyó los mismos pecados, satisfaciendo y pagando por ellos.

Figura de la serpiente de metal.

§ XII

Después destas figuras es muy celebrada y conocida la de la serpiente de metal, de que el Salvador hace mención en el Evangelio: la cual de tal manera representa este misterio, que más parece historia ó profecía que figura. La historia fué, que

enviando Dios en el desierto serpientes ponzoñosas contra los hijos de Israel, porque murmuraban de sus mayores, y muriendo muchos de ellos, hizo Moisén oración á Dios por el remedio desta plaga. Pero es mucho para considerar el remedio que le dió Mandóle que fundiese una serpiente de metal, y que la pusiese en un lugar alto, donde pudiese ser vista de todos, y denunciase al pueblo que cuando se sintiesen mordidos de aquellas serpientes, levantasen los ojos á mirar aquella imagen de serpiente, y con esto luego sanarían. ¡Cuán al proprio y cuán holgadamente viene esto para representar la virtud de la Cruz de Cristo! Porque si esto no quería el Espíritu Sancto significarnos, ¿á qué propósito usaba deste remedio tan inopinado? Porque ¿qué proporción tiene la serpiente pintada para sanar las heridas de las serpientes verdaderas? Y demás desto, ¿qué proporción tiene sólo mirar para sanar? ¿Cuánto más fácil y más proprio remedio era matar las serpientes, ó mandarles que se fuesen, quien las pudo mandar que viniesen? Mas quiso él en esta manera de remedio ponernos ante los ojos un perfectísimo retrato de la cruz del Salvador Porque ¿qué otra cosa es Cristo crucificado entre malhechores, sino serpiente pintada, ó pecador pintado, que parece pecador, y no lo es? Pues ese Señor que siendo justo tomó imagen de pecador, y no siendo deudor de muerte, voluntariamente la sufrió por nuestro remedio, por el mérito desta tan grande humildad y caridad nos alcanzó perdón y remedio para todos los pecados.

Mas ¿qué es lo que de parte del pecador se requiere para gozar deste remedio? El medio es levantar los ojos á lo alto, y mirar este Señor puesto en la cruz, donde tiene imagen de serpiente sin serlo. Mas ¿de qué manera lo habemos de mirar? El mismo misterio lo dice. Con ojos agradecidos á tan grande beneficio, con ojos humildes y devotos, con ojos de fe, de amor, de compasión y de compunción, acordándonos que nuestros pecados fueron los verdugos que pusieron este Señor en la cruz, donde (como él mismo dice) pagó lo que no debía. Esto pues muy al proprio nos representa la figura desta serpiente.

Figura de Eliseo.

§ XIII

Y no menos perfectamente nos representa el mismo misterio el profeta Eliseo cuando resuscitó el niño muerto. La historia deste milagro es, que muriéndose á la huéspeda de Eliseo un solo hijuelo que tenía, que por oraciones del mismo profeta había alcanzado, corrió luego á gran priesa al sancto profeta, creyendo que quien había sido poderoso para darle aquel bien, sería también para restituírselo después de muerto. Viendo pues el Profeta la mujer prostrada á sus pies, y compadeciéndose de su dolor, dió el báculo que traía, á su criado Giezi, mandándole que corriese á gran priesa, y pusiese aquel báculo sobre la cara del niño muerto. Hecho esto, tornó el criado diciendo que el niño no había resucitado. Entonces el Profeta fué á la casa donde estaba el muerto, y ¿qué hizo? Es cierto cosa de admiración. Cerró la puerta donde estaba el niño, y hizo oración á Dios primeramente. Y subiendo luego á la cama del muerto, tendióse sobre él, y puso su boca sobre la boca dél, y sus ojos sobre los ojos dél, y lo mismo hizo sobre los pies y manos. Y como el muerto era pequeño y el Profeta mayor, dice la Escritura que encogió el Profeta su cuerpo para compasarse y proporcionarse con el del niño muerto, y con esto vino á calentarse la carne del niño. ¿Qué más hizo? Decendiendo de la cama donde había subido, dió un paseo por aquella casa de una parte á otra parte, y volvió á subir sobre la misma cama, y tenderse sobre el muerto como antes había hecho. El cual bocejando siete veces, abrió los ojos, y resucitó. Ciertamente, si tuviésemos aquella luz y espíritu que los sanctos tenían, habíamos de leer esta historia, parte con admiración de cerimonias tan nuevas, y parte con reverencia de los misterios que aquí están de tal manera encubiertos, que ellos mismos dan testimonio de estar aquí. Porque ¿qué proporción tienen todas estas cosas para dar vida á un muerto? Pues como sea verdad que á solo Dios pertenezca resucitar los muertos, así como por su omnipotencia se hizo esta obra, así por su sabiduría se trazó la manera della. Y como el Padre Eterno traía siempre ante los

ojos la obra de la redempción del mundo, que había de ser obrada por su unigénito Hijo, siempre buscaba ocasiones con que la representase. Y esto es lo que aquí se hace. Porque este niño muerto es figura del género humano sentenciado á muerte, y muerto en todo género de pecados. Para cuyo remedio envió Dios á su criado Moisén, como á otro Giezi, con la vara de su justicia en la mano, poniendo ante los ojos de los hombres la severidad y amenazas de su justicia, para que de tal manera los atemorizase, que se apartasen de pecar. Lo cual les declaró el mismo Moisén en el monte Sinaí, diciéndoles que Dios había bajado allí con tan grande estruendo y espanto, para que este miedo los retrajese de pecar. Y demás desto en la mayor parte de las leyes que les daba, ponía contra los quebrantadores dellas pena de muerte, para que este miedo hiciese que las guardasen. Mas nada desto bastó para que abriesen los ojos, y conociesen á Dios, y guardasen sus mandamientos. Pues ¿qué remedio? Lo que no pudo acabar el siervo con su temor, ¡acabó el Señor con la grandeza de su amor, lo que no acabó el rigor de la justicia, acabó la blandura de la misericordia, lo que no hicieron los azotes, hicieron los beneficios, y particularmente aquel soberano beneficio, que fué hacerse Dios hombre, hacerse el grande pequeño, hacerse el que era Dios, semejante en todas las cosas á los hombres, quitado aparte el pecado. Lo cual nos representa haberse encogido el Profeta sobre el niño muerto, y proporcionádose con su cuerpo, con lo cual dice que la carne del muerto se calentó. Pues ¿qué es calentarse la carne del muerto sino que considerando los hombres la incomprehensible bondad y caridad que el Señor de todo lo criado declaró en esta obra, no pudieron dejar de encenderse en amor de quien así los amó, así los buscó, así los remedió y así de muerte á vida los resuscitó? Mas ¿qué quiere decir dar luego un paseo de una parte á otra por la casa del muerto, y tornar otra vez á tenderse sobre él como de primero? En dos cosas tomó el Salvador nuestra semejanza: la una, en hacerse hombre por amor de los hombres en la obra de la encarnación, y la otra, en tomar imagen de pecador en la obra de la pasión, y lo uno y lo otro nos representan estas dos veces que el Profeta se midió y proporcionó con el niño muerto. Mas el paseo de una parte á otra entre estas dos cosas denota aquel pedazo de tiempo que el Salvador después de su sancta encarnación anduvo

en este mundo predicando antes de la sagrada Pasión. El poner otrosí el Profeta su boca, ojos y manos sobre las del niño, con que la carne dél se calentó, nos da á entender que por la participación y comunicación de la gracia y méritos de Cristo somos sanctificados y restituídos de muerte á vida. Mas bocejar el niño siete veces nos significa la confesión de los pecados, á la cual pertenece resucitar los hombres de muerte á vida por razón de la virtud que á este sacramento se comunica por el mérito de la pasión de Cristo. En lo cual todo vemos cuán propria, cuán sabrosa y cuán suavemente, sin torcer Escrituras, se aplica toda esta historia al misterio de Cristo, que (como dice el Apóstol) es el fin de la ley y de los profetas. En lo cual todo se ve cuánto pretendía el Padre Eterno que trajésemos siempre ante los ojos la presencia deste clementísimo Salvador.

De otras diversas figuras.

§ XIV

Mas no contento con esto, quiso también que todas las alhajas del Santuario nos representasen este Señor, conviene á saber, el arca de la amistad, el mana que estaba dentro della, el propiciatorio que estaba sobre ella, el pan de la mesa que llaman de la proposición, el altar del encienso, el candelero de oro y el velo del templo. Porque ¿á quién pertenece más llamarse arca de la amistad de Dios, que á aquella sagrada humanidad, por cuyos merecimientos fuimos reconciliados con él? ¿Qué otro mana hubo más suave, ni que más diferencias de sabores tuviese, que todo el discurso de la vida y muerte del Salvador? ¿Qué otro propiciatorio más verdadero que aquel Señor que por el sacrificio de su pasión aplacó y amansó la ira del Padre, y se hace cada día propicio á los pecados de los hombres? ¿Qué candelero más resplandeciente que aquél que dió luz al mundo que moraba en tinieblas y sombra de muerte? ¿Qué altar más proprio para ofrecer á Dios el encienso de nuestras oraciones, que la sagrada humanidad deste Señor, por la cual pedimos perdón de pecados, y remedio para todas nuestras necesidades? ¿Qué pan más substancial para sustentar las ánimas en la vida espiritual, que aquel

mismo Señor, que dice: Yo soy pan vivo que decendí del cielo, y quien comiere deste pan, vivirá para siempre? Y no menos el velo del templo, con que se cubría el Sanctuario, nos representa la sagrada humanidad con que estaba encubierta la gloria de la divinidad. Por dónde, cuando el Salvador expiró en la cruz, se rasgó este velo de alto á bajo, para que lo que acaecía en lo figurado, se representase también en la figura. Esto baste de las figuras que representaron á Cristo.

El fructo que de la inteligencia de ellas se saca, son aquellas dos nobilísimas virtudes entre las teologales, que son, esperanza y caridad. Porque considerando en estas figuras los grandes bienes que este Señor nos hizo de pura gracia y con tanta costa suya, siendo nosotros tan indignos dellos, luego el piadoso corazón se mueve á esperar en todas sus necesidades y peticiones remedio de quien tanto lo amó, y tanta bondad y misericordia le descubrió, y tantos beneficios le hizo. Y no menos se enciende en amor desta misma incomprehensible bondad y caridad, que basta para derretir corazones de hierro. Por lo cual dijo el mismo Señor que venía á poner fuego en la tierra, porque venía á hacer tan grandes beneficios á los hombres, que bastasen para hacerlos arder en su amor.

Bien creo que muchos se alegrarán con esta doctrina, porque estas tan señaladas virtudes (que son, esperanza y amor) traen consigo grande consolación, y cada uno pensará que las tiene, y dirá que espera en Dios, y lo ama. Mas para conjecturar uno de sí que ama á Dios, es menester que examine si tiene en sí las cosas que andan en compañía deste amor. Entre las cuales la primera es la guarda de los mandamientos divinos, como expresamente lo declaró el Salvador, cuando dijo: El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y en otro lugar: Si alguno (dice él) me ama, ése guardará mis mandamientos. Y S. Juan en su Canónica dice: Si alguno dijere que ama á Dios, y no guarda sus mandamientos, mentiroso es. Sabida es aquella sentencia de Sant Gregorio: Nunca está el amor de Dios ocioso, porque óbra grandes cosas, si es verdadero amor, y si las deja de obrar, no lo es. Y quien quisiere saber cuáles sean las obras y las virtudes que acompañan este amor, S. Pablo se lo dirá, el cual atribuye á la caridad (que es lo mismo que este sancto amor) las propriedades siguientes. La caridad (dice él) es pa-

ciente y benigna, no tiene envidia, no hace cosa mala, no es hinchada, no es ambiciosa, no busca su proprio interese, no se indigna, no piensa mal, no huelga con la maldad, mas gózase con la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo sustenta. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Éstas pues son las propriedades y compañeras desta virtud. Por lo cual así como conocemos las cosas naturales por las propriedades que tienen (como por el calor conocemos al fuego, y por el frío al agua) así por estas propriedades ha de examinar el hombre si tiene amor de Dios ó no, y no por solas palabras. Por lo cual dice el mismo S. Gregorio que la lengua y el ánima y la vida han de ser preguntadas y examinadas si amamos á Dios ó no. Pues este desengaño se da aquí á todo fiel cristiano, porque por estas señales podrá conjecturar si ha alcanzado esta virtud. Y con este aviso tan importante daremos fin á este segundo tratado de las figuras de Cristo.

COMIENZA
EL TERCERO TRATADO
DESTA TERCERA PARTE

EN EL CUAL

POR VÍA DE DIÁLOGO ENTRE UN DISCÍPULO Y UN MAESTRO SE RESPONDE CLARÍSIMAMENTE Á TODAS LAS PREGUNTAS QUE ACERCA DEL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN Y PASIÓN DE NUESTRO SALVADOR LA PRUDENCIA HUMANA PUEDE HACER

DIÁLOGO I

QUE TRATA

DE LA CAUSA DE LA VENIDA DEL HIJO DE DIOS AL MUNDO

Discípulo.

HE leído, maestro, con diligencia lo que hasta aquí habéis escripto del misterio de nuestra redempción, y no puedo explicar con palabras la consolación y edificación que mi ánima con esta nueva luz ha recibido, ni puedo acabar de maravillarme de los grandes frutos que ha producido este árbol sagrado, pues no se halla obra virtuosa para la cual no hallemos esfuerzo y ejemplo en él. Mas todavía para mayor luz y conocimiento desta tan alta filosofía, deseo haceros algunas preguntas, para quedar más resoluto en ella. Con todo esto confieso que con lo referido hasta aquí quedan respondidas algunas que yo pudiera hacer acerca deste misterio. Porque al principio me declarastes por convenientes ejemplos por qué la culpa y pena de aquel primer pecado había decendido de padres á hijos, y inficionado á toda la naturaleza humana.

Item señalastes bastantísimas causas y razones por qué habiendo caído el ángel y el hombre, la divina Providencia dejó al

ángel en su obstinación, y determinó remediar al hombre. De manera que acerca de estos dos puntos me doy por respondido con lo dicho. Agora quiero (como si viniera de nuevo al conocimiento de Dios) preguntar por orden las conveniencias de todas las partes y circunstancias deste misterio, proponiendo cada una en particular para mayor distinción y conocimiento de la verdad

Y así primeramente os pregunto por la causa de la venida del Hijo de Dios al mundo, pues no le faltaban ministros para acabar todo lo que quisiese, sin venir él en persona.

Maestro. Mucho huelgo que tratemos cada parte deste misterio por sí, por que no confundamos unas cosas con otras. Pues para responder á esta pregunta, habéis primeramente de presuponer que aquel soberano Señor y Emperador es la causa eficiente y final de este mundo. Él solo lo hizo, y para sí lo hizo. Porque así como ninguno otro lo pudo hacer sino él, así para ninguno otro se pudo hacer sino para él: esto es, para que todo este mundo fuese un libro de todas las perfecciones divinas, por el cual todas las criaturas intelectuales (que son los hombres y los ángeles) conociesen y amasen y glorificasen aquel soberano Señor y Hacedor de todo. De suerte que todo este mundo fuese un templo, un coro y una capilla real, en que todas las criaturas á una voz predicasen la gloria de su Señor. Éste es el fin para que fué criado este mundo, según la fe y según la misma filosofía natural.

Siendo esto así, vino el príncipe de las tinieblas como soberbio enemigo de Dios, y atravesóse de por medio á ocupar este reino, y tiranizar este mundo, y usurpar la gloria de Dios, y hacerse adorar y venerar en todo él como Dios. Y así por todo él extendió sus banderas, sus armas, sus insignias, sus templos, sus sacrificios y sus altares, y cuasi en todo él se hizo obedecer y adorar. Pues en tal caso, supuesta la Providencia divina, ¿qué era razón que hiciese el verdadero y legítimo Señor del mundo? Parece que estaba en razón hacer lo que hacen los reyes de la tierra, cuando algún reino suyo se les levanta, que es enviar sus embajadores, sus capitanes y criados para reducir el reino á su verdadero señor, mandando hacer justicias y castigos en los amotinadores y desleales. Y cuando el negocio es de tal cualidad que toda esta providencia no basta, va el mismo rey en persona, ó envía su proprio hijo con gran poder y autoridad para que dé

cabo á este negocio, castigando los rebeldes y remunerando los leales, para que usando así de rigor como de blandura, según la cualidad de las personas, restituya el reino á su padre. Éste es el modo que se tiene acá en el mundo. Pues desta manera se hubo en este caso el soberano Emperador. Como vió el mundo que él había criado para sí, ocupado deste tirano, envió primero sus embajadores, que fueron patriarcas y profetas y ángeles, y ejecutó en el mundo castigos muy rigurosos para reducirlo á su servicio, como fueron diluvios, mortandades, hambres, pestes, cautiverios, fuego del cielo y otros semejantes castigos. Finalmente tanto fué el rigor de la divina Justicia en aquellos tiempos (mayormente con su proprio pueblo, el cual estaba tanto más obligado al servicio de su Señor, cuanto más había recebido dél) que por Esaías dice : ¿Hasta cuándo tengo de perseverar en castigaros, pues cada día sois peores, añadiendo unas maldades á otras? Dende la planta del pie hasta la cabeza no hay parte sana en vosotros, no hay cosa que no esté herida y lastimada con mis azotes, sin haber medicina ni emplasto que los cure. Y por Ecequiel encarece más esta incorrigibilidad sobre tantos azotes, diciendo: Mucho habemos trabajado y sudado, y con todo esto no se ha alimpiado el orín de la maldad desta gente, ni por muchas caldas de fuego que le habemos dado. Mas ¿qué diré? Tan lejos estuvieron los hombres de emendarse con las amenazas y amonestaciones de los profetas, que no sólo no se emendaron, mas como furiosos y frenéticos se levantaron contra los mismos profetas que los pretendían curar, y los mataron con diversas maneras de muertes, apedreando á unos, y aserrando á otros, y atravesando á otros con barras de hierro. Éste fué el fructo que se cogió desta medicina con que Dios quería curar los males de su pueblo.

Pues ¿qué era razón que hiciese Dios en este caso? ¿Había de cesar? ¿Había de rendirse? ¿Había de quedar vencido sin salir al cabo con su intento, y que el demonio quedase vencedor y victorioso, gloriándose que no había sido Dios poderoso para prevalecer contra él y derribarlo de su silla? No por cierto. Pues ¿qué remedio? Lo que no pudieron los mensajeros, podrá el Señor, lo que no pudo el rigor, podrá la misericordia, lo que no acabó el temor, acabará el amor, como el mismo Señor lo había prometido diciendo por un profeta que traería á sí los hombres con pri-

siones y cadenas de amor. Pues por esta tan justa causa determinó el soberano Emperador de enviar su Hijo al mundo, para que lo que los primeros embajadores no habían acabado, lo acabase el Señor dellos. Y por esta determinación comenzó el Apóstol su Epístola á los Hebreos diciendo que Dios había hablado y tratado con los padres antiguos por boca de sus profetas de muchas maneras, mas que agora había determinado hablarles por medio de su Hijo, que era heredero y señor de todas las cosas, por el cual las había criado.

Mas, veamos, ¿de qué manera envió á este nuevo embajador? Enviólo cierto como convenía á la dignidad de tal persona, cual era la del Hijo de Dios, lleno de poder y lleno de gracia: de poder, para vencer los demonios, y de gracia, para aficionar á sí los corazones de los hombres, perdonando lo pasado, y haciéndoles mercedes de nuevo, para que lo que no se había acabado con castigos, se acabase con beneficios, y lo que no se había concluído con azotes, se concluyese con regalos. Por lo cual dice el mismo Hijo por Esaías que venía á predicar al mundo un año de jubileo y un día de venganza: el jubileo para perdón de los culpados, y la venganza para castigo de los demonios. Y en otra parte dice el mismo profeta que él vendría á vengarnos y á salvarnos, que es, á usar de misericordia y de justicia: la misericordia para con los hombres, y la justicia para con los demonios, la misericordia para los engañados, y la justicia para los engañadores, la misericordia para el reino, y la justicia para el tirano que se había levantado con él. Esto es lo que claramente dijo el Salvador antes de su sagrada pasión. Agora ha de ser juzgado y sentenciado el mundo, agora el príncipe de este mundo ha de ser echado fuera dél. Y llama al demonio príncipe deste mundo, no porque le perteneciese por derecho, sino porque lo había tiranizado, usurpando en la tierra lo que no había podido alcanzar en el cielo. Pues éste ha de ser agora juzgado por el Hijo de Dios, y por él ha de ser desterrado del mundo y despojado de todo lo que tenía en él robado. Porque éste es aquel fuerte armado, de que el Salvador dice en el Evangelio que guardaba poderosamente su estancia, mas viniendo otro más esforzado que él, lo desencastilló desta plaza, y lo saqueó y despojó de sus armas. Pues este fuerte armado (que era el demonio) estaba apoderado del mundo, y tan subjectos tenía sus prisioneros por las cadenas de sus aficiones,

que no había poder en la tierra que los pudiese libertar, hasta que vino el poder del cielo, que lo venció y le quitó todos estos despojos. Y ésta misma es aquella victoria tan señalada que canta el profeta Esaías, diciendo que en aquel día visitará el Señor con su espada fuerte y dura á la serpiente Leviatán, y matará á la ballena que está en la mar. Ésta es aquella grande ballena que tragaba todo el mundo, y aquella serpiente enroscada que trajo con el cabo de la cola la tercera parte de las estrellas del cielo y cuasi todas las tres partes del mundo. Pues contra esta gran bestia vino el Hijo de Dios á pelear, y con la espada de su brazo cortó la cabeza deste dragón, y le quitó sus despojos, y derribó por tierra sus templos y sus altares.

Por dónde los que tienen ojos para saber mirar esta victoria, y tienen experiencia desta nueva libertad que el Hijo de Dios les alcanzó, librándolos del cautiverio de las pasiones y pecados en que vivían, maravillados desta nueva victoria y de ver prostrado por tierra el culto y adoración de este tirano, exclaman con el profeta Esaías, el cual debajo del nombre del rey de Babilonia se espanta desta victoria, diciendo así: ¡Cómo ha cesado el robador del mundo! ¡Cómo se ha quitado el tributo de los pecados que nos pedía! Quebrantó Dios el báculo de los malvados y la vara de los que señoreaban, que hería los pueblos con azote incurable, que subjectaba con su furor las gentes, y cruelmente los perseguía. Y más abajo: ¿Cómo, dice, caíste del cielo, lucero que salías á la mañana? Caíste en tierra el que herías las gentes, y el que decías en tu corazón: Subiré al cielo, y sobre las estrellas de Dios levantaré mi silla, y asentarme he en el monte de Testamento. Subiré sobre la altura de las nubes, y seré semejante al Altísimo. Mas con todo esto serás derribado en el infierno y en lo profundo del lago.

Aquí se cumplió aquella profecía de Hieremías, que dice: La perdiz calentó los huevos que no parió. Juntó riquezas, no con juicio: en medio de sus días las dejará La cual profecía declara S. Hierónimo por estas palabras: Dicen los escritores de la Historia Natural ser ésta la naturaleza de la perdiz, que hurta los huevos de otra perdiz, y se echa sobre ellos, y los saca, mas después que ellos han crecido, en oyendo la voz de la verdadera madre, dejan esta falsa, y vanse en pos de la verdadera. El cual ejemplo acomoda muy bien este sancto varón á la conversión de las gentes,

las cuales habiendo seguido y adorado por Dios al demonio, que había hurtado la gloria al verdadero Dios, en oyendo la predicación del Evangelio y la voz de su legítimo Dios y Señor, desampararon al engañador, y siguieron á su Criador.

Ésta pues fué la causa de la venida del Hijo de Dios á la tierra, que fué á quebrantar la cabeza desta serpiente (como al principio del mundo lo había prometido) echando fuera el tirano, y haciendo que el verdadero y legítimo señor fuese reconocido y adorado.

Discip. Muy justa me parece la causa de esa venida, pues el culto de los ídolos era el mayor de todos los males del mundo, del cual redundaba el menosprecio y deshonra del Criador y la perdición de infinitas ánimas, y tal empresa como ésa, que contra sí tenía el favor de todas las naciones y de todos los reyes y monarcas del mundo, no era indigna del Hijo de Dios, mas antes á él pertenecía tan gran hazaña. Porque ¿á quién pertenece más volver por la honra y reino de su padre, que á su hijo, y más tal hijo?

Maest. Es así como decís. Mas por agora basta lo dicho, porque adelante trataremos más de propósito de la victoria del mundo y de la idolatría. Agora ved si tenéis más que preguntar.

Discip. Eso quedará para el día siguiente, porque es cosa que pide más espacio.

DIÁLOGO II

EN QUE SE PREGUNTA POR QUÉ CAUSA VINO EL SALVADOR AL MUNDO, TOMANDO EN SÍ LA NATURALEZA HUMANA

Discípulo.

SATISFECHO ya de la primera pregunta (que es, por qué causa determinó el Criador venir por sí á reformar el mundo que él había criado) vengamos al principal punto de este misterio, que es, ¿por qué quiso venir vestido de carne humana? Y por juntar esta pregunta con la pasada, ya que quiso hacerse hombre, ¿por qué pudiendo dende luego aparecer en el mundo hombre de entera edad, quiso nacer niño como nacen los otros niños?

Maest. Primeramente quiero advertiros que aunque toda la divinidad estaba encerrada en ese tan pequeño corpecito, no por eso dejaba de estar en todo lo criado como primera causa de que penden todas las otras causas, sin cuya virtud y asistencia todas ellas pararían, como lo harían todas las ruedas de un reloj, si les quitásedes el peso que las mueve. Y así como por estar Dios aposentado en el ánima del justo dándole vida espiritual, no deja de estar en todo el mundo, así estando encerrado en aquella sagrada humanidad dándole ser divino, no deja de estar en todas las cosas dándoles ser natural, mayormente pues vemos que nuestra ánima intelectiva (que es substancia espiritual) estando encerrada en su cuerpo, discurre y anda por todo el mundo. Pues ¿cuánto más podrá esto aquel simplicísimo y purísimo espíritu divino? Y por esto dice el profeta de él que subió sobre los querubines, y voló, y que voló sobre las plumas de los vientos. Con las cuales palabras nos declaró la presencia y asistencia de Dios, que todas las cosas ve, todas penetra, por todas anda, á todas sostiene, rige y gobierna con su divina providencia. Porque si la virtud del sol (que es criatura de Dios) alumbra

y da calor á todo el mundo, ¿cuánto más adelante pasará la virtud y potencia del Criador?

Mas porque esto es cosa clara, responderé á lo que me preguntáis, por qué causa este Señor, ya que quiso hacerse hombre, comenzó por esa tan pequeña figura, no sólo de hombre, sino también de niño, y niño nacido con tanta humildad y pobreza. Para responderos á esto, acordaos de lo que ayer dijimos, que es, haber venido este esforzado capitán á quebrantar la cabeza de aquella antigua serpiente y á pelear con aquel fuerte armado y saquearlo y echarlo fuera de la estancia y señorío del mundo que había usurpado. Pues viniendo á esto, ¿con qué género de armas era razón que pelease con él? Si viniera en su propria figura y con sus proprias armas, ¿qué gloria ganara en vencer este enemigo? No es ésa la condición de Dios. Con mosquitos hace guerra (cuando él quiere) á los reyes. Por mano de una mujercita cortó la cabeza de Holofernes, y desbarató todo el campo de los asirios, y desta manera escoge las cosas más flacas del mundo para hacer guerra á las más fuertes. Y esto es lo que el Apóstol significó, cuando dijo que lo flaco de Dios era más fuerte que toda la fortaleza del mundo. Pues de esta manera convenía que este Señor viniese, para que fuese más gloriosa esta victoria, peleando con el enemigo, no con potencia sino con flaqueza, no con el poder de su divinidad sino con la humildad de su humanidad, no con la fortaleza de su espíritu sino con la flaqueza de su cuerpo, no con cuerpo de gigante sino con cuerpo de niño chiquito, de quien estaba escripto que antes que supiese hablar, derribaría la fuerza de Damasco, que es el poder del príncipe deste mundo. Pues desta manera peleó nuestro David con el gigante Golias, no con armas de Saúl doradas, sino con una honda y un cayado, esto es, no con la potencia de su divinidad, sino con la flaqueza de su humanidad. Y cuanto fueron más flacas las armas, tanto fué más ilustre la victoria. Así que por esta causa convenía que viniese en esta figura. Y no sólo por esta causa, sino también porque esta misma figura era la más conveniente para esta empresa. Porque si él venía á reconciliar consigo los hombres y confundir los demonios, en aquella figura convenía que viniese, en la cual de los hombres fuese más amado, y de los demonios menos conocido, para que desta manera aficionase á sí los hombres, y por arte venciese los demonios,

porque el que por arte había vencido y engañado al hombre, por arte fuese vencido y burlado de Dios. Y para lo uno y para lo otro ninguna figura había más conveniente que ésta.

Discip. Por cierto, maestro, eso está hermosamente dicho, y con estas vuestras respuestas grandemente se consuela mi ánima, porque es cosa de grande suavidad entender el sumo artificio y consejo de las obras divinas, y ver cuán proporcionados medios toma para los fines que pretende. Mas no debe ser sola ésa la causa de haberse vestido él de nuestra humanidad, sino otras muchas, y ésas deseo saber. Porque mirando este negocio con ojos de carne, no parece cosa conveniente que aquella altísima, purísima y simplicísima Substancia, que (como dice Esaías) tiene de tres dedos colgado el peso de la tierra, y que asentó los montes y los collados por peso y medida, quisiese vestirse de una ropa tan baja como es la carne humana.

Maest. ¡Oh cuán gran campo habéis abierto con esa pregunta, para poder un grande ingenio extender todas las velas de su elocuencia en esa materia! ¡Oh cuántas riquezas están encerradas debajo de este misterio! Mas ¿quién tendrá aquella pureza de consciencia para osar tratarlas, y aquella luz del Espíritu Sancto para entender las maravillas que están encerradas en él? Pero confiado en la bondad de aquel Señor que á tanto se inclinó por nuestro amor, diré alguna cosa de las muchas que esa vuestra pregunta demanda. Y para proceder con mejor orden, primero os diré que no fué indigna cosa de aquel altísimo Señor hacerse tal hombre cual se hizo: y asentado esto, declararé cuán conveniente cosa era que aquella suma Bondad se vistiese desta ropa de nuestra humanidad, y cuánta gloria de aquí se le siguió.

Digo pues que la causa por que los infieles tuvieron por cosa indigna de la majestad de Dios hacerse hombre, fué porque consideraban que Cristo era hombre de la manera que los otros hombres, que es, con las propriedades y bajezas comunes dellos, los cuales, como son concebidos en pecado, nacen con toda aquella perversidad de apetitos y pasiones que arriba contamos tratando del pecado original, por el cual el entendimiento quedó escurecido, el libre albedrío flaco, la voluntad rebelde, la imaginación fugitiva y inquieta, el apetito desordenado y cobarde para todo lo bueno, y muy cobdicioso para todo lo malo, y sobre todo, la carne enferma y mal inclinada. Tal nace el hombre del

vientre de su madre: y si los hombres niegan haberse hecho Dios tal hombre como éste, tienen razón, porque ninguna cosa había más indigna de Dios que tomar tal hábito y tal naturaleza como ésa.

Discip. Pues ¿que tal hombre se hizo?

Maest. ¡Oh cosa de grande admiración y suavidad, en que el ánima religiosa no se harta de pensar noches y días! ¡Oh sabiduría de Dios, que así sabe levantar las cosas bajas, y engrandecer las pequeñas, y honrar las humildes! Porque ya que por su inmensa bondad determinó abajarse á tomar nuestra humanidad, tal hombre se hizo, que no fuese deshonra. sino grandísima gloria hacerse tal, pues estaba en su mano hacerse cual él quisiese, sin costarle más que sólo querer.

Porque primeramente en la naturaleza común de los hombres había una cosa que Dios hizo, que fué la naturaleza, y otra que el demonio acarreó, que fué el pecado. Mas este Señor tomó en sí lo que Dios hizo, y dejó lo que el demonio había tramado, porque tomó nuestra naturaleza sin pecado. Ni tampoco fué concebido ni nacido por la común vía de los otros hombres, sino por una manera maravillosa y digna de tal Majestad, ca fué concebido por virtud del Espíritu Sancto, y nacido de madre virgen, porque si Dios había de nacer, había de ser de virgen, y si virgen había de parir, había de ser á Dios. Esta manera de concepción y nascimiento fué tan nueva, tan gloriosa y tan digna del Hijo de Dios, que aunque muchos locos emperadores se intitularon y hicieron adorar como dioses, nunca ninguno de ellos atinó á atribuir á sí esta tan grande gloria.

Pues ¿qué diré de las riquezas y gracias que á esta sacratísima humanidad fueron concedidas? La primera y suma gracia fué la unión della con el Verbo divino, que es la mayor cosa que toda la omnipotencia de Dios puede dar. Con la cual dignidad aquella sancta humanidad fué ensalzada sobre todo lo que Dios tiene criado, y puede criar. Y conforme á esta tan soberana dignidad le fueron concedidas todas las gracias, que fueron, la gracia de universal cabeza de todo el género humano, para que por él se pudiese dar gracia á toda la posteridad y linaje de Adán. Y con ésta le fueron dadas todas las gracias que llaman gratis datas, que fueron, gracia de profecía, de sabiduría, de hacer milagros, de sanar enfermos, de enseñorear espíritus malos, y de

todas las riquezas y dones del Espíritu Santo, que en aquella ánima sanctísima se aposentó, como lo significó el profeta Isaías, cuando dijo: Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y desta vara nacerá una flor, sobre la cual reposará el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de sciencia y de piedad, y hinchirá su ánima del espíritu de temor del Señor. Estos y otros innumerables dones del Espíritu Sancto fueron infundidos en aquella ánima sanctísima, porque en ella se depositaron todos los tesoros de la sabiduría y sciencia de Dios, como lo requería la dignidad del ánima uñida personalmente con él. Pues siendo esto así, no era cosa indigna de la majestad de Dios vestirse de tan rica y hermosa ropa. Porque dado caso que la naturaleza humana sea más baja que la angélica, pero fué ella en tanto grado levantada por gracia, que sobrepuja con infinita ventaja á toda la alteza angélica. De un paño bajo se puede hacer una ropa guarnecida con tanta pedrería y con tan ricas labores y bordaduras, que sea muy más preciosa que si toda fuese de tela de oro, porque lo que le falta de la dignidad de la materia, suple la hermosura de la forma y de la hechura. El velo del templo que estaba delante del arca del Testamento, era de diversos colores, y labrado de aguja por mandado de Dios: el cual representa el velo de la sagrada humanidad, con que estaba cubierta la gloria de la divinidad, y la variedad de sus colores la muchedumbre y diferencias de sus virtudes, y el ser labrado dé aguja nos figura el artificio subtilísimo del Espíritu Santo, con que aquella santa humanidad fué adornada y hermoseada. Por esta causa dice el Psalmista que el Señor se vistió de hermosura, y se ciñó de fortaleza. Y por esto se llama hermoso en su hermosura sobre todos los hijos de los hombres, que es, sobre todos cuantos santos ha habido y habrá jamás. Lo cual representa la Esposa en los Cantares, cuando dice: Como el manzano entre los árboles silvestres y montesinos, así resplandece mi amado entre los hijos de los hombres, que es (como dijimos) entre todos los santos. Por la cual causa el mismo Psalmista dice que fué este Señor ungido con la gracia del Espíritu Santo sobre todos los que de ella participaron, que son todos los escogidos. Y finalmente por esta tan señalada ventaja lo llama Daniel el Santo de los santos.

Demás de esto las pasiones naturales que comúnmente en los

hombres son tan rebeldes y desobedientes á la razón, por causa del pecado en que todos somos concebidos, en él estaban tan obedientes como lo estaban antes del pecado, por virtud de la justicia original. Porque como él fué concebido por el Espíritu Sancto, tomó de Adán sólo la naturaleza, mas no la culpa, y por eso no había en él esta mala raíz que hay en nosotros, porque no era justo que tuviese algún rasguño de pecado quien venía á sanar las heridas mortales de nuestros pecados. Finalmente, tan grande fué la perfección y hermosura de aquella santa humanidad, y tan lejos están algunos doctores de tener por cosa indigna de la majestad de Dios venir al mundo en esta forma para satisfacer por los pecados, que vienen á decir que aunque no hubiera pecados ni pecadores que redimir, no dejaría de encarnar, alegando que no era razón que aquella tan excelente obra de la sagrada humanidad (que vale más que todo lo criado) estuviera pendiente de una cosa tan accidental y tan ocasionada como era el pecado, alegando también para esto (entre otras razones) que al sumo bien convenía esta suma comunicación, para declararnos por ella la grandeza de su bondad y caridad, y para honra del mundo que él había criado, pues juntándose con el hombre, que es el mundo menor, todo el mundo mayor quedaba honrado y ayuntado al principio de donde había procedido, como adelante declararemos.

§ I

Mas no pára aquí la excelencia y gloria desta sagrada humanidad, porque todo lo demás que en ella sucedió, fué conforme á aquella primera y suma dignidad de la unión con el Verbo divino, porque tal es la consecuencia y correspondencia de las obras trazadas por el consejo de Dios. Y así demás de lo dicho (porque ningún linaje de dignidad y gloria faltase en este misterio) antes que este Señor naciese, luego al principio del mundo, y por todas las edades que después sucedieron, fué prometido á los patriarcas, denunciado por los profetas, predicado por las sibilas, y figurado en todas las ceremonias, sacrificios y sacramentos de la ley. Y cuando ya hubo de venir al mundo, ¿de qué manera vino? Vino como convenía á tan alta Majestad. Fué denunciado por un

ángel, concebido por virtud del Espíritu Sancto, nacido de madre virgen, cantado y celebrado su nacimiento por millares de ángeles, visitado de los pastores, publicado por las estrellas, adorado de los reyes, conocido de los justos Simeón, Ana, Zacarías, Elisabet y sobre todo del niño Sant Juan, que estando encerrado en las entrañas de su madre, le adoró y reconoció, que fué la más nueva manera de reverencia que jamás se vió, porque así convenía para la gloria y honra del Señor que de nuevo venía al mundo. Mas después de ya crecido, juntamente creció con él la gloria. Porque en su baptismo se abrieron los cielos, y sobre él decendió el Espíritu Sancto en especie visible de paloma, y sonó aquella voz magnífica del Padre: Éste es mi Hijo muy amado, en que yo me agradé. Después de esto, andando por el mundo y conversando con los hombres, tales obras hacía, cuales convenía á la dignidad de quien él era. Porque bajando Dios en forma humana del cielo á la tierra, ¿qué obras había de hacer sino obras de Dios? Pues tales las hizo este Señor, sanando los enfermos, alumbrando los ciegos, limpiando los leprosos, lanzando los demonios, curando los paralíticos, resuscitando los muertos, mudando la naturaleza de las cosas, multiplicando los panes, andando sobre las aguas de la mar, mandando á los vientos, sosegando las tempestades, revelando los secretos de los corazones, denunciando las cosas advenideras, viviendo vida santísima, predicando doctrina maravillosa, perdonando los pecados, alumbrando y sanctificando los hombres. Y lo que más es, no sólo hacía estas maravillas por sí, mas otras como éstas, y aun mayores, hacían los que en él creían, como él mismo lo dijo. Y no sólo obraba esto con la virtud de su palabra, sino con solo el tocamiento de su vestidura, la cual daba entera salud á quienquiera que la tocaba. Pues ¿qué cosa más digna de Dios que esta manera de vida? ¿Cómo era razón que anduviese Dios entre los hombres, sino obrando estas grandezas?

Síguese después la muerte, que aunque muerte al parecer deshonrada, no fué menos gloriosa que la vida. Porque si dende el principio del mundo, en la muerte del justo Abel, se comenzó la guerra de los malos contra los buenos, y siempre se prosiguió en todas las edades con las muertes de los profetas, ¿qué había de hacer el mundo perverso contra quien tal vida vivía, y tal doctrina predicaba, y tal testimonio daba de sus malas obras, sino perseguir á quien así lo perseguía, y destruir á quien lo destruía,

y hacer guerra mortal á quien así se la hacía? ¿Qué había de hacer el que era todo carne, sino levantarse contra el que era todo espíritu? ¿Qué el frenético, sino indignarse contra el médico? ¿Qué el lagañoso, sino ofenderse con el resplandor de la luz? ¿Qué el ladrón, sino encruelecerse contra quien descubría sus hurtos?

Pues ¿qué diré de la moderación y gravedad con que se hubo en la muerte? Él mismo se vino al lugar de la pasión, él estuvo la víspera della predicando y consolando á sus discípulos, lavándoles los pies, y ordenándoles aquel altísimo y divinísimo Sacramento de su cuerpo y de su sangre, él salió á recebir á los que le venían á prender, y después de caídos en tierra, dos veces los tornó á levantar, y reprehendió á Sant Pedro porque había herido á uno de sus enemigos, y con su bendita mano le sanó la herida. Y puesto ya en medio de sus enemigos, ¡qué paciencia mostró en tantos tormentos, qué silencio entre tan falsas acusaciones, qué mansedumbre entre tantas injurias, qué gravedad en sus respuestas, y qué semblante y mesura en presencia de tan injustos jueces y tribunales! Ni son menos de notar las palabras que habló estando en la cruz, tan dignas de quien él era, haciendo oración por aquéllos mismos que lo crucificaban y actualmente lo blasfemaban, y ofreciendo el paraíso al buen ladrón, y encomendando la piadosa madre al amado discípulo, y el espíritu en las manos de su Padre, acabando la obra de aquella tan grande obediencia. Todas estas cosas manifiestamente daban testimonio de su inocencia y de la dignidad de su persona: mas mucho más lo dió al tiempo de la pasión el sentimiento del mundo, la alteración de los elementos, el escurecerse los cielos, el temblar la tierra, el quebrantarse las piedras, el abrirse los sepulcros, el resuscitar los muertos, y romperse el velo del templo, que de aquella sancta humanidad era figura, y así convenía que se rasgase cuando ella padecía, porque tal sentimiento era razón que hiciese el mundo cuando moría en cruz el Criador del mundo. De manera que todas las cosas concuerdan dende el principio hasta el fin, así como convenía á la dignidad de tal Señor, la concepción, el nacimiento, la vida, la muerte, con todo lo demás. Y no pára aquí su gloria, porque si murió, resuscitó luego al tercero día como señor y vencedor de la muerte, y resuscitó consigo muchos otros muertos, y saqueó al infierno, y prendió al príncipe deste mundo, y hecho esto, con aquella pre-

sa tan gloriosa por su propria virtud subió en cuerpo y ánima por los aires al cielo, espantándose los discípulos de tan grande maravilla: y de ahí envió al Espíritu Sancto, con cuya virtud por medio de unos pobres pescadores reformó al mundo, derribó los altares de los ídolos, venció los emperadores, confortó los mártires, pobló los desiertos de monjes, y los poblados de vírgines, y hinchió el mundo de sabiduría, de religión, de conocimiento del verdadero Dios, triunfando de sus enemigos y de toda la potencia del mundo, y (lo que más es) del pecado. Y los que trataron su muerte, hubieron el pago que merecían. El que lo vendió, se ahorcó, el que lo sentenció, se mató, y los que lo entregaron á la muerte, fueron asolados y destruídos, y acabado su reino con la mayor matanza y cautiverio que después del diluvio nunca se vió, porque tal castigo merecía tal pecado.

Pues volviendo al propósito, ¿quién tendrá por indigna cosa de la majestad de Dios hacerse hombre, estando todo el proceso de su vida y muerte esclarecido y adornado con tantas maravillas y con tan grande orden y consecuencia de cosas? ¿Quién considerará esta traza y este tan admirable concierto y conveniencia de misterios, que no reconozca el maravilloso consejo y sabiduría de Dios? ¿Cómo supieron unos pobres y rudos pescadores tejer esta tela, y trazar esta obra con tan grande concierto, si la misma verdad no los guiara? Por dónde, así como los filósofos viendo en la fábrica deste mundo tan grande orden y razón, entendieron que no se pudo esta obra hacer acaso, sino que tenía un sapientísimo hacedor y gobernador que la regía, así también, visto este maravilloso proceso de la vida de Cristo y de lo que antes de ella precedió y después se siguió, y entendiendo por aquí la maravillosa conveniencia y correspondencia de todos estos misterios, y mucho más el grande fructo que en todo el mundo desto se siguió, no pudieron dejar los hombres de recibir y aprobar una obra tan admirable, y conocer que esta traza era digna del consejo de Dios, y no invención humana, puesto caso que no es éste solo el fundamento de nuestra fe, porque otros innumerables hay, que confirman y testifican esta verdad celestial. Por lo cual con mucha razón dijo el Profeta que los testimonios y misterios de la fe se habían hecho en gran manera creíbles al mundo, por los grandes argumentos y motivos que el mundo tuvo para creerlos.

Discip. No puedo, maestro, con palabras declararos la consolación que mi ánima ha recibido con ese tan largo y tan suave discurso. Porque para un hombre cristiano, que tiene dos lumbres en su entendimiento (una natural de razón, y otra de fe) no hay cosa más dulce qne ver la concordia de la una lumbre con la otra. Mas agora, ya que habéis probado no ser indigna cosa de la alteza de aquel Señor hacerse tal hombre cual aquí habéis debujado, enseñadme agora lo que al principio propusistes, que es, cuán grande gloria fué para ese Señor tomar nuestra carne, y cuán conveniente haya sido eso á la naturaleza divina. Porque ¿qué conveniencia, ó qué razón hay para juntarse en una sola persona dos naturalezas tan distantes como son divina y humana?

Declárase cuán conveniente haya sido á la naturaleza divina juntarse con la humana, y cuántos frutos se siguieron desta tan admirable junta.

§ II

Maestro.

Para responderos á esa pregunta me aprovecharé de una razón del angélico doctor Sancto Tomás tan eficaz y tan poderosa, que no me parece que habrá entendimiento sano que no quede convencido con ella. Para cuyo entendimiento habéis primero de presuponer como cosa clara que aquello conviene á cada cosa, que le conviene según su propria naturaleza. Porque así decimos que estudiar, leer y filosofar y ser capaz de doctrina son cosas que convienen al hombre, porque son conformes á su naturaleza, que es ser criatura racional. Pues agora veamos, ¿cuál es la naturaleza de Dios? Todos confiesan ser él la misma bondad esencial, por la cual crió, rige y gobierna todas las cosas. Ésta es la perfección de que él más se precia, y la más gloriosa que hay en él, de la manera que arriba declaramos. Pregunto pues agora, ¿cuál es la cosa más propria de la bondad?

Discip. Comúnmente oigo alegar en las escuelas aquella sentencia de S. Dionisio, que el bien es difusivo y comunicativo de

sí mismo, como lo vemos en la más excelente de las criaturas corporales, que es el sol, el cual tan liberalmente comunica su resplandor, su calor y su virtud á todas las criaturas corporales.

Maest. Muy bien habéis respondido. Y el mismo ejemplo tenemos en todos los hombres que son entera y verdaderamente buenos, los cuales querrían (si les fuese posible) infundir aquella bondad que tienen, en todos los otros, y hacerlos semejantes á sí. Por lo cual aquel gran Sabio decía que sin envidia comunicaba á todos la sabiduría que él tenía, y á nadie escondía la honestidad y hermosura della. Pues siendo ésta la propriedad natural de la bondad, síguese que cuanto la bondad fuere mayor, tanto será más comunicativa de sí misma, como vemos que por ser natural cosa al fuego quemar y abrasar, cuanto fuere mayor el fuego, tanto más poderosamente quemará y abrasará.

Discíp. ¿Quién podrá negar eso?

Maest. Pues tampoco podrá negar lo que de aquí se sigue, y es, que como Dios sea no solamente bueno, mas sumamente bueno y la misma bondad, síguese que él sea sumamente comunicativo de sí mismo, y no había otra suma manera de comunicarse al hombre, sino comunicándole su proprio ser. Con la cual comunicación no sólo se comunicó al hombre, mas también á todas las criaturas en su manera, pues en el hombre concurren y se juntan ellas, así las espirituales como las corporales, por ser él compuesto de ambas naturalezas. Esta razón es tan poderosa que no veo réplica en ella. Porque si alguno dijere que ya Dios había comunicado al hombre todas las riquezas de este mundo, diputando todas las criaturas dél para que le sirviesen, mas todo esto comparado con Dios, no es más que un punto en medio del mundo, comparado con la circunferencia del más alto cielo. Porque (como el Sabio dice) todo este mundo en presencia de Dios es como una gota del rocío de la mañana, ó como un grano de peso que se carga sobre la balanza del platero. Mas Isaías pasa adelante y dice que todas las naciones del mundo delante dél son como si no fuesen, y como nada son reputadas en su presencia. Pues según esto, ¿cómo se podrá llamar suma comunicación de Dios darnos las cosas que el Profeta lleno de su espíritu llama nada? Así que esta razón de Santo Tomás no tiene contradición.

Discip. Maravillado estoy de ver con cuán breve razón satisfacéis á la pregunta que os puse, con lo cual lo que á prima faz parecía cosa tan extraña de la Majestad de Dios, probáis eficacísimamente que ninguna más le convenía. Mas con todo eso, ¿qué responderemos á los que dicen que fuera cosa más decente á la dignidad del Hijo de Dios vestirse de un cuerpo formado de luz (que es una criatura muy hermosa) que de una carne que decendía de la carne de Adán y de otros muchos grandes pecadores que se cuentan en la genealogía deste Señor, puesto caso que su carne fuese inocentísima y exenta de todo pecado?

Maest. Brevemente os responderé á esa pregunta de la manera que responde á ella Eusebio Emiseno, diciendo que no convenía esto para la justicia de nuestra redempción(1). ¿Por ventura la luz (dice él) había pecado, para purgar en el cuerpo della los pecados ajenos? Así que por el cuerpo desta criatura ni nos podía dar el precio de su muerte, ni el ejemplo de su resurrección. Y demás desto, ninguna confianza me diera de poder yo vencer al enemigo, si él no triunfara en mi proprio cuerpo. ¿A qué propósito había de tomar cuerpo de luz quien venía á redimir el hombre? Muy ignorante sería el médico, si tomase á sus cuestas el hombre sano, y dejase el enfermo, porque en el cuerpo donde esta dolencia hay, se ha de aplicar la medicina.

Discip. Bastantemente queda respondido á esa pregunta. Mas agora quiero me respondáis á otra, que es, parecer á los ojos de carne cosa indigna de aquella soberana Majestad haberse vestido della.

Maest. Á eso brevemente os respondo que dado que el hombre, miradas las bajezas, enfermedades y vilezas de su carne, sea una de las más miserables y apocadas criaturas del mundo, pero mirada la excelencia de su ánima y del fin para que fué criado, no debe nada (como dice Santo Tomás) al más alto de los serafines, pues no es otro el último fin y bienaventuranza del serafín que la del hombre, pues ambos fueron criados para una misma gloria. La cual tienen siempre los sanctos ante los ojos, para no hacer cosa indigna desta tan grande dignidad. Y así se escribe de uno de aquellos Padres antiguos por nombre Isidoro que estando una vez comiendo, comenzó muy de propósito á llorar. Y pre-

(1) Euseb. Hom. 11 de Pascha.

guntado por la causa de sus lágrimos, respondió: Lloro por ver que estoy comiendo manjar de bestias, habiendo de estar según la dignidad de mi ánima en el paraíso gozando de manjar divino. Pues quien considerare esta tan grande dignidad del hombre, verá que no era cosa indigna de aquella inmensa Bondad proveer de remedio á tan noble criatura.

Discip. No puedo dejar de alegrarme con esa respuesta, pues tanto hace en mi favor. Mas porque tan grande cosa como es hacerse Dios hombre, ha de traer consigo grandes fructos y provechos á la vida humana, eso querría me declarásedes agora.

Maest. Eso podréis vos entender, si os acordáredes de lo que hasta aquí habemos platicado, junto con todo lo que me decís haber leído en el tratado precedente. Porque primeramente por este medio nos provocó este Señor á le amar, descubriéndonos la inmensidad de su bondad, que es el mayor motivo que hay de amor. Porque así como es proprio (según dijimos) de la suma bondad sumamente comunicarse, así esta suma comunicación es argumento claro de ser suma bondad la que así se nos comunicó. Item, por aquí también nos declaró la grandeza de su caridad, queriendo hacerse nuestro hermano, nuestra carne y nuestra sangre, que es otro grande estímulo y motivo de amor. Por aquí también esforzó nuestra esperanza, y nos hizo creíble que pues Dios había decendido á hacerse hombre, que el hombre podría subir por vía de gracia á hacerse semejante á Dios, pues es mucho más aquello que esto, como en el tratado pasado dijimos.

Y si os acordáis de aquellos admirables fructos que referimos del árbol de la cruz, entenderéis que el fundamento dellos fué hacerse Dios hombre, porque no pudiera morir en cruz, si no lo fuera, y así de todos aquellos fructos suavísimos careciéramos, en los cuales está toda nuestra salud y redempción.

Y demás desto, haciéndose este Señor hombre y conversando entre los hombres con tan grande sanctidad, nos allanó y facilitó el camino de la bienaventuranza con la luz de su doctrina, y nos animó á caminar por él con la virtud de sus ejemplos, porque de lo uno tenía necesidad nuestra ignorancia, y de lo otro nuestra flaqueza, y ambas cosas eran necesarias para contrastar á la sabiduría carnal y potencia del mundo. Porque como la filosofía del Evangelio por una parte sea un público pregón y condenación de la cobdicia desordenada de las honras, riquezas y deleites

sensuales, y por otra parte ninguna otra cosa más procure (generalmente hablando) todo el género humano y todos los grandes y prudentes del siglo (los cuales por mar y por tierra, por hierro y por fuego buscan todas estas cosas, en las cuales tienen puesta sú felicidad y último fin) ¿cómo pudiera un hombrecillo flaco oponerse contra este torrente, y desmentir á todo el mundo, si no tuviera por sí los ejemplos y testimonios de Cristo? Porque está luego á la mano acudir con aquel argumento que hace S. Bernardo, tratando de la humildad y aspereza y desabrigo con que el niño Jesús nació, diciendo así: Ó este niño que esta manera de aspereza escogió, se engaña, ó el mundo yerra, que busca lo contrario. Mas imposible es engañarse la suma Sabiduría: luego síguese que el mundo yerra. Con este argumento burlan los buenos de la potencia y prudencia del mundo. Y éste es uno de los fructos que el Hijo de Dios trajo al mundo, como lo dice S. Augustín por estas palabras: Por que los hombres más confiadamente caminasen á la primera y suma verdad, que es Dios, la misma verdad vestida de carne humana estableció y fundó la fe, esto es, la verdad y la doctrina de la fe. Y la necesidad que había del magisterio de tanta autoridad, no sé con qué lumbre la alcanzó aquel gran filósofo Platón, el cual dice que con esta limitación debían sus discípulos guardar los preceptos que él les había dado, hasta que viniese algún hombre más sagrado que les enseñase otra más excelnte doctrina.

Discíp. Ciertamente, maestro, gran razón tuvo el Psalmista para decir: ¡Cuán dulces son, Señor, para mi paladar vuestras palabras! Son cierto más dulces que la miel en mi boca. Digo esto por la consolación que he recebido en oiros, mayormente considerando en eso por cuántas vías y maneras aquella infinita Bondad ayuda á nuestra flaqueza con el misterio de su encarnación. Porque quien estaba cercado de tantas enfermedades, y acosado de tan malas inclinaciones por razón de aquel común pecado, tenía necesidad de una medicina universal que les diese remedio, el cual suficientísimamente se halla en el misterio de la Cruz, con lo que habéis agora dicho y con todo lo contenido en el tratado pasado. Mas porque la materia deste misterio es por una parte tan alta, y por otra tan copiosa, otras cosas más tengo que preguntaros, las cuales quedarán para otra sesión.

Maest. Acertáis en eso, porque la flaqueza de nuestros enten-

dimientos mejor recibe las cosas distintamente y poco á poco declaradas, que tratándolas todas juntas. Acuérdome haber leído en Quintiliano que como los vasos estrechos no pueden recibir algún licor si lo echáis de golpe todo junto, mas recíbenlo muy bien si lo echáis poco á poco, así también se entiende mejor cualquier dificultosa y alta doctrina, cuando poco á poco por partes se nos enseña.

DIÁLOGO III

EN EL CUAL
SE PREGUNTA POR QUÉ CAUSA NUESTRO SALVADOR
YA QUE TUVO POR BIEN HACERSE HOMBRE
QUISO QUE SU VIDA FUESE HUMILDE, POBRE Y TRABAJOSA

Discípulo.

La materia que tratamos es de tanta suavidad por una parte, y de tanta majestad por otra, que siempre tengo de buscar ocasiones para tratar della, y por esto añadiré otra pregunta á la pasada. Porque deseo saber la causa por la cual el altísimo Hijo de Dios, ya que tuvo por bien hacerse hombre para nuestro remedio, quiso en este mundo vivir tan pobre, tan humilde y con tantos trabajos, cuantos en su vida sanctísima y mucho más en su muerte padeció. Porque el común juicio del mundo tiene por abatimiento la pobreza y la vida humilde y trabajosa, y procura por todos los medios posibles, y aun imposibles, huir della.

Maest. Esa pregunta no hubiera lugar, si tratáramos este negocio entre hombres sabios y filósofos, muchos de los cuales, sin tener lumbre de fe, por sola razón natural desecharon de sí todos estos bienes que el mundo adora, teniéndolos por carga, y por materia de cuidados, y por impedimento del estudio de la filosofía que ellos amaban, y por grande estorbo de la verdadera felicidad que ellos pretendían. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los discípulos de Epicuro (que ponían la felicidad en el deleite) desechaban esta manera de bienes, diciendo que las cargas y cuidados y inquietud que consigo traían, les agriaban y perturturbaban el gusto y deleites de la vida que ellos deseaban: y los filósofos estoicos por ninguna vía quieren conceder que éstos se llamen bienes, pues no son parte para hacer buenos á sus poseedores, antes á veces les dan ocasión de ser más vanos, más presumptuosos, más regalados y más inhumanos para con los miserables (porque no saben qué cosa sea miseria) y sobre todo más

deshonestos, porque para esto y para otras cosas les dan materia las riquezas.

Mas ya que el mundo es tan ciego, que no sabe cuáles sean los verdaderos bienes, y los judíos esperan un Mesías el más rico y poderoso del mundo, á los unos y á los otros mostraré clarísimamente la vanidad de este engaño. Y porque en las cosas que se ordenan para algún fin, la razón y orden dellas se toma del mismo fin, ruégovos me digáis, ¿para qué fin había de venir el Hijo de Dios al mundo?

Discip. Parece que tan grande cosa como era venir ese Señor al mundo vestido de carne humana, no podía ser sino para grandes cosas, que es, para renovar el mundo y hacer grandes bienes á los hombres.

Maest. Pregúntoos agora: como haya dos maneras de bienes, unos del cuerpo y otros del ánima, ¿cuáles os parece que son mayores bienes?

Discip. Á eso podría responder cualquier rústico, por bozal que fuese, porque está claro que cuanto es más excelente el ánima que el cuerpo, tanto son más excelentes los bienes del ánima (que nos disponen para la vida eterna) que los del cuerpo, que se acaban con la vida. Y para darnos estos excelentes bienes era razón que el Hijo de Dios viniese al mundo. Y sin que más me preguntéis, pasaré más adelante, y concluiré de lo dicho que así como los bienes del ánima son más excelentes que los del cuerpo, así los males del ánima (que son los pecados) son mayores males que los del cuerpo, y esto en tanto grado, que me acuerdo haber leído en S. Augustín que menor mal sería perderse todas las criaturas del mundo, que ofender á Dios con un pecado venial (1).

Maest. Muy bien habéis filosofado. Y de aquí podemos inferir que pues el Señor del mundo venía á reformar el mundo que él había criado, era razón que viniese á dos cosas señaladas: la una, á desterrar los pecados (que son los verdaderos males) y la otra, á enriquecernos con los verdaderos bienes, que son los del ánima. Pues si para esto venía, no le convenía otra manera de vida sino ésa, que era vida pobre, áspera y humilde.

Discip. Eso deseo entender.

Maest. Estad agora atento, y verlo heis. Los médicos para

(1) August. lib. *Cur Deus homo*, cap. 9.

curar una dolencia todo su estudio ponen en desterrar las causas della, que son los humores venenosos de donde ella nace. Pues este modo de curar guardó aquel grande médico que vino del cielo, porque luego en viniendo aplicó el remedio á las principales raíces de todos los pecados. Para cuyo entendimiento es de saber que el principio y fuente universal de todos los males es el demasiado amor de sí mismo, hijo primogénito del pecado original, y principio de toda corrupción, y precursor del Antecristo, en cuya venida dice el Apóstol que serán los hombres grandes amadores de sí mismos. Deste mal amor nacen tres hijos, que son tres malos amores, conviene saber, amor desordenado de honra, de hacienda y de deleites sensuales. Pues destos tres ramos que nacen deste pestilencial tronco, nace toda la fructa de muerte y toda la corrupción de nuestra vida. Y así podemos decir que como todo el linaje humano después del diluvio se derivó de Noé por medio de aquellos tres hijos que tuvo, Sen, Can y Jafet, así también toda la universidad de vicios del género humano nace deste padre universal de todos ellos, que es el amor proprio, por medio destos tres hijos que tiene, que son estos tres malos amores que dijimos. Porque el primero de éstos (que es amor desordenado de la honra) viene á ser motivo de muchas maneras de pecados. La razón desto es, porque los hombres ponen la honra no en la virtud (que sola merece honra) sino en muchas cosas vanas que el mundo ciego ha hecho honrosas sin lo ser. Y para alcanzar cada cosa déstas hay muchos malos medios y caminos, y por todos éstos andan los amadores desta vanidad por alcanzar lo que tan apasionadamente desean, y así vienen á caer en muchos despeñaderos de pecados, y á dejar de hacer las cosas necesarias á sus ánimas, cuando les parece no ser tan honrosas. Y ésta fué la causa por qué los fariseos, aunque veían las maravillosas obras de Cristo, no quisieron seguirle ni creer en él, porque (como dice S. Juan) amaron más la gloria del mundo que la de Dios. Y el mismo Señor les repitió esta sentencia diciendo: ¿Cómo podéis vosotros creer, pues andáis buscando la honra unos de otros, y no hacéis caso de la honra que viene de Dios?

También hay muchas maneras de haciendas, y muchos malos medios para alcanzarlas, y así hay aquí muchos motivos para muchas maneras de pecados. Por lo cual dijo el Apóstol que la cobdicia era raíz de todos los males.

La cobdicia también desordenada de deleites es como sementera de otros muchos males. Porque los hombres mundanos, despreciados los verdaderos deleites de la buena conciencia (que es, como dice el Sabio, un perpetuo banquete) ponen sus deleites en comer y beber, dormir, y en deleites carnales, en vestidos curiosos, en camas regaladas, en edificios sumptuosos, en fiestas y juegos, y en otras maneras de pasatiempos que la carne desea, cada uno de los cuales se alcanza muchas veces por muchos malos medios, y así son causa de muchos pecados, y demás desto hacen los hombres efeminados, apocados, bestiales, viles y discípulos del infame Epicuro y de Mahoma, seguidor de sus deleites, y sobre todo esto hácenlos (como dice el Apóstol) enemigos de la cruz de Cristo, y amadores más de sus deleites que de Dios, y idólatras y servidores de su vientre. Y no sólo este amor es causa de muchos pecados, sino también es cuchillo de todas las virtudes, porque como el amador de deleites sea enemigo de trabajos, y todas las virtudes estén acompañadas con ellos, por el mismo caso que es uno enemigo de trabajo, lo es también de toda virtud. Por lo cual dijo Séneca que en el reino del deleite no tenía parte la virtud: y en otro lugar dice el mismo que muy poco estima la virtud el que tiene demasiado amor á su cuerpo. Y así también es común sentencia de filósofos que el amor del deleite es yesca y cebo de todos los males, y mucho más lo serán estos tres malos amores que ya dijimos. Y por ser ellos, cada cual en su manera, tan vehementes, vienen á ser grandes incentivos para pecar, pues vemos que los que están presos destas aficiones, no hacen caso ni de paraíso, ni de infierno, ni de juicio, ni de muerte, ni de promesas, ni amenazas, ni beneficios de Dios, antes rompen por todo esto tan fácilmente como por telas de araña, por alcanzar lo que desean. Pues siendo éstas las tres principales fuentes de todos los males y las tres principales llagas de la naturaleza humana, era cosa convenientísima que aquel Señor que vino del cielo para ser médico del mundo, proveyese de emplastos y remedios para ellas. Para lo cual (demás del remedio de la gracia y de los sacramentos, que para esto sirven) quiso que su vida fuese pobre, humilde y trabajosa, y la muerte mucho más. Pues si para esto venía, ¿de qué otra manera había de venir? ¿Había de venir con fausto y pompa, viniendo á curar nuestra soberbia? ¿Había de venir lleno de riquezas, viniendo á desterrar la cobdicia des-

ordenada de ellas? ¿Había de venir lleno de regalos y delicias como otro Salomón, viniendo á condenar la demasía dellas? Porque si un contrario se cura con otro contrario, ¿cómo había de venir el médico destos males, sino con medicinas de virtudes contrarias á ellos?

Pues este ejemplo fué un grande estímulo á todos los sanctos para el menosprecio del mundo y para el amor desta manera de vida que vieron en su Señor. Porque ¿qué hombre será tan ingrato y desconocido, que viendo al Criador de los cielos, al Señor de los ángeles, á la gloria de los bienaventurados en este hábito y figura tan humilde, padeciendo tantas maneras de trabajos, no se esfuerce á imitar algo de lo que ve en él, siquiera por no consentir que una tan costosa medicina haya sido hecha en vano? ¡Oh medicina (dice S. Augustín) que todas las cosas remedia, que recoge todas las cosas derramadas, que repara todas las flacas y enfermas, que corta todas las superfluas, y corrige todas las depravadas! ¿Qué soberbia se puede sanar, si con esta humildad del Hijo de Dios no se sana? ¿Qué avaricia se puede curar, si con la pobreza deste Señor no se cura?

Y no menos enseña él esta celestial filosofía naciendo que muriendo, pues luego en ese primero día que entró en el mundo, sin aguardar más tiempo ni sazón, quiso ser aposentado en un establo, y reclinado en un pesebre, y probar luego por experiencia parte de las injurias y miserias desta vida. Porque (como apunta S. Bernardo) el tiempo de su nacimiento era invierno, la noche fría, el lugar desabrigado, la cama dura, los paños pobres, y la compañía no más que Josef y María. Pues ¿qué pobreza y qué humildad se puede comparar con ésta? ¿Á dónde había más de decendir este Señor que nacer en establo, y dormir en pesebre, que es partir cama y casa con las bestias? Oh Rey de los ángeles, oh Señor de los cielos, ¿qué lugar es ése que habéis escogido? Si el cielo es vuestra silla, y la tierra el estrado real de vuestros pies, si estáis asentado sobre los querubines, y dende ahí miráis los abismos, ¿cómo habéis querido agora poner vuestra silla en ese abismo de tan gran bajeza? No es otra la causa sino el remedio de nuestra vida, porque dende luego queréis enseñar por ejemplo lo que después habéis de predicar por palabra. Y ese pesebre es una cátedra donde callando enseñáis con grande eficacia el menosprecio del mundo y la filosofía del Evangelio.

§ I

Discip. Bastantemente quedó satisfecho y concluído que la más conveniente manera de vida que el Salvador había de seguir, era ésa que escogió, supuesto que venía á desterrar los pecados del mundo, cortando las raíces dellos. Porque si venía á pelear con estos tres gigantes tan poderosos, si venía á derribar estos ídolos que adoran las gentes, si venía á hacer guerra al fausto, á la vanidad, á la soberbia, á la avaricia y á las delicias que tenían tiranizado el mundo, y llevaban en pos de sí los hombres, y los apartaban de Dios, empleando sus vidas en el servicio destos falsos dioses, ¿con qué otras armas les había de hacer la guerra? ¿Con qué otro hábito había de venir?

Mas porque me dijistes que este Señor venía no sólo á desterrar los males del mundo (que son los pecados) sino también á enriquecernos con verdaderos bienes, deseo saber cómo ese hábito de humildad y pobreza sirve también para esto.

Maest. Eso también os mostraré con la misma claridad. Para lo cual conviene presuponer que el mayor bien que la criatura racional puede alcanzar, es hacerse semejante á su Criador, imitando (cuanto le sea posible) aquella suma sanctidad y pureza dél. Y no piense nadie ser presumpción anhelar á esta semejanza, pues el mismo Señor tantas veces nos provoca á ella, diciendo: Sed sanctos como yo lo soy. Y no menos el Apóstol nos convida á lo mismo cuando dice: El primer hombre fué de la tierra, terreno, mas el segundo fué del cielo, celestial. Cual fué el terreno, tales son los terrenos, mas cual fué el celestial, tales son los celestiales. Por tanto, si hasta agora habemos traído la imagen del terreno, trayamos agora la imagen del celestial.

Esta alteza de vida nos representó el Señor en una singular comparación, diciendo por el profeta Ecequiel: Tomaré yo (dice el Señor) de la medula del cedro alto y de los pimpollos de sus ramas, y plantarlas he en un monte alto, y ahí nacerán y darán su fructo. Pues ¿qué cedro, qué medula y qué pimpollos son éstos? El cedro alto es el Padre todopoderoso, la medula deste cedro es

el Hijo, que está en el seno del Padre, y el pimpollo de la ramas altas es el Espíritu Sancto, que procede de ambos, y este pimpollo con esta medula fué plantado en el monte alto de la Iglesia, y ahí prendió este divino Espíritu y dió fructo celestial, criándose en la tierra hombres celestiales y divinos, conforme á la naturaleza de la planta que en ella se plantó.

Pues para esto señaladamente vino el Hijo de Dios al mundo, y para esto nos mereció y envió el Espíritu Sancto, para que él con la virtud de su espíritu de tal manera espiritualizase y deificase los hombres, que descarnándolos de toda carne, pudiesen vivir esta vida celestial. Y llámase vida celestial, por la semejanza que en su manera tiene con la vida de aquellos espíritus bienaventurados, los cuales como están libres y exentos de las cosas de la tierra, se ocupan siempre en apacentar sus ojos en la divina hermosura, gozando de aquella infinita luz y de aquel universal y sumo bien en quien están todos los bienes. Pues esto mismo hacen en su manera los que con el favor deste espíritu celestial han llegado á vivir esta vida, como llegaron todos los sanctos, los cuales hecho ya divorcio con el mundo, todo su estudio y cuidado era vacar á Dios y conversar con Dios, de tal manera que con solo el cuerpo estaban en el mundo, mas con el espíritu, con el pensamiento y con los deseos conversaban en aquella patria celestial. Pues desta manera de vida es Dios el autor principal, como él se gloría dello hablando con el santo Job por estas palabras: ¿Por ventura sabes tú la orden que hay en el cielo, y serás poderoso para poner esta misma orden en la tierra? Solo Dios es poderoso para hacer esta mudanza, como es imitar los hombres en la tierra la pureza, la orden y los ejercicios del cielo, como muestra el Apóstol que lo hacía, cuando dice que toda su conversación y trato era en el cielo, porque no traía puestos los ojos de su ánima en las cosas temporales que se ven, sino en las eternas que no se ven.

Mas para esta tan alta y gloriosa empresa conviene que el hombre dé un general libelo de repudio á todas las aficiones desordenadas y cuidados congojosos del mundo, porque (como dice muy bien S. Juan Clímaco) así como es imposible mirar un mismo ojo al cielo y á la tierra (que son dos términos contrarios) así lo es tener el corazón plantado en el amor de las cosas de la tierra y en las del cielo, porque para vivir á las unas es necesa-

rio morir á las otras. Ésta es aquella abnegación y cruz del Evangelio, y aquella mortificación á qne tantas veces nos convida el Apóstol, exhortándonos á morir esta manera de muerte á las cosas del mundo para vivir á las de Dios.

Mas este bocado tan precioso no deja de costar caro, pues para esto es menester (como decimos) despedir de nuestra ánima todos estos apetitos de las cosas terrenas, para que recogidas en uno todas las aficiones y fuerzas della, el agua de amor que corría hacia la tierra por todos estos caños, se encamine al cielo, y se emplee en el amor del sumo bien, que es Dios. Y aunque haya muchos grados en la vida evangélica (en los cuales se pueden los hombres salvar) mas porque éste es el mayor, decimos que éste es el que principalmente vino á plantar el Hijo de Dios en la tierra, denominando la causa de su venida del postrer punto y término della.

Pues si á esto venía este celestial y nuevo hombre, ¿cómo había de venir á predicar y canonizar esta manera de vida, sino honrándola y ejercitándola en su misma persona? ¿Cómo había de aprobar esta medicina, sino usando él primero della? ¿Cómo había de persuadir que esto era lo mejor, si él para sí tomaba lo contrario? ¿Cómo había de acabar con los hombres que se vistiesen deste hábito del hombre nuevo, si él venía vestido del viejo y usado en el mundo? ¿Cómo creyeran al que condenaba el demasiado amor de las riquezas y honras y deleites, si él venía lleno de esas mismas cosas que condenaba? Tal pues había de venir, desnudo de todos los bienes del cuerpo, y rico de todos los bienes del ánima, por defuera humilde, y dentro glorioso, en los ojos de los hombres despreciado, y en los de Dios precioso. Tal finalmente había de venir, cuales él nos deseaba hacer, y tal había de ser la manera de su vida, cual era su doctrina, porque si de otra manera viniera, él mismo fuera contrario á sí, y con las obras deshiciera lo que con la doctrina predicaba.

Discíp. En gran manera se ha recreado mi ánima con lo que hasta aquí habéis tratado, y no pienso habrá entendimiento, por ciego que sea, que si considerare esas conveniencias que habéis propuesto, no quede concluído y atado de pies y manos, y que no vea claro que con ningún otro hábito más proprio ni con otra manera de vida había de venir el que venía á reformar el mundo, y hacer que los hombres carnales y terrenos se hiciesen ce-

lestiales y divinos, no siendo posible ser lo uno sin dejar de ser lo otro. Pues si ésta es la mayor perfección que el hombre puede en esta vida alcanzar, no era razón que el que la venía á enseñar careciese della.

Declárase cuán conveniente haya sido vivir Cristo esta manera de vida pobre y humilde, por razón del fin para que el hombre fué criado.

§ II

Maestro.

Es tan rica y tan copiosa esta materia, que por mucho que digamos, siempre es más lo que nos queda por decir, que lo dicho. Porque ¿qué lengua podrá agotar lo que la infinita sabiduría de Dios en tan grande negocio trazó y ordenó? Y pues vos tanta consolación habéis recebido con lo que hasta aquí se ha platicado, quiero pasar adelante y declararos cuasi lo dicho, aunque por diferente camino. Para lo cual habéis de saber que así como en todos los géneros de cosas hay unas verdaderas y otras de tal manera falsas, que parecen verdaderas, así también acaece en la felicidad del hombre, que hay una verdadera y otra aparente, que parece verdadera y no lo es, y con esta muestra contrahecha tiene engañado la mayor parte del mundo. Esta felicidad es la que consiste en abundancia de riquezas y honras y deleites sensuales. La cual felicidad es falsa, engañosa, breve, frágil y subjecta á mil maneras de cuidados y congojas. Otra hay verdadera, que consiste no en bienes del cuerpo, sino del ánima, que son bienes espirituales, y particularmente en la contemplación y amor del sumo bien, que es Dios, en el cual tiene el hombre verdadero y cumplido descanso. Mas con todo eso, ¿qué hace el demonio? Tómanos con gaita como á negros. Pónenos delante el gusto desta felicidad exterior y sensible (que parece felicidad, y no lo es) y nosotros como negros nuevos y como gente ruda cegámonos con el resplandor desta felicidad, ó por mejor decir, como bestias engañámonos con el sabor y aparencia deste cebo exterior, y desta manera nos prende y cautiva y hace esclavos

de nuestros apetitos. Pues deste engaño nacen todos los otros engaños y males desta vida, porque pervertido el fin de la vida, toda ella queda pervertida. Y desta manera presuponiendo el hombre que toda su felicidad consiste en este linaje de bienes, entrégase todo á buscarlos y procurarlos con todos los cuidados y pecados que ellos se suelen procurar.

Pues como éste sea un tan universal y tan grande engaño, convenía que este Señor que había venido del cielo á ser maestro de la verdad, nos librase de él, y nos enseñase en qué consistía la verdadera felicidad, junto con los medios por donde se alcanzaba. Él pues nos enseñó que en la contemplación y amor del sumo bien (que es obra del mayor de los dones del Espíritu Sancto, que se llama sapiencia) consistía nuestra felicidad, y que los medios principales por donde se alcanzaba, era el menosprecio de todas las cosas del mundo, y la mortificación de todas las pasiones y regalos de nuestra carne. La cual doctrina, demás de la lumbre de la fe, se confirma también por lumbre de razón natural. Porque algunos grandes filósofos hubo que alcanzaron esto, y determinaron que en esta manera de sapiencia estaba el sumo bien del hombre, puesto caso que su sapiencia y la nuestra son muy diferentes, porque la nuestra es infundida por el Espíritu Sancto, mas la suya es adquirida por estudio humano. Deste parecer (entre otros grandes filósofos) fué Platón, el cual concluye en el diálogo llamado Fedón, hablando en persona de Sócrates, que en esta manera de sapiencia consiste nuestra bienaventuranza.

Descubierta esta mina de oro (tras de la cual anduvieron cavando los primeros filósofos sin poder dar en ella) acuden los amigos de Sócrates con grande instancia á preguntarle qué medio había para alcanzar tan grande bien. Á esto respondió él que esta manera de sabiduría no se podía alcanzar en esta vida, sino después della. Y entre las causas que para esto da, una de las más principales es, que el hombre en esta vida está subjecto á infinitas maneras de necesidades, de enfermedades, de cuidados, de negocios, de trabajos, de peligros, de acaecimientos y desastres, y de otros muchos accidentes que suceden en ella, así en las personas proprias como en las de nuestros deudos y amigos y familiares, cuyos trabajos y cuidados no menos inquietan y perturban á las personas que los proprios. Pues como el ánima sea

tan amiga y hermana de su cuerpo, embarazada y ocupada con estas cargas, y pungida con todas estas espinas, no puede libremente levantarse á la contemplación de aquella altísima Sabiduría que mora en una luz inaccesible, y no se deja entender como conviene, sino de ánimas puras y desocupadas de los demasiados tratos y negocios del mundo. Porque de otra manera, si quisiere levantarse á lo alto, el peso de la carne y las espinas de los cuidados tiran por ella y le impiden la subida. Y por esto con mucha razón decía este gran filósofo que no podía el hombre alcanzar esta sabiduría, y emplearse todo en el ejercicio de ella, hasta que el ánima estuviese apartada de la servidumbre deste cuerpo por medio de la muerte que deshace esta liga y compañía, porque entonces podrá libremente volar á lo alto sin embarazo y impedimento del cuerpo.

Con todo esto viene este filósofo á moderar esta sentencia, diciendo que si alguno hubiere que de tal manera viva en esta vida como si ya estuviese fuera de ella, y de tal manera despida de sí todos los cuidados y gustos de su cuerpo como si ya estuviese fuera de él, éste tal se podría ya contar por muerto, y cuanto más lo estuviese, tanto más hábil estaría para vacar á la contemplación de las cosas divinas, que es (como ya dijimos) el oficio proprio de aquella sabiduría. Y por este linaje de muerte entiende este filósofo el apartamiento de todos los apetitos de nuestro cuerpo, el cual por ningún vocablo se significa mejor que por este nombre de muerte, porque no es otra cosa muerte sino apartarse el ánima del cuerpo. Y el oficio del verdadero sabio ha de ser apartar el ánima (en cuanto le sea posible) del cuidado demasiado y de todos los apetitos y regalos de su cuerpo, contentándose con aquello que puntualmente es necesario para sustentar la vida. La cual sentencia (como refiere S. Hierónimo en el Epitafio de Nepociano) alabaron grandes filósofos, y levantaron hasta el cielo. Y por cierto con mucha razón, porque demás de ser ella certísima, es argumento firmísimo con que se prueba y confirma la verdad de la perfección evangélica. La cual declaró el Profeta con solas dos palabras, cuando dijo: Desocupaos, y ved que yo soy Dios. Donde toma por medio el apartamiento de las cosas del mundo, para emplear el ánima en el conocimiento y contemplación del sumo bien. El cual apartamiento ha de ser tan general, que merezca este nombre de muerte que los filósofos le pusieron,

pues no es otra cosa muerte (como dijimos) sino apartarse el ánima del cuerpo.

Pues cuando aquí llegaron estos filósofos, parecíales que habían volado muy alto, y llegado á alcanzar lo que grandes ingenios se desvelaron por saber, que era determinar en qué consistía la felicidad, y por qué medio se alcanzaba. Mas tenemos por qué dar muchas gracias á aquel Maestro que vino del cielo, que esta tan alta filosofía (á que los grandes ingenios con su grande estudio apenas atinaron, mas nunca la ejercitaron) de tal manera enseñó, que infinitas personas sin letras no solamente la alcanzaron, mas también la ejercitaron perfectísimamente. Porque esto hicieron luego al principio de la Iglesia todos aquellos sanctos Padres de Egipto que vivían en soledad, los cuales (si decir se puede) estaban más que muertos al mundo y á su propria carne, pues muchos dellos la sustentaban con solas legumbres ó raíces de yerbas silvestres. Lo cual refiere S. Hierónimo en una epístola á la virgen Eustoquio, donde hablando de la penitencia que él hacía en el desierto, dice así: Del comer y del beber no hablo, pues los monjes, aunque estén enfermos, beben agua, y comer alguna cosa cocida se tiene entre ellos por lujuria. Pues desta manera desembarazados estos sanctos varones de la servidumbre de sus cuerpos, empleaban los días y las noches en el estudio y ejercicio desta divina filosofía, y esto con increíble suavidad y consolación del Espíritu Sancto. Porque de otra manera, ¿cómo pudieran hombres de carne y hueso como nosotros sufrir soledad y vida tan intolerable, siendo el hombre naturalmente animal político y amigo de compañía? Déstos dice S. Hierónimo en la sobredicha epístola que de tal manera vivían en la carne, como si estuvieran fuera della. En las cuales palabras comprehendió todo cuanto desta muerte filosófica habemos hasta aquí tratado.

Esta manera de muerte y este linaje de estudio y ejercicio escribe Filón (uno de los elocuentes y graves filósofos del mundo) que ejercitaban los primeros fieles cerca de Alejandría: lo cual referiremos adelante más por entero en su proprio lugar. Mas agora solamente diré lo que hace al propósito desta muerte, y es, que estos sanctos varones moraban fuera de poblado en unas caserías humildes que hacían junto al lago llamado Marián. Y dellos primeramente dice que despedían de sí todas las posesiones y haciendas temporales, y desta manera desarraigaban de su

corazón todo el amor y solicitud de las cosas del mundo. Ninguno (dice él) come ni bebe antes que el sol se ponga, repartiendo el tiempo de tal manera, que el día se emplee en los estudios de la sagrada sabiduría, y parte de la noche en satisfacer á la necesidad corporal. Algunos hay que vienen á comer después de tres días, aquéllos á quien aflige más la hambre de la palabra divina. Y los que más alcanzan desta alta sabiduría, y gustan más profundos secretos espirituales de la divina Escriptura, tan aficionados están á aquellos sabrosos manjares, que se olvidan de los corporales hasta el sexto día, y entonces comen, no con deseo ni deleite, sino para sustentación de su cuerpo. Hasta aquí son palabras de Filón.

Discip. En gran manera estoy espantado de esto que me habéis referido por dicho de un tan abonado y grave testigo como fué Filón. Porque no podría yo creer que fuese posible pasar los cuerpos humanos tantos días sin refección, y que todo ese tiempo se gastase en la contemplación y estudio de las cosas divinas. Pues según esto, ¿cuánto es más alta y admirable nuestra filosofía que la de esos tan grandes filósofos que habéis nombrado, y cuánto más adelante pasaron nuestros filósofos de lo que ellos pudieron imaginar? ¿Qué más muerte y qué más apartamiento de cuerpo y ánima se puede hallar que ésa, donde el cuerpo pasa seis días sin mantenimiento? ¡Cuán grandes serían las alegrías y consolaciones y fuerzas del espíritu, que podían soportar tan grande ayuno! Mas ruégoos me digáis si hay en estos tiempos presentes algunas reliquias desos Padres antiguos.

Maest. Artículo es de fe que el Espíritu Sancto ha de morar en la Iglesia hasta la fin del mundo, que es el principal autor y maestro de esta vida celestial. Y el Salvador despidiéndose de sus discípulos dijo: Mirad que yo estaré con vosotros hasta la fin del siglo. Pues según esto nunca dejará de haber en la Iglesia personas que despreciadas las cosas del mundo, tengan toda su felicidad, su amor y esperanza en Dios. Verdad es que (como dice Casiano) esas tan grandes abstinencias de semanas enteras sin comer no se compadecen con los aires y temperamento destas regiones occidentales. Pero lo demás (que es pobreza, aspereza de vida, continuo estudio de oración, y finalmente aquella manera de muerte de que hasta aquí habemos tratado) en muchas partes de la Cristiandad se halla. Porque muchos monesterios y

aun provincias hay en la Cristiandad, donde se entiende, platica y ejercita mejor esta filosofía que nunca Platón ni Sócrates la entendieron, y no por filósofos sabios y muy enseñados en las sciencias humanas (como lo fueron ellos) sino por muchas personas (como dijimos) sin letras y sin el estudio desas sciencias. Los cuales filósofos, si agora resuscitasen, y viesen aquella tan alta filosofía que ellos con tanto estudio alcanzaron, entendida y ejercitada en tantas partes por esta gente, no podrían dejar de maravillarse y de conocer que el dedo de Dios entrevenía aquí, y que era verdadera la fe y religión que así había comprehendido aquella tan alta y verdadera filosofía.

Pues volviendo al propósito principal, si nos consta no sólo por lumbre de fe, sino también por clarísima razón y testimonio de grandes filósofos, que la vida del verdaderamente sabio consiste en esta manera de muerte (que es el apartamiento de los bienes del mundo y de los regalos del cuerpo) para emplear libremente el espíritu en la contemplación de las cosas divinas, ¿cuál otra había de ser la vida de aquel gran filósofo que vino del cielo á enseñarnos esta celestial filosofía, sino pobre, humilde y trabajosa? Y si hay (como ya platicamos) dos maneras de felicidad, una falsa (que consiste en la abundancia de los bienes del cuerpo) y otra verdadera (que consiste en los bienes del ánima, despreciados los del cuerpo) ¿con qué otro hábito había de venir al mundo el que venía á condenar la felicidad falsa y enseñar la verdadera? En lo cual se ve claro el engaño de los mortales, que pretendiendo alcanzar verdadera felicidad, andan desvelados tras de los bienes corporales, lo cual es tan grande engaño como el de uno que queriendo navegar hacia Oriente, tomase la rota de Occidente, pues buscan la felicidad en lo que es totalmente contrario á la verdadera felicidad. Por dónde así como no se compadece la verdad con la mentira (porque la una deshace la otra) así tampoco pueden caber en un subjecto felicidad falsa y verdadera, pues no menos son contrarias entre sí que verdad y mentira.

DIÁLOGO IV

EN EL CUAL SE TRATA DE LAS CAUSAS Y CONVENIENCIAS DE LA PASIÓN Y MUERTE DEL SALVADOR

Discípulo.

YA es tiempo, maestro, que comencemos á tratar del más alto artículo que hay en este misterio de nuestra redempción, que es la cruz y muerte del Hijo de Dios, la cual (como el Apóstol dice) fué escándalo para los judíos y materia de locura para los gentiles. Porque (como dice S. Gregorio) pareció á los hombres locura morir por ellos el autor de la vida, y de ahí vino el hombre á tomar escándalo para no creer, de donde había de tomar motivos para más amar. Pues porque Dios nos libre de tan gran peligro, demás de la fe que por la misericordia de Dios tenemos deste misterio, deseo saber las conveniencias y fructos que la razón humana, alumbrada por esta misma fe, halla en él, porque la prudencia mundana espántase mucho de oir muerte en Dios.

Maest. La causa dese espanto es ser los hombres tan de carne, y tener tan poca cuenta con el espíritu, que no conocen otros bienes ni males sino los del cuerpo, despereciéndose por los unos, y huyendo á velas tendidas de los otros. Y porque entre los males del cuerpo dice Aristóteles que el más terrible es la muerte, por eso de tal manera la temen y aborrecen, que muchos ni aun pensar en ella osan. Mas para comenzar á responderos á esa pregunta, quiero primero advertiros que cuando confesamos en los artículos de nuestra fe que Dios murió y padeció, no entendemos que Dios según la naturaleza divina padeciese, sino según la humana, que por nuestra causa tomó. Porque es tan grande la simplicidad, la pureza y la inmutabilidad de aquella altísima Substancia, que ningún linaje ni de cualidad, ni de accidente, ni de otra cosa peregrina puede caber en ella. Porque en Dios no hay otra cosa más que Dios. Y conforme á esto dice S. Augustín que así como cuando el mártir moría, el cuerpo solo moría, y no el

ánima, así cuando el Hijo de Dios padecía, la sagrada humanidad padecía, mas la divinidad estaba libre y exempta de toda pasión. Esto nos representó aquel memorable sacrificio de Abrahán, en el cual le mandaba Dios sacrificar á su hijo Isaac, y al tiempo que el sancto Patriarca levantaba el brazo para sacrificarlo, fuéle á la mano un ángel, y mandólo que no tocase en él, pues ya había mostrado la entereza de su fe y obediencia: mas en esta sazón vió el Patriarca un carnero que estaba preso por los cuernos en una zarza, y éste ofreció en sacrificio. De modo que el hijo quedó vivo, mas el carnero solamente fué muerto. Lo cual (como dice S. Ambrosio) nos declara la condición del sacrificio de nuestro Redemptor, en quien adoramos y confesamos dos naturalezas, divina y humana, de las cuales la humana sola padecía, mas la divina, á manera de Isaac, quedó libre de toda pasión.

Discip. Muy claro es eso que decís, y todo el mundo así lo entiende. Pues siendo esto verdad, ¿por qué confesamos que Dios murió, y padeció, y fué sepultado, pues nada deso pertenece á la divinidad, sino á sola la humanidad?

Maest. Á eso respondo que fué tan estrecha la liga con que el Hijo de Dios juntó consigo nuestra humanidad, que aunque reconocemos allí dos naturalezas perfectas y distintas, no reconocemos más que una persona que las sostiene á entrambas, que es un solo Cristo: y por ser tan estrecha esta unión, vienen á comunicarse las propriedades de la una naturaleza á la otra, y así lo que es proprio de Dios, se atribuye á la sagrada humanidad, y lo que es della, se atribuye á él, como vemos que se hace en los casamientos, en los cuales por hacerse los casados una misma cosa, todos los títulos y bienes del uno se comunican al otro: de modo que si un rey casare con una mujer de menos suerte (como lo hizo el rey Asuero con Ester) ella también será y se llamará reina como él. Lo mismo pues confesamos en este espiritual casamiento del Verbo divino con la naturaleza humana, y esto con mayor razón, por ser esta unión y liga la más estrecha, más admirable y más divina de cuantas hay en todo lo criado.

Presupuesto este fundamento, comenzaré á responder á la pregunta que me propusistes, aunque comienzo ya á temer la entrada en este mar tan profundo, donde hay tantas grandezas y maravillas, que ni por lenguas de ángeles podrían ser declara-

das. Mas como sea verdad lo que Aristóteles dijo, que lo poco que podemos saber de las cosas altísimas, vale más y es más suave que lo mucho de las cosas bajas, así aunque sea poco lo que alcanzáremos deste misterio, en comparación de lo mucho que hay que contemplar en él, todavía eso poco nos será de inestimable suavidad y provecho.

Digo pues que la muerte violenta tiene una condición que en pocas cosas se halla, y es, que puede ser la más vil y deshonrada del mundo, y la más gloriosa y honrosa de cuantas hay en él. Porque ser un hombre justiciado por malhechor, es la más amenguada cosa de cuantas hay, pues en ella hay dos tan grandes males, como son culpa y pena: mas si uno fuere violentamente muerto por su patria, por su rey, por la fe, por la castidad y por cualquier otra virtud, está claro que cuanto la muerte fuere más cruel, más dolorosa y afrentosa, tanto será más gloriosa y más honrosa. De suerte que para juzgar de la muerte no miramos á la pasión, sino á la causa, y conforme á ella la vituperamos ó engrandecemos. Por dónde, así como decimos del amor que es tal cual es la cosa amada, si buena, bueno, y si mala, malo, así en su manera decimos que tal es la muerte, cual es la causa della, y así se llama buena ó mala, honrosa ó deshonrada, según su causa. ¡Qué honra se hizo en Roma á los Decios porque ofrecieron la vida por la patria! ¡Cuán celebrada y predicada es la muerte de M. Átilio Régulo, el cual ni por temor de la muerte dejó de aconsejar lo que convenía al bien de su patria, y por guardar la fe y palabra que tenía dada, volvió á Cartago, donde por el consejo que había dado contra ella, fué atormentado con muchas maneras de tormentos! Pero dejados los ejemplos de los gentiles, ¿quién no ve cuán gloriosa sea la muerte de nuestras vírgines Inés, Margarita, Dorotea, Ágada y otras innumerables, las cuales por la guarda de su castidad despreciaron por una parte todas las amenazas, y por otra las grandes promesas de los tiranos? Mas entre éstos (por ser ejemplo menos sabido) no callaré la pureza de la virgen Potamiena, que escribe por una parte Paladio, y por otra Eusebio en el libro sexto de la Historia Eclesiástica. La cual siendo cobdiciada por su grande hermosura de un señor á quien servía, nunca ni con promesas ni amenazas pudo ser vencido el propósito de su castidad. Entonces el cruel enamorado entrególa al presidente de Alejandría, mandán-

dole que si no quisiese obedecer á la voluntad de su señor, la atormentase cruelmente. Amenazando pues el presidente á la virgen que la mandaría cocer en una tina de pez derretida, si no consentía con la voluntad de su señor, la virgen alegremente consintió en la muerte por no consentir en el pecado, rogando al presidente por la vida del emperador que no la mandase desnudar, sino que así como estaba vestida, la metiesen en la tina: y así se hizo, donde estuvo un pedazo de tiempo. Y cuando la pez llegó á la garganta, envió su espíritu purísimo al tálamo del Esposo celestial, triunfando gloriosamente de la carne y de la potencia del mundo y del demonio que esto solicitaba. ¿Cuánto más gloriosa fué esta muerte que la de aquella tan celebrada Lucrecia, la cual tuvo en más la honra que la castidad, cometiendo una culpa grande con el adulterio, y otra mayor con el homicidio? Y aunque este ejemplo, con los demás que diremos, bastaba para prueba de lo dicho, no dejaré de traer otro semejante que refiere el mismo Eusebio en el octavo libro de la misma Historia, por ser dignísimo de ser de todos leído y sabido. Dice pues que en la misma ciudad de Alejandría había una excelente virgen llamada Dorotea, nacida de muy noble linaje, y acompañada de nobles parientes y abundantes riquezas: pero más resplandecía la gloria de sus virtudes y cordura, y ejercicio de todas buenas artes, y viveza de ingenio. Y su belleza y hermosura fué tanta, que parecía haberla querido Dios señalar entre todas las mujeres de su tiempo. Pero preciando más la hermosura del ánima (que consiste en la virtud y verdadera religión) determinó consagrar á Dios, demás de su espíritu, juntamente lo que á los hombres tanto agradaba, y así hizo voto de perpetua virginidad. Pero Maximino (que así las cosas divinas como las humanas tentaba ensuciar con su carnalidad y braveza) conociendo la hermosura de la virgen (pero no la virtud y fortaleza de su propósito) determinó en su corazón vencer el propósito de su castidad. Después, sabiendo que era cristiana, y viendo que por las leyes había de ser antes castigada que requerida, comenzó á dudar á cuál parte se inclinaría. Pero venció en este conflicto la carnalidad, que más le señoreaba. Y esperando la virgen cuándo había de ser presa para el martirio, recibió secretos mensajeros enviados del tirano para tentar su virginidad. A los cuales generosa y sabiamente respondió con estas palabras: Decid al tirano que no menos

quiero guardar para mi Señor limpio el templo de mi cuerpo que el de mi ánima, y por igual deslealtad tengo consentir en su violación que en la blasfemia de adorar los ídolos, y no menos por esta causa que por la fe estoy aparejada á morir: y decidle que no conviene á tan cruel bárbaro enviar tan blanda embajada, ni que con deleites se enternezca el corazón á quien tantas ondas de sangre de hombres no han podido ablandar. Oída esta respuesta, crecieron más las llamas de su fuego, y determinó (si no consentía) hacerle fuerza. Lo cual sabiendo la castísima hembra, dejó su casa y su familia y todas sus riquezas, y de noche con algunas fidelísimas criadas y con su muy amada compañera la castidad salió de su ciudad, y dejó burlado y atónito al tirano. De la misma manera acometió á otras nobles dueñas y doncellas, y con el mismo corazón (por ejemplo de la sobredicha) le menospreciaban y se ofrecían á la muerte antes que á la servidumbre de la lujuria. Las cuales mandaba atormentar con diversas penas, sufriéndolas ellas muy ufanas, porque esperaban del Señor doblada corona, una por su fe, y otra por su castidad. Lo susodicho es de Eusebio. Pues ¿quién no ve aquí cuánta sea la gloria de tales muertes? ¿Qué palabras, qué ingenio, qué elocuencia bastará para engrandecer esta tan admirable virtud y constancia, y más en el linaje flaco de las mujeres? Así que por estos ejemplos se ve claro cómo cualificamos y nombramos las muertes violentas según las causas dellas, y así decimos que son honrosas ó deshonradas.

Pues la gloria de la muerte de los sanctos mártires, que con tan increíble constancia se entregaron á tantas maneras de tormentos por no perder un punto de la lealtad y fe que debían á su celestial Emperador, ¿qué lengua bastará para la engrandecer? Todo este tan largo discurso sirve para que veáis manifiestamente lo que hasta aquí está dicho, que tal es la muerte, cual es la causa.

Discip. ¿Quién puede dudar eso? ¿En qué cosa más emplearon todas las fuerzas de su elocuencia Homero, Vergilio, Lucano y otros muchos poetas y historiadores, que en engrandecer la fortaleza de los que ó por la patria ó por la virtud se ofrecían á todos los peligros? Platón quiere que los que murieren por defensión de su patria, sean tenidos por héroes, que es, por hombres divinos.

§ I

Maest. Pues siendo eso así, ruégoos me digáis, ¿por qué causa este Señor padeció? Y si vos no la sabéis, preguntadlo al profeta Esaías, y deciros ha que siendo él solo entre todos los hijos de Adán inocente y libre de pecado, padeció para pagar la deuda de todos nuestros pecados, según que el Padre Eterno lo había determinado. De manera que no padeció solamente por el remedio de su patria, sino por el de todas las naciones del mundo y de todos los siglos pasados, presentes y venideros. Padeció por la gloria y obediencia de su Eterno Padre. Padeció por predicar la verdad de su doctrina, y reprehender los vicios de los sacerdotes y pontífices, que traían engañado el pueblo. Padeció por la renovación y reformación del mundo. Padeció por librarnos de la tiranía y subjección del demonio y del pecado. Padeció para hacernos puros y limpios en el acatamiento divino, para abrirnos las puertas de su reino, y librarnos de las penas del infierno. Y para comprehenderlo todo en pocas palabras, padeció por comunicarnos todos aquellos tan grandes fructos del árbol de la cruz que leístes en el tratado pasado: lo cual fué proveernos de todas las ayudas y socorros que nos eran necesarios para vivir en este mundo vida sancta, y merecer después la vida eterna. Porque si bien lo consideráis, todos aquellos fructos son ayudas eficacísimas para este propósito. De manera que resumiendo lo dicho, por el misterio de la Cruz somos reconciliados con el Padre Eterno, y hechos no sólo amigos, sino también hijos. Por la Cruz se nos dió clarísimo conocimiento de la bondad, de la caridad, de la misericordia y de la justicia de Dios, de la excelencia de la virtud, y de la torpeza del pecado, y de todo lo demás que pertenece á nuestra filosofía. Por la Cruz nos mereció el Hijo de Dios la primera gracia, con todas las demás que se requieren para nuestra salvación. De la virtud de la Cruz manaron los siete sacramentos, que son las medicinas y remedios de todas nuestras necesidades y males. ¿Qué más diré? En el misterio de la Cruz hallamos aquellos tan grandes estímulos y motivos que leístes para amar á Dios, esperar en su misericordia, temer su justicia, y aborrecer el pecado, que son las cuatro cosas más necesarias

que hay en la vida cristiana. En la Cruz hallamos aquellos eficacísimos ejemplos para todas las virtudes, especialmente para la humildad, para la obediencia, para la paciencia, para la aspereza de la vida y para la pobreza evangélica y para el menosprecio del mundo y de todos los regalos del cuerpo. La Cruz nos consuela en todas las enfermedades y angustias. La Cruz nos da materia suavísima y copiosísima para meditar y encender nuestro corazón en devoción y amor del Señor que tales cosas por nuestra causa padeció. La Cruz nos da qué poder presentar y ofrecer á Dios, para no parecer delante dél vacíos, cuando le pedimos mercedes en la oración. ¿Qué más diré? Yo os confieso que me desconsuelo de decir tan pocas cosas deste misterio, donde hay tanto más que decir. Mas por aquí podéis entender en alguna manera cuántas diferencias de favores y socorros nos vinieron por la Cruz para seguir la virtud. Por dónde considerando estas cosas, exclama Sant Augustín con mucha razón diciendo: ¡Oh nombre de Cruz, misterio encubierto, y gracia inefable! ¡Oh Cruz, que ayuntaste el hombre con Dios, y lo apartaste del señorío del demonio, que lo tenía preso! ¡Oh Cruz, que cada día representas á los fieles las alabanzas del Cordero sin mancilla, y deshaces el cruel veneno de la antigua serpiente con el licor de la sangre de Cristo, y apagas el fuego de la espada encendida, que defiende la puerta del paraíso! ¡Oh Cruz, que cada día pacificas y concuerdas las cosas de la tierra con las del cielo, y representas al Eterno Padre la muerte del medianero en favor de los hijos de la Iglesia! Grande y profundo es el misterio de la Cruz, y inefable el vínculo de la caridad con que nos juntó á Dios. Por medio de la Cruz trajo Dios todas las cosas á sí, porque éste es el árbol de la vida, con que fué destruído el señorío de la muerte que otro árbol nos acarreó. Y en otro sermón de la misma Cruz dice así: Esta Cruz nos fué causa de bienes innumerables. Ésta nos libró de los errores, y alumbró á los que estábamos en las tinieblas y sombra de la muerte. Ésta de extranjeros nos hizo domésticos. y de apartados vecinos, y de peregrinos ciudadanos. Ésta fué muerte de las enemistades, firmeza de la paz, y tesoro de todos los bienes. Por ésta no andamos descaminados por los desiertos, pues por ella hallamos el camino de la verdad, ni estamos ya desterrados del reino, pues habemos entrado en él por la puerta real. Ya no tenemos por qué temer las

saetas encendidas del demonio, pues habemos hallado la fuente de vida con que las apaguemos. Por ella no se pueden ya llamar las ánimas viudas, pues les es venido esposo del cielo, y no temeremos ya al lobo robador, pues habemos hallado buen pastor. Por ella no habemos miedo del tirano, pues seguimos al Rey verdadero. Esto es de Augustino.

Discip. En gran manera se ha alegrado mi ánima con ese tan hermoso catálogo de los frutos de la Cruz, los cuales todos fueron las causas por que el Salvador en ella padeció. Y pues tan gloriosas fueron las causas de la pasión, no menos lo fué la misma pasión. Y agora de nuevo comienzo á maravillarme de la sabiduría de Dios, que en una cosa al parecer de los ojos de carne tan abatida (como es muerte de cruz) encerrase tantas riquezas y tesoros. Mas querría que satisficiésedes á lo que nos oponen los infieles, que tienen por cosa indigna de aquella soberana Majestad subjectarse á tantas maneras de escarnios y injurias y á un linaje de muerte tan afrentoso.

Maest. Ya veis cuán grande campo tiene un ánima religiosa para espaciarse y filosofar en esto que acabamos de decir, lo cual (por no ser prolijo) dejo á la devoción de cada uno. Mas sabed que así esto como todo lo que leístes en el tratado pasado, sirve para responder á esa objección, y para mostrar clarísimamente que ese linaje de muerte con todas las demás injurias que en ella entrevinieron, no sólo no son indignas de aquella soberana Alteza, mas antes os digo que entre todas cuantas cosas hasta hoy tiene hechas, y hará en todos los siglos, ninguna hay más gloriosa, más honrosa y más digna desa tan grande Majestad.

Discip. Espántome deso que decís, y querría ver cómo concluís eso de lo que hasta aquí habéis dicho.

Maest. Para esto tomo por fundamento lo que al principio del tratado pasado propusimos de la inmensa bondad de Dios, la cual, como allí pudistes ver, es principio universal de todas sus obras, así de naturaleza como de gracia. Lo cual el Espíritu Sancto, autor de las sanctas Escripturas, declaró por una nueva manera en el Psalmo 135, que comienza: *Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in aeternum misericordia ejus.* Porque este Psalmo tiene veinte y siete versos, en los cuales el Profeta va recontando las grandezas de las obras divinas así de naturaleza como de gracia, y al fin de cada uno destos versos pone

por causa y principio de aquella obra la misericordia de Dios, que es efecto de su bondad, y así repite otras veinte y siete veces estas mismas palabras: *Quoniam in aeternum misericordia ejus.* Lo cual dictó así el Espíritu Sancto para que entendiésemos que el primer principio de todas las obras de Dios es su bondad y misericordia, la cual llama á sus dos hermanas sabiduría y omnipotencia para ejecutar lo que la infinita bondad determina hacer: y así todas las cosas criadas predican esta bondad, y todas las tildes de la sancta Escritura, dende el principio hasta el fin, esto mismo cantan y testifican: y finalmente ésta es la perfección de que Dios más se precia, y por la cual quiere ser más glorificado. Porque decir el Psalmista que sus misericordias son sobre sus obras, es decir que su bondad (de la cual procede la misericordia) va delante de todas sus obras. Agora pregúntoos (dejando aparte la procesión de las personas divinas) ¿cuál es la obra más propria y más natural desa bondad?

Discip. Eso está ya también declarado, cuando dijimos que la naturaleza del bien era ser difusivo y comunicativo de sí mismo.

§ II

Maest. Descendamos agora más en particular á tratar desa verdad. De ahí se sigue que la cosa más propria y más natural de un hombre bueno es hacer á otros buenos y hacer bien. Y porque el mayor bien que á un hombre se puede hacer, es hacerlo bueno (porque todo lo demás es cuasi nada) síguese que la cosa más propria del bueno es desear hacer á todos buenos, como él lo es, porque esto es ser comunicativo de sí mismo. Y esto procede de tal manera, que cuanto el hombre es más bueno, más encendido tiene este deseo, y cuanto es mayor este deseo, tanto se pone á mayores trabajos y peligros y caminos, aunque sea ir hasta el cabo del mundo por efectuar este deseo, como lo hicieron los Apóstoles y todos los otros sucesores suyos, que (como consta de las historias eclesiásticas) anduvieron por todas las partes del mundo para este efecto, aunque sabían que les había de costar la vida. ¿Qué caminos no anduvo, qué trabajos no padeció S. Pablo por esta causa? ¿Cuántas veces fué perseguido,

cuántas azotado, cuántas encarcelado? Y con todo eso, estando preso dice que no tenía la lengua presa, porque de allí escribía aquellas sus divinas cartas á todas las iglesias, y allí convertir las ánimas, porque allí refiere él que convertió á un criado de Filemón. Y si preguntaren á este Apóstol qué fuerza le movía á padecer tantas muertes, responderá él diciendo que todo esto padecía por los escogidos, para que mediante su doctrina alcanzasen la salud eterna. Pues ¿qué diré de nuestro glorioso Padre Sancto Domingo, de quien se escribe que se derritía como una hacha en el fuego por el sentimiento de las ánimas que perecían? Ni es aquí de callar el ejemplo del santo diácono Benjamín (que refiere Nicéforo) el cual estando preso por mandado del rey de Persia, fué suelto á petición del embajador de los romanos, pero con condición que no predicase más á Cristo. Lo cual como él ni aceptase ni quisiese cumplir, fué cruelísimamente martirizado, porque por su cuerpo le metieron unas varas que á los lados estaban llenas de unos ganchos agudos, y desta manera el glorioso diácono estuvo penando hasta que envió su espíritu victorioso al cielo. Destos ejemplos pudiera hinchir muchos libros, mas éstos bastan para entender cuán proprio es de los buenos hacer á otros buenos y hacer bien, aunque les cueste muy caro. De dónde se concluye que cuanto uno fuere más perfecto en bondad, tanto se pondrá á mayores trabajos por esta causa, y asimismo cuanto mayores trabajos por esta causa padeciere, tanto más descubrirá la perfección de su bondad, y tanto será digno de mayor gloria, pues ésta se debe á sola la bondad. ¿Creéis esto ser así?

Discip. ¿Quién podrá negar eso, sino quien totalmente careciere de juicio?

Maest. Pues con este fundamento tan firme tenemos concluído lo que al principio propuse, que la muerte de la cruz no sólo no fué ignominiosa, mas antes ésta fué la mayor gloria de cuantas pueden todos los entendimientos dar al Salvador. Porque si la cosa más gloriosa que hay en Dios, es la bondad (en la forma que arriba declaramos) y si lo más proprio de la bondad perfecta es procurar de hacer á todos verdaderamente buenos, y ofrecerse á padecer por esta causa grandes dificultades y trabajos, habiendo este Señor padecido tantos por esta causa tan gloriosa, cuantos nunca jamás se padecieron, ¿qué tan grande alabanza y gloria por esto se le atribuirá? No hay que dubdar sino que cuanto cre-

ció la grandeza de la pena, tanto creció la desta gloria, y tanto más obligó al hombre á su amor con la grandeza desta deuda.

Lo cual declaró S Bernardo con un devoto discurso, donde dice que este Señor vino á poner fuego en la tierra, y encenderlo con la grandeza deste beneficio, en el cual tanto se abatió y humilló por nuestro amor. Ca se humilló (dice el Sancto) hasta la carne, hasta la muerte y hasta la cruz. Pues ¿quién podrá dignamente pensar cuán grande humildad y mansedumbre fué que el Señor de la majestad se vistiese de carne, y fuese sentenciado á muerte, y deshonrado con la ignominia de la cruz? Mas dirá alguno: ¿No pudiera el Criador reparar el hombre sin esta dificultad? Sí pudiera: mas quiso antes repararlo con esta tan grande injuria suya, para provocarnos más á su amor, para que la dificultad de la redempción obligase á nuevo agradecimiento, á quien la facilidad de la creación había hecho menos devoto. Porque decía el hombre ingrato: Bien veo que de gracia fuí criado, pero sin molestia y trabajo del Criador, porque no le costó más que decir y hacer todo lo que está hecho. Desta manera la malicia humana apocaba el beneficio de la creación, y hacía materia de ingratitud lo que había de ser causa de mayor amor. Mas atapó Dios la boca de los que esto decían, pues más claro que la luz se ve cuán grandes gastos y expensas hizo el Señor por nuestro remedio. De señor se hizo siervo, de rico pobre, de Verbo carne, de Hijo de Dios hijo de hombre. Por tanto acuérdate, hombre ingrato, que aunque Dios te hizo de nada, no te redimió de nada. En seis días crió todas las cosas, y á ti también entre ellas: mas por espacio de treinta años obró tu salud en medio de la tierra. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo. Por las cuales se ve claro cuán grandes estímulos tenga el corazón humano en este misterio para el amor de su Redemptor y para toda virtud. Mas no es sola ésta el ayuda que recibimos para este efecto. Acordaos de todos aquellos diez y siete fructos que en el tratado pasado leístes del árbol de la Cruz, los cuales son ayudas eficacísimas para hacernos buenos y sanctos, porque entendido esto, queda luego probado cuán gloriosa y cuán digna cosa era de aquella infinita Bondad haber hecho una cosa tan poderosa para hacernos tan grande bien.

Discip. Agora entiendo el consejo y orden con que habéis tratado esta materia, declarando tan de propósito los fructos del

árbol de la Cruz. Porque probado y fundado eso, estaba claro que no había cosa más gloriosa ni más digna de aquella suma Bondad, que hacer cosa tan poderosa para hacernos buenos.

Maest. Así es la verdad, porque ése es el fundamento principal desta divina filosofía. Si no, decidme. Si os dijesen que aquel famoso Apeles hizo una imagen perfectísima, ó Demóstenes una oración elegantísima, ó Hipócrates una medicina eficacísima para la cura de alguna enfermedad, ¿creerlo híades?

Discip. No hay que dudar en eso. Porque estos tres hombres que habéis nombrado, fueron eminentísimos cada cual en esas facultades, y por eso ninguna cosa se puede con más justa razón creer dellos.

Maest. Pues si cada obra désas es tan creíble en ese género de personas, por ser tan eminentes en esas facultades, ¿cuánto es más eminente la bondad en aquella altísima y nobilísima Substancia? ¿Hay entendimiento criado que esto pueda comprehender? Pues según esto, ¿cuánto más proprio será de tal Bondad haber hecho una obra tan poderosa para hacernos buenos, y ordenado una medicina tan eficaz para curar las enfermedades de nuestra ánima, que son los principales impedimentos desa bondad? Lo cual es en tanto grado verdad, que más gloriosa cosa es en Dios haber conficionado esta medicina con el licor de su sangre, que haber criado cielos y tierra. Porque en la obra de la creación principalmente descubrió la grandeza de su sabiduría y omnipotencia, y así ganó gloria de sabio y poderoso, mas aquí ganó gloria de bueno que (como está probado) es la perfección de que él más se precia. Por lo cual esta obra entre las personas divinas se atribuye al Espíritu Sancto, á quien se apropria la bondad, por ser ésta obra de suma bondad.

Discip. La virtud de la medicina no se conoce tanto por las palabras con que se alaba, cuanto por los efectos que óbra. Declaradme pues qué obró en el mundo esa medicina.

Maest. Decís muy bien. Pues para eso ved la mudanza que el mundo hizo después que vino esta medicina del cielo (como arriba tocamos, y adelante más copiosamente declararemos) y por aquí veréis la virtud y eficacia della, pues antes de la ignominia de la cruz era Dios conocido en un rinconcillo de Judea, donde aún era mal servido, mas después della fué predicado y conocido por todo el mundo. De suerte que lo que no acabó este Se-

ñor con los hombres con toda la sabiduría deste mundo y con la hermosura del sol, de la luna y de las estrellas, y de todas las cosas criadas, acabó con los azotes, con las espinas, con las bofetadas y con la ignominia de la cruz. Lo cual en una palabra declaró el Salvador, cuando hablando con los judíos dijo: Cuando levantáredes al Hijo del hombre (entiéndese, en la cruz) entonces conoceréis quién yo soy. De modo que lo que según el juicio de la prudencia humana parecía escándalo y estorbo para no ser este Señor creído, eso tomó la infinita sabiduría y poder de Dios por medio para ser adorado.

Poco es lo que tengo dicho: otra cosa os añadiré, que no podrá dejar de causar admiración en vos y en quienquiera que atentamente la considerare. Acordaos de las grandezas y maravillas que obró Dios cuando sacó su pueblo de la tierra de Egipto. Mató todos los primogénitos de aquel reino, abrió los mares por do pasasen, ahogó los carros y ejército de Faraón, envióle manna del cielo, dióle agua de la piedra, guiólo día y noche con una coluna de nube por el desierto, detuvo las corrientes del Jordán, puso por tierra los muros de Hiericó, llovió piedra del cielo sobre sus enemigos, y lo que sobrepuja toda admiración, detuvo el sol por espacio de tres horas en medio del cielo para que pudiesen seguir el alcance dellos. Finalmente tales fueron las maravillas, que el mismo Señor dijo á Moisén que había de hacer tales señales, cuales nunca jamás habían sido vistas en el mundo. Lo cual todo servía para que este pueblo conociese la grandeza de su Dios, y como á tal le sirviesen, reverenciasen, amasen y obedeciesen. Mas ruégoos me digáis: ¿cómo respondió el pueblo á esas maravillas y intento de Dios?

Discíp. Eso mejor sabréis vos que yo, pues estáis más ejercitado en la lición de las Escrituras sanctas.

Maest. Pues lo que en ellas está escrito es, que este pueblo sirvió á Dios en tiempo de Josué y de aquellos hombres ancianos que habían visto con sus ojos las grandes obras y milagros que Dios había hecho por ellos. Pero muertos éstos (que fué en breve tiempo) luego desampararon á su libertador y Señor, y se entregaron al culto de los ídolos en tanto grado, que les sacrificaban sus mismos hijos, y con esto se entregaban á todas las abominaciones de vicios que andan en compañía de la idolatría. A la cual eran tan inclinados, que ni todas estas maravillas pasadas, ni todos

los beneficios divinos y azotes presentes eran bastantes para revocarlos deste tan grave pecado. La cual inclinación compara Dios con el apetito sensual del onagro (que es asno salvaje) diciendo que así como este animal, en sintiendo el olor de la hembra, corre tan ciego y tan desatinado para ella que los cazadores al tiempo del celo sin trabajo lo han á las manos, así este pueblo con la misma ceguedad y desatino corría á este tan gran pecado. Y dado caso que algunas veces, por los grandes azotes de Dios, se apartaba dél, luego viéndose por Dios restituído se tornaba á él. Lo cual continuó de tal manera, que cansada ya y como vencida la paciencia divina, abrió mano dél y entregó los diez tribus al rey de los asirios en perpetua captividad, y el otro tribu de Judá que quedaba, fué también llevado cautivo á Babilonia, donde padeció setenta años de cautiverio, sin quedar en Hierusalén templo, ni altar, ni sacerdote que sacrificase á Dios. Éste pues fué el fructo que sacó Dios de aquellas tan grandes maravillas con que tan abiertamente descubrió la omnipotencia y gloria de su divinidad. Mas ¿con qué palabras declararé agora lo que queda por decir, que ciertamente basta para dejar atónitos no solamente los hombres, mas también los ángeles? Este Señor tan grande, que con tantas maravillas declaró la omnipotencia de su divinidad, y pretendió sustentar aquel pueblo en su servicio, no acabó más que lo dicho. Y éste mismo, siendo preso por malhechor, siendo azotado, escupido, abofeteado, escarnecido con vestiduras ya de loco, ya de rey fingido, coronado con espinas, tenido en menos que Barrabás, sentenciado á muerte, y muerte de cruz, desnudo entre dos ladrones en presencia del mundo, acabó tanto con el mismo mundo, que en todas las naciones dél millares de gentes lo adorasen y reconociesen por verdadero Dios, criador de los cielos, y del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de los tiempos, y de todas las cosas: y esto acoceando y pisando sus ídolos, y con tan grande fe, que todos los tormentos que la fiereza de los tiranos podía inventar, no eran bastantes para apartarlos un punto desta confesión. Pues ¿qué cosa de mayor admiración y espanto se puede imaginar que ésta, que no bastasen tantas maravillas y beneficios y castigos de Dios para apartar aquel pueblo del culto de los ídolos, y que bastasen tantas maneras de vituperios y deshonras para que todas las gentes arrastrasen y quemasen los dioses que antes adoraban, y que en lugar dellos

adorasen un hombre justiciado por malhechor? Esto bastaba para creer que esta obra era de Dios: mas acrecienta esta misma fe, considerando que el mismo Salvador profetizó que esto había de ser, cuando dijo al pueblo: Si yo fuere levantado de la tierra, conviene á saber, puesto en una cruz, todas las cosas traeré á mí. Pues ésta fué la mayor maravilla de cuantas Dios ha obrado, que fué tomar por medio la cosa más escandalosa y aborrecible al mundo, para convertir al mundo y traerlo á sí.

Discip. No sé qué gracias os dé, maestro, por este tan gran tesoro que me habéis descubierto, y por la luz con que habéis esclarecido ese tan profundo misterio, por la cual veo la grandeza del poder que está debajo deso que parece flaqueza.

Maest. Muy bien habéis entendido la filosofía deste misterio, la cual declara S. Augustín por estas palabras: Ciertamente es grande espectáculo ver al Hijo de Dios llevar su cruz á cuestas. Si esto miran los ojos de los infieles, parece grande vituperio, mas si lo contemplan los de los fieles, es grande misterio. Para aquellos ojos es indicio de grande ignominia, mas para éstos es obra de grande fortaleza. Aquellos ojos ven á este rey en lugar de ceptro llevar el madero de su tormento, mas éstos lo ven llevar el madero en que había de ser afijado, el cual después había de afijar en las frentes de los emperadores del mundo. En aquel madero había de ser despreciado en los ojos de los malos, mas en el mismo madero había de ser glorificado en los corazones de los sanctos. Esto es de S. Augustín. De manera que mirando á este Señor con ojos de fe, hallaremos que cuanto está allí más despreciado, tanto es más glorioso, cuanto más abatido, tanto más poderoso, cuanto más desnudo, tanto más rico, cuanto más vituperado de los malos, tanto más alabado y glorificado de los buenos, y finalmente, cuanto más afeado en lo exterior de su cuerpo, tanto más hermoso en lo interior de su ánima, y por consiguiente tanto más amado de las ánimas que con estos ojos lo saben mirar. Ésta es aquella maravilla que canta el Psalmista cuando dice: La piedra que desecharon los que edificaban, fué después asentada en la cabecera de la esquina, que es, en lo más alto del edificio. El Señor fué el autor desta obra, la cual es materia de grande admiración á nuestros ojos. Porque ¿qué cosa ha habido en el mundo de mayor admiración que un hombre justiciado en compañía de dos ladrones, ser adorado por Dios y verdadero Señor

de todas las gentes? ¡Oh poder admirable, oh poder encubierto, que un hombre colgado de un madero destruya la muerte que mataba el género humano, un hombre condenado con los malhechores salve los hombres condenados con los demonios, un hombre enclavado y afijado en un palo traya todas las cosas á su servicio, un ánima ofrecida voluntariamente á los tormentos saque innumerables ánimas de los infiernos, y con la muerte de un solo cuerpo mate la muerte de todas las ánimas y de todos los cuerpos!

Mas para mayor declaración de lo dicho, añadiré otra consideración que sirve mucho para este propósito. Acordaos de lo que leístes en el tratado pasado, donde está declarado que Dios generalmente en sus obras pretende gloria suya y provecho del hombre. Por dónde, así como por el sello real conocemos que la escritura donde se halla es del rey, así cuando viéremos en una obra gloria de Dios y provecho del hombre, podemos luego concluir ser aquella obra de Dios. Pues según esto, ruégoos me digáis, ¿en qué otra obra se hallarán más perfectamente estas dos cosas juntas, que en la cruz de Cristo? Porque el provecho que de aquí recibió el hombre, ciegos lo ven, y todo cuanto hasta aquí habemos tratado, lo declara. Pues no menos por aquí se descubre la gloria de Dios. Porque si bien os acordáis de lo dicho, por aquí más que por otra obra declaró Dios la grandeza de su poder, por lo que agora acabamos de decir, que es conquistar al mundo con la ignominia y flaqueza de la cruz. Por aquí la grandeza de su bondad, poniéndose á tantos trabajos por hacernos sanctos y buenos. Por aquí la grandeza de su misericordia, tomando sobre sí todas las miserias y deudas de nuestra naturaleza. Por aquí la grandeza de su justicia, pues no consintió que quedase la culpa sin justa venganza. Y no menos se declara aquí el consejo de la Sabiduría divina en esta obra, la cual (como el Apóstol dice) los gentiles tenían por locura. Porque proprio es del sabio, determinado el fin, escoger medios proporcionados para conseguirlo. Pues como el fin del hombre sea su salvación, y el medio para ella sean las virtudes y la amistad y gracia con Dios, ved vos si para esto se pudiera inventar otro medio más poderoso que el misterio de la Cruz. En el cual hallo una cosa que verdaderamente me es causa de grande admiración y consolación, y es, que si atentamente consideráredes aquellos diez y ocho fructos que referimos del árbol de la Cruz (donde en-

tran las principales virtudes de la vida cristiana) hallaréis que tan perfectamente sirve este misterio para cada una dellas, como si para sola ella y no para las otras fuera deputado. Porque si tratáis de la satisfación por los pecados del mundo, si de las cosas que pueden inclinar nuestro corazón al amor de Dios, ó á la virtud de la esperanza, de la humildad, de la obediencia, de la paciencia, de la aspereza de la vida, de la pobreza evangélica y de todas las otras virtudes, hallaréis ser verdad lo que digo, que tan propria y tan perfectamente sirve este misterio para cada una destas cosas como si para sólo aquélla se ordenara. En lo cual maravillosamente resplandece el consejo de la Sabiduría divina, la cual supo inventar una medicina tan universal y tan eficaz para todas las dolencias y necesidades de nuestras ánimas. Todo esto sirve para que claramente veáis cuán enteramente concurren con esta obra de nuestra redempción aquellas dos cosas que dijimos, que son, gloria de Dios y provecho del hombre. Y juntamente veréis lo que poco antes decíamos, que no solamente hay aquí provecho del hombre sin injuria de Dios, mas antes con grandísima gloria suya, como está declarado. ¿Paréceos pues que es digna de ser recebida y adorada una obra, en la cual concurren por un cabo tan gran provecho del hombre, y por otro tan grande gloria de Dios?

Discip. Concluído y como atado de pies y manos quedo con esa respuesta, y confieso que no hay cosa debajo del cielo que con más justa razón deba ser creída. Mas ¿qué me decís, maestro, al común espanto que los hombres inconsiderados tienen, cuando oyen decir que Dios se hizo hombre y murió en cruz? Porque esta consideración á los infieles es ocasión de su incredulidad, y á los fieles de grande admiración y espanto.

Maest. Si leístes con diligencia un capítulo del primer libro desta escritura, donde tratamos de las maravillas de las obras de naturaleza, y cuán admirable y incomprehensible era Dios en muchas dellas, os tendréis por respondido á esa pregunta. Porque veríades cuán admirable y incomprehensible es Dios en la obra de la creación, en la grandeza inestimable de los cielos, en la ligereza de sus movimientos, en la orden tan infalible que guardan en ellos. Y demás desto, en la virtud de todas las simientes de que nacen todas las cosas, en la fábrica de todos los cuerpos de los animales, y en las habilidades que tienen para mantener-

se, curarse, defenderse y criar sus hijos, veríades cuán admirable es Dios en todas sus obras. Y no lo es menos en las cosas pequeñas que en las grandes, como es la hormiga, el araña, el mosquito, el abeja, el gusano que hila la seda, porque ninguno hay tan despreciado (como Aristótiles dice) que no ponga admiración á quienquiera que los supiere mirar. Pues si tan admirable es Dios en todas las obras de naturaleza (que es, en las obras de su sabiduría y omnipotencia) ¿cómo no ha de ser mucho más admirable en las obras de su bondad, que en él es más gloriosa, y de que él más se precia, y quiere que de nosotros sea más conocida, por ser causa de mayor amor y reverencia de su sancto nombre? Si pasman los grandes ingenios, y se agotan todos los entendimientos, cuando miran la grandeza del poder y saber divino que en estas obras resplandece, ¿cómo no han de pasmar en las obras de la divina bondad y misericordia, que dice el mismo Psalmista ser sobre todas sus obras? Y ¿qué obras podía hacer causadoras de tan grande espanto, sino padeciendo lo que padeció, y haciendo los extremos que hizo (si así se pueden llamar) para reparar el mundo y hacer á los hombres buenos y bienaventurados? Y para mayor inteligencia desto, deciros he una cosa que no menos os ha de satisfacer que las pasadas.

Para lo cual presupongo que los reyes de la tierra descubren con muy diferentes obras la grandeza de su poder y de su bondad. Pongamos ejemplo en S. Luis, rey de Francia. Este sancto rey mostró su poder con aquella grande flota que juntó para ir á conquistar la Tierra Sancta: mas su bondad y sanctidad nos descubría cuando (según se escribe en su vida) á imitación de Cristo todos los sábados en un lugar secretísimo lavaba los pies de los pobres, y los alimpiaba y besaba, y lo mismo hacía á las manos, y asimismo cuando en ciertos días daba de comer á ducientos pobres antes que él comiese, y él mismo les servía á la mesa, y les administraba los manjares. Porque por estas obras se declaraba cuán bueno era el rey que por imitación del Rey soberano (que vino á este mundo no á ser servido, sino á servir) así se abajaba y humillaba. La misma bondad mostró Elena, madre del emperador Constantino, cuando estando en Hierusalén sirvió por su propria persona á un colegio de vírgines dedicadas á Dios, que allí moraban, como escribe Rufino. Y el mismo también cuenta de Placila, mujer del emperador Teodosio, mucho

más que esto, porque levantada á la silla del imperio, creció mucho más en el amor del Señor que así la había engrandecido, y así como vistió la ropa imperial, comenzó á tener gran cuidado de los enfermos y necesitados, no ayudándose para esto de sus criados y ministros, sino ella misma por sí viniendo á las casas de los enfermos les proveía de lo necesario, y discurriendo por los hospitales servía con sus proprias manos á los dolientes, alimpiábales las uñas, probaba el caldo de lo que se guisaba, ofrecíales las cucharas para comer, partíales el pan, poníales los manjares en la mesa, lavaba las tazas, y finalmente hacía todos los oficios que suelen hacer los siervos. Y á los que en esto le iban á la mano, respondía que hacer grandes mercedes era obra de emperadores, mas que ella ofrecía todo esto á Dios por la conservación del imperio que él le había dado. Y al Emperador decía: Conviene, señor, que siempre miréis lo que pocos días ha fuistes, y lo que agora sois. Porque si esto pensáredes, no seréis ingrato al bienhechor, y así gobernaréis legítimamente los estados que dél recibistes. Todo esto escribe Rufino. Pues ¿quién no ve aquí cuánto se declara la bondad y sanctidad desta nobilísima señora con estas obras de tan grande humildad y caridad? Por dónde entendemos que la majestad y magnificencia de los emperadores se muestra con dar grandes dádivas y hacer grandes cosas, mas la bondad, con el oficio destas obras tan humildes y sanctas.

Discip. Muy bien estoy en lo que me decís: mas ¿á qué propósito viene eso?

Maest. Agora lo oiréis. Habéis de saber que como haya en nuestro Señor infinitas perfecciones, todas ellas finalmente se reducen á dos órdenes. Ca unas pertenecen á la majestad, y otras á la bondad (aunque las que pertenecen á la majestad también sean obras de la bondad) y cada cual destas perfecciones tiene sus obras proporcionadas, con que se declara. Porque las perfeciones que pertenecen á la majestad (como es la sabiduría y la omnipotencia, &c.) decláranse haciendo obras grandes: mas las que pertenecen á la bondad, por el contrario, haciendo obras humildes: las unas haciendo obras de grande magnificencia, las otras de grande piedad, las unas subiendo á cosas muy altas, y las otras decendiendo y condecendiendo á las necesidades humanas. Y así las unas se pierden de vista por muy altas, mas las otras por muy humildes y bajas, así como aquéllas, cuanto son más altas, más

descubren la grandeza de la majestad, así éstas cuanto más humildes, más descubren la grandeza de la bondad, como nos declaran los ejemplos susodichos. Y pues la gloria de la bondad (como tantas veces habemos repetido) es la mayor y de la que nuestro buen Dios más se precia, y de que en el cielo es más alabado de aquellos espíritus bienaventurados, síguese que cuanto este Señor más se humilló, más se humanó y más condecendió á nuestra miseria y pobreza para remediarla, tanto más descubrió la gloria y las riquezas de su inmensa bondad. Y como nos dejan espantados y atónitos las obras de su sabiduría y omnipotencia, así y mucho más era razón que nos dejasen las de su bondad: y cuanto más suspensos dejan nuestros entendimientos las unas y las otras obras, tanto son ellas más dignas y más proprias de Dios, que en todas sus obras es admirable. Pues ¿de qué manera nos podían dejar atónitos las obras de aquella inmensa Bondad, sino viendo al Criador por amor de sus criaturas preso, abofeteado, escupido, azotado, escarnecido, coronado con espinas, tenido en menos que Barrabás, y finalmente sentenciado á muerte de cruz, y puesto entre dos ladrones?

Discip. ¡Oh, cuánta verdad decís en eso, maestro! Porque verdaderamente eso es lo que hace pasmar todos los corazones con la consideración de aquella suma bondad, como pasman considerando las obras de la omnipotencia y sabiduría divina: y aun digo más, que no veo cómo nos pudieran así espantar las obras desta bondad, sino padeciendo lo que padeció. Porque criar todas las criaturas del mundo, y proveerlas copiosamente de todo lo necesario para su vida, obra es de bondad: mas ésta no nos espanta, porque no cuesta más al dador que sólo querer, y esto solo no nos espanta, si no es cuando el beneficio que se hace, cuesta caro al bienhechor, como lo fué el de nuestra redempción. Y no menos me satisface esa distinción que hecistes reduciendo todas las perfecciones divinas á esas dos tan principales, que para mí fué cosa notable, porque sola ella basta para deshacer todos los nublados y tinieblas de los infieles, para que claramente vean cómo en esas cosas que á los ojos de los infieles parecen bajezas, está encerrada inmensa gloria y hermosura. Mas con todo esto quiero representar en mí la persona de los hombres mundanos, y preguntar qué es la causa por que siendo esta filosofía de la Cruz tan conforme y tan proporcionada con la divina bondad (como habéis

declarado) los hombres rudos y dados á deleites la extrañan y preguntan á las veces: ¿Qué necesidad tenía Dios de ponerse á tantos trabajos, pues á menos costa pudiera remediar al hombre, si quisiera?

Maest. Á eso ya está respondido en todo lo que hasta aquí habemos tratado en este misterio, y por eso no repitiré nada de lo dicho acerca deste punto. Mas con todo eso quiero que entendáis que esa pregunta propriamente es de hombre que no ha echado mano al arado, ó (por mejor decir) que no ha embrazado el escudo y tomado las armas para pelear con el demonio y con las malas inclinaciones de su carne, que es el mayor y más familiar enemigo que tenemos, con ser por otra parte el mayor amigo, y por eso más dificultoso de vencer. Un hombre rústico que nunca jamás vió la mar ni entró en navío, la primera vez que entra en él, maravíllase de ver tanta jarcia y tantas maneras de cuerdas de que está el mástel rodeado, y pregunta al marinero: ¿Para qué es esto, y para qué lo otro? Mas el marinero responderle ha: Bien parece, hermano, que nunca navegastes, porque si así fuera, viérades claro que ninguna cosa hay en todas éstas que no sea necesaria para la navegación. Pues desta manera el hombre carnal ó infiel que nunca navegó por el camino de la virtud, cuando oye decir que el Hijo de Dios se hizo hombre y padeció tantos trabajos por el remedio del hombre, dice entre sí esas cosas que vos representastes. Mas el que anda por el estrecho camino de la virtud, y no contento con la vida común, trabaja por caminar á la perfección, apenas da paso en este camino que no sea poniendo los ojos en Cristo crucificado. Si ha de ayunar, si ha de maltratar su carne, si ha de mortificar sus apetitos y malos deseos, si ha de negar su propria voluntad, si ha de ser fácil en perdonar las injurias, si ha de tener paciencia en los trabajos, si ha de resistir varonil y prestamente á las blandas y halagüeñas sugestiones del enemigo, y si ha de desechar de sí los halagos y blanduras de la carne, y abrazar la cruz de la penitencia y de la virtud, ¿qué otro remedio y esfuerzo tiene para todo esto, sino levantar los ojos á Cristo crucificado, y cobrar aliento con lo que ve padecer á su Criador por él? Porque aquí halla ejemplo, aquí esfuerzo, aquí consuelo para todos estos trabajos, considerando cuánto mayores fueron los que el Señor de todo lo criado padeció, no por sí, sino por él. De modo que apenas da

paso en este camino sin tener delante este dechado. Y que el estudio de la virtud sea uno de los mayores motivos que hay para conocer la sinceridad y excelencia de nuestra religión, declarólo el Señor en aquellas palabras con que confirmaba la verdad de su doctrina, diciendo que si alguno se ocupase en hacer la voluntad de Dios y guardar sus mandamientos, conocería claramente la verdad y excelencia de su doctrina En las cuales palabras dió á entender que la pureza de la vida era uno de los principales medios para conocer la pureza y verdad de nuestra filosofía. Porque á los que esta pureza conservan, se comunican más copiosamente los rayos de la divina luz, con los cuales ven más claro la verdad y conveniencia de nuestros misterios. Y junto con ésta ve cómo todos ellos á una sirven y ayudan maravillosamente á los ejercicios y obras de la buena vida. Y con este socorro vienen á tener tal gusto en ella, que dicen con el Profeta: En el camino de vuestros mandamientos, Señor, me deleité como en todas las riquezas del mundo. Y en otro lugar dice que amó los mandamientos de este Señor más que el oro y que las piedras preciosas.

Discip. Por el gusto y consolación que he recebido en todas estas pláticas pasadas y en las respuestas tan cabales que habéis dado á mis preguntas, entiendo lo que en esta vuestra escritura he leído, y es, que como hay música y consonancia de voces para los oídos del cuerpo, así también la hay para los oídos del ánima: la cual he visto por la suavísima y admirable consonancia que tienen todas las cosas del misterio de nuestra redempción con la verdad y con la grandeza de la divina bondad. Y esa correspondencia de unas cosas con otras es una dulcísima harmonía y consonancia para nuestro entendimiento, cuya perfección es el conocimiento de la verdad, y así naturalmente huelga con ella como los oídos con la música, y todos los otros sentidos y fuerzas de nuestra ánima con sus proprias perfecciones. Y como esta concordia sea tan grande argumento de la verdad (como los filósofos enseñan) no sé qué podrán responder los infieles que no quisieron recebir la fe deste misterio, en el cual hay tan maravillosa concordia y correspondencia de todas las cosas. Porque cuando aquel soberano Juez éntre en juicio con ellos, y les pregunte por qué no creyeron una verdad confirmada con tantos milagros y con tantas profecías y testimonios de las Escrituras divinas, en la cual se proponía una obra tan propria de la bondad de Dios

cuyo principal oficio es hacer bien y hacer buenos) ¿qué podrán responder á esto, sino (como dice muy bien un doctor) Señor, no pensé que érades tan bueno, que quisiésedes poneros á tantos trabajos por hacer á los hombres buenos. Esto parece que responderán los infieles, midiendo la bondad de Dios por la suya, no creyendo que haría Dios lo que ellos, si fueran dioses, no hicieran. La cual respuesta, como blasfema, será para mayor castigo y condenación suya.

CONCLUSIÓN DE TODO ESTE TRATADO

Maestro.

RESULTA pues de todo lo que hasta aquí habemos dicho, que la pasión de Cristo, que es el más arduo misterio de nuestra fe (el cual los judíos tuvieron por escándalo, y los gentiles por locura, como dice el Apóstol) es la obra de mayor sabiduría y providencia de cuantas Dios tiene hechas en este mundo, y que ninguna cosa había más conveniente para la gloria de Dios, esto es, para la gloria de su bondad, de su caridad, de su misericordia, de su justicia y de su sabiduría, que ésta: y asimismo que ninguna medicina había más proporcionada para remedio de nuestra miseria, conviene saber, para satisfacer por nuestras deudas, para darnos conocimiento de Dios, y para darnos grandísimos ejemplos y motivos para todas las virtudes, y especialmente para la caridad, para la humildad, para el temor de Dios, para la esperanza, para la obediencia, para la mansedumbre, para la paciencia y para el aborrecimiento del pecado, que ella misma. Mas ¿qué son menester muchas palabras para declarar la admirable conveniencia de este remedio? Porque ¿qué persona podía haber en el cielo ni en la tierra más conveniente para esto que la misma persona del Hijo de Dios? Porque así como ninguno había en todo el mundo mayor ni mejor que él, así ninguno pudo ni enseñar con más autoridad, ni impetrar con más eficacia, ni satisfacer con más justicia, ni merecer con mayor gracia, ni obligar con mayores beneficios, ni dar mejores ejemplos de los que él nos dió. ¿Qué otro segundo Adán, qué otro padre, qué otro pastor, qué otro salvador, qué otro abogado, qué otro rey, qué otro sacerdote, qué otro medianero se nos pudiera dar mejor que él? Esto es cosa tan notoria, que quienquiera que no estuviese desamparado de Dios, claramente la verá. Pero lo que aquí suspende más los entendimientos humanos, es ver que este remedio (como ya está declarado) vino tan proporcionado para cada una destas cosas que pertenecen á la gloria de Dios ó al remedio del hombre, como si para sola ésta y no para las otras se ordenara. Lo cual cierto es de grandísima admiración y que

singularmente declara la alteza de la sabiduría y consejo de Dios en la traza desta obra.

Discip. No puedo, maestro, dejar de daros muchas gracias por esta vuestra doctrina, cuantas no podré con palabras explicar. Porque agora me parece que vengo de nuevo á la fe, y que se me han abierto los ojos para ver la hermosura deste misterio, y creerlo con mayor claridad que hasta aquí lo creí. Y no es esto de maravillar, porque así como dos candelas juntas alumbran más que una sola, así la lumbre de la fe junto con la razón con que Dios nos crió, alumbra más nuestros entendimientos, y nos confirma más en esa misma fe, la cual teniendo de sí la certidumbre y la firmeza, toma de la lumbre de la razón la claridad que en esta presente vida le falta.

Maest. Mucho me alegro de ver que esta nuestra plática no ha sido infructuosa, pues della se saca un tan grande provecho como es acrecentamiento de la fe. Porque como ella sea el fundamento y raíz de todas las virtudes, claro está que cultivada esta raíz por una parte con la doctrina, y por otra con la gracia del Espíritu Sancto, el beneficio della redundará en el fructo de las virtudes que de ellas proceden. Mas quiéroos advertir una cosa importantísima á este negocio, y es que no atribuyáis esa nueva luz y firmeza de la fe á las consideraciones y razones que aquí habemos alegado, ni á otras, por muy más excelentes que sean. Porque la virtud de la fe de los cristianos no se funda en razones humanas (que al fin son humanas) sino en la lumbre que el Espíritu Sancto infunde en el entendimiento del baptizado. La cual le hace creer con mayor certidumbre y firmeza los misterios de nuestra fe, que todas las razones y demostraciones del mundo. Porque mucho más puede la virtud de Dios que toda otra cosa criada. Y demás desto, la fe (como dice el Apóstol en la epístola á los de Éfeso) es don de Dios, sin el cual no digo yo razones humanas, mas ni obras divinas (cuales son los milagros) bastan para causar esta manera de fe en nuestros entendimientos. Porque ¿qué mayores milagros que los que vieron los fariseos y pontífices? Y ésos procuraron la muerte del Salvador. ¿Qué mayor milagro que la resurrección de Lázaro? Y no por eso creyeron algunos de los que presentes se hallaron. Y sobre todo esto, ¿qué mayor milagro que la resurrección del mismo Salvador al tercero día? ¿Cuándo se vió ó leyó dende el principio

del mundo que un hombre muerto resucitase á sí mismo? Y con todo esto los fariseos y pontífices sabiendo esta tan nueva maravilla y tan claro testimonio por relación de las guardas que ellos mismos habían puesto en el sepulcro, no solamente no creyeron, mas antes dieron mucho dinero á las guardas para que dijesen que durmiendo ellos, vinieron los discípulos y hurtaron el cuerpo. De modo que no contentos con su propria ceguera, cerraron la puerta de la luz al pueblo, para llevarlo tras sí á las tinieblas del infierno. Por los cuales ejemplos manifiestamente veréis que sin particular asistencia de Dios ni aun los milagros (que como dice Santo Tomás, son bastante prueba de los misterios de la fe) bastan para causalla en nuestros entendimientos. Por tanto, si vos agora sentís en vuestra ánima esa nueva firmeza y claridad de la fe, dad muchas gracias á aquel Padre de las lumbres, de quien proceden todos estos beneficios y todos estos dones celestiales, para que creciendo el agradecimiento, crezca juntamente con él la gracia del beneficio.

Del fructo que se ha de sacar de todo lo que hasta aquí se ha dicho.

§ I

Mas no me contento con este aviso que os he dado: quiero añadir á éste otro muy principal, el cual sirve para sacar el fructo y la medula de todo cuanto hasta aquí habemos tratado. Porque (si bien miráis) la mayor parte de lo dicho sirve para informar y perfeccionar nuestro entendimiento con la lumbre y conocimiento de la verdad. Mas la perfección de la vida cristiana no consiste en sola la luz del entendimiento, sino mucho más en el ardor de la caridad, que está en la voluntad. Porque como muchos filósofos hubo que conocieron mucho de Dios (como dice el Apóstol) mas porque no le glorificaron ni amaron con la voluntad, se envanecieron en sus pensamientos, y quedaron sus corazones escurecidos, porque no usaron bien del conocimiento que el Criador por medio de las criaturas les había dado. Pues por por esto comencemos agora á servirnos del conocimiento que por todo lo dicho hasta aquí habemos alcanzado, para despertar

en nuestra voluntad el amor de Dios con todos los otros afectos y movimientos que la grandeza deste misterio nos pide. Para lo cual quiero traeros á la memoria lo que S. Augustín en el libro de sus Confesiones dice de sí. Recibí el agua del sancto Baptismo, y luego se quitaron de mi ánima todos los cuidados de la vida pasada. Y no me podía hartar en aquellos primeros días de considerar con una maravillosa dulcedumbre la alteza que el Consejo divino escogió para la salud del género humano. De manera que considerando este sancto varón con la mucha lumbre que había recebido, y también con la grandeza de su ingenio, cuán proporcionado y conveniente medio había sido la encarnación y pasión del Hijo de Dios así para la gloria y honra de Dios como para el remedio de todas las necesidades humanas, no se hartaba su ánima de considerar aquella suavísima harmonía y consonancia y aquella maravillosa proporción que tenía esta medicina inventada por Dios para la cura de nuestra dolencia. ¡Oh, quien tuviera el espíritu, la luz y el entendimiento deste sancto varón, cuántas consolaciones recibiría en la contemplación deste misterio!

Mas porque en nuestro grado no del todo carezcamos de alguna parte desta consolación, daros he aquí una breve forma de pensar este beneficio. Para lo cual primeramente habéis de despedir de vuestra ánima la indignidad que por defuera se ofrece á los ojos de carne en hacerse Dios hombre y morir en cruz. Para lo cual basta lo dicho en los diálogos pasados, en los cuales manifiestamente probamos que hacerse Dios tal hombre cual se hizo, no sólo no era indigna cosa de su grandeza, sino grandísima gloria. Y lo mismo declaramos de la sagrada Pasión, considerando la causa por que el Salvador padeció, y la manera en que padeció, las cuales dos cosas hacen su sagrada pasión tanto más gloriosa cuanto fué más ignominiosa y dolorosa.

Presupuestos estos dos preámbulos, presuponed también el tercero, que dijimos ser el fundamento de todo este misterio de nuestra redempción, conviene á saber, que no mira nuestro Señor Dios en las cosas que hace, lo que puede de su poder absoluto, sino lo que conviene á la perfección dellas, según lo cual dijimos que no había otro medio más conveniente para nuestro remedio que la encarnación y pasión de su Unigénito.

Presupuestos pues estos fundamentos, considerad el estado miserable en que el hombre estaba por el pecado, y hallaréis que

estaba en desgracia y enemistad de Dios, que es el mayor mal de los males. Estaba ciego para conocer á su Criador, estaba más frío que la nieve para amarle, estaba impotente para servirlo, estaba desterrado del paraíso, estaba captivo y subjecto al demonio, estaba preso con las cadenas de sus aficiones, estaba enfermo y inhábil para todas las verdaderas y cristianas virtudes, y no sólo enfermo, sino muerto para ellas, estando vivo y más que vivo para todos sus apetitos.

Después desta consideración traed á la memoria aquellos admirables fructos del árbol de la sancta Cruz que ya leístes, y halláreis por cierto que con ellos de tal manera curó el Salvador con su pasión cada uno de todos estos males con una tan eficaz y tan proporcionada medicina como si para solo él y no para los otros se ordenara, como ya declaramos. Lo cual cierto es cosa de grande admiración. Los médicos tienen diputadas diversas medicinas para diversas enfermedades, mas este médico que nos vino del cielo, con sola esta medicina cura perfectísimamente todas las enfermedades de nuestras ánimas. Pues con esta consideración sentiréis algó de lo que S. Augustín sentía, maravillándose desta tan nueva invención que la sabiduría de Dios inventó enviando su Hijo al mundo para remedio de nuestros males, la cual fué de tanta eficacia, que de los hombres hizo ángeles, y de esclavos del demonio y de sus apetitos, hijos de Dios.

Después desta consideración de la sabiduría divina, levantaos á considerar la grandeza de la bondad y caridad y misericordia que en esta obra Dios nos mostró. Para lo cual habéis de subir agora conmigo á una atalaya muy alta, quiero decir, habéis de levantar agora con toda humildad y reverencia los ojos de vuestra ánima, y subir sobre las nubes y sobre los cielos, y pasar de vuelo sobre todos los coros de los querubines y serafines, y encima de todos, en un lugar tan alto que cuasi lo perdáis de vista, contemplar allí en el trono de la majestad aquella altísima Substancia, aquella Luz tan resplandeciente que reverbera los ojos de quien la mira, aquel Señor que mora en una luz inaccesible, la cual ningún hombre en carne mortal vió ni pudo ver, Aquél en quien están las hermosuras y perfecciones de todas las criaturas corporales y espirituales con infinita ventaja, Aquél que con una simple muestra de su voluntad crió los cielos y la tierra con todo lo que en ellos tiene ser, Aquél cuyo saber es infinito, poder infi-

nito, hermosura infinita, majestad y grandeza infinita, Aquél que solo es inefable, incomprehensible, inaccesible, que todo lo mueve sin moverse, todo lo rige sin distraerse, todo lo óbra sin cansarse, Aquél á quien alaban las estrellas de la mañana, á quien cantan loores los hijos de Dios, de cuya presencia tiemblan las columnas del cielo, Aquél que (como dice Esaías) tiene de tres dedos colgado el peso de la tierra, y ante cuyo acatamiento (como él mismo dice) todas las gentes son como si no fuesen, Aquél finalmente cuya felicidad y bienaventuranza es tan grande, que ni con todo este mundo criado, ni con mil mundos que criase, puede crecer ni ser mayor, ni porque todos los hombres se salven y le alaben es más glorioso, ni porque todos se condenen, lo es menos. Y después que desta manera os hubiéredes encumbrado, y apacentado los ojos de vuestra ánima en esta altísima Substancia, derribaos de ahí abajo como con alas de águila, y descendid al portalico de Betleem, y caminando de ahí al cenáculo del monte Sión, á la casa de los pontífices, al pretorio de Pilato, al monte Calvario y al santo sepulcro, entenderéis cuánta razón hay para quedar atónito con lo que en cada lugar déstos veréis. Veréis á este tan gran Señor que habéis contemplado, tener por casa un establo, y por cama un pesebre, envuelto en pobres pañales, mamando leche á los pechos de una mujer. De ahí caminad al cenáculo, y veréis el Criador del mundo, quitado el manto y ceñida una toalla á manera de siervo, prostrado á los pies de unos pobres pescadores y de su mismo traidor, lavándolos con grandísima humildad y devoción. Partíos luego de ahí con el mismo Señor, y contemplad tan ignominiosa prisión, la cual él mismo encareció diciendo: Como si yo fuera un ladrón, así venistes con espadas y lanzas á prenderme. Caminad luego con él á todos los tribunales en que fué presentado, y ved las maneras de injurias que recibió en casa de Anás, y Caifás, y Herodes, y en el pretorio de Pilato, y considerad también aquella nueva invención de escarnio que intervino en la coronación de espinas, y procurad cuanto sea posible hallaros presente en cada uno de estos lugares, y considerad las nuevas maneras de vituperios que en ellos recibió (porque yo os confieso que me tiemblan las carnes en pensar de referirlos) y mirad lo que sentiríades si por una parte con los ojos del espíritu contempláredes la alteza deste Señor que aquí os representamos, y con ojos de carne viérades las bajezas

y injurias que en todos estos lugares padece. Y pensad que no tiene corazón de carne, sino de piedra mármol, el que viendo estas tan grandes injurias y vituperios, no queda como alienado y fuera de sí, viendo juntas en uno la mayor alteza del cielo con la mayor bajeza de la tierra. Pues ¿qué cosa de mayor espanto y admiración?

Y si espantado de cosa tan grande, os pusiéredes á inquirir la causa della, hallaréis que no fué otra sino la inmensa bondad, caridad y misericordia de Dios, el cual pudiendo por otros muchos medios salvar y reformar el mundo, quiso usar déste, porque era (como está ya declarado) el más conveniente para la gloria de Dios y para la sanctificación de los hombres. De manera que fué tan grande el deseo que tuvo de hacernos sanctos y bienaventurados, esto es, de hacernos grandes amadores y siervos de Dios, de hacernos humildes y mansos, de hacernos menospreciadores de los regalos de la carne y vanidades del mundo, y amadores de la cruz, y finalmente de hacernos extremados en toda virtud, que conociendo cuánto era más eficaz este medio que todos los otros para alcanzar estas virtudes, no dudó ponerse á todos estos encuentros por esta causa.

Para declarar más este tan gran deseo del Salvador, me pareció poner aquí un ejemplo con que esto en alguna manera se entienda, puesto caso que no pueda haber ejemplo que represente siquiera la sombra deste deseo. Escriben los historiadores de los gentiles que Agripina, madre de Nerón, tuvo tan gran deseo de ver á su hijo emperador, que después de haber muerto por esta causa al emperador Claudio, su marido, con veneno que le dió, trató de hacer emperador á este hijo. Y diciéndole un astrólogo que verdaderamente vendría á ser emperador, pero que mataría á su madre, respondió ella: Máteme con tal que sea emperador. Podemos pues en alguna manera acomodar este ejemplo al Salvador, el cual deseó tanto hacernos no emperadores de la tierra, sino del cielo y hijos de Dios, deseó tanto hacer que los hombres fuesen espirituales y divinos, deseó tanto hermosear nuestras ánimas con las gracias y dones del Espíritu Sancto (para que con ellas resplandeciese en el hombre la imagen de Dios) y sobre todo esto deseó tanto esforzar á los santos mártires (para que con la victoria de sus batallas y triunfos glorificasen á Dios) que entendiendo que ningún medio había más proporciona-

do y más eficaz para todo esto, no dudó ponerse á todas estas maneras de injurias, escarnios y vituperios, hasta ser azotado y crucificado y tenido en menos que Barrabás. Pues ¿qué espíritu no desfallece aquí con la consideración de cosas tan extrañas, Dios escupido como blasfemo, Dios azotado como ladrón, Dios crucificado entre malhechores, Dios abofeteado, coronado de espinas, vestido ya de blanco, ya de colorado por escarnio? ¡Oh bondad, oh piedad, oh caridad, oh misericordia digna de tal Señor! ¿Quién pudiera hacer esto sino Dios? ¿Qué bondad pudiera llegar aquí sino la de Dios? ¿Qué hacéis, ángeles del cielo? ¿Qué hacéis todas las creaturas, viendo lo que sufre vuestro Hacedor? Tierra, ¿cómo no tiemblas de espanto? Piedras, ¿cómo no os partís de dolor? Cielos, ¿cómo dais lumbre á la tierra, donde es crucificado vuestro Criador? Señor, oí tus palabras, y temí, consideré tus obras, y quedé espantado, viéndote no ya en medio de dos animales, sino crucificado entre dos ladrones. Pues aquí es donde las ánimas religiosas desfallecen, aquí desmayan, aquí enmudecen no sólo con la boca sino con los sentidos interiores, los cuales suspensos y arrebatados con la admiración de tan grande bondad y dignación de Dios, le alaban y glorifican con un sancto silencio, con el cual callando predican ser esta misericordia de Dios inefable, incomprehensible y que sobrepuja todo género de conocimiento y alabanza. Mas ¿qué maravilla es quedar todos los entendimientos suspensos y atónitos, considerando esta tan grande bondad? Porque si la grandeza de la providencia y sabiduría de Dios, que resplandece en algunas criaturas, suspende tanto los entendimientos humanos, que los deja como atónitos y pasmados, ¿cuánto más razón es que obre esto mismo la grandeza de la bondad de Dios que resplandece en esta obra, pues esta bondad es la perfección de que él más se gloría y más se precia? Y ¿qué medio había para quedar los hombres desta manera suspensos y como alienados, sino cuando considerasen cómo aquella incomprehensible Majestad y Grandeza se subjectó á los mayores dolores y vituperios que nunca jamás se padecieron, por dejarnos por esta vía mayores ejemplos y estímulos para toda virtud y sanctidad? Pues ¿qué tan grande fué el deseo que este Señor tuvo de hacernos sanctos, quien á tanto se puso por esta causa?

Pues el corazón devoto que esto considera, ¿cómo no trabajará por abrazar toda virtud y sanctidad, siquiera por dar este

contentamiento á quien tanto lo deseó y por tan caro precio lo compró? Y ¿quién no trabajará por amar á quien tan grande amor nos descubrió? ¿Quién no procurará de imitar las virtudes que este Señor tan estampadas en su vida y muerte nos dejó?

Pues concluyendo esta parte, digo que la piadosa consideración de este misterio causa estos cinco efectos que brevemente aquí os propondré. Porque lo primero, suspende y arrebata las ánimas en una reverencial y profunda admiración desta tan gran bondad del Redemptor. Lo segundo, enciéndelas en un grande amor desa misma bondad y ardentísima caridad. Lo tercero, causa en ellas un entrañable agradecimiento deste sumo beneficio. Lo cuarto, despierta en ellas un grandísimo deseo de imitar algo de las grandes virtudes y maravillosos ejemplos que este Señor aquí nos representó. Y sobre todo esto causa en ellas un gran deseo de padecer trabajos y injurias por amor de quien tantos por nuestra causa padeció. Éstos son los principales fructos que de la consideración deste misterio habemos de sacar, á los cuales (como dije) se ordena cuanto en esta materia habemos platicado.

Discip. Agora habéis acabado, maestro, de echar el sello á todo este tan largo tratado: agora entiendo el fructo que se coge desta palma tan gloriosa de la cruz, que al principio propusistes, que todo viene á parar en amor del Crucificado y en la imitación de sus virtudes y señaladamente de sus trabajos. Y por aquí también entiendo cuán mal saben filosofar en este misterio los hombres desalmados y herejes, pues de tal manera pervierten los intentos y consejos de Dios, que con lo que él nos dió tan grandes motivos para todas las virtudes, sacan ellos argumentos para perseverar confiadamente en sus pecados, y lo que la Sabiduría divina ordenó para hacernos amadores de los honestos trabajos, ordenan ellos á costa del Crucificado para dormir confiadamente en sus vicios. Pues ¿quién no ve aquí ser esta obra del enemigo de nuestra salud? Porque así como la bondad de Dios tiene por oficio sacar de los males bienes, así la malicia deste adversario lo tiene para sacar de los bienes males, pues deste tan grande misterio que Dios obró en la tierra para hacernos buenos, saca él argumentos y motivos para hacernos malos.

SUMA DE TODA ESTA TERCERA PARTE

Juntemos el fin deste libro y tercera parte con el principio, y concluyamos lo que al principio propusimos. La suma pues de todo lo dicho consiste en tres puntos principales. El primero es que el hombre tenía necesidad de remedio por haber quedado por el pecado estragado y mal inclinado y inhábil para agradar á Dios. Esto se ve por todas las dolencias y manqueras del hombre, las cuales en parte explicamos tratando del pecado original, donde declaramos gran parte de las dolencias y siniestros de la naturaleza humana, y la schisma y rebelión de la parte sensual de nuestra ánima contra la espiritual y más noble. Y quien esto quisiere entender más á la clara, considere al hombre *in puris naturalibus,* sin ley y sin remedio deste pecado. Porque quien quiere ver qué tal es un caballo que ha de comprar, quítale todos los jaeces, y míralo en cerro, para ver lo que es. Y desta manera se ha de considerar la naturaleza humana, sin las medicinas de la ley y de la gracia. Esto se entenderá por el primer capítulo de la epístola de los Romanos, donde el Apóstol refiere las idolatrías y abominaciones y pecados nefandos de los gentiles. Lo cual todo declaramos en el segundo libro desta escritura, describiendo la primera de las cuatro hazañas que obró Cristo en el mundo, que fué destruir la idolatría, donde los hombres adoraban piedras, y palos, y dragones, y serpientes, y aves, y animales brutos. Y juntamente declaramos sus sacrificios, de los cuales unos eran cruelísimos, matando sus proprios hijos, y otros deshonestísimos, como los del dios Baco y de la diosa Flora, con los vicios y abominaciones de los gentiles, en los cuales imitaban en esto á sus dioses adúlteros y homicidas. Mas ¿qué diré, que de los doce tribus que habían recebido la ley de Dios con tantas promesas y amenazas, que espantan á quien las lee, los diez se pervertieron, y así fueron desamparados de Dios, y llevados cautivos á tierras extrañas, y uno que quedaba, también

lo fué, y así padeció la pena de sus pecados con el cautiverio de Babilonia? En la cual reinaba tanto la malicia, y estaba tan desterrada la virtud, que dijo Dios por Hieremías: Rodead todos los caminos de Hierusalén, y si halláredes un hombre fiel y que haga lo que debe, yo habré misericordia dél. Pues ¿qué mayor argumento de la carestía de la virtud y religión que éste? Mas otro hay no menor, que es el de la mala vida de muchos cristianos, que aundespués de la ley y de la gracia, teniendo fe verdadera, viven tan rotamente como si no la tuviesen, pues no menos se derraman por todos los vicios y cobdicias, creyendo lo que creen, que si nada creyesen. Pues ¿quién podrá dudar que tal criatura como ésta tenía necesidad de medicina y remedio y gracia, con otros socorros sobrenaturales que sanasen la naturaleza tan enferma? Éste es pues el primer punto y fundamento desta materia. El segundo es, que era cosa convenientísima á la inmensa bondad de Dios, aunque no lo debiese, socorrer á esta tan grande necesidad y proveer al hombre miserable de remedio, para que pues él había incurrido en todos estos males por culpa ajena, fuese también reparado por justicia ajena, y así como tuvo un padre que lo destruyó, tuviese otro que lo remediase. Y demás desto no era razón que el demonio saliese con su intento y se gloriase que había sido poderoso para impedir el consejo y voluntad de Dios. Éste es el segundo punto. El tercero es, que aunque la divina Bondad y Providencia podía remediar al hombre por otros muchos modos, si quisiera, pero ninguno se podía hallar más eficaz, más excelente y más conveniente así para la gloria de Dios como para remedio del hombre, que el misterio de la encarnación y pasión del Hijo de Dios. Lo cual se entiende por los grandes fructos que referimos del árbol de la sancta Cruz, y por otros muchos que no se pueden explicar.

Mas á las dos principales objecciones que se proponen en esta materia, que es vestirse el Criador de tan baja ropa como fué nuestra humanidad, y morir en cruz, está respondido: porque á la primera decimos que ya que Dios tuvo por bien vestirse desta ropa y juntar consigo nuestra humanidad, él la hermoseó y enriqueció y adornó con tantas gracias y riquezas y dones sobrenaturales, que no fuese ignominia suya, sino suma gloria vestirse della, pues en su mano estaba hacerla tal cual él quisiese hacerla. A la segunda objección de la muerte de cruz decimos que en

todas las pasiones y muertes no miramos la pena, sino la causa, de modo que cuando la causa es justa y en favor del bien común, no sólo no es ignominiosa la pena, mas antes cuanto tiene más de pena y de ignominia, tanto tiene más de verdadera gloria. Ésta es la suma de todo este soberano misterio, la cual puede el prudente lector tener como recogida en la uña, después de leída con atención esta escriptura, y héchose familiar á ella. Y de aquí cogerá fructos de inestimable provecho y suavidad.

FIN DESTA TERCERA PARTE

TABLA

DE LOS

CAPÍTULOS DE LA TERCERA PARTE DESTE LIBRO

TRATADO I

TRATADO II

TRATADO III

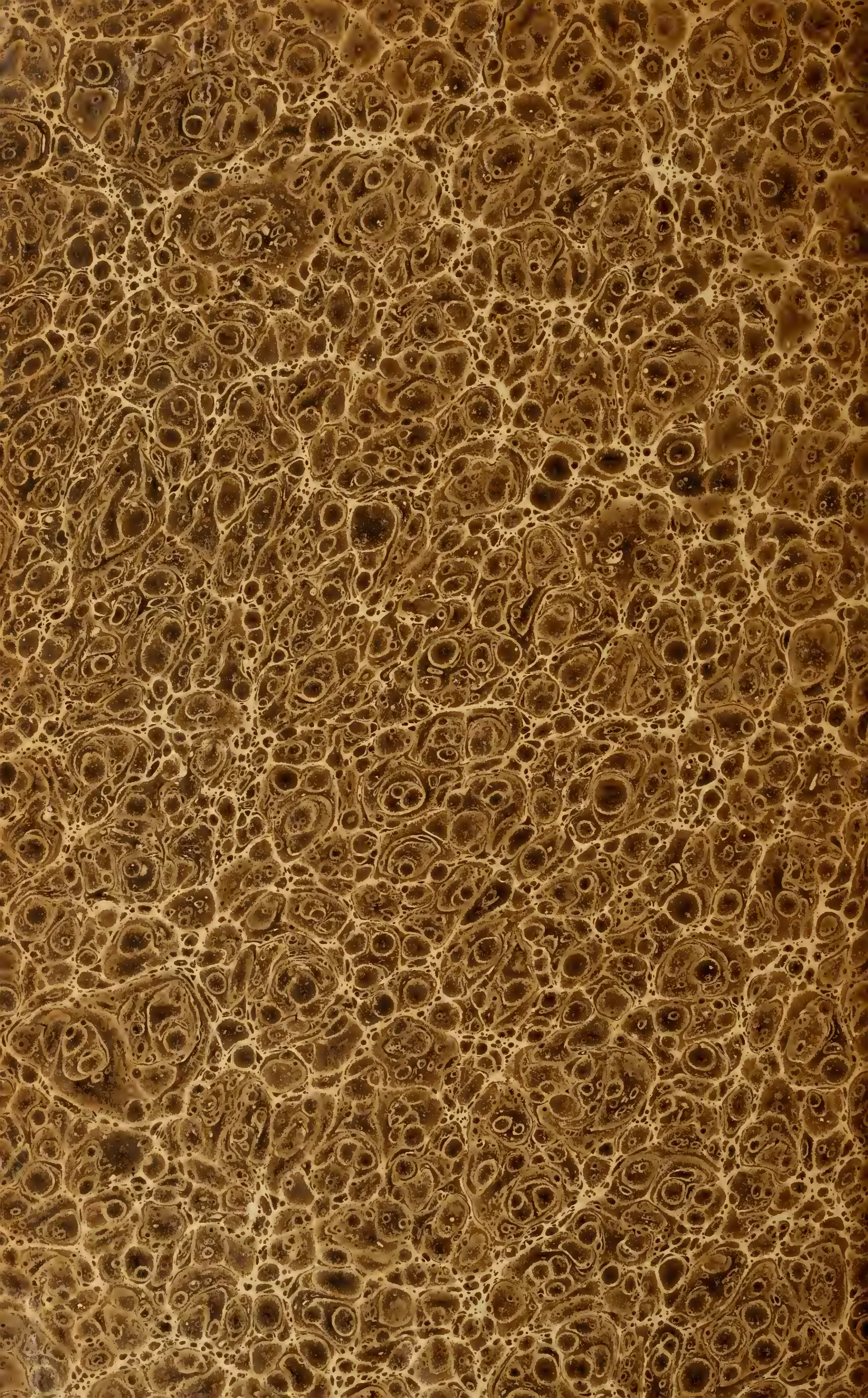
FIN DE LA TABLA

MADRID

EN CASA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

CINCO DE MAYO

1908




BX
2349
L84
1906
v.7
c.1
ROBA

